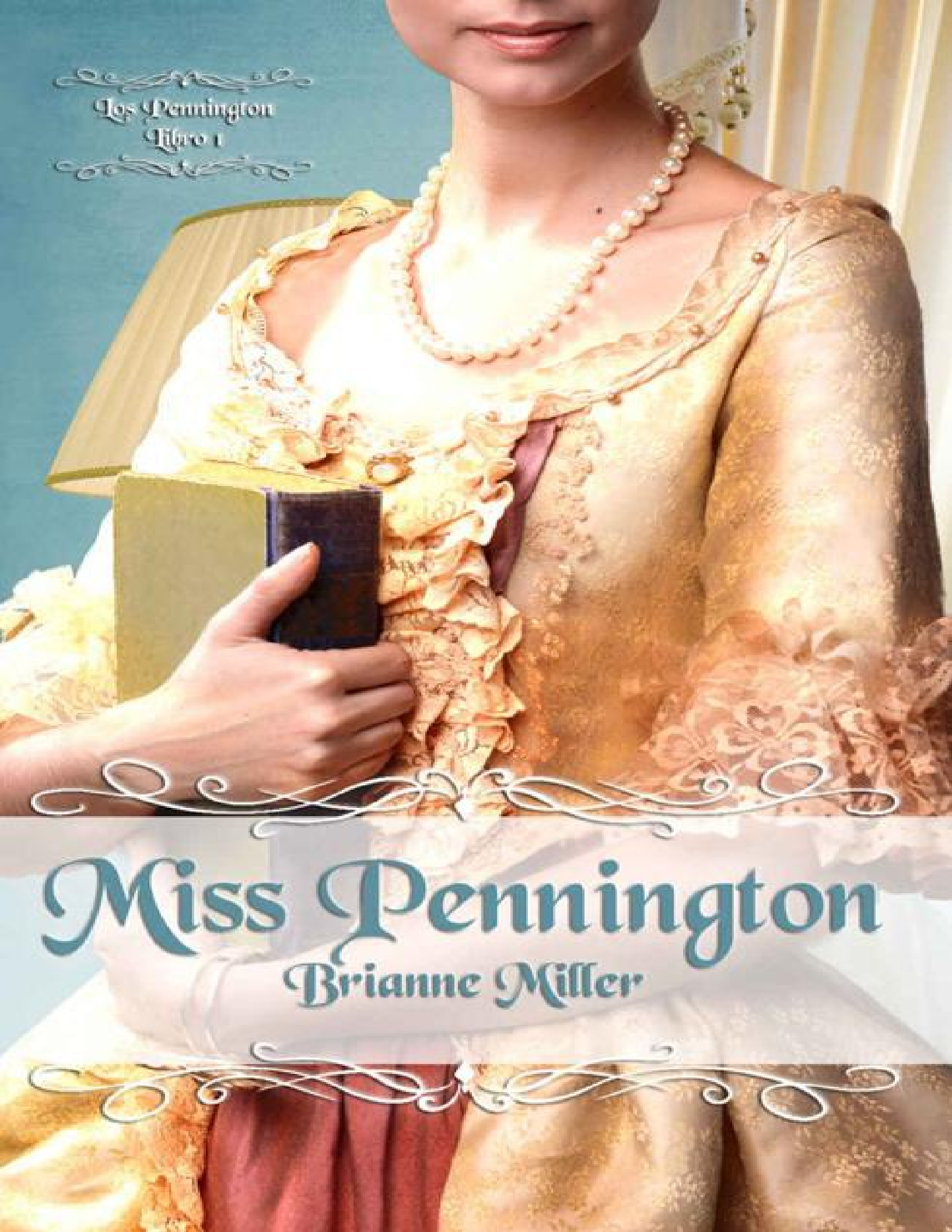
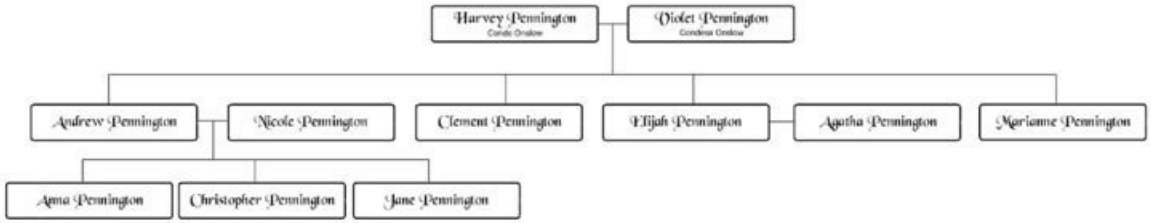

Los Pennington
Libro 1
Miss Pennington
Brianne Miller

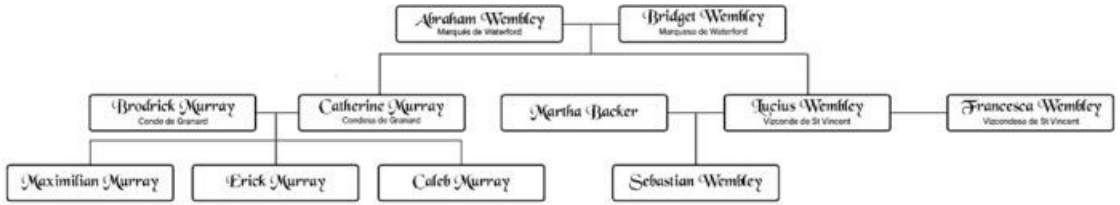
Miss Pennington

Los Pennington, Libro 1

Brianne Miller




Harvey Pennington
Conde Onslow
Violet Pennington
Condesa Onslow
Andrew Pennington
Nicole Pennington
Clement Pennington
Elijah Pennington
Agatha Pennington
Marianne Pennington
Anna Pennington
Christopher Pennington
Jane Pennington


Abraham Wembley
Marqués de Waterford
Bridget Wembley
Marquesa de Waterford
Brodrick Murray
Conde de Granard
Catherine Murray
Condesa de Granard
Martha Backer
Lucius Wembley
Vizconde de St Vincent
Francesca Wembley
Vizcondesa de St Vincent
Maximilian Murray
Erick Murray
Caleb Murray
Sebastian Wembley

A mi sister, Maryajo. Gracias por aguantar mis neuras, mis agobios, mis manías y por ser siempre mi voz de la razón. Pero sobre todo, gracias por haberme brindado tu amistad hace ya tantos años. Friends forever, ya lo sabes.

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Prólogo

Londres, marzo de 1764

Martha miró por enésima vez el reloj que colgaba de la pared mientras se paseaba por la habitación. Acunaba en sus brazos a Sebastian, su hijo de seis años, que ardía en fiebre desde la noche anterior. Lo había intentado todo, sin éxito, para lograr bajar la temperatura de su pequeño, y el doctor Chambers se demoraba demasiado. Lo había mandado llamar a primera hora de la mañana, pero era ya noche cerrada y aún no había señales de él por ninguna parte. Rogaba a Dios porque su hijo se recuperase, no sería capaz de seguir viviendo sin él.

—Roselynd, enfría de nuevo el paño, por favor —ordenó a la mujer que la ayudaba con las tareas de la casa.

—Ahora mismo.

La mujer hizo lo que le pedía y colocó la tela fresca sobre la frente infantil, apartando el cabello húmedo de Sebastian con cariño. Martha se sentó en la cama y depositó al niño con cuidado sobre las sábanas frescas. Estaba agotada, apenas había podido pegar ojo en toda la noche y si el doctor no acudía pronto le esperaba el mismo destino.

—Vamos, pequeño… —susurró Roselynd acariciando la mejilla rosácea del niño— Debes ponerte bien antes de que venga tu padre. No querrás que te vea así, ¿verdad?

—¿Qué vamos a hacer, Roselynd? Si no logramos que la fiebre baje y le ocurre algo a mi hijo, yo…

—No pienses así, Martha. Estoy segura de que pronto remitirá. ¿Por qué no vas a descansar un poco? Yo me ocuparé de Sebastian mientras lo haces.

—No pienso moverme de aquí hasta que mi hijo mejore.

—No le servirás de ninguna ayuda si terminas enfermando tú también.

—Lo sé, pero…

Un estruendo en la puerta de entrada las avisó de la llegada de Lucius, el padre de la criatura, que entró en la habitación como una exhalación y con el rostro lleno de preocupación. Miró a Martha antes de sentarse junto al niño y colocar la mano sobre su frente cubierta por el paño. Martha se sintió tan aliviada al verle que las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas sin control. Ahora que Lucius estaba con ellos todo saldría bien, estaba segura.

—¿Cómo está? —preguntó el hombre.

—La fiebre no disminuye, Lucius —se lamentó ella entre sollozos—. No sé qué más hacer por él.

—Vamos, deja de llorar. ¿Has mandado llamar al médico?

—Lo hice a primera hora de la mañana, pero parece que está demasiado ocupado para atender al hijo de una simple criada.

—Sebastian también es mi hijo, debería haber venido en cuanto le has llamado. Enviaré a Charles de inmediato a buscarle.

—Ojalá a ti te haga caso y venga lo antes posible.

Lucius se puso de pie y se dirigió a la puerta de la habitación. Tuvo unas palabras con su lacayo, que asintió y salió de la casa rápidamente, y volvió junto al niño.

—Pronto estará aquí, ya lo verás —la animó.

—¿Padre?

La voz ronca del pequeño Sebastian llenó a sus padres de un tremendo alivio. Lucius le sonrió apartando el pelo de su frente.

—Hola, campeón —respondió—. Nos has dado un susto de muerte a tu madre y a mí.

—Lo siento.

—Te dije que no salieras a jugar bajo la lluvia y no me hiciste caso —le regañó Lucius.

—Solo quería ver a los cachorros de la perra del señor Abbot, volví a casa corriendo cuando empezó a llover.

—Espero que esto te sirva de lección cuando decidas volver a desobedecerme.

—No lo volveré a hacer, te doy mi palabra.

—Así me gusta —sonrió Lucius acariciando su mejilla.

—Estoy muy cansado.

—Lo sé, pero el médico estará aquí muy pronto y te curará.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Pronto estarás mejor y podremos ir a jugar a la pelota. ¿Qué te parece?

—Prefiero que me lleves a montar en tu caballo. Me divierto mucho cuando montamos juntos.

—En ese caso, te llevaré a dar un largo paseo por Hyde Park. Podemos preparar un picnic junto al lago con tu madre. ¿Qué te parece?

—Me gusta mucho cuando viene mamá. Casi nunca nos acompaña.

Sebastian cerró los ojos con un suspiro y Lucius se tumbó de lado junto a él, acariciando distraídamente su cabello con los dedos.

—¿Te quedarás esta noche conmigo? —preguntó el niño a punto de quedarse dormido.

—Por supuesto, hijo. No me moveré de tu lado hasta que estés mejor.

La respuesta del padre pareció calmar al hijo, que se abrazó al pecho de Lucius antes de quedarse profundamente dormido.

—Sabes que no puedes quedarte, Lucius —susurró Martha sentándose al otro lado de su hijo.

—Me quedaré.

—Pero tu esposa…

—Es mi hijo el que está postrado en esta cama, Martha —la interrumpió—. Me da igual lo que opine Francesca, no pienso moverme de su lado hasta que me asegure de que se pondrá bien.

—Siento causarte tantos problemas —se disculpó la mujer agachando la mirada.

—Tú no me das problemas, deja de decir bobadas.

—Si aquella noche nunca hubiera ocurrido, tú…

—Vamos, no digas eso —la interrumpió levantando su barbilla para mirarla a los ojos—. Si aquella noche no hubiera pasado ahora no tendría una buena amiga y, lo que es más importante, no me habrías dado mi mayor tesoro.

—Deberías llevártelo contigo. No tengo ningún derecho de…

—Alto ahí, Martha —la interrumpió levantando la mano—, deja de decir tonterías. Eres su madre, y tienes todo el derecho del mundo de estar con él.

—No son tonterías, Lucius. Si Sebastian estuviera contigo tendría una vida mucho mejor.

—Eres una buena madre y jamás se me ocurriría apartarte de nuestro hijo. Créeme, Sebastian está mucho mejor contigo que conmigo. No sé de lo que sería capaz Francesca si le llevara a mi casa.

Martha asintió y fijó la mirada en la luna llena que se veía a través de la ventana, recordando la noche en que todo comenzó. Ella no era más que una niña, apenas tenía dieciocho años y no sabía nada de la vida. había sido una de las sirvientas de la mansión de Lucius durante más de un año, y lo único que había recibido por parte de su señora había sido desdén y maltrato. Lucius era el único que la trataba con amabilidad, y ella se sentía en deuda con él por las muchas veces que la había salvado de sufrir una paliza en manos de Francesca. Aquella noche Lucius llegó muy borracho a casa y apenas podía mantenerse de pie. Ella quiso ayudarle a llegar a su habitación para que su señor no tuviera que sufrir la ira de su esposa. Le sentó sobre la cama e intentó quitarle las botas, solo quería que estuviera un poco más cómodo, y fue entonces cuando Lucius la besó. Ella nunca había besado a nadie, la sensación le resultó agradable y se dejó llevar, hasta que sin saber apenas qué estaba ocurriendo se vio tumbada de espaldas en la cama de su señor, completamente desnuda, mientras él se adueñaba de su virginidad. No fue cariñoso, aunque tampoco brusco. No hubo tiernas caricias ni palabras dulces, aunque tampoco hubo dolor alguno. Fue una experiencia agradable que se juró no volver a repetir. Cuando Sebastian cayó a su lado completamente dormido se levantó a toda prisa y buscó su camisón para volver a vestirse, pero Francesca entró en la habitación al escuchar ruido, atrapándola en plena indiscreción. Sobra decir que fue despedida inmediatamente sin ningún tipo de recomendación, pero Lucius se encargó de conseguirle un nuevo puesto de trabajo, le entregó una pequeña compensación económica por el agravio y, lo que era más importante para ella, se disculpó por lo que le había hecho.

Meses más tarde, Martha descubrió que estaba encinta. Al principio su mundo se desmoronó, pero su nueva señora era una mujer realmente amable y le permitiría vivir en la mansión con el bebé. Decidió callar, no contarle nada a Lucius para no causarle más problemas. Pensó en utilizar el dinero que Lucius le había dado para enviar a su hijo a una buena escuela y darle una buena educación. Pero el destino a veces tiene planes diferentes, y una tarde se topó de bruces con el padre de su bebé mientras paseaba con su señora. Lucius supo inmediatamente que se encontraba en estado de buena esperanza, noticia que le llenó de alegría. No solo no se desentendió de su hijo, sino que buscó una bonita casa en Farringdon St, un barrio de clase media al norte del Támesis, en la que Martha y su hijo pudieran vivir cómodamente, y se encargó de todos sus gastos. La acompañó durante todo el embarazo, estuvo presente en el parto y desde que tuvo a su hijo en los brazos siempre había procurado estar lo más presente posible en la vida del pequeño. Era un gran padre para Sebastian… y un gran amigo para ella.

Desde que vivían en aquella casa, Lucius y ella habían entablado una bonita relación de amistad. Ella tenía la tranquilidad de poder contar con el padre de su hijo siempre que le necesitaba, como en aquel momento, y Lucius había encontrado en ella alguien con quien poder desahogarse cuando los problemas le sobrepasaban. Cada vez que Lucius iba de visita, Martha y él disfrutaban de una copa de vino y una buena conversación cuando Sebastian se iba a la cama. A veces él se quedaba a cenar, otras, se iba en cuanto se terminaba la copa. A veces hablaban de banalidades, otras, se contaban sus problemas. Martha había llegado a amarle, aunque no de una manera romántica, sino más bien fraternal.

Se giró de nuevo hacia la cama y observó cómo Lucius le hablaba a su hijo en susurros mientras acariciaba su cabello húmedo. Se acercó a la jofaina para mojar un nuevo paño y se lo entregó al hombre, que tomó la temperatura del pequeño una vez más y sonrió.

—Parece que ya empieza a remitir —dijo mirándola—. Su piel está algo más fresca que antes.

—Gracias a Dios —suspiró ella—. Si llega a pasarle algo, yo…

Lucius se levantó y la envolvió en un cálido abrazo. Martha dejó caer todo el peso que llevaba sintiendo desde la noche anterior sobre los hombros de aquel hombre que, una vez más, estaba allí para salvarla.

—¿Has conseguido dormir algo? —preguntó Lucius— Pareces agotada.

—Apenas he podido pegar ojo desde hace dos noches.

—¿Cuándo empezó la fiebre?

—Anoche, pero la noche anterior estuvo vomitando y ya se sentía mal.

—Deberías haberme mandado llamar mucho antes —la regañó.

—Fue de madrugada, Lucius.

—Aun así, deberías haberme llamado. Habría estado aquí para vosotros y el doctor ya estaría aquí.

—Ya te he causado demasiados problemas.

—Mi hijo no es un problema.

—Pero sí lo son las peleas con Francesca.

—Francesca sabe que no pienso desentenderme de mi hijo, es su problema si no quiere aceptarlo.

—Es tu esposa.

—Una esposa que me engañó haciéndome creer que era una persona completamente diferente. Una esposa que lo único que quería de mí era mi título y mi dinero. Una esposa que no ha sido capaz de darme hijos.

—Aun así…

—Puede que Francesca sea mi esposa, Martha, pero Sebastian y tú sois mi verdadera familia.

—No digas esas cosas…

—Porque las calle, no dejarán de ser ciertas. Ese niño es la única luz de mis días y es gracias a ti que le tengo en mi vida. Recibo de vosotros mucho más cariño y comprensión en unas pocas horas de los que recibiré de ella durante el resto de nuestras vidas. Deja de menospreciar la relación que tengo contigo y búscame siempre que me necesites, no solo cuando tenga que ver con el niño.

—Está bien, lo haré a partir de ahora.

—Mi dulce Martha… —suspiró— Eres tan buena que tengo miedo de que cualquiera pueda aprovecharse de tu bondad. Voy a tener que protegerte mejor a partir de ahora.

—No es a mí a quien tienes que cuidar y proteger, sino a nuestro hijo. Prométeme que si algún día yo falto te ocuparás de que no le falte nada.

—¿Por qué dices esas cosas? Tú no vas a faltarle nunca.

—Algún día moriré y se quedará solo.

—Cuando ese día llegue nuestro hijo habrá formado su propia familia.

—Que sea adulto no significa que deje de necesitar a su padre.

—Su padre siempre estará ahí para él, y también lo hará su madre.

—Prométemelo, Lucius.

—Te doy mi palabra. ¿Contenta?

—Mucho —respondió ella sonriendo.

—Pues ahora ve a descansar, yo me ocuparé de nuestro hijo mientras lo haces.

—Esperaré a que llegue el médico, no creo poder dormir hasta saber qué tiene Sebastian.

—Está bien, pero después me aseguraré de que descanses adecuadamente.

El doctor llegó poco después y atendió al pequeño Sebastian, que mejoró en cuestión de horas en cuanto le administraron la medicina. Cuando el doctor se marchó, Martha se dejó caer en la cama y derramó las lágrimas que llevaba aguantando todo el día. Lucius la abrazó hasta que la mujer logró calmarse. Debía hacerse el fuerte a pesar de que él también se había llevado un susto de muerte. Esa noche durmieron juntos, cada uno a un lado de su hijo, completamente agotados por la preocupación. Esa fue la primera vez que Lucius Wembley, vizconde de St Vincent, durmió de un tirón toda la noche.

Capítulo 1

Veinte años después…

El tiempo empeoraba por momentos aquella tarde de marzo. La lluvia, que no había parado en todo el día, había convertido en un barrizal las calles del centro de Londres. Los rayos iluminaban el cielo seguidos de un sonido atronador, parecía que estaba a punto de romperse en mil pedazos. Pero ni el frío ni la lluvia impidieron a Sebastian Wembley correr en dirección a las caballerizas, montar en su caballo y poner rumbo a la mansión de Mayfair que odiaba más que a cualquier cosa: el hogar de su padre. Necesitaba llegar cuanto antes, necesitaba comprobar que lo que su abuelo, el marqués de Waterford, había escrito en aquella misiva tan solo era otra de sus estratagemas para encontrarse con él. Porque si se tratase de la realidad… Dios, no quería ni pensarlo.

En cuanto estuvo frente a la casa solariega saltó del caballo y lo guio hacia las caballerizas, donde un mozo de cuadra se apresuró a atender al animal. Subió los escalones de la puerta principal de dos en dos e hizo sonar la aldaba con fuerza. El mayordomo le hizo entrar tras echarle una buena ojeada, aunque no eliminó de su rostro el gesto de fastidio, y lo llevó hacia el salón principal, donde se hallaba reunida toda la familia de su padre. Todas las miradas se posaron en él, algunas llenas de compasión, otras realmente sorprendidas, unas pocas llenas de indignación. Su mirada, sin embargo, se fijó inmediatamente sobre el ataúd abierto en el centro de la estancia, rodeado de varios cirios blancos, y su corazón se detuvo.

—¿Qué demonios estás haciendo tú aquí? —espetó la esposa de su padre acercándose a él con paso decidido.

Sebastian se limitó a dirigirle una gélida mirada e intentó dar un paso al frente, pero Francesca se lo impidió.

—Apártate —ordenó Sebastian.

—¿Cómo te atreves a hablarme así en mi propia casa?

—Apártate si no quieres que…

—Sebastian, detente.

Sebastian se volvió hacia su abuelo, que se encontraba de pie junto al féretro.

—Y tú déjale en paz —ordenó a Francesca—. Yo le he pedido que viniera.

—¿Usted? ¿Pero por qué?

—Porque el chico tiene todo el derecho del mundo de velar a su padre.

—Esta es mi casa, no le permito que…

—Esta es la casa de mi hijo —la interrumpió el marqués—. Casa que yo he comprado, de hecho. Así que puedo hacer lo que me venga en gana en ella.

Francesca bufó y se apartó del camino de Sebastian, refugiándose en un grupo de amigas que simulaban llorar por el fallecido. Waterford se acercó a su nieto y apartó el cabello mojado de su frente.

—Por Dios santo, Sebastian… Estás empapado —susurró—. ¿Por qué demonios no has

venido en un carruaje?

—¿En serio lo preguntas? Dime que lo que decías en la carta es otra de tus patrañas, Abraham. Dime que todo esto es una pantomima para hacerme venir a verte.

El marqués suspiró y, en vez de hacer lo que su nieto le pedía, le hizo señas a una de las criadas para que se acercara a ellos.

—Gertrude, trae una toalla para secar a mi nieto —ordenó—. No quiero que termine cogiendo un catarro.

—Sí, milord.

La doncella volvió pocos minutos después con una toalla de terciopelo azul y se la entregó a Sebastian, que se la pasó por el cabello mientras se acercaba lentamente al ataúd. Su corazón se contrajo y su vista se nubló al comprobar que su abuelo no había mentido esa vez: su padre había fallecido y yacía en aquella fría caja de madera.

—No… No puede ser cierto… —susurró— Esto tiene que ser una broma.

—Sebastian… —dijo Waterford.

Sebastian tomó el cuerpo sin vida de su padre y lo zarandeó.

—¡Vamos, levántate! —exclamó— ¡Esta maldita broma no tiene ninguna gracia!

—Hijo, detente —pidió su abuelo apartando sus manos del cuerpo inerte—. Me temo que tu padre nos ha dejado, Sebastian. Lo siento mucho.

—¿Cómo es posible? ¡Hace un par de semanas estaba perfectamente! Fuimos a cazar… ¡Fuimos a cazar y no estaba enfermo!

—Enfermó hace apenas una semana. La enfermedad avanzó demasiado deprisa y el doctor no pudo hacer nada por él.

—¿De qué enfermó?

—De difteria. Creemos que la contrajo en el Foundling[1], sabes que le gustaba acudir asiduamente a pasar tiempo con los niños.

—Es por eso que insististe tantas veces en verme durante esta semana…

—Si hubieras hecho caso a mis avisos habrías podido pasar sus últimos días a su lado —protestó el marqués.

—Si me hubieras dicho el motivo por el que insistías en verme no habría dudado ni un instante en venir a verle —respondió él.

La relación de Sebastian con su abuelo se había ido consolidando desde que cumplió diez años. El anciano había aceptado que Lucius le reconociera como su hijo y desde aquel día habían pasado juntos largas temporadas en la casa de campo familiar. Le había defendido innumerables veces de la lengua viperina de Francesca y se había encargado de compensar su falta de mil maneras posibles. Pero desde que el marqués descubrió hacía ya un par de meses el affaire que Sebastian mantenía con la esposa del conde Spencer la relación de ambos se había deteriorado. Waterford le ordenó que terminara la relación lo antes posible y le amenazó de mil maneras diferentes. Tuvieron una fuerte discusión, Sebastian se marchó de la casa de su abuelo dando un portazo y desde aquel día abuelo y nieto no habían vuelto a verse o hablarse. Sebastian ni siquiera se había molestado en leer las misivas de su abuelo porque creía que en ellas insistía en que terminase su relación con Blair. Si su madre no hubiera hecho caso omiso a sus palabras y no hubiera leído la carta de aquella mañana, ahora Sebastian no estaría junto a su padre y se sentiría culpable por no haberlo hecho durante el resto de su vida.

Acarició aquel rostro tan similar al suyo con manos temblorosas. La piel de Lucius estaba mortalmente fría, increíblemente pálida, y Sebastian se sintió morir con él. Se dejó caer de rodillas junto al féretro y apoyó la frente en la madera para intentar contener las lágrimas. Su

abuelo apretó su hombro para darle coraje, le ayudó a levantarse y se fundió con él en un cálido abrazo que logró reconfortarle.

—Qué conmovedor… —se burló Francesca desde la otra punta de la habitación.

Sebastian la ignoró, se separó de su abuelo y se acercó de nuevo a su padre. Dejó en su frente un beso, igual que Lucius había hecho con él innumerables veces durante toda su vida.

—Lo siento, padre —dijo con voz temblorosa—. Si hubiera sido menos cabezota habría podido estar contigo en tus últimos momentos. ¿Por qué demonios no me lo dijiste? Deberías haberme mandado llamar, sabías que había discutido con el viejo y que no quería verle.

—Tu padre no quería que lo supieras —respondió el marqués—. Me hizo darle mi palabra de que no te avisaría hasta que él nos hubiera dejado. Él no sabía que te pedí que vinieras.

—Ahora puedes descansar en paz, padre —dijo Sebastian acariciando el cabello de Lucius, idéntico al suyo pero plateado en las sienes—. Mamá y yo estaremos bien, te lo prometo.

No le pasó desapercibido el sonido de desprecio que escapó de la boca de Francesca. Besó una última vez la mejilla del cuerpo sin vida de su padre y se colocó al fondo de la estancia, apartado de todos, a la espera de poder llevar su ataúd hasta la abadía de Westminster. Vio desfilar frente a él innumerables caras conocidas, personas que se acercaron a ofrecerle sus condolencias ante el fastidio de Francesca. Incluso Oliver Chapman, el sobrino de la viuda, se acercó a él ofreciéndole una copa de Whisky.

—Siento mucho tu pérdida —dijo apoyándose en la pared junto a él.

—Gracias.

—No hemos sido presentados. Soy Oliver Chapman, el sobrino de Francesca.

—Sebastian Wembley. Aunque supongo que eso ya lo sabes.

—Difícil no haber escuchado hablar de ti cuando formo parte de la familia Chapman.

—Deberías apartarte de mí, puede que ella termine por asesinarte si sigues hablando conmigo.

—Francesca es mi tía, no mi madre. Y ya soy bastante mayorcito para tomar mis propias decisiones, por cierto.

—Supongo que tienes razón.

—Tú no tienes la culpa de que Lucius le fuera infiel hace veintiséis años, solo ella la tiene. Si hubiera tratado a tu padre mejor tal vez nada de aquello hubiera ocurrido. ¿Cómo está tu madre?

—Destrozada. Mi padre y ella tenían una relación muy especial y haberle perdido la ha dejado devastada.

—Debe ser horrible perder a la persona que amas.

—Mis padres no estaban enamorados, solo eran buenos amigos.

—¿De veras? Tenía entendido que mi tío la visitaba a menudo.

—Mi padre venía a verme a mí, no a mi madre. Francesca se encargó de gritar a los cuatro vientos que mi madre era la amante de mi padre, pero mintió. La noche que todo ocurrió mi madre solo intentaba ayudar a su señor a llegar a su habitación. Ella era apenas una niña, fue mi padre quien la sedujo, y jamás volvió a su cama. Ni una sola vez.

—Entiendo.

—Mi pobre madre ha tenido que vivir con la vergüenza de una mentira, lord Chapman, pero es completamente inocente.

Oliver le sorprendió apretando su hombro en señal de apoyo. Levantó la vista y suspiró al ver a Francesca acercarse a él sujetando las faldas de su vestido con fuerza. Suspiró.

—Deberías marcharte, tu tía viene hacia aquí —dijo.

—Ella no manda en mí, Sebastian. Mi esposa tal vez, pero ella desde luego que no —bromeó.

—Ya has ofrecido tus respetos —espetó la mujer al llegar a ellos—. Ahora márchate de aquí.

—Siento decepcionarla, vizcondesa, pero no pienso moverme de aquí —respondió con voz calmada—. El que yace en medio de esta habitación es mi padre, por si no lo recuerda, y quien ha organizado este funeral resulta ser mi abuelo. Tengo todo el derecho del mundo de estar aquí.

—Tu presencia me está dejando en ridículo.

—¡Qué fatalidad, por Dios!

—¿Te burlas de mí?

—No lo hago… pero debería. Estás formando un escándalo, deberías controlar tu mal temperamento aunque sea por una vez.

—Si estás aquí porque piensas que vas a heredar el título…

—Eso no te concierne, Francesca.

—Jamás permitiré que toques ni un solo penique de nuestra fortuna.

—La fortuna de mi padre, no tuya. Y siento decepcionarte, pero el dinero es lo único que no me interesa ahora mismo. Tengo más que suficiente para enterrarte en joyas si quisiera, que no quiero.

—Tienes dinero porque mi esposo te lo dio.

—Tengo dinero porque lo he ganado con el sudor de mi frente, cada mísero penique.

—Tía, estás llamando la atención —intervino lord Chapman—. Todo el mundo nos está mirando, déjalo ya.

—¿Te pones de su parte? —chilló la mujer.

—No me pongo de parte de nadie, solo intento que el velatorio de mi tío transcurra en paz.

—¡Soy tu familia, tu propia sangre! ¿Cómo te atreves a…

—¡Francesca! —la cortó el marqués con voz firme— Si no te comportas te juro por Dios que haré que te saquen a patadas de aquí.

—¡Pero milord…

—¡He sido yo quien ha ordenado la presencia de mi nieto en el funeral, maldita sea! —la cortó Waterford— ¿Acaso osas contradecirme?

Francesca miró a Sebastian con todo el odio que sentía por él reflejado en su rostro y se dio la vuelta para dirigirse hacia el féretro y sentarse junto a Lucius. El hombre apretó el puño alrededor del vaso de whisky y vació el contenido del mismo de un solo trago.

—Tranquilo —animó Oliver volviendo a llenárselo—. Solo está resentida contigo por no haber podido darle hijos a Lucius.

—Dios es sabio.

—Vamos, salgamos a tomar un poco de aire. Te vendrá bien despejarte un poco.

Una hora más tarde, Sebastian portaba sobre su hombro derecho el ataúd de su padre hasta la abadía de Westminster. Waterford lo portaba sobre el izquierdo, caminando junto a su nieto. Una lágrima rodó por la mejilla de Sebastian. Se mezcló con el agua de lluvia que cubría su rostro, pero aun así la apartó con furia. Le siguió otra, y otra más, y tuvo que tragarse un sollozo que se le había atascado en la garganta. Había perdido a su padre, a su mejor amigo. Había perdido uno de los pilares más importantes de su vida y no sabía cómo sería capaz de

seguir adelante sin él. Solo podía pensar en su pobre madre, en lo mal que lo estaría pasando sola en casa, cuando debería haber estado allí al igual que Lucius había estado siempre para ella.

Una vez llegaron a la abadía, Sebastian dio un paso atrás con la intención de mantenerse alejado del resto, pero su abuelo no se lo permitió. Le mantuvo a su lado, al frente de la comitiva, observando cómo metían el cuerpo de su padre en uno de los agujeros y lo cubrían con una lápida de mármol. Agradeció que el viejo hubiera añadido su nombre en el epitafio. Dejó una bonita corona de flores blancas apoyada en la piedra y cuando se despidieron de todos los asistentes acompañó a su abuelo hasta su mansión.

—Debemos hablar —dijo el marqués en el carruaje.

—Por favor, ahora no —pidió Sebastian con un suspiro cansado—. Hablemos otro día, ¿de acuerdo?

—Sé que ahora mismo estás roto de dolor, hijo. Te aseguro que sé cómo te sientes porque yo me siento igual, pero hay cosas de las que debemos hablar a la mayor brevedad.

—No pude despedirme de él, Abraham —espetó—. Mi estúpido orgullo hizo que no pudiera despedirme de él. No solo estoy destrozado por su muerte, me siento condenadamente culpable. Podemos hablar otro día, el mundo no va a acabarse aún aunque a mí me parezca lo contrario.

—No debes culparte, Sebastian. Si hay algún culpable, ese soy yo. Si te hubiera dicho el motivo de mi llamado en mis anteriores misivas todo esto no habría pasado.

—No las leí —reconoció—. No leí ninguna de ellas. Si mi madre no se hubiera enfurecido no habría leído tampoco la última. Créeme, también es culpa mía.

—No ganamos nada con lamentarnos por lo ocurrido, ahora debemos seguir adelante. ¿Cómo está Martha? Para ella debe haber sido un golpe muy duro también.

—Mi madre está rota de dolor. Le habría gustado despedirse de él, aunque supongo que lo hará a su manera.

—Cuida bien de ella, ahora que tu padre no está temo que Francesca intente vengarse de alguna forma de ella. A pesar de que han pasado muchos años, como has podido comprobar esa mujer sigue guardando mucho resentimiento en su interior.

—Puede que mi madre ya no tenga a mi padre para protegerla, pero sí me tiene a mí. No permitiré que esa mujer se acerque a ella, te doy mi palabra.

—Bien… Hablemos entonces mañana. Intenta descansar un poco y envíale mis respetos a tu madre.

Sebastian asintió y se dirigió hacia su hogar, una bonita casa solariega en Covent Garden a la que se mudaron cuando Lucius le reconoció como su hijo y heredero. Su madre le esperaba en el salón. Tenía la cara inflamada y los ojos enrojecidos de tanto llorar, pero se puso de pie y le abrió los brazos a su hijo para que se refugiara en ellos. Sebastian se dejó caer a su lado en el sillón y dejó escapar al fin todas las lágrimas que había estado conteniendo durante todo el oficio.

—Tranquilo, mi niño —susurró Martha en su pelo, con sus ojos también cubiertos de lágrimas—. Tranquilo…

—Debería haberte hecho caso, mamá —sollozó—. Debería haber dejado mi orgullo a un lado y haber ido cuando el viejo me llamó. Si lo hubiera hecho…

—No debes culparte, Seb —le interrumpió su madre—. Lo hecho, hecho está, y estoy segura de que tu padre no te culpa de nada.

—Debería haber estado a su lado. No pude decirle lo mucho que significa para mí.

—Tu padre lo sabe, mi amor. Sabe lo mucho que le amas. A él no le gustaría verte así,

por favor, cálmate.

Martha apretó el abrazo sobre los hombros de su hijo y le susurró palabras tranquilizadoras al oído hasta que logró calmarse. Sebastian inspiró unas cuantas veces con fuerza y se enjugó las lágrimas, mirando a su madre con un suspiro.

—Lo siento —se disculpó—. Debería ser yo quien te consolara a ti, no al contrario.

—Es mi deber como madre cuidar de ti, Seb.

—Ya soy un hombre, mamá. Ahora soy yo quien debe cuidarte.

—Yo estoy bien, no te preocupes por mí.

—Mentirosa, no lo estás.

—Es cierto que he perdido a mi mejor amigo y que estoy muy triste, pero sé que esté donde esté seguirá velando por nosotros como ha hecho hasta ahora.

—Tienes razón.

—¿Te ha dicho tu abuelo cómo murió?

—Contrajo difteria en el orfanato. Enfermó muy rápido y el médico no pudo hacer nada para salvarle.

—¿Francesca te ha hecho pasar un mal rato?

—Obvio que sí, pero Waterford le paró los pies varias veces hasta el punto de amenazarla con echarla del funeral. Si las miradas matasen, me habría fulminado allí mismo.

—Siento que hayas tenido que lidiar con ella.

—Te habría encantado ver la cara que se le ha quedado cuando ha descubierto que Abraham me ha incluido en el epitafio. “Tu amado hijo Sebastian te llevará siempre en su corazón”. Creo que estuvo a punto de sufrir un síncope.

—Me alegro que tu abuelo te incluyera.

—Me preguntó por ti, también. Me ha pedido que te cuide de Francesca ahora que mi padre no está. Y dijo que debíamos hablar, pero le he dicho que lo haremos otro día. Hoy no tengo ánimos para escuchar lo que tenga que decirme.

—Sebastian…

—No he dicho que no vaya a escucharle, mamá. Solo que hoy no era el día adecuado para hacerlo.

—Es tu abuelo, deberías obedecerle.

—Y lo haré… pero otro día.

—Muy bien, si esa es tu decisión…

—Iré a verle en un par de días, te lo prometo. Ahora solo quiero olvidarme de los Wembley y de todo lo que tenga que ver con ellos.

—¿Eres consciente de que ahora eres el vizconde de St Vincent? No puedes olvidarte de lo que eres.

—Como he dicho, me olvidaré de todo eso hasta pasado mañana.

—Muy bien, haz lo que quieras. ¿Quieres un poco de té? Le pediré a Roselynd que nos prepare un poco.

—Me vendrá mejor una copa, necesito algo más fuerte. No te preocupes —añadió levantándose al ver que su madre hacía el amago de hacerlo—, me la serviré yo mismo. ¿Tú quieres una?

—Prefiero el té.

Sebastian se dirigió al despacho que hasta aquel día había pertenecido a Lucius y se sirvió una copa de bourbon. Se sentó en el sillón donde tantas veces le había visto ocuparse de las cuentas y acarició con cuidado la madera de nogal del escritorio.

—Echaré de menos verte aquí sentado, papá —susurró—. Maldita sea, voy a echarte terriblemente de menos.

Vació su copa de un trago y rellenó de nuevo el vaso. Apoyó la cabeza sobre el respaldo del sillón y cerró los ojos con fuerza. El cansancio le pasó factura y terminó quedándose dormido. Era noche cerrada cuando la aldaba de la puerta de entrada le despertó. Bajó para encontrar a su madre en mitad del recibidor con una carta sellada en la mano.

—¿Quién era? —preguntó.

—Es para ti —respondió su madre tendiéndole la misiva.

Se dirigió de vuelta al despacho seguido de cerca por su madre. Sebastian se dejó caer de nuevo en el sillón y abrió el sobre con cuidado.

—Es una carta del abogado de mi padre —explicó mientras leía su contenido—. Me cita pasado mañana a las diez de la mañana en su despacho para leer el testamento.

—Me temo que tendrás que aguantar a Francesca una vez más.

—No tengo fuerzas ni ganas de lidiar con ella. No iré.

—Por supuesto que irás, debes conocer la última voluntad de tu padre.

—Mi padre ya me dio más que suficiente estando en vida, no hay nada que pueda hacer por mí estando muerto.

—Eres el heredero del título, que no se te olvide.

—Renunciaré a él si es necesario.

—Sebastian… sé que esa mujer siempre te pone las cosas difíciles, pero Lucius era tu padre, y sabes bien que lo que más quería en el mundo era que heredaras el título. Debes ir y aceptarlo.

—Pero mamá…

—¡Sebastian Wembley! —le reprendió— Lucius te dio todo el amor, el cariño y los cuidados que un padre debe darle a un hijo. Sacrificó mucho para poder reconocerte y darte el lugar que te corresponde. Estuvo a tu lado en cada momento de tu vida y creo que se merece que sacrifiques una pequeña parte de tu orgullo para llevar a cabo su última voluntad. Así que irás allí, escucharás lo que el abogado tenga que decir y aceptarás lo que tu padre haya dispuesto para ti.

—Y tendré que volver a aguantar la lengua viperina de Francesca.

—Tendrás que hacerlo, con suerte, por última vez.

—Lo siento, tienes razón. Iré a ver al abogado.

—Por supuesto que la tengo, soy tu madre.

—Y te adoro —dijo abrazándola.

—Vamos, es tarde. La cena ya debe estar lista.

—Come sin mí, voy a salir.

—¿Otra vez vas a verla?

—Por favor, mamá… Hoy no.

—Sabes lo que opinamos todos de esa relación, Seb, no te traerá más que desgracias. Incluso tu padre pensaba lo mismo. Deberías buscar una buena mujer con la que casarte y formar una familia en vez de andar bajo las faldas de una mujer casada.

—Solo tengo veintiséis años, mamá. Aún es pronto para casarme.

—Me aterra pensar en recibir la noticia de que has muerto en Hyde Park al amanecer, Sebastian.

—¿Crees acaso que yo quiero morir así? —Besó la mejilla de su madre y se dirigió a la puerta del salón—. No me esperes despierta, volveré tarde.

—Ten mucho cuidado.

Sebastian se alejó caminando hasta la pequeña casa que había comprado para sus encuentros con Blair. Le había escrito una nota esa misma tarde para pedirle que se encontrase con él allí, pero cuando llegó las luces aún estaban apagadas. Entró en la vivienda y se deshizo de la chaqueta y el pañuelo del cuello. se sirvió una copa y encendió el fuego de la chimenea. Blair no tardaría en llegar, estaba seguro. Tomó un libro de la estantería y decidió sentarse a leer frente al fuego mientras esperaba, pero el reloj dio las doce y la mujer no había aparecido. Se puso de pie con la intención de marcharse a casa, pero había bebido demasiado y su visión se nubló. Decidió entonces pasar la noche allí, así que subió a su habitación, se desnudó y se metió entre las frías sábanas blancas de la cama. El repiqueteo constante de la lluvia sobre el cristal de la ventana produjo una melodía hipnótica que pronto le tuvo completamente dormido.

Capítulo 2

A la mañana siguiente, Sebastian se despertó debido al suave roce de unos dedos femeninos sobre su espalda desnuda. Sonrió con los ojos cerrados y se giró de repente, atrapando a Blair entre sus brazos para rodar con ella sobre la cama y tenerla bajo su cuerpo. La besó profundamente, saboreando cada rincón de su cálida boca con la lengua, y ella respondió enredando los brazos en su cuello y pegando su cuerpo al de él. Sebastian rompió el beso para llenar de pequeños mordiscos su cuello, haciéndola reír, y terminó tumbándose entre sus turgentes pechos cubiertos de seda.

—Buenos días —susurró al fin.

—Siento no haber podido estar para ti anoche, mi amor —se disculpó ella—. Leandro se sintió indispuesto y decidió no salir a ver a su amante.

—Odio a tu esposo —protestó.

—Te aseguro que no más que yo. ¿Y bien? ¿Es cierto que tu padre ha muerto?

El recuerdo del día anterior recorrió su espalda con un escalofrío helado, y se apartó de ella para sentarse en el borde de la cama.

—Lo es —suspiró—. Contrajo difteria en el orfanato y cuando llamaron al médico fue demasiado tarde para salvarlo.

—Siento mucho tu pérdida.

La mujer se puso de rodillas a su espalda y le abrazó con fuerza. Él se refugió en ese abrazo, se giró para abrazarla de vuelta y enterró la cabeza en su cuello, inspirando el perfume de rosas que tanto le gustaba. Podría pasarse la vida entera así, encerrado con ella en una habitación, simplemente abrazándola. Necesitaba su consuelo, su apoyo, pero Blair empezó a acariciar su pecho intentando excitarle, por lo que puso una mano sobre las de la dama y se apartó un paso de ella.

—Blair, no estoy de humor —protestó.

—Te haré sentir mucho mejor, ya lo verás.

—Mi padre acaba de morir, lo que necesito de ti no es sexo, sino un poco de consuelo.

—Entiendo que estés triste por la muerte de tu padre, pero por primera vez en mucho tiempo Leandro ha salido de la ciudad y no volverá hasta mañana. Tenemos todo el día para nosotros, deberíamos aprovecharlo.

—Tal vez tú tengas todo el día libre, Blair, pero yo tengo que volver a mi casa.

—Ya no eres un niño que tenga que volver a casa cuando su madre se lo ordena, Sebastian —protestó ella.

—¿Sabes qué? Será mejor que te vayas.

Blair le miró con sorpresa dando un respingo, pero en vez de obedecer se acercó a él y le abrazó por la espalda.

—Lo siento, he sido una insensible —se disculpó.

—Desde luego que lo has sido.

—Perdóname, es que hace tanto tiempo que no podemos pasar más de unas pocas horas juntos que…

—No soy yo quien está atrapado en un matrimonio, sino tú.

—Tienes razón, pero no puedo hacer nada hasta que Leandro muera. Sabes que su enfermedad no tiene cura…

—Y también sé que puede durar un par de meses o varios años, Blair. Yo no estoy dispuesto a seguir así mucho tiempo más.

—¿Insinúas que vas a dejarme? —exclamó ella apartándose de él— ¿Y qué pasa con todos nuestros planes, Sebastian? Planeamos tener un hijo, ¿acaso lo has olvidado?

—No, no lo he olvidado, pero ahora todo es distinto.

—¿Porque no está tu padre?

—Porque ahora soy el vizconde de St Vincent, Blair. Ahora tengo responsabilidades que no puedo eludir.

—Puedes renunciar al título. No lo necesitas.

—¿De veras crees que es tan sencillo?

—Buscaremos una solución, te lo prometo. —Acarició su mejilla y unió sus labios a los de su amante—. Sigamos así solo un tiempo más, hasta que se nos ocurra algo para poder estar juntos, ¿mmm?

Con un suspiro, Sebastian asintió. Se vistió y bajó con ella al salón. Pidió al ama de llaves que sirviera un poco de té y encendió él mismo la chimenea.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Blair.

—Estoy destrozado, Blair. Me siento tan culpable… Si hubiera hecho caso a las continuas misivas de mi abuelo podría haber pasado sus últimas horas a su lado.

—¿Por qué no las leíste?

—Creí que el viejo insistiría en que terminara nuestra relación. Debería haberlas leído, debería…

—Deja de culparte, ahora no hay nada que puedas hacer para remediar tu error —le interrumpió ella—. Lo hecho, hecho está, mi amor. Esté donde esté, tu padre sabrá que le amas y que habrías estado a su lado de haberlo sabido.

—Menos mal que te tengo, si no estuvieras a mi lado, yo…

La mujer le silenció hundiendo la lengua en la boca del hombre. buscó la suya con ansia, intentando avivar el fuego de la pasión. Sebastian quería quedarse con ella, lo deseaba más que nada en el mundo, pero sus besos no le hicieron sentir nada, estaba roto por dentro, se sentía vacío. Con un suspiro se apartó de ella y, tras darle un último beso en la frente, salió de la vivienda sin tan siquiera despedirse. Entró en su casa sin hacer demasiado ruido, rezando porque su madre aún no se hubiera levantado, pero no iba a tener tanta suerte: Martha estaba sentada en la mesa del desayuno leyendo el periódico. Le miró con reproche, pero no dijo ni una palabra. Continuó leyendo la prensa sin prestarle la más mínima atención. Sebastian se acercó a ella e intentó abrazarla por los hombros, pero ella se apartó.

—Lo siento mucho, mamá —se disculpó—. Bebí demasiado anoche y me quedé dormido.

—Apestas a perfume barato de mujer, Sebastian —espetó ella—. No te atrevas a mentirme.

Maldición… su madre estaba realmente furiosa con él, y no podía reprochárselo. Seguramente no habría pegado ojo en toda la noche esperándole, y a él no se le había ocurrido enviar una nota avisándola de que iba a pasar la noche fuera.

—Te juro que no te miento, mamá —continuó—. Es cierto que la he visto esta mañana, pero anoche no dormí con ella, te lo juro.

—Esa mujer va a traerte serios problemas, deberías hacer caso a tu abuelo y alejarte de ella lo antes posible.

—Pero Blair es la mujer que amo, ¿cómo podría alejarme de ella?

—¿Acaso crees que tienes algún tipo de futuro con ella? ¿Crees de veras que su esposo va a morir de la noche a la mañana y vas a poder casarte con ella?

—El conde tiene una enfermedad incurable, puede morir en cualquier momento.

—¡Despierta de una vez, Sebastian! ¡Esa mujer solo está utilizándote! No eres su único amante y lo sabes. ¿Por qué sigues creyendo sus palabras?

—Blair no tiene más amante que yo —espetó.

—¿Y qué me dices del barón Zouche? ¿O el conde Forfar?

—El barón y ella se conocen desde niños, y la difunta esposa de Forfar era una de sus mejores amigas. ¿Por qué crees lo que dicen las malas lenguas de ella?

—Porque en esta ocasión solo dicen la verdad. Deberías encontrar una buena mujer con la que casarte y olvidarte de la condesa.

—Aún soy muy joven para casarme, te lo he dicho docenas de veces.

—¡Pues busca una cortesana que satisfaga tus deseos! Al menos así no viviría aterrada de que cualquier mañana vengan a comunicarme que has muerto en un duelo.

—¿Puedes respetar mi decisión? Es mi vida, no la tuya.

—¡Vida que yo te di, desagradecido!

—Vas a disculparme, mamá, pero no eres la más indicada para criticarme por estar con Blair cuando tú también te acostaste con un hombre casado.

El dolor reflejado en los ojos de su madre hizo que se arrepintiera inmediatamente de sus palabras. Dio un paso hacia ella para disculparse, pero Martha se levantó de la mesa, dejó la servilleta sobre ella con más fuerza de la necesaria y salió de la habitación dando un sonoro portazo. Sebastian se dejó caer en la silla que acababa de dejar libre su madre y se mesó los cabellos con desesperación.

—¡Maldita sea! —protestó.

Necesitaba café. Se sirvió una taza del aparador y pensó en dejar que el enfado de su madre se enfriara un poco antes de ir a buscarla. Había metido la pata hasta el fondo y debía disculparse con ella, pero sería mucho mejor esperar a que se calmaran las aguas. Tomó el periódico mientras desayunaba y su mano tembló al ver la necrológica de su padre publicada en la primera página.

Lord Lucius Wembley, cuarto vizconde de St Vincent, falleció en Londres, el día 31 de febrero de 1784, a la edad de 50 años, confortado por los Santos Sacramentos y la Bendición Apostólica.
Su esposa, lady Francesca Wembley, su hijo, lord Sebastian Wembley, y su padre, lord Abraham Wembley, séptimo marqués de Waterford, lo comunican a sus amigos y conocidos y ruegan que lo tengan presente en sus oraciones.
El funeral tuvo lugar en la más estricta intimidad.

Sebastian suspiró. Lucius jamás volvería a cruzar aquella puerta con una sonrisa en los labios, ni saldrían a cazar juntos en Meaford Hall, la casa de campo familiar, nunca más. Sebastian no podría volver a pedirle consejo sobre sus finanzas, ni bromear con él en una fría noche de tormenta mientras tomaban una copa y jugaban al ajedrez frente al fuego. No podría volver a escuchar su risa, ni su voz, ni sus regaños. No podría volver a refugiarse en él cuando tenía un problema o se sentía triste, ni podrían ir juntos a ver una obra de teatro. Había perdido una gran parte de él mismo… y jamás la recuperaría. No podía permitir que su madre siguiera

disgustada por su culpa. Necesitaba su apoyo tanto en ese momento que moriría si Martha terminaba siendo herida con sus palabras. Se dirigió hacia la biblioteca para pedirle disculpas. La encontró sentada en el alféizar de la ventana mirando hacia la calle, observando a los viandantes caminando por la acera. A Sebastian se le encogió el corazón al verla limpiar una lágrima de su mejilla con la mano. Se acercó y puso la barbilla en su hombro, como tantas veces había hecho cuando creció lo suficiente para ello.

—Mamá, perdóname —susurró—. No debí haberte dicho eso.

—No, no debiste —respondió ella.

—Estaba enfadado y dije esas cosas sin pensar, siento mucho haberte lastimado. ¿Podrás perdonarme?

—Sabes bien que no te digo las cosas para fastidiarte, sino porque soy tu madre y estoy realmente preocupada por ti.

—Lo sé.

—No puedes ni imaginar la angustia que siento cada vez que sé que vas a encontrarte con esa mujer, hijo. Sé que es tu vida y tu decisión, pero no puedes impedir que me aterre la idea de que el conde Spencer te atrape en los brazos de su esposa y te rete a duelo.

—Lo sé —susurró de nuevo.

—Y lo que me has dicho… Sabes de sobra las circunstancias de tu concepción, sabes bien que jamás volví a la cama de tu padre después de aquel día, ni una sola vez. Podría haberlo hecho, desde luego que podría haberme olvidado de todo y haberme entregado de nuevo a él, pero no lo hice. No soy una cualquiera.

—Retiro las palabras que he dicho, las retiro de veras. ¿Puedes olvidarlo, por favor?

—No vuelvas a repetirlas nunca.

—Te lo prometo, no lo haré.

Martha asintió y Sebastian la abrazó con fuerza. La madre se acurrucó en los brazos del hijo como tantas veces había hecho en los del padre y se sintió tan reconfortada como entonces. Permanecieron sentados allí, abrazados, hasta que todo el malestar de Martha se disipó por completo.

—Vamos, ve a cambiarte —pidió Sebastian—. Quiero llevarte a un lugar.

—No tengo ánimos para salir, Seb. ¿Por qué no vas solo?

—Por favor, mamá. Hazlo por mí.

—¿A dónde iremos?

—No te preocupes, es un lugar tranquilo y nadie nos molestará, te lo prometo.

—Muy bien —suspiró—. No tardaré.

Media hora después, su madre bajó ataviada con un sencillo vestido azul oscuro de terciopelo. Subieron al carruaje y pusieron rumbo a la abadía de Westminster. Esa mañana el cielo estaba cubierto de nubes, aunque no amenazaba lluvia.

—¿A dónde vamos? —preguntó Martha al ver la dirección que tomaba el cochero.

—A que te despidas de mi padre como Dios manda.

—No podemos ir… Si Francesca lo descubre…

—Me da igual que Francesca se entere, mamá —la cortó—. Él es mi padre y puedo ir a visitarlo cuando me venga en gana.

—Pero yo…

—Tú eres mi madre y vienes a acompañarme. Además, estoy completamente seguro de que no estará rondando por allí.

—Eso no lo sabes.

—¿De veras crees que esa mujer perdería el tiempo frente a la tumba de un hombre al que nunca ha querido?

—Pero…

—Tengo el permiso del abuelo —mintió—, así que deja de preocuparte.

—¿Tu abuelo te permitió llevarme allí?

—Por supuesto.

La mención del marqués pareció calmar a Martha, que se recostó en la pared del carruaje con un suspiro y fijó la mirada en la ventana. El vehículo se detuvo en la puerta principal de la abadía y Sebastian ayudó a su madre a bajar de él. La guio por el cenobio hasta el lugar donde se encontraba enterrado Lucius y le entregó el ramo de flores que había comprado antes de llegar a casa. La dejó a solas para que pudiera despedirse y se dirigió a los jardines para tomar un poco de aire fresco. Encontró allí a una joven dama que leía sentada en el borde de la fuente. Era francamente hermosa, con el cabello rubio ondulado recogido en un moño alto del que escapaban algunos mechones, unos ojos grandes almendrados de color marrón escondidos tras la montura de sus gafas y unos labios gruesos y rosados que dibujaban una sonrisa. Llevaba un sencillo vestido de muselina verde musgo sin apenas adornos, y su capa descansaba junto a ella en el borde de la fuente. Sonrió inconscientemente cuando la dama dejó escapar una risita, seguramente algo de lo que estaba leyendo le había parecido tremendamente divertido, y prosiguió su camino hasta uno de los bancos de forja.

—¡Marianne, por Dios! —exclamó una voz a su espalda— ¿Se puede saber dónde te has metido?

La joven dio un respingo, cerró el libro de golpe y salió a correr, con tan mala fortuna que tropezó de lleno con Sebastian, dándose de bruces contra su pecho. Logró tomarla de los brazos y estabilizarla antes de que terminara cayendo hacia atrás, y la soltó cuando estuvo seguro de que sería capaz de mantenerse sobre sus pies.

—¡Dios santo, lo siento tanto! —exclamó ella colocándose las gafas, que habían quedado torcidas sobre el puente de su nariz respingona.

—¿Se encuentra usted bien, señorita? —preguntó Sebastian.

—Sí… creo que sí. Siento haber tropezado con usted, milord. Espero que me disculpe.

—Está usted perdonada, milady, pero le aconsejo que a partir de ahora mire por dónde camina. Puede que la próxima vez no sea una persona con quien tropiece, sino una columna, y puedo asegurarle por experiencia propia que ellas reaccionarán realmente mal.

La joven sonrió ante la broma dejando a la vista una hilera de pequeños dientes perfectamente alineados.

—Seguiré su consejo, milord —respondió—. Y ahora, si me disculpa, debo retirarme. Mi cuñada debe estar como loca buscándome. Que tenga usted un buen día.

—Lo mismo digo, milady.

Sebastian la siguió con la mirada para asegurarse de que entraba en la abadía sin sufrir ningún otro percance. La joven le sorprendió volviéndose hacia él justo antes de cruzar las puertas, y levantó la mano para agitarla en el aire a modo de saludo. No pudo evitar sonreír y devolverle el gesto, pero cuando se volvió para seguir su camino descubrió que la dama en cuestión había dejado olvidada su capa en la fuente. Se apresuró a tomarla y salir a correr tras ella. La alcanzó un poco más adelante, hablando con otra dama un poco mayor que ella que Sebastian dedujo sería su cuñada.

—Disculpe, señorita —dijo acercándose a ella.

La joven se dio la vuelta y soltó un exabrupto al ver que traía en su mano la capa

olvidada.

—Mil gracias, milord —agradeció—. Ni siquiera me había dado cuenta de que la había dejado olvidada.

—Cualquier día olvidarás la cabeza, Marianne —la regañó la mujer que la acompañaba.

—Lo siento, Agatha. Salí a correr cuando me llamaste y…

—Gracias en nombre de mi cuñada por su consideración, milord —dijo la mujer, haciendo una reverencia.

—De veras, no ha sido nada.

—Vaya, vaya… Pero mira a quién tenemos aquí… El joven vizconde de St Vincent —dijo una voz a su espalda.

Sebastian se dio la vuelta para encontrarse con Harvey Pennington, conde de Onslow y mejor amigo de su abuelo. Se habían conocido en uno de tantos veranos que el joven había pasado en la casa de campo familiar. Sonrió.

—Lord Onslow… —saludó haciendo una reverencia— Es un placer verle de nuevo.

—Lo mismo digo, muchacho —respondió el conde palmeándole la espalda—. Siento mucho tu pérdida, en el funeral no tuve oportunidad de acercarme a darte el pésame.

—Gracias, milord.

—Veo que has conocido a mi nuera, Agatha, y a mi hija, mi querida Marianne.

—Así es, papá —respondió la joven—. St Vincent ha tenido la amabilidad de traerme la capa que dejé olvidada en el jardín.

—No sé dónde tienes la cabeza, Marianne —la regañó su padre.

—Lo siento.

—Si me disculpan, debo marcharme —dijo Sebastian—. Es un placer volver a verle, lord Onslow. Lady Pennington, señorita Pennington…

—Dile a tu abuelo que iré a verle en unos días para presentar mis condolencias —dijo Onslow.

—Le daré el recado, milord.

Sebastian se dirigió hacia la tumba de su padre, había dejado a su madre demasiado tiempo sola. Martha aún se encontraba arrodillada frente a la piedra y tenía los ojos enrojecidos por las lágrimas, pero le miró con una sonrisa.

—¿Dónde estabas? —preguntó levantándose— Pensé que te habías olvidado de mí.

—Me he encontrado con lord Onslow —explicó.

—Es amigo de tu abuelo, ¿no es así?

—Su mejor amigo. Le conocí en uno de mis veranos en Meaford Hall, suele ir a menudo a cazar con el viejo.

—¿Volvemos a casa? Me encuentro bastante cansada.

—¿Has terminado de despedirte?

—Lo he hecho, sí. Ahora me siento mucho mejor. Gracias por traerme, hijo.

—Sé que te habría gustado estar en el funeral, así que pensé que al menos deberías tener la oportunidad de saber dónde se encuentra para venir a verle cuando quieras.

—Y no sabes el bien que me ha hecho hablar con él. Prepararé tu comida favorita para compensarte por ello.

—No tienes que hacerlo, mamá, te lo he dicho muchas veces. Ahora tenemos servicio y una cocinera que se encarga de nuestra comida.

—Es cierto, pero nadie va a quitarme el placer de consentir a mi único hijo como yo quiera.

—¿Eso quiere decir que me has perdonado por lo de antes?

—Por supuesto que sí, jamás podría enfadarme contigo demasiado tiempo.

—Es un alivio escucharlo. ¿Nos vamos?

Sebastian abrazó a Martha, la besó en la mejilla y le ofreció el brazo para guiarla hasta el carruaje. Si Martha quería consentirle, no sería él quien se negase.

Capítulo 3

Sebastian llegó a la oficina del abogado Jerome Beaufoy a las diez en punto de la mañana. Su secretario le hizo pasar a su despacho, donde ya se encontraba Francesca. No hizo caso del bufido que ella dejó escapar, se sentó en el sillón que había junto a la ventana, lo más alejado posible de la viuda, y aceptó con una sonrisa la taza de té que el secretario le ofreció.

—El señor Beaufoy vendrá en seguida, milord —dijo el hombre con una inclinación de cabeza.

—Gracias.

El secretario salió de la habitación cerrando la puerta con suavidad a su espalda. Sebastian se dedicó a mirar por la ventana para evitar cualquier enfrentamiento con la esposa de su padre, pero no lo consiguió.

—No sé qué demonios haces tú aquí —espetó la mujer.

—He venido porque el señor Beaufoy me ha mandado llamar, te aseguro que no tenía ningún interés en verte la cara.

—No deberías aparecer en el testamento de Lucius, no eres más que un bastardo.

—Déjame corregirte una vez más, mi querida Francesca. Mi padre me reconoció hace más de diez años. No solo soy su hijo legítimo, sino también el heredero de su título.

Francesca iba a responder, pero se mantuvo en silencio cuando la puerta del despacho se abrió de nuevo. Beaufoy llegó acompañado del marqués de Waterford, que tras hacerle una inclinación de cabeza a su nuera se acercó hacia donde se encontraba su nieto.

—Bien, ya que estamos todos aquí, procedamos a la lectura del testamento de lord Lucius Wembley —dijo el abogado poniéndose las gafas.

Beaufoy abrió un sobre lacrado y comenzó a leer el testamento con voz alta y clara. Con cada palabra que salía de su boca, Francesca iba enrojeciendo más y más. A excepción de la casa familiar y treinta y cinco mil libras, que irían a parar a ella, y el reloj de oro que solía llevar siempre, que había sido para su abuelo, Lucius se lo había dejado todo a su hijo: la casa en la que su madre y él vivían, sus acciones en la naviera más importante de Londres, los seis caballos de carreras que competían cada año en el *Royal Ascot*[2] y el resto de su fortuna que no pertenecía al título nobiliario.

—¡Esto no es posible! —chilló Francesca cuando el abogado cerró el testamento— ¡Él no puede heredar nada!

—Por supuesto que es posible, lady Wembley —respondió el abogado con voz calmada —. Lord Wembley reconoció a su hijo, lo que le convierte en legítimo a ojos de la ley.

—¡Eres un maldito bastardo! —gritó la mujer encarándose a Sebastian— Embaucaste a mi esposo igual que hizo la ramera de tu madre, hiciste que…

—¡No te consiento que insultes a mi madre! —estalló él levantándose del sillón— Como vuelvas a llamarla ramera te juro que…

—Vamos, Sebastian, cálmate —le interrumpió su abuelo interponiéndose entre ellos dos —. No merece la pena.

—¡Esto no quedará así! —gritó Francesca saliendo de la habitación— ¡Juro que me

vengaré de todos vosotros! ¡Lo juro!

El marqués se dejó caer en el sillón con un suspiro de cansancio. Sebastian volvió a tomar asiento, pero no podía dejar de pensar en lo que acababa de suceder.

—Lord Wembley —le llamó el abogado—. Aún queda una parte del testamento sin leer.

—¿Aún hay más?

—Así es, pero su padre ordenó expresamente que esta parte del mismo se leyera sin la presencia de su esposa.

—Muy bien, adelante —respondió haciendo un gesto con la mano.

—Para recibir la herencia de su padre debe usted aceptar el título de vizconde de St Vincent y casarse antes del final de la temporada. De lo contrario, todos sus bienes serán donados al hospital Foundling.

—Bien —dijo levantándose—, en ese caso dónelo todo al Foundling, no tengo ningún interés en casarme aún.

—Sebastian, siéntate —ordenó su abuelo.

—No voy a casarme, Abraham. No pienso hacerlo.

—¿Es por esa maldita mujer?

—Blair no tiene nada que ver con mi decisión.

—¡Por supuesto que tiene que ver! ¡Tiene todo que ver! ¡Te ha engatusado para hacer contigo lo que quiera y no te das ni cuenta!

—¿Vas a empezar otra vez con eso?

—¿Sabías que no eres su único amante? El barón Zouche y el conde Forfar te lo dirán de su propia boca igual que hicieron conmigo.

—Ellos solo son amigos.

—¿Cómo puedes ser tan ingenuo, Seb? Esa mujer lo único que quiere es que le des un hijo para asegurar su lugar como condesa. ¿Te ha dicho que Spencer la ha amenazado con divorciarse si no logra engendrar un maldito heredero?

La sorpresa debió verse reflejada en el rostro de Sebastian, pues su abuelo sonrió con escepticismo.

—Ya veo que no —continuó—. Si te amara tanto como dices consentiría en divorciarse de él y casarse contigo, pero te utiliza para conseguir mantenerse donde está. Al fin y al cabo, un conde es mucho mejor que un vizconde, ¿no crees?

—Mientes…

—Puedo demostrarlo. Mi ayuda de cámara es hermano de la cocinera de los Spencer, ella fue quien me lo contó todo. Te está utilizando, maldita sea. Abre los ojos de una vez.

—No tengo ninguna intención de seguir escuchando estupideces. No quiero la herencia, arregle lo que sea necesario para donarla al hospital a la mayor brevedad. Caballeros…

Abraham suspiró cansado cuando su nieto salió de la habitación dando un portazo. ¿Por qué estaba tan ciego con aquella mujer?

—¿Milord? —preguntó el abogado.

—No hagas nada todavía, Beaufoy —ordenó el marqués—. Démosle algo de tiempo para calmarse. Tiene tiempo hasta el final de la temporada para cambiar de opinión.

—Como ordene, milord.

Salió de la oficina y se dirigió hacia su carruaje. Estaba seguro de que su nieto iría a refugiarse en los brazos de aquella mujer, así que decidió ir a hablar con Martha. Tal vez su madre fuera capaz de hacerle entrar en razón, ya que a él definitivamente no le escuchaba. Abrió la puerta una mujer de cabello cano y ojos vivaces.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó.

—Quiero ver a Martha, dígale que el marqués de Waterford ha venido a verla.

La mujer pareció saber quién era, porque se apartó de la puerta y le hizo pasar. Se dirigieron al salón principal, donde Martha estaba entretenida bordando junto a la ventana. Había cambiado mucho desde la última vez que se vieron. Ahora era una mujer madura, con el pelo algo canoso por la zona de las sienes. Igualmente bella, aunque ahora lucía más como una dama que como una simple sirvienta. Martha levantó la vista y dio un respingo al verle de pie junto a la puerta.

—Buenos días, Martha —dijo el marqués con una dulce sonrisa—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos.

—¡Lord Waterford! —exclamó ella poniéndose de pie— Es un honor tenerle en nuestro hogar. Por favor, siéntese, pediré que nos sirvan el té.

—Gracias —dijo el hombre.

Se acercó al sillón de brocado y se sentó, observando divertido cómo la madre de su nieto corría hacia la puerta para pedir el té. Una vez la mujer que le abrió la puerta lo dejó sobre la mesa, acompañado de unos pastelitos de crema, Martha sirvió un par de tazas y le entregó una de ellas.

—¿Qué le trae por aquí? —preguntó.

—En primer lugar, quiero saber cómo estás. Sé que mi hijo y tú teníais una relación muy especial y debe haberte dolido mucho su pérdida.

—Fue la persona más importante de mi vida después de mi hijo —asintió—, pero no de la manera que parece usted creer. Sentía, y aún siento, un profundo amor por Lucius, pero es más el amor que uno siente por una persona de su familia, por un hermano o un primo cercano. Nunca estuve enamorada de Lucius, y le aseguro que él tampoco lo estuvo nunca de mí.

—Lo sé, mi hijo me lo contó todo cuando decidió reconocer a Sebastian. Hablaba de vuestra amistad, por supuesto.

—Lucius ha dejado un vacío muy grande en mi vida, milord. No sé cómo voy a poder seguir adelante sin su amistad. Él era mi baluarte, y siento que ahora que él no está estoy indefensa.

—Eso no es cierto, Martha. Aún tienes a Sebastian, y desde luego que puedes contar con mi protección. Debería haber venido a visitarte mucho antes, lo sé, pero no quise meterme en los asuntos de Lucius. Espero que lo entiendas.

—Lo entiendo perfectamente, milord.

—El otro asunto por el que estoy aquí tiene que ver con Sebastian.

—¿Le ha ocurrido algo a mi hijo? —preguntó ella alarmada.

—Él está bien, mujer. Enfurruñado, pero bien.

—Lady Wembley le ha puesto las cosas difíciles de nuevo, ¿no es así?

—Lo ha intentado, sí, pero eso no es lo que le ha puesto de mal humor. Verás, Lucius le ha dejado toda su fortuna a Sebastian, pero con una condición que a él no le ha hecho ninguna gracia.

—¿Qué condición es esa?

—Debe casarse antes de que finalice la temporada.

—¿De veras Lucius ha puesto esa condición? —preguntó asombrada.

—Me quedé tan asombrado como tú, pero así es. Si no se casa antes del verano toda la fortuna de mi hijo que no está ligada al título será donada al hospital Foundling.

—Entiendo.

—Huelga decir que Sebastian ha rechazado de plano la herencia, y cuando he intentado convencerle de que lo piense mejor hemos discutido. Ha sido mi culpa, desde luego, porque no entiendo cómo la condesa Spencer puede ejercer tremendo poder sobre él.

—Yo tampoco lo entiendo, milord. He intentado disuadirle innumerables veces de que termine con esa relación, pero está tan enamorado de ella que no atiende a razones.

—Necesito tu ayuda, Martha. Necesito que me ayudes a convencerle para que obedezca a su padre una última vez.

—¿Cómo puedo hacer eso? No me escucha cuando se trata de esa mujer.

—Inténtalo, haz que entienda que su padre solo velaba por su felicidad. Jamás será feliz si continúa ligado a esa mujer.

—Lo intentaré.

—Después de pensarlo seriamente durante estos días, creo que lo mejor para todos sería que Sebastian y tú os mudéis a la mansión familiar a la mayor brevedad.

—No.

—Martha…

—No voy a dejar mi hogar, milord. Acaba de decir que Sebastian ha heredado todos los bienes de Lucius, por tanto, esta casa pertenece a mi hijo.

—Y así será si se casa antes del tiempo estipulado.

—Entonces no pienso irme a ninguna parte hasta que no termine la temporada. Este es mi hogar y soy muy feliz en él, así que sintiéndolo mucho debo declinar su ofrecimiento.

—No seas terca, mujer. Ahora Sebastian se ha convertido en vizconde de St Vincent, no puede seguir viviendo como lo ha hecho hasta ahora.

—Él puede mudarse con usted, pero yo me quedaré donde estoy.

—Martha…

—No lo entiende, milord —suspiró poniéndose de pie—. He vivido tantos bellos momentos en esta casa que no quiero perder…

Pasó la mano con suavidad por el respaldo del sillón de orejas situado frente al fuego y dibujó en sus labios una triste sonrisa.

—Lucius se sentaba aquí cuando Sebastian se quedaba dormido —continuó—. A veces se quedaba a cenar conmigo y podíamos hablar de cualquier cosa. Era reconfortante tener a alguien con quien hablar, en quien apoyarme cuando estaba perdida. No quiero perder todos esos recuerdos.

—Sabes bien que Lucius estaría más que de acuerdo en que os vinierais a vivir conmigo. Querría que te protegiera igual que hizo él durante todos estos años.

—Ese es un golpe muy bajo, milord.

—Pero no deja de ser cierto. —El marqués se acercó a ella y posó las manos sobre sus hombros—. Hazlo por ellos, Martha. Hazlo por la memoria de mi hijo y el bienestar del tuyo. Es un pequeño sacrificio por el bien de todos.

—Pero yo no soy una dama, no sabría desenvolverme en su mundo. ¿No lo ve?

—No tienes que desenvolverte en mi mundo más de lo estrictamente necesario. Vivirás cómodamente sin tener que preocuparte de estúpidas normas sociales, todo son ventajas.

—¿No tendré que acudir a eventos sociales?

—Por supuesto que no. Tal vez te pida alguna vez que me acompañes a pasear por el parque, o que acudas a alguna reunión familiar, pero nada más.

Martha se miró pensativa las manos. Abraham estaba a punto de convencerla, podía verlo. Tomó sus manos con cariño y levantó su barbilla con cuidado.

—Permíteme hacer esto por vosotros, Martha —pidió—. Déjame compensar el tiempo perdido.

—Muy bien —suspiró ella al fin—. Nos mudaremos con usted, pero solo si Sebastian está de acuerdo.

—Me conformaré con eso. Debo irme, no quiero que tu hijo me encuentre aquí después de nuestra discusión. Avísame si logras convencerle de que acepte los términos del testamento. Tengo en mente a una dama que puede ser muy adecuada para él.

—¿Ya ha pensado en una dama?

—Llevo pensando en ella mucho tiempo —respondió sonriendo—. Cuando la conozcas estarás de acuerdo conmigo, estoy seguro. Pero por ahora centrémonos en convencerle de que acepte el testamento.

El hombre se marchó y Martha se quedó sola con sus pensamientos. El marqués tenía razón: ahora su hijo era vizconde, y debía vivir acorde al título que poseía. Su casa era muy hermosa, pero no suficiente para un par del reino. En cuanto al testamento… ¿En qué estaba pensando Lucius para poner esas condiciones? Sabía que él también estaba en contra de la relación de Sebastian con la condesa Spencer, ¿pero hasta el punto de imponerle un matrimonio? Claro que bien podría su hijo aceptar el acuerdo y continuar manteniéndola como amante… Esperaba de veras que no lo hiciera, Martha no soportaría ver a su nuera sufrir por culpa de su hijo. Por ahora debía convencerle de aceptar el testamento, ya habría tiempo de pensar en ello más tarde.

Media hora después, Sebastian llegó a su casa. Entró en el salón con un plato de galletas de mantequilla que seguramente había sustraído de la cocina sin que Roselynd le viera y se sentó junto al fuego a comérselas.

—¿Roselynd sabe que las has cogido? —preguntó Martha sonriendo.

—Las he robado mientras ella estaba dentro de la alacena —rio Sebastian— ¿Quieres una antes de que me atrape y me las quite?

—No, gracias. No pienso ser cómplice de tu fechoría. Tu abuelo ha venido a hablar conmigo.

Martha notó que su hijo se tensaba. No, no era el momento de hablar de las condiciones del contrato.

—¿Qué quería el viejo? —preguntó Sebastian con voz tensa.

—Me ha pedido que nos mudemos con él a la mansión de Mayfair.

—¿Nos mudemos? ¿Ambos?

—Así es. Dado que ahora eres el vizconde de St Vincent piensa que esta casa es demasiado humilde para que vivas en ella.

—Tonterías, esta es nuestra casa.

—Lo es, sí. Pero estoy de acuerdo con él.

—Sigo siendo el mismo, no necesito una casa enorme llena de sirvientes.

—Tal vez Sebastian Wembley no lo necesite, pero el vizconde de St Vincent sí. Ahora deberás codearte con la alta sociedad, organizar fiestas en tu casa y con el tiempo casarte y tener un heredero. No creerás que puedes organizar un baile en esta casa, ¿verdad?

—¿Estarías bien mudándote a Mayfair?

—Estaré bien siempre que tú lo estés. Además, puedo volver aquí cuando formes tu propia familia. Le he dicho que nos mudaremos si tú estás de acuerdo, pero sé que esto es lo mejor para ti.

—Muy bien —suspiró—. Contrataré a alguien para que nos ayude con la mudanza. Pero

si en algún momento te sientes incómoda en aquella casa debes decírmelo y volveremos aquí de inmediato.

—Estaré bien, de veras. Y como he dicho, tengo intención de volver aquí tan pronto como te cases.

—No creo que sea muy pronto si piensas esperar a que pase por la vicaría, sabes que aún soy muy joven para casarme.

—Ahora tienes responsabilidades que no puedes eludir, Sebastian. No puedes andar jugando bajo las faldas de una mujer casada toda la vida.

—No empieces con eso, por favor.

—Lo siento, no pretendía hacerlo. Bien, iré a informar a Roselynd sobre nuestros planes. Pienso llevarla conmigo como mi dama de compañía, ¿qué te parece?

—Una gran idea.

Martha se puso de pie y se dirigió a la puerta, pero se detuvo antes de cruzar el umbral.

—¿Vas a salir? —preguntó.

—Pensaba acercarme al White's, pero estaré de vuelta para la hora de la cena. ¿Por qué?

—Quiero que me acompañes a hacer unas compras. Ya que tu abuelo ha sido tan amable conmigo me gustaría hacerle un regalo, y tú conoces sus gustos mucho mejor que yo.

—¿Tienes algo en mente?

—He pensado en unos bonitos gemelos. ¿Qué te parece la idea?

—Estoy seguro de que será todo un acierto. Y de paso, ¿por qué no le hacemos una visita a la modista? Deberías renovar tu vestuario.

—Tonterías, estos vestidos son bonitos y están en perfecto estado.

—¿Por qué te empeñas en llevar vestidos sencillos cuando puedo permitirme vestirte como toda una dama?

—Esta ropa es mucho más cómoda que los pomposos vestidos de las damas de la alta sociedad. Pero si piensas que debo cambiar mi forma de vestir ahora que vamos a vivir en Mayfair… Jamás te pondría en ridículo, Sebastian.

El hombre sonrió y se acercó a su madre para abrazarla con cariño.

—Puedes vestir como quieras, mamá, te aseguro que la mujer que me dio a luz y me ha cuidado mejor que a ella misma jamás será una vergüenza para mí. Eres mi gran amor, ya lo sabes —bromeó.

—Pues me gustaría que tu gran amor fuera una buena dama soltera con la que pensaras sentar cabeza, no yo —bufó Martha—. Vamos, suéltame, debo empezar a preparar la mudanza.

—¿Qué te parece si te acompaño al joyero después de comer? Puedo ir al club mañana.

—¿Seguro que estará bien para ti?

—Por supuesto, tú eres lo más importante.

—En ese caso hagámoslo. Puedo volver a casa por mi cuenta para que tú puedas ir al club.

—Prefiero que regresemos juntos, mamá. No quiero que andes sola por la ciudad a esa hora.

—¿No crees que estás exagerando? Soy perfectamente capaz de tomar un coche de alquiler por mi cuenta.

—Lo sé, pero la furia de Francesca es demasiado reciente como para arriesgarnos a que tengas un encuentro fortuito con ella. No sé de lo que sería capaz esa mujer, mamá. Estoy preocupado.

—Tienes razón, ni siquiera había pensado en ello.

Sebastian besó a su madre en la mejilla. Martha acarició su rostro con cariño y abandonó la habitación. Él se dejó caer en el sillón con un suspiro y se llevó la última galleta a la boca pensando en los recientes acontecimientos. La muerte de su padre había puesto su vida del revés, de eso no cabía duda. Aún no entendía qué le había llevado a poner tal cláusula en el testamento, pero de lo que sí estaba seguro era de que no pensaba ceder… ni por él ni por nadie. Pensó de nuevo en las palabras que su abuelo le había dicho esa tarde. No podía ser cierto que Spencer había amenazado a Blair con el divorcio, su abuelo estaba mintiendo. Blair le amaba tanto como él a ella, de eso estaba seguro. Pero no pudo evitar que aquellas palabras regresaran a su mente una y otra vez… llenándole de dudas.

Capítulo 4

La señorita Marianne Pennington, única hija del conde de Onslow, permanecía encerrada en su habitación favorita, la biblioteca, intentando leer una de sus últimas adquisiciones, mas no era capaz de pasar de la primera página. Su mente volvía una y otra vez a la tortura que le esperaba en tan solo un mes, la tan temida por ella temporada. La tercera, de hecho. Y no, no es que Marianne no fuera una belleza, que lo era, y tampoco que no hubiera estado interesada en algún joven en particular. Lo había estado, desde luego, y había creído que lord Dudley terminaría pidiendo su mano, pero Victoria Evenson se había interpuesto entre ellos y había logrado que el barón pidiera su mano, y no la de Marianne. Había creído que Dudley y ella tenían gustos en común, lo había creído de veras. Pero todo había terminado siendo una pantomima, un engaño. A lord Dudley lo único que le gustaba era el dinero… y el juego. Necesitaba una heredera rica que mantuviera sus costosas costumbres y desde luego la hija de un duque era mucho mejor que la de un conde. Marianne se había sentido decepcionada cuando se enteró del compromiso. No por ella misma, sino por su pobre madre. Cuando Violet descubrió que su hija había estado perdiendo el tiempo con un botarate como Dudley y que su preciada segunda temporada había sido otro completo fracaso, casi muere del disgusto.

Sus hermanos, por supuesto, quisieron retar a ese sinvergüenza a duelo por el agravio, pero ella no se lo permitió. Los amaba demasiado como para arriesgarse a que perdieran la vida por culpa de alguien que a ella le importaba menos que un pimiento. El único problema era que tendría que volver a sufrir los tormentos de la temporada… otra vez. Y es que Marianne Pennington odiaba realmente los bailes, los eventos sociales y sufrir en la modista meses antes de empezar la temporada. Le importaban bien poco los brocados, las perlas y el encaje. No soportaba ser examinada con lupa por las grandes matronas, ni tener que bailar con caballeros que nada le interesaban o que ponían en peligro sus delicados pies solo por cortesía. Prefería mil veces quedarse en casa leyendo un buen libro junto al fuego que pasar frío viendo los fuegos artificiales de Vauxhall. Para ella era mucho más apetecible sentarse bajo un gran árbol en Hyde Park a leer que pasear a caballo mostrándose a los caballeros solteros como si se tratara de una suculenta tarta de frambuesa. Era por ello que la habían tachado de excéntrica, el pequeño ratón de biblioteca que vive inmerso en un mundo de fantasía. Pero ella era realmente feliz pasando el tiempo en su refugio, el pequeño rincón que su hermano Andrew había creado en la biblioteca para ella.

Por suerte, pertenecía a una gran familia y no tenía tiempo de sentirse sola. Tenía tres hermanos varones mayores que ella y dos cuñadas a las que amaba con locura. Andrew, el mayor de sus hermanos, se había casado hacía ya diez años con Nicole y eran padres de tres hermosos hijos: Nina, de siete años, Christopher, de cuatro, y la pequeña Jinny, de tan solo un año. A Andrew le seguía Clement, que aún permanecía soltero, y por último estaba Elijah, que había contraído nupcias el año anterior con Agatha, una dama encantadora tan solo tres años mayor que Marianne. Sus padres, Harvey y Violet Pennington, habrían querido tener más hijos, pero Dios no les bendijo con una descendencia mayor.

—Marianne, querida, ¿estás ahí? —escuchó la voz de su madre desde el pasillo.

—En la biblioteca, mamá —informó.

—Debí suponer que te encontraría aquí —dijo su madre con una sonrisa cuando llegó hasta ella—. ¿Qué estás leyendo?

—Una novela de viajes que me regaló Elijah hace unos días. El protagonista viaja a Egipto y hace un descubrimiento asombroso… Aunque todavía no he llegado a esa parte.

—Suena interesante, pero me temo que tendrás que dejar la lectura para más tarde.

—¿Tenemos visita?

—No, pero debemos acudir a la modista sin falta. No me digas que lo has vuelto a olvidar, Marianne…

—Lo siento, mamá —se disculpó agachando la cabeza—. ¿Podemos ir otro día? Hoy estoy cansada.

—No, no podemos. Ya lo hemos postpuesto más de la cuenta.

—Pero tengo muchos vestidos de fiesta de la temporada pasada que puedo volver a utilizar…

—¡Cómo se te ocurre! —exclamó Violet horrorizada— Esos vestidos están pasados de moda.

—Solo los he usado una vez, me parece un pecado desecharlos. Con lo que cuesta un guardarropa nuevo podrían comer varias familias necesitadas.

Violet suspiró y se sentó junto a ella en el diván. Acarició su cabello con cariño, como había hecho tantas veces cuando era pequeña. Marianne no pudo evitar apoyar la cabeza sobre su hombro y cerrar los ojos para poder disfrutar del olor del perfume de su madre.

—Escúchame, tesoro —continuó Violet—. Esta es tu tercera temporada, tu última oportunidad de encontrar un hombre adecuado antes de que la sociedad empiece a considerarte una solterona.

—Creí haberlo encontrado la temporada pasada y mira lo que ocurrió.

—Sé que te dolió lo de lord Dudley, pero créeme, estas mucho mejor sin ese sinvergüenza. Hay muchos peces en el mar, cielo. Solo tienes que seguir buscando uno que sea afín a ti.

—Solo tengo veinte años, tengo toda la vida por delante… No es justo que la sociedad dictamine cuándo tiene que casarse una mujer.

—Sé que no lo es, pero no podemos cambiarla de la noche a la mañana, ¿verdad?

—Eso sería imposible.

—Sé que odias acudir a los bailes, pero debes hacer un último esfuerzo, ¿de acuerdo? Solo un año más, y si aun así no resulta podrás hacer lo que quieras.

—Todo el mundo se burló de mí el año pasado por lo ocurrido, mamá. ¿De veras crees que habrá algún caballero interesado en mí?

—¡Por supuesto que lo habrá! Eres una mujer preciosa, Marianne. Estoy segura de que muchos caballeros se habrán olvidado ya de lo ocurrido y estarán deseosos por conquistarte. No pierdas la esperanza, por favor.

—¿Tan malo sería permanecer soltera? Podría vivir aquí con papá y contigo. ¿Sería eso tan horrible?

—Tu padre y yo estaríamos encantados de tenerte con nosotros, pero la sociedad te señalaría cada vez que aparecieras en público. Algunos se burlarían de ti, otros te mirarían con lástima. ¿Es eso lo que quieres?

—Claro que no, solo digo que no sería tan malo quedarme con vosotros.

—Pero tanto tu padre como yo preferimos que puedas ser feliz formando tu propia

familia, cariño. Queremos que tengas hijos preciosos que podamos consentir.

—Yo también quiero tener hijos —reconoció—. Soy tan feliz cuando paso tiempo con mis sobrinos que me gustaría saber lo que es ser madre.

—En ese caso deberás poner un poco de tu parte esta temporada, ¿de acuerdo?

—Muy bien —suspiró levantándose—. Acudiré a los eventos de esta temporada y estaré receptiva si es que algún caballero se fija en mí.

—Estoy segura de que si te esfuerzas un poco encontrarás a algún caballero que te haga feliz.

—Tendrá que compartir mis intereses para ello. Iré a cambiarme, no debemos hacer esperar a madame Fairfax.

Marianne se encaminó hacia la puerta, pero se giró antes de llegar a ella.

—¿No podría papá buscar un hombre por mí? —preguntó esperanzada.

—¿Es eso lo que realmente quieres?

—Sé que papá elegirá bien, y si con ello me libro de acudir a esos ajetreados bailes…

—Ni hablar, jovencita —rio su madre—. Aunque te arreglemos un matrimonio tendrás que acudir a todos los eventos sociales de este año con tu prometido.

—No perdía nada con intentarlo…

Violet vio a su hija salir de la habitación y suspiró. Iba a ser tremendamente difícil encontrar un hombre para ella, sobre todo uno que no estuviera arruinado y necesitara desesperadamente su dinero. Aunque había intentado animarla, sabía que lo ocurrido con Dudley el año anterior no había sido tan fácilmente olvidado. Había escuchado comentarlo a lady Grafton cuando acudió a tomar el té con la condesa de Ellesmere hacía apenas un par de semanas. Se dirigió a su dormitorio a cambiarse, encontrándose con su esposo en el camino. Harvey la acompañó y la ayudó a deshacer los cordones de su vestido.

—¿Cómo ha ido? —preguntó besándola en el hombro.

—Todo lo bien que se puede esperar de Marianne. Se había olvidado por completo de nuestra cita con la modista y ha sugerido que podía utilizar los vestidos de la temporada pasada.

—No puedes culparla después de lo que ocurrió con Dudley de no poner ningún interés en la temporada.

—¿Puedes creer que me preguntó si podías conseguirle un marido? —protestó.

—¿Eso ha dicho? —rio su esposo.

—No te rías. Todas las damas se quejan precisamente de eso, y ella que tiene la libertad de elegir…

—Tampoco sería mala idea —dijo su esposo, ganándose un codazo por parte de Violet —. ¿Crees que no sería capaz de elegir un buen esposo para nuestra hija?

—Por supuesto que elegirías bien. Y de hecho, creo que tendrás que hacerlo si continúa con la actitud que tiene ahora. No sé qué haremos con ella, Harvey. Es un caso perdido.

El conde abrazó a su esposa y llenó de pequeños besos sus hombros y su cuello, haciéndola reír. Abrochó los lazos del nuevo vestido y la guio hacia el tocador para ponerle el collar de perlas que le había regalado el día de su compromiso, collar que su esposa lucía casi a diario.

—Marianne es un alma tranquila, nada más —dijo para tranquilizarla—. Solo debemos encontrar un caballero con gustos similares a los de ella.

—¿Lo crees de veras?

—Hablaré con ella, ¿de acuerdo? Así que deja de preocuparte. La temporada aún no ha empezado, tenemos tiempo de sobra.

—Pero está a punto de empezar, y…

—No voy a esperar a que termine la temporada para intervenir, mi amor —la interrumpió —. Si Marianne realmente está bien con que elija un marido para ella, lo haré lo antes posible.

—Solo quiero que nuestra hija sea feliz, Harvey. Solo quiero que encuentre un buen hombre que sea capaz de amarla y tengan un matrimonio tan bello como el nuestro.

—Y lo tendrá, te doy mi palabra. Vamos, os acompañaré a la modista. Voy a reunirme con Waterford en el White's.

—Pobre hombre. Ningún padre debería sufrir la pérdida de un hijo, debe estar destrozado.

—Más que por sí mismo, está destrozado por su nieto. Estaba muy unido a Lucius y su muerte ha sido un terrible golpe para él.

—No sabía que Lucius había tenido hijos. Tenía entendido que Francesca no podía tener hijos.

—No es hijo de Francesca. Lucius tuvo un affaire con una sirvienta hace ya veintiséis años, fruto del cuál nació Sebastian.

—Su hijo ilegítimo, entonces.

—Le reconoció hace muchos años. Abraham pasaba largas temporadas con él en Meaford Hall, y le tiene en muy alta estima.

—Pero no ha acudido a ningún evento social, ¿verdad? De haberlo hecho yo le conocería.

—No le gustan demasiado, así que acudía únicamente cuando Lucius le obligaba a hacerlo y se marchaba cuando su partida no se consideraba una ofensa para el anfitrión.

—Muy parecido a nuestra hija, entonces —dijo Violet pensativa—. ¿Está casado?

—No lo creo. ¿Por qué lo preguntas?

—Supongo que será apuesto, dado que Lucius lo era.

—Es una copia de su padre. ¿En qué estás pensando, mi amor?

—En que podría ser un pretendiente idóneo para nuestra hija, ¿no crees?

—Lo sería, desde luego. Es un hombre de honor y con una gran fortuna propia, además. Y ahora ostenta el título de su padre. Sería un buen matrimonio, sin duda. Pero…

—¿Qué ocurre?

—Por lo que tengo entendido, no está muy dispuesto a pasar por la vicaría. Hay rumores de que tiene una relación con la condesa Spencer, al parecer está enamorado de ella.

—Es una lástima —suspiró su esposa.

—Te dejo cambiarte, mi amor. No hagas esperar demasiado a nuestra hija o se encerrará en la biblioteca de nuevo. Os espero en mi despacho.

Harvey salió de la habitación cerrando la puerta con suavidad. Violet terminó de arreglarse el cabello y se reunió con su hija, que estaba terminando de alistarse. Ettie, su doncella, daba los últimos retoques a su peinado, añadiendo algunas flores a juego con su vestido. Había elegido uno en tonos blancos y amarillos adornado con pequeñas margaritas, y la doncella recogió su precioso cabello ondulado en un moño alto del que dejó escapar algunos tirabuzones alrededor de su rostro.

—Estás realmente preciosa, cariño —dijo Violet mirando a su hija a través del espejo—. Has hecho un gran trabajo como siempre, Ettie.

—Muchas gracias, lady Onslow —respondió la joven con una sonrisa en los labios.

—Este peinado me está matando —se quejó Marianne—. Voy a tener la cabeza llena de agujeros por culpa de las horquillas.

—Vas a ofender a la pobre Ettie, Marianne —la regañó su madre.

—No te ofendas, Ettie, pero es que de verdad este moño está demasiado apretado.

—Su cabello es demasiado rebelde y tengo que asegurarlo bien, señorita Marianne.

—Deja de quejarte, hija —añadió Violet—. Solo tendrás que soportarlo unas horas, no será para tanto.

Ettie dejó escapar una risita ante la mirada de fastidio que les dedicó Marianne, y se giró para coger la ropa sucia y llevársela. Violet observó a la joven marcharse y suspiró dejándose caer en la cama.

—Esa muchacha es una joya caída del cielo —comentó—. La echaré de menos cuando te cases y se vaya contigo.

—Eso si consigo casarme.

—Cuando te cases —insistió su madre—. ¿Nos vamos? Tu padre nos acompañará hasta la modista, tiene asuntos que atender cerca de allí.

—Me encantaría escapar con él —bromeó la joven.

—Dudo mucho que te permitan entrar al White's —rio su madre—. A no ser que te vistas como un muchacho, en ese caso tal vez puedas colarte en el club.

—¡Mamá! —rio Marianne.

Su padre esperaba pacientemente frente a la puerta del despacho. Sonrió cuando vio a su pequeña y abrió los brazos para envolverla en un cálido abrazo, besándola en la coronilla.

—¿Cómo es posible que nuestra hija sea tan sumamente bella, Violet? —preguntó— Bien sabe Dios que no lo hicimos tan bien con nuestros muchachos.

—Eso es porque fuimos perfeccionando la técnica con los años, mi amor —bromeó Violet—. La práctica hace al maestro.

—Desde luego.

—¿Estáis hablando de nosotros? —bufó Clement desde lo alto de la escalera.

—Solo digo que, de los cuatro, tu hermana ha heredado toda la belleza de tu madre —se defendió Harvey.

—No te ofendas, madre, pero mi pequeña hermanita eclipsa incluso tu belleza —respondió el hermano acercándose a ellos—. Estás preciosa, Mary. Eres como el buen vino, que mejora con los años.

—¿Eso es un insulto o un cumplido, Clem? —preguntó ella arqueando la ceja.

—Un cumplido, por supuesto. ¡Pobres de aquellas debutantes que peleen contigo este año por la atención de los caballeros!

—¿Vas a alguna parte, Clement? —preguntó su padre.

—He quedado en verme con Elijah y Andrew en el club. Los muy insensatos pretenden ganarme a una partida de cartas.

—Nada de apuestas, Clement —advirtió el conde—. Lo digo en serio.

—Solo voy a jugar con mis hermanos, padre. Te aseguro que he aprendido la lección.

Clement era muy aficionado a las cartas… hasta que perdió más de lo que tenía en una partida hacía ya diez años. El barón Renfrey y algunos de sus amigos le animaron a jugar. Hicieron trampas y perdió cerca de veinte mil libras. Por suerte, Andrew pudo arreglar el problema y todo quedó en un mal recuerdo, pero Clement había dejado de jugar con extraños para no volver a ponerse en peligro.

—Bien, debemos irnos —dijo el conde abriendo la puerta de entrada.

Ambas mujeres se despidieron del conde en la entrada de la tienda de madame Fairfax, la diseñadora más codiciada de toda la ciudad. La boutique estaba a rebosar, y las cuatro empleadas de la modista no daban abasto atendiendo a las jóvenes casaderas, entre las que Marianne divisó

a la señorita Josephine Ainsworth, hija de los marqueses de Huntly… y única amiga de Marianne. Las dos jóvenes se fundieron en un cálido abrazo en cuanto se vieron y se alejaron para mirar los vestidos que la modista tenía expuestos en la tienda.

—Violet, me alegro de verte, querida —dijo lady Huntly acercándose a ella.

—Ha pasado un tiempo, en efecto. ¿Cómo has estado?

—De maravilla en nuestra villa de Bath, pero era hora de regresar a la ciudad para ocuparnos del guardarropa de Josephine. Espero que encuentre marido esta temporada.

—Esta será su segunda temporada, aún hay tiempo para que encuentre un buen hombre con el que casarse.

—¿Qué hay de Marianne? Se ha vuelto realmente hermosa en cuestión de un año.

—Es cierto, ha cambiado mucho desde aquello.

—Entre tú y yo, querida, fue una suerte que ese Dudley decidiera casarse con Victoria y no con Marianne. Habría sido infeliz toda su vida.

—Lo sé, lo sé… Lo único que lamento es que esa condenada muchacha no se conformase con arrebatarle el pretendiente a mi hija, sino que también se jactó de ello gritándolo a los cuatro vientos. Mi pobre Marianne fue el hazmerreír durante semanas.

—No te preocupes, seguramente todo el mundo se habrá olvidado de eso. Y esa niña tiene justo lo que se merece por ser una arpía.

—Tienes razón.

Al otro lado de la tienda, Marianne y Josephine admiraban un vestido de seda color marfil adornado con perlas y flores.

—¿Estás prestando atención, Mary? —la regañó su amiga.

—Lo siento, Josh, sabes que no disfruto demasiado con las visitas a la modista.

—Es tu última temporada, deberías esforzarte un poco más.

—Eso es lo único que escucho desde que volvimos de Surrey —suspiró.

—Tal vez porque todo el mundo está preocupado por ti. ¿Acaso quieres ser una solterona por el resto de tu vida?

—Claro que no.

—Entonces haz un pequeño esfuerzo, ¿sí?

—Muy bien… pero necesito un poco de aire fresco antes de soportar lo que es sin duda una tortura pensada para la mujer.

—Eres una exagerada —rio su amiga.

—¿Me acompañas afuera?

—Por supuesto.

Tras pedir permiso a sus madres, las dos jóvenes salieron al exterior de la tienda. Podrían tomar aire fresco hasta que fuera su turno de ser atendidas por las modistas. En cuanto el aire fresco del mes de marzo impactó en su rostro acalorado, Marianne sonrió, cerró los ojos y giró sobre sí misma. Por desgracia, sus zapatos de tacón se enredaron en el bajo de su vestido y perdió el equilibrio, topándose de bruces con un pecho masculino… por segunda vez esa semana.

—Lo siento mucho, yo…

Las palabras murieron en su boca cuando abrió los ojos y se encontró el rostro sonriente de St Vincent, que la ayudó a enderezarse y dio un paso atrás. A Marianne le había parecido el hombre más apuesto del mundo cuando se encontraron hacía unos días en la abadía, pero en ese momento, bajo el inusual sol de la mañana y aquella sonrisa genuina, su belleza parecía haber incrementado por cien. Sus ojos castaños lucían algunos destellos de color dorado y descubrió un pequeño lunar justo debajo de su ojo izquierdo que lo hacía lucir mucho más atractivo. Era

bastante alto, ella apenas le llegaba al mentón siendo de estatura media, y poseía hombros anchos, caderas estrechas y muslos fuertes. Sus manos, cubiertas por guantes blancos, eran grandes, de dedos largos y estrechos. Era un hombre realmente apuesto, sería uno de los mejores partidos de la temporada si es que no estaba casado ya.

—Volvemos a encontrarnos, señorita Pennington —dijo el caballero sacándola de su ensimismamiento.

—Lamentablemente en las mismas circunstancias, discúlpeme.

—No se preocupe, será nuestro pequeño secreto —respondió él con un guiño.

—Permítame presentarle a mi amiga, la señorita Josephine Ainsworth. Josh, él es lord Sebastian Wembley, vizconde de St Vincent.

—Es un placer conocerla, señorita Ainsworth—añadió Sebastian con una reverencia.

—El gusto es mío, milord —contestó Josephine devolviéndosela.

—¿Se dirigían a algún lugar en particular? Si es así puedo escoltarlas hasta allí…

—¡Oh, no, nada de eso! —explicó Marianne señalando la puerta de la modista— Solo hemos salido a tomar un poco de aire fresco mientras llega nuestro turno de ser atendidas.

—Entiendo, la temporada se acerca y deben sufrir la tortura de todos los años —bromeó.

—¿Ves? —rio ella mirando a Josephine— St Vincent piensa exactamente como yo.

—¡Marianne! —exclamó Josh ruborizándose— No le haga caso, milord, mi amiga solo está bromeando.

—Tiene razón, solo bromeo. ¿Contaremos con su presencia esta temporada, milord?

—Aunque no me gustan demasiado los eventos sociales, este año no tendré más remedio que soportarlos.

—En ese caso, espero verle por los salones de baile. Y ahora, si nos disculpa, deberíamos volver adentro. Nuestras madres estarán preguntándose dónde nos hemos metido.

—Por supuesto —respondió él llevándose la mano al sombrero a modo de saludo—. Espero ver los resultados de su tortura muy pronto, señorita Pennington.

El comentario fue acompañado de una sonrisa cómplice que hizo que el corazón de Marianne se saltara un latido. ¿Estaba St Vincent flirteando con ella? No… imposible. Le observó hasta que se perdió entre el gentío, y dejó escapar un suspiro que llamó la atención de Josephine.

—¿De qué le conoces? —preguntó— No creo haberle visto nunca por los salones de baile.

—Es el nieto del marqués de Waterford, un gran amigo de mi padre —explicó Marianne —. Me topé con él por casualidad hace unos días en la abadía de Westminster, cuando acompañé a Agatha a presentarle sus respetos a su abuelo.

—Es muy apuesto…

—Desde luego que lo es —suspiró—. Y amable, con buen sentido del humor, además.

—Y estaba flirteando contigo.

—No digas bobadas…

—Estaba aquí mismo, Mary. Y te aseguro que ese hombre estaba flirteando contigo.

—Ni siquiera sé si es soltero o casado…

—¿No acabas de decirme que su abuelo es amigo de tu padre? Pregúntale a él, entonces.

—Aunque sea soltero, dudo mucho que se fije en alguien como yo.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Eres increíblemente hermosa, Marianne.

—Y esta es mi tercera temporada, Josh. Un hombre como él querrá a una debutante dócil recién salida de la escuela, no a una que está a punto de convertirse en una solterona.

—Eso no lo sabes. ¿Te gusta?

—¿A quién no le gustaría?

—Pues en ese caso recibe sus atenciones de buen agrado. Muéstrale tu interés en él y acepta cuando te pida matrimonio.

—Eso si Victoria no vuelve a interponerse en mi camino.

—Ya está casada.

—Eso no impedirá que suelte su lengua viperina para difundir rumores horribles sobre mí.

—Algo me dice que St Vincent no es de los que se deja influenciar por chismes de damas insufribles. ¿Qué pasó entre vosotras para que Victoria te odie tanto?

—Le manché su vestido favorito con la tinta de mi pluma por accidente cuando aún estábamos en la escuela. Andaba distraída y ella giró la esquina a la vez que yo lo hacía en sentido contrario y…

—Esas son cosas de niñas —bufó Josephine—. Victoria no ha madurado nada en todos estos años.

—¿Crees de veras que St Vincent estaba flirteando conmigo?

—"Espero ver los resultados de su tortura muy pronto" —repitió Josh con voz de falsete.

—Eso no quiere decir nada —rio Marianne.

—Tal vez, pero un caballero no le guiña un ojo a una mujer a no ser que esté interesado en ella.

—Muy bien, si cuando empiece la temporada St Vincent muestra algún tipo de interés en mí, corresponderé a su interés. ¿Contenta?

—mucho. Y ahora regresemos dentro, ya casi es mi turno.

Las dos mujeres entraron de nuevo en la boutique, aunque Marianne miró nuevamente hacia el lugar donde había perdido de vista a St Vincent. ¿Realmente había estado flirteando con ella o solo estaba siendo amable porque su padre y el abuelo de él eran íntimos amigos? Y de ser así, ¿sería posible para ella atraer la atención de un hombre tan apuesto como ese? Sea como fuere, lo averiguaría al inicio de la temporada.

Capítulo 5

Días más tarde, Sebastian y su madre terminaban la mudanza a la mansión familiar en Mayfair. Su abuelo había enviado a un grupo de trabajadores para que se encargaran del transporte de sus enseres, y para cuando llegaron a su nuevo hogar sus pertenencias les esperaban en sus respectivas habitaciones. Waterford asignó a su nieto la antigua habitación de su hijo Lucius, situada justo enfrente de la suya. Era muy espaciosa, de muebles de madera de nogal, un enorme vestidor y un gran balcón donde podría tomar el café por la mañana siempre que hiciera buen tiempo. Su madre se instaló en la habitación contigua a la de su abuelo, utilizada anteriormente como habitación de invitados. Abraham se había encargado personalmente de remodelar la estancia para convertirla en una acogedora habitación digna de una dama, con una cama con dosel, cortinas de damasco y muebles de caoba. Tras refrescarse, se reunieron con el marqués en el salón principal para tomar el té de la tarde.

Desde que habían discutido en el despacho del señor Beaufoy, Sebastian no había vuelto a dirigirle la palabra. Su abuelo no había vuelto a tocar el tema de Blair, gracias a Dios, pero ahora que vivían bajo el mismo techo no tendría más remedio que hablarle.

—Confío en que las habitaciones hayan sido de vuestro agrado —dijo Abraham dando un pequeño sorbo a su bebida.

—Es una habitación impresionante, Abraham —respondió Martha sonriendo—. Le agradezco de veras la consideración.

—Tonterías, es lo menos que podía hacer por la madre de mi nieto. Mañana vendrá la modista para confeccionarte tu guardarropa, debes empezar a utilizar vestidos acordes a tu estatus.

—No soy una dama, milord.

—Eres la madre del marqués de St Vincent, Martha. Si bien no debes acudir a eventos sociales, sí debes vestir de acuerdo con la posición de tu hijo. Esos vestidos que llevas son elegantes y fabricados con buenos materiales, pero están pasados de moda.

—Hace unos días intenté eso mismo y lo rechazó, estás perdiendo tu tiempo, Abraham —protestó Sebastian, aunque no levantó la mirada de su taza de té.

—Tu madre lo hará, porque ahora no vivís en un barrio de clase media, sino en el centro neurálgico de la alta sociedad —respondió su abuelo—. No querrás poner a tu hijo en evidencia por no querer gastar unos cientos de libras en vestidos, ¿verdad?

—Claro que no —respondió Martha agachando la cabeza.

—Si bien no acudirás a los bailes y los eventos sociales de la temporada, acordamos que serías mi acompañante. Daremos paseos matutinos por Hyde Park, visitaremos el museo y tendremos otros compromisos por el estilo —continuó Waterford—. Debes tener un guardarropa acorde con la situación, ¿no estás de acuerdo?

Martha asintió repetidamente, haciendo sonreír al marqués. Era una buena mujer, demasiado inocente para la sociedad en la que vivían y con un gran corazón. Sabía por Lucius que Martha haría cualquier cosa por su hijo, y él había decidido utilizar ese rasgo de su personalidad a su favor en momentos como aquel. Dirigió entonces la atención a su nieto, que se

había sentado relajadamente en el sillón de orejas que había a su lado.

—En cuanto a ti —prosiguió—. ¿Has pensado ya en una mujer con la que casarte?

—No voy a casarme, ya te lo dije.

—Es hora de que empieces a pensar en tu futuro, eres el vizconde de St Vincent, maldita sea.

—Tengo mi futuro más que asegurado, Abraham —respondió Sebastian—. Entre la fortuna ligada al título y mi propia fortuna tengo más dinero del que puedo llegar a gastar.

—No es a eso a lo que me refiero y lo sabes bien. Debes concebir un heredero que continúe con el legado familiar. No solo de tu título, sino también del mío.

—Aún soy joven, tengo tiempo para engendrar un heredero. Además, si no logro tener hijos, aún te quedan los hijos de mi tía Catherine.

—Max ya tiene bastante con heredar el título de su padre.

—¿Acaso yo no?

—Eres el hijo primogénito de mi único hijo varón, debes ser tú quien me suceda.

—Acabo de heredar el título de vizconde y ya me estoy arrepintiendo de haberlo aceptado…

—No seas impertinente —protestó su abuelo.

—Aún te quedan Erick y Caleb. ¿Por qué no nombras a alguno de ellos tu heredero?

—Caleb aún es un muchacho, y Erick está pensando seriamente en unirse al ejército.

—No es como si fueras a morirte mañana, Abraham. Hay tiempo de sobra para que Caleb termine los estudios.

—He dicho que serás mi heredero y es mi última palabra.

—Muy bien, pero no pienso casarme solo porque lo diga el testamento. Dona todo ese dinero al Foundling, estoy seguro de que eso haría muy feliz a mi padre.

—¿Vas a desobedecer el último deseo de tu padre antes de morir?

—Ese es un golpe muy bajo y lo sabes.

—Hijo, olvídate de esa mujer y construye una buena vida junto a tu esposa —pidió el anciano—. Conozco a una dama que…

—¿Me has buscado una esposa? —rio Sebastian incrédulo— Esto es increíble…

—No te he buscado una esposa, mentecato. Solo te hago una maldita sugerencia.

—Ahórratelas, entonces. No voy a casarme, ni con tu sugerencia ni con nadie.

Se dirigió a la puerta con paso decidido e ignoró los llamados de su madre hasta estar a punto de salir de la habitación.

—No me esperéis para cenar —informó—, y puede que esta noche duerma en mi piso de soltero.

—No hemos terminado de hablar —protestó el marqués.

—Sin embargo, yo sí he terminado de escucharte. Si me disculpáis…

—¡Sebastian, vuelve aquí inmediatamente! —exclamó Martha, pero él ya había salido de la mansión.

—Démosle un poco más de tiempo para asimilarlo, Martha —dijo Waterford palmeando la espalda de la mujer—. Me he precipitado al volver a sacar el tema tan pronto.

—Todo esto es culpa de esa maldita mujer. Le ha embrujado, estoy segura…

—No te preocupes demasiado. Por mucho que la condesa intente manipularle tu hijo no es tonto. Terminará por entrar en razón.

—Ojalá tenga razón…

—Por supuesto que la tengo. Sebastian es un Wembley de los pies a la cabeza, ¿o acaso

no lo has notado?

—¿Quién es la mujer en la que ha pensado para él?

—Es la única hija de mi querido amigo, el conde de Onslow. Es una dama muy tranquila y encantadora, a la que le gustan los eventos sociales tan poco como a él.

—¿Es hermosa?

—Muy hermosa —dijo el marqués sonriendo—, por dentro y por fuera. Creo que podrían terminar enamorándose con el tiempo.

—¿Lord Onslow estará de acuerdo con la unión?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Sabe de sobra que no todo el mundo aceptará a Sebastian por haber sido concebido fuera del matrimonio.

—A diferencia de otros nobles, Harvey no se deja influenciar por el qué dirán. Conoce a Sebastian de sus visitas a Meaford Hall y te aseguro que le aprecia lo suficiente como para aceptar el compromiso.

—No sé, Abraham… No quiero que una dama tan buena como la que me describe pueda sufrir por culpa de mi hijo. ¿Y si acepta casarse, pero no termina su relación con esa mujer?

—Tarde o temprano la terminará, estoy seguro. Ya he sembrado en él la semilla de la desconfianza, tengo la esperanza de que con el tiempo sea capaz de ver la realidad.

—¿A qué se refiere?

—Spencer amenazó a su esposa con pedirle el divorcio si no concebían un hijo antes de su próximo cumpleaños, que es dentro de cinco meses.

—Oh…

—En vez de aceptar el divorcio para poder casarse con Sebastian, el hombre que supuestamente ama, está intentando convencerle de tener un hijo y escapar de Londres. ¿No te dice eso nada?

—Que mi hijo es estúpido, eso me dice —bufó la mujer.

—No, no lo es. Está enamorado, pero no es estúpido. Terminará por descubrir la verdad y abandonar a esa mujer.

—Aunque sé que sufrirá mucho, reconozco que será un alivio para todos que esa relación se termine. Me aterra la idea de que cualquier día aparezca en nuestra puerta un agente de Bow Street para informarme de que mi hijo ha muerto en un duelo por culpa de esa mujer.

—Dudo mucho que eso llegue a ocurrir, Martha. Son bien conocidos los escarceos de Spencer, te aseguro que le importa bien poco que su mujer tenga sus amantes siempre que le dé el heredero que necesita.

—Ojalá mi hijo abra los ojos y no se deje manipular por ella. Si la deja embarazada y ella le niega a su hijo sé que le romperá el corazón.

—Recemos para que eso ocurra, querida. ¿Por qué no me acompañas a la abadía? Quiero llevarle flores a mi hijo y a mi esposa.

—¿Hace mucho que murió su esposa?

—Veinte largos años, y la he echado de menos cada maldito día.

—¿Su matrimonio fue por amor?

—No lo fue, pero mi Bridget llegó a ser el amor de mi vida. Era una dama tranquila que irradiaba dulzura cada vez que sonreía. Sebastian ha heredado esa misma sonrisa. Me recuerda tanto a ella…

—Debió ser una mujer increíble.

—Lo fue, sin duda. Es una pena que no cumpliera su promesa. —Suspiró—. Me dio su

palabra de que no se iría de este mundo antes de ver a sus nietos crecer, sin embargo…

—Tuvo que ser un duro golpe para usted… Lo lamento mucho.

—Tanto como enterarme de que tenía un nieto de diez años del que no había oído hablar jamás. No me malinterpretes —se apresuró a añadir—, me llenó de alegría saber que mi hijo había conocido al fin la dicha de ser padre, pero me enfureció que no se hubiera atrevido a decírmelo hasta entonces.

—Lucius siempre tuvo pasión por los niños —asintió Martha llena de nostalgia.

—El Foundling fue su tabla de salvación cuando se dio cuenta de que Francesca era infértil como tierra yerma. Es irónico que ese mismo lugar terminara siendo su condena.

—Pensé en no contarle nunca sobre mi embarazo —confesó—. Lucius siempre había sido bueno conmigo y no quería causarle más problemas con su esposa.

—Tú no le causaste ningún problema, criatura. Fue él quien te los causó a ti, y lo lamento. Nunca te culpé de lo sucedido, debes saberlo.

—Se lo agradezco mucho.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—No lo hice, en realidad. Dios se encargó de poner a Lucius en mi camino un día que salí a dar un paseo con la dama para la que trabajaba. Ella conocía mi situación y me ofreció continuar trabajando para ella cuando tuviera a mi hijo, pero Lucius supo de inmediato que estaba encinta.

—Entiendo.

—Al principio me asusté, pensé que se enfurecería al verme, pero en vez de hacerlo sonrió de oreja a oreja y me levantó por los aires para dar vueltas en mitad de la avenida. La noticia le había hecho el hombre más feliz del mundo, y me dio su palabra de que se ocuparía de nosotros. Buscó una casita para los dos en un barrio de clase media a la que me mudé en cuestión de un mes. Se ocupó de todas nuestras necesidades, estuvo presente en el momento del parto y llevó a su hijo a los mejores colegios. Fue un padre increíble.

—Desde luego que lo fue.

—Cuando me dijo que iba a reconocerlo pensé que se había vuelto loco. Le dije que lo pensara bien, que estaría en boca de todo el mundo por hacer algo semejante, pero él me cogió de las manos y me sonrió. “Es mi hijo”, me dijo, “sangre de mi sangre. No voy a reconocerlo para darle gusto a la sociedad, sino porque quiero que todo el mundo sepa que este muchacho tan increíble es lo mejor de mi vida, mi mayor orgullo”. Compró entonces la casa de Covent Garden y nos visitó casi a diario hasta el día de su muerte. Jamás podré agradecerle lo suficiente todo lo que hizo por mí.

—No te subestimes, Martha. Tú también hiciste mucho por mi hijo. No solo darle un hijo, que es lo que él más deseaba en el mundo, sino apoyándole en todo momento. Me consta que los únicos momentos de tranquilidad que tuvo fueron a vuestro lado, y debo darte las gracias por ello.

—Es lo menos que podía hacer por él.

—¿Has pensado alguna vez en casarte?

—¡Dios, no! Mi vida era demasiado complicada para pensar en el matrimonio, y ahora soy demasiado mayor para hacerlo.

—Aún eres joven. Podrías…

—¿Intenta hacer de casamentero conmigo, milord? —bromeó ella.

—Podría hacerlo, sí.

—Gracias, pero no. He tenido una vida plena y feliz, no puedo pedirle más a Dios. No

necesito complicarme la vida con un esposo, Abraham.

—Muy bien, si es lo que quieres, lo respetaré.

—Lo único que me falta para poder morir en paz es que mi hijo me dé nietos a los que poder consentir, con eso sería la mujer más dichosa del mundo.

—Si tenemos suerte, tendremos a esos pequeños mucho antes de lo que piensas.

—Ojalá tenga razón —respondió levantándose—. Voy a vestirme, no tardaré.

—Tómate el tiempo que necesites, y usa el mejor vestido que tengas. Me acompañarás más tarde a visitar a los Onslow.

—No creo que deba.

—Tonterías, me gustaría que conocieras a Marianne. Quiero que me des tu aprobación antes de sugerírsela a Sebastian como esposa.

—En ese caso, le acompañaré.

Martha sonrió y subió a la habitación para cambiarse. Lamentó no haberle hecho caso a su hijo días antes, debería haber comprado un vestido para poder usar en aquella ocasión. Buscó entre los pocos vestidos que colgaban de su armario y se decidió por uno sencillo, de color azul oscuro y adornado con encaje. Se puso el collar de perlas que Sebastian le había regalado para su último cumpleaños con los pendientes y la pulsera a juego, y le pidió a Roselynd que le recogiera el cabello en un sencillo moño alto. La mujer se atrevió a adornar el peinado con una peineta de perlas que Lucius le regaló hacía años y la miró con una sonrisa a través del espejo.

—Estás preciosa —dijo Roselynd.

—¿De veras voy bien? Quiero causar buena impresión…

—Cualquiera diría que vas a conocer a un posible pretendiente —rio su amiga.

—Peor… Voy a conocer a la mujer que espero se convierta en la esposa de Sebastian.

—¿Sebastian va a casarse? —exclamó Roselynd sorprendida.

—Aún no lo sé.

—¿Entonces por qué…

—Lucius debió perder la cabeza cuando redactó su testamento —explicó—. Ha nombrado a Sebastian heredero de toda su fortuna… con la condición de que se case antes de que termine la temporada.

—Matrimonio forzado… A Seb no le habrá gustado.

—Ha puesto el grito en el cielo. Discutió con su abuelo el día de la lectura del testamento y ha vuelto a hacerlo hoy. No quiere dejar a esa mujer, así que no piensa aceptar la herencia.

—¿Y qué pasará con todos los bienes de Lucius?

—Se donarán al Foundling.

—Sebastian debe estar mal de la cabeza.

—Está enamorado de esa mujer, lo que es aún peor.

—¿Y vas a conocer a una mujer a la que quieres convertir en su esposa?

—Waterford piensa que mi hijo y ella son totalmente compatibles y que podrían llegar a ser muy felices.

—¿Y cómo piensas hacer para que acepte el matrimonio?

—No lo sé.

—Dime que no es una dama noble…

—Es la hija del conde de Onslow. ¿Por qué?

—Despierta, Martha… Nadie querrá que su hija se case con el hijo bastardo de Lucius por mucho que él lo haya reconocido. Francesca se encargó de difamar a tu hijo lo suficiente como para que todo el mundo le desprecie incluso antes de conocerle.

—El marqués está seguro de que sus padres aceptarán el compromiso. Por lo que me ha contado Waterford, a la joven no le gustan demasiado los eventos sociales y evita acudir a ellos siempre que puede, al igual que Sebastian.

—Tu hijo rehúye de ellos como de la peste —rio Roselynd—, así que es un punto a favor de la joven. Pero está convencido de que tiene un futuro con esa condesa, no sé si aceptará el matrimonio.

—Al menos espero que todo esto sirva para que termine su relación con esa mujer. Si se casa con la hija de Onslow o no, será cosa suya. Lo único que quiero es que respete el último deseo de su padre.

—Lo hará. Puede que no lo haga inmediatamente, pero amaba demasiado a Lucius como para no cumplir su último deseo.

—Dios te oiga…

Capítulo 6

A varias calles de allí, Sebastian permanecía desnudo en la cama con Blair acunada entre sus brazos. Habían hecho el amor en cuanto ella había entrado en la vivienda, se había entregado a ella como hacía cada vez que se reunían. Sin embargo, por más que lo había intentado, no había podido dejar de pensar en las palabras que su abuelo le había dicho el día de la lectura del testamento respecto a la situación de la mujer con su esposo. Había estado indagando en el club y, efectivamente, varias personas corroboraron que no era el único amante de Blair. No solo estaban Zouche y Forfar, había algunos otros nombres en la lista. En referencia a las amenazas de Spencer de pedirle el divorcio, no había podido lograr fuentes fiables de que aquello fuera cierto, pero si su abuelo no había mentido en una cosa… seguramente tampoco había mentido en la otra. Suspiró y se apartó cuando Blair empezó a acariciar su pecho en dirección a su miembro. Ahora su tacto se le antojaba desagradable, casi un insulto.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ella— Hoy estás muy distraído.

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza —respondió poniéndose el pantalón.

—Puedes compartirlas conmigo…

—¿De veras? Desde que nos conocemos jamás he podido contarte nada, Blair. ¿A qué viene este cambio?

—Siempre tuviste a tu padre para poder desahogarte. Ahora estás solo, soy lo único que te queda, mi amor.

—No estoy solo, Blair. Aún tengo a mi madre y a mi abuelo. Aún tengo familia.

—No quería decir que no tuvieras familia, solo que si necesitas desahogarte con alguien deberías hacerlo conmigo. Confías en mí tanto como yo en ti, ¿no es cierto?

—¿Realmente confías en mí?

—Por supuesto que lo hago, Sebastian. Siempre he confiado en ti.

—Entonces dime una cosa… ¿Por qué no me has dicho que Leandro te ha amenazado con pedirte el divorcio si no le das un hijo pronto?

El rostro de la mujer se puso lívido. Sebastian apretó los dientes e intentó aplacar el dolor que sentía en el pecho.

—Así que es cierto… —dijo con una risa cansada— Mi abuelo me ha dicho la verdad.

—¡Tu abuelo solo quiere separarnos!

—¿De veras? Entonces iré yo mismo a preguntarle a Leandro si es cierto…

—Sebastian, mi amor…

Blair intentó acercarse a él, pero la apartó con un brusco empujón. No quería que lo tocara, no soportaba siquiera su presencia en aquella habitación.

—No me llames así, porque es evidente que no soy tu amor, Blair —inquirió.

—¡Claro que lo eres! ¡No existe ningún hombre para mí más que tú! Si me dejas explicarte, yo…

—¿No existe nadie más? —la interrumpió— ¿Y qué me dices de Forfar? ¿Y de Zouche? La lista es mucho más larga, pero no tengo interés en estar aquí todo el día nombrándote a tus muchos amantes.

—Ya te dije que solo somos amigos.

—Tengo pruebas, Blair. Pruebas irrefutables de que han disfrutado de tu cama.

—Pero tú eres el único que me importa, te lo juro.

—¿Te importo? —Rio sin ganas—. A ti solo te importas tú misma. Me has estado utilizando durante todo este tiempo, ¿no es cierto? Pensabas quedarte embarazada de mí para asegurar tu lugar junto a Leandro y dejarme en la estacada.

—Eso no es así, yo…

—Por supuesto que es así, porque un conde es mucho mejor que un vizconde bastardo. He sido un imbécil —suspiró—. Pensé en renunciar a mi herencia por ti, solo por ti.

—¿Por qué demonios harías tal cosa?

—Me obligan a casarme, Blair. Para heredar la fortuna de mi padre debo casarme antes de que termine la temporada.

—¡Pero eso es estupendo! —exclamó ella poniéndose de rodillas en la cama— Todo será mucho más fácil para nosotros.

—No puedes estar hablando en serio…

—¿Acaso no lo ves? Seremos libres de vernos cuando queramos sin estar en boca de todo el mundo. Podremos ir al teatro y a la ópera. Sabes que me moría de ganas de ir contigo a la ópera.

—¿Pero realmente piensas que soy tan estúpido como para seguir contigo?

—Sebastian, si me dejaras explicarte…

—No hay nada que pueda interesarme de lo que salga de tu boca —la interrumpió—. Esto se ha acabado, Blair. Recoge tus cosas y márchate.

—No estás pensando con claridad, mi amor…

—No he tenido las cosas más claras en mi vida. Me has mentido todo este tiempo, me has tomado por idiota y no voy a soportarlo ni un solo minuto más.

—Me he equivocado —dijo ella rodeando su cuello con los brazos—. Perdóname, por favor…

Sebastian apartó los brazos de Blair de su cuerpo y se alejó hacia la puerta del armario. La abrió de par en par y lanzó por encima de su hombro todas las pertenencias que Blair tenía en su casa.

—Recoge tus cosas y vete —ordenó nuevamente—. Busca a otro idiota que te dé el hijo que tanto necesitas.

—Creo que ya estoy embarazada.

—¿Crees de veras que voy a creerme que el niño, si es que existe, cosa que dudo mucho, es mío? —Dejó escapar una amarga sonrisa—. Márchate.

—Pero Sebastian, yo…

—¡He dicho que te marches! Ahora mismo no soporto seguir viendo tu rostro.

Blair se dio la vuelta y se vistió con evidente mal humor. Sebastian permaneció mirando por la ventana hasta que escuchó la puerta de la calle cerrarse, se dejó caer en la cama que hasta hace unos minutos había compartido con ella y suspiró sujetándose el puente de la nariz con los dedos. ¿Cómo había podido estar tan ciego? ¿Con qué clase de persona había estado compartiendo su vida? Sabía que Blair era egoísta, pero jamás habría imaginado hasta qué punto lo era. Había mantenido una relación con una loca, sin duda. Se dirigió al aparador y tomó la primera botella que encontró. Daba igual que fuera bourbon, whisky o vodka. Necesitaba emborracharse. Necesitaba olvidarse de todo antes de volver a casa con el rabo entre las piernas. Se había equivocado y debía soportar las consecuencias. Su abuelo se merecía una disculpa por

su parte por haber peleado tanto con él por culpa de la condesa. Pensó en la cláusula del testamento de su padre. Después de lo ocurrido, casarse no le parecía una idea tan descabellada. Ya no tenía nada que perder, pero sí mucho que ganar. Con un suspiro, se dejó caer en el sillón de orejas junto al fuego y se llevó la botella a los labios. Ni siquiera iba a molestarse en utilizar un vaso. El ardor del licor calentó su garganta y amortiguó el dolor de la traición. Más que dolido, se sentía estúpido. Tal vez nunca había estado enamorado de Blair… Tal vez todo había sido una horrible pesadilla.

El marqués de Waterford y Martha llegaron al hogar de los Onslow bien entrada la tarde. Durante la travesía en carruaje desde la abadía, Martha estuvo realmente nerviosa, quería causar buena impresión a los amigos del marqués y conocer a la mujer que había pensado para su hijo.

—¿En qué piensas? —preguntó Waterford— He podido notar cómo se ha ensombrecido tu rostro, mujer.

—No creo que sea correcto presentarnos en casa de los Onslow sin invitación. Podrían molestarse.

—No te preocupes por eso, somos buenos amigos y mi presencia siempre es bienvenida. Realmente nunca aviso cuando voy a visitarles, y ellos hacen lo mismo cuando vienen a casa.

—Tal vez, pero yo soy una desconocida y…

—¿Acaso no quieres conocer a Marianne?

—Por supuesto que quiero, pero…

—Entonces deja de preocuparte. Los Onslow no se molestarán porque lleve conmigo a la madre de mi nieto en mi visita.

Martha asintió y dirigió la mirada hacia la ventana.

—¿Cree de veras que Onslow estará de acuerdo con que su hija se case con Sebastian? —preguntó.

—El motivo de mi visita es precisamente tantear el terreno al respecto, pero pienso que no habrá ningún problema. Además, si mis planes no salen bien hay muchas damas casaderas entre las que elegir.

—¿Y querrán casarse con él?

—No veo por qué no. Ahora posee un título y una gran fortuna, se ha convertido en uno de los solteros más apetecibles de la sociedad.

—Pero Francesca se ha asegurado de forjarle una horrible reputación.

—No adelantes acontecimientos, Martha. Por ahora tengo la esperanza de que Marianne Pennington sea la elegida.

—Que Dios me perdone, pero odio a Francesca con todas mis fuerzas por lo que hizo sufrir a Lucius y a mi hijo —suspiró Martha.

—Tienes todo el derecho del mundo a hacerlo.

—¿Fue un matrimonio concertado?

—No lo fue —reconoció el marqués—. Esa mujer engatusó a mi hijo para conseguir escalar en la sociedad. Su hermano, el barón Chapman, no cuenta con una gran fortuna y su familia carece de los lujos y extravagancias a los que Francesca aspiraba.

—Entiendo.

—Durante su noviazgo fue el epítome de la dulzura y la virtud, pero tras la boda empezó a mostrar sus verdaderos colores. Espero por el bien de mi nieto que no termine cometiendo los mismos errores que su padre.

El carruaje se detuvo en el número cincuenta y ocho de Berkeley St. Martha se detuvo en

la acera mirando la enorme puerta doble de la vivienda, pero Waterford la tomó del brazo y la animó a subir las escaleras. El mayordomo sonrió cuando abrió la puerta.

—Buenas tardes, milord —dijo con una reverencia—. Lord Onslow y lady Onslow se encuentran en el salón principal.

—Buenas tardes, Frederick —respondió Abraham—. No es necesario que nos acompañes, conozco bien el camino.

—Por supuesto, milord. Sabe que su visita siempre es bienvenida.

El mayordomo hizo una reverencia y se apartó del camino para que el marqués y Martha pudieran pasar. Abraham guio a Martha por un pasillo hasta el salón, situado en el ala este de la casa, donde Harvey Pennington y su esposa Violet pasaban la tarde entretenidos cada quién en su actividad.

—¡Abraham, viejo amigo! —exclamó el conde cuando le vio— Me alegra mucho tu visita.

Ambos hombres se fundieron en un cálido abrazo.

—Permíteme presentarte a Martha Backer, la madre de mi nieto Sebastian —añadió Waterford.

—Señora Backer, es un placer conocerla —respondió Onslow—. Ella es mi esposa, Violet.

—Milady… —dijo Martha con una reverencia que hizo sonreír con orgullo a Abraham— Un placer.

—Oh, por favor, deje los formalismos, señora Backer —exclamó Violet—. Si no le importa me gustaría que nos tratásemos por nuestro nombre de pila, es mucho más sencillo cuando se trata de amigos.

—Estaría encantada, Violet.

Lady Pennington sonrió, se acercó a la puerta y ordenó a uno de los sirvientes que trajera té con pastas. Regresó y se sentó junto a Martha, a quien miró con una tranquilizadora sonrisa.

—¿A qué debo el honor de tu visita? —preguntó Harvey.

—Solo quería saber cómo se encuentra la pequeña Marianne. Cuando nos vimos me comentaste tu preocupación por su situación.

—Es su tercera temporada —explicó Violet a Martha—. El año anterior pensábamos que lord Dudley iba a pedir su mano, pero en el último momento pidió la de la señorita Evenson. Fue una suerte, por supuesto, porque más tarde descubrimos que es un crápula sin un penique.

—Debió ser un duro golpe para ella, pobrecilla —dijo Martha.

—Fue más un engorro que una desilusión —respondió Violet—. A mi hija no le gustan demasiado los eventos sociales y pensó que se había librado de regresar a los bailes.

—Al menos este año se muestra dispuesta a acompañar a su madre a la modista —suspiró Onslow—. Pero creo que lo más conveniente para ella sería que yo mismo buscara un pretendiente adecuado, como le pidió a su madre.

—¿Podéis creerlo? —suspiró Violet— Cualquier dama estaría totalmente en contra de los matrimonios concertados, ¡pero Marianne me preguntó si podría su padre ocuparse de ello!

—Cálmate, querida —intervino Harvey.

—¿Cómo quieres que me calme? Mi Marianne es la muchacha más hermosa, dulce y buena de las que llenan los salones de baile, pero sigue soltera por culpa de la hija de los Leinster. Esa pequeña arpía se ha ocupado de difamar a mi hija cada vez que un caballero ha mostrado algún interés en ella.

—Sé de primera mano lo que es que desprestigien a un hijo sin poder hacer nada para

evitarlo —dijo Martha—. Francesca hizo lo mismo con mi hijo y temo que no sea capaz de conseguir un buen matrimonio.

—Deberían existir leyes para quienes calumnien a los demás sin pruebas —suspiró la dama—. Todo sería mucho más sencillo.

—Marianne sería la esposa ideal para mi nieto —dijo Waterford de repente—. Tienen aficiones afines, a ninguno le gustan demasiado los eventos sociales y disfrutan más del campo que de la ciudad. Podrían llegar a ser muy felices juntos, ¿no os parece?

—Vas a perdonarme, Abraham, pero por mucho aprecio que te tenga tu nieto no sería la persona en la que pensaría para esposo de mi hija —respondió Harvey—. No te ofendas, pero de todos es sabida su relación con la condesa Spencer y quiero que mi hija tenga un matrimonio feliz.

—Eso no debería preocuparte, viejo amigo —respondió el marqués con un aspaviento—. Esa relación tiene las horas contadas. Mi nieto ha descubierto ciertos aspectos… interesantes, por decirlo de alguna manera, de esa mujer.

—Deduzco que gracias a ti.

—Obviamente. Le conté todo lo que he averiguado sobre la condesa, y conozco a Sebastian lo suficiente como para saber que investigará a fondo el asunto.

—Que termine su relación con la condesa no asegura que mi hija y él vayan a ser felices —añadió Violet—. Mi hija y lady Spencer son como la noche y el día, Abraham. No pueden ser más distintas.

—Sebastian posee inversiones que debe supervisar, estoy seguro de que agradecerá mucho más una esposa que prefiera leer en un sillón junto a la chimenea a una que le insista en acudir al próximo té de la tarde.

—¿De veras lo crees? —preguntó Violet con un suspiro.

—Estoy seguro de ello. Están hechos el uno para el otro, Harvey… Te lo aseguro.

—De acuerdo —suspiró el conde—, si Sebastian viene a pedirme la mano de Marianne se la concederé… pero solo si ella está de acuerdo con ese matrimonio.

—Por supuesto, por supuesto… Mi única intención es plantar la semilla, pero la decisión será única y exclusivamente de ellos dos.

El marqués se levantó y se encaminó hacia la puerta del salón seguido de Martha y sus amigos.

—Te veré el jueves en el club —dijo Onslow a modo de despedida—. Me debes una partida de cartas.

—Volveré a ganarte esta vez —bromeó el marqués.

—En tus sueños, tal vez.

—Violet… me alegro de encontrarte tan bien —se despidió de la dama.

—Sabes que siempre eres bienvenido —respondió ella—. Ha sido un placer conocerte, Martha, espero que podamos vernos a menudo.

Martha asintió y caminó tras Abraham hasta la puerta de la calle. En el recibidor casi choca con una jovencita de cabello color miel y ojos almendrados que iba ensimismada en su lectura.

—¡Dios santo! —exclamó la joven al chocar con Martha— Le ruego que me disculpe, milady, iba tan ensimismada en mi libro que no la vi.

—No se preocupe, no ha sido nada.

—¿Se encuentra bien? ¿Le he hecho daño?

—¡Por Dios, no! Solo ha sido un pequeño empujoncito —respondió Martha sonriéndole.

—Es un alivio… De veras lo siento, milady.

—Veo que ya has conocido a mi dulce Marianne —dijo Violet acercándose a ellos—. Mary, ella es la señora Backer, la madre del vizconde de St Vincent.

—Es un honor conocerla, milady —respondió Marianne haciendo una reverencia.

—Lo mismo digo.

—Si me disculpan, debo retirarme —dijo Marianne—. Mi cuñada me espera para que la acompañe a hacer algunos recados y ya voy demasiado tarde.

—Ponte la pelliza, aún hace fresco —le ordenó su madre.

—La tengo ya en el carruaje —dijo subiendo las escaleras a toda prisa.

Martha observó a la mujer con una sonrisa. No solo era increíblemente hermosa, sino que poseía unos exquisitos modales. Sería una esposa perfecta para su hijo, solo esperaba que Sebastian abriera de una vez los ojos y se apartara de la mujer que le tenía completamente ciego.

Capítulo 7

Al día siguiente, por la tarde, Marianne salió a pasear con su cuñada Nicole y sus sobrinos. Sonrió al ver a los pequeños juguetear delante de ella mientras caminaban por Hyde Park. Su cuñada le había pedido su ayuda para poder controlar a los pequeños, pues la niñera se había puesto enferma y no podía acompañarlos. Marianne sospechaba que todo había sido una estratagema para que dejara sus libros y saliera de casa, pero la joven realmente agradecía pasar tiempo con su familia.

—Te agradezco de veras que hayas venido con nosotros, Mary —suspiró Nicole—. Soy incapaz de controlar a estos tres diablillos yo sola.

—Tonterías… estoy encantada de pasar más tiempo con ellos.

—Quizás te tome la palabra y te los encargue más a menudo…

—No te enfades luego cuando digan que soy más divertida que tú…

Nicole le dio un empujoncito cariñoso y la tomó del brazo para seguir caminando.

—Me ha dicho madre que has accedido a ser una buena hija y acudir a todos los bailes esta temporada —comentó.

—Al parecer esta es mi última oportunidad para poder casarme, así que…

—Es tu tercera temporada, Mary. Si no logras un buen matrimonio ahora, tendrás que conformarte con un viudo, posiblemente con tres o cuatro hijos insoportables, que siempre te echarán en cara que no eres su verdadera madre.

—Tal vez haya algún viudo apuesto con hijos adorables —bromeó.

—Seguramente no quieras comprobarlo —rio su cuñada.

Se sentaron en un banco cercano con los niños a sus pies, sobre una mullida manta, jugando con algunos juguetes que habían traído con ellos.

—Y dime… ¿Hay algún caballero que haya despertado tu interés? —preguntó Nicole.

—Lo hay, pero ni siquiera sé si aún sigue soltero —respondió con un suspiro.

—¿Puedo saber de quién se trata?

—El vizconde de St Vincent.

—¿No es un poco mayor para ti?

—Oh… debes referirte al antiguo vizconde, que murió hace unos días. Yo me refiero a su hijo, Sebastian Wembley.

—He oído hablar de él. Es soltero, pero dicen que es amante de la condesa Spencer.

—Oh…

Así que St Vincent no estaba flirteando con ella aquel día, sino solo siendo amable por la amistad que unía a sus familias… Se sintió un poco decepcionada al descubrir aquello, pero logró sonreír.

—No te desanimes, Mary… —pidió su cuñada— Aún está soltero, por lo que tienes la posibilidad de conquistarle.

—¿Y casarme con un hombre que tiene una amante? No, gracias.

—La mayoría de los hombres la tienen.

—Mis hermanos no las tienen, y mi padre tampoco. No me casaré con alguien que vaya a serme infiel, Nick. Prefiero ser una solterona por el resto de mi vida.

—Voy a decirte algo, pero si le cuentas a madre que he sido yo quien lo ha hecho lo negaré.

—No se lo diré a nadie, lo prometo.

—Debes ser una dama en la corte y una cortesana en la cama, Marianne. Si quieres que tu esposo no busque fuera de casa lo que le falta dentro de ella, tendrás que dárselo tú misma.

—¡Nicole! ¿Cómo se te ocurre?

—Alguien debería decírselo a todas las damas antes del matrimonio —protestó su cuñada —. Los hombres no quieren mojigatas que permanezcan inmóviles mientras ellos se sacian. Quieren mujeres llenas de fuego, que les hagan perder la cabeza en la cama.

—Creo que acabo de sobrepasar el punto de ebullición —protestó Marianne llevándose las manos a la cara—. Me arden las mejillas solo de escucharte.

—Me lo agradecerás algún día, créeme —rio Nicole—. Si quieres conquistar a St Vincent, te sugiero que empieces ahora mismo. Viene hacia aquí.

Marianne dio un respingo y levantó la mirada de los niños, comprobando, en efecto, que St Vincent caminaba junto a su caballo en dirección a ellas. Mas no parecía haberse percatado de su presencia.

—No me ha visto —suspiró.

—Entonces acércate tú. Parece distraído.

—¿Seguro que puedes quedarte sola con los niños un momento?

—¡Por supuesto que puedo! —Suspiró—. Solo era una excusa para sacarte un rato de casa, mi pequeña ratoncita. Necesitas sentir la luz del sol de vez en cuando.

Marianne besó a su cuñada en la mejilla y se acercó a Sebastian. Ni cuando estuvo a pocos metros de él, el caballero se percató de su presencia.

—Al menos esta vez nuestro encuentro no es accidentado, milord —comentó mirándole con una sonrisa.

Sebastian levantó la mirada y sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos.

—Discúlpeme, señorita Pennington —se disculpó—, no la había visto.

—¿Se encuentra usted bien? No tiene buen aspecto.

—La verdad es que no —reconoció el hombre—. No estoy en absoluto bien.

—¿Se siente mareado? —preguntó ella apresurándose a tomarle del brazo— ¿Le duele algo? Vamos, nos sentaremos en un banco hasta que se encuentre mejor.

Sebastian siguió a Marianne hacia un banco situado bajo la sombra de un gran árbol, a la vista de su cuñada, pero teniendo algo de privacidad.

—Mi cuerpo se encuentra perfectamente, señorita Pennington —dijo—. No se preocupe por mí.

—No parece que se encuentre bien.

—Me duele un poco la cabeza, a decir verdad, pero no me encuentro mal por eso. Solo tengo demasiadas cosas en la cabeza, es todo.

—Oh… Si le apetece hablar de ello, estoy dispuesta a escuchar. Mi familia dice que soy muy buena en ello.

—No quisiera abrumarla con mis problemas.

—¿Sabe? Los problemas suelen menguar si los comparte usted con alguien. Vamos, dígame qué es lo que le preocupa. Le doy mi palabra de que nada de lo que diga me abrumará.

Sebastian posó sus ojos dorados en ella un momento, y con un suspiro se echó hacia atrás

en el banco y los cerró.

—Creí estar enamorado de una mujer que solo estaba aprovechándose de mí —confesó.

—Lady Spencer, supongo.

—Las habladurías deben ser importantes cuando una dama pura e inocente como usted ha oído hablar de mi relación con ella.

—En realidad, mi cuñada acaba de hablarme de usted por casualidad.

—Nada bueno, supongo. Aunque no debería extrañarme, me he ganado a pulso mi reputación. —Suspiró—. En efecto, se trata de ella.

—Debe sentirse usted muy dolido.

—Debería hacerlo, ¿no es cierto? Sin embargo, no es dolido cómo me siento, sino estúpido. Debería haberme dado cuenta mucho antes de su ardid, pero he estado completamente ciego.

—Hay mujeres capaces de hacer cualquier cosa para conseguir lo que quieren.

—Pero usted no es así. —Fue más una afirmación que una pregunta.

—¡Dios, no! Yo soy un ratón de biblioteca, milord. No sé nada sobre seducción y flirteo.

—Difiero en eso. Es usted experta en capturar la atención de un hombre.

Marianne le miró perpleja, pero descubrió una chispa de diversión en sus ojos dorados.

—¡Oh, se burla usted de mí por mi torpeza! —exclamó.

—Discúlpeme, solo intentaba aligerar un poco la conversación.

—Piense de esta manera: si no se siente dolido por su traición significa que no estaba tan enamorado de la condesa como usted se imaginaba, por lo que su corazón está a salvo de quedar destrozado.

—Supongo que tiene usted razón.

—Sin embargo, creo que eso no es lo único que le preocupa, o desde luego no es lo más importante. ¿Me equivoco?

—No se equivoca, en efecto.

—¿Quiere usted contármelo?

—Como supongo que sabrá, mi padre murió hace unas semanas.

—Siento mucho su pérdida.

—Al ser su único hijo, he heredado toda su fortuna, tanto la ligada al título como la que amasó por sus propios medios.

—Lógico, por supuesto.

—El problema es que la herencia que no está ligada al título viene con condiciones. Debo casarme antes de que termine la temporada.

A Marianne le dio un vuelco el estómago. ¿St Vincent necesitaba una esposa? Tal vez aún tuviera una oportunidad de llamar su atención.

—Y deduzco que usted no quiere casarse —comentó.

—No quería hacerlo, al menos. Ahora no estoy tan seguro de ello.

—¿Su motivo para rechazar el matrimonio era la condesa?

—En parte, sí. En gran parte.

—Si ha terminado su relación con ella no veo motivo para negarse a hacerlo. ¿Qué pasaría con la herencia si no cumple los requisitos?

—El dinero pasaría a manos de una organización benéfica.

Sebastian se pasó la mano por el pelo, como si se sintiera verdaderamente frustrado.

—Me siento tentado de rechazar la herencia para que ese dinero vaya a parar a los niños —susurró—. Tengo mi propia fortuna, yo no lo necesito.

—Verá, milord, colaboro con varias instituciones de esta ciudad, y le aseguro que ni un solo penique de ese dinero irá a parar a las personas que realmente lo necesita.

—¿De veras?

—Se lo aseguro. Si lo que quiere es hacer algo por los más necesitados debería aceptar las pesquisas del testamento y gastar usted mismo ese dinero para ellos. ¿Puedo saber de qué institución se trata, milord?

—El Foundling.

—A esos niños les hace falta ropa de abrigo para el invierno, mantas, calzado adecuado, pero sobre todo alimento. También agradecerán algunos juguetes y, lo más importante, que comparta un poco de su tiempo con ellos.

—Veo que es usted realmente experta en la materia —dijo el vizconde con una sonrisa.

—El Foundling es una de las instituciones con las que yo misma colaboro —asintió ella —. Mi padre me entrega una pequeña asignación para que la utilice en mis obras benéficas, pero he pensado vender los vestidos de temporadas anteriores para utilizar el dinero en ayudar a los más necesitados.

—Es una magnífica idea, señorita Pennington. Gracias por sus consejos, ahora me siento mucho mejor —dijo sonriendo.

Marianne comprobó con alivio que la sonrisa del vizconde volvía a ser la que ella conocía.

—Me alegro de haberle sido de ayuda —dijo levantándose—. Debo irme, mi cuñada debe estar desesperada.

—Lamento haberla entretenido, hablaré con ella y…

—No se preocupe, nos ha estado viendo todo el tiempo —dijo Marianne señalando a Nicole—. Pero la he dejado sola con sus tres traviesos pequeños, y necesita que le eche una mano.

—Entiendo.

—Supongo que le veré en los salones de baile muy pronto, milord.

—Eso me temo.

—Al menos disfrutaré el tiempo que pueda pasar en su compañía —suspiró.

—Realmente no le gustan nada los bailes, ¿mmm?

—En absoluto. Si de mí dependiera viviría durante todo el año en nuestra casa de campo.

—Una idea tentadora, sin duda. Disfrute de la tarde, señorita Pennington.

—Usted debería descansar para que remita ese dolor de cabeza.

—Confieso que ahora que he compartido con usted mis inquietudes el dolor ha desaparecido por completo.

—Me alegra oír eso.

Marianne hizo una reverencia y se dirigió al lugar donde se encontraba su cuñada, que la miró con picardía.

—Parece que ha ido bien —comentó Nicole.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no puedes borrar esa sonrisa bobalicona de tu rostro, Mary —rio la dama.

—Su relación con la condesa Spencer ha terminado —confesó—, y está planteándose casarse antes de que termine la temporada.

—¡Eso es magnífico! Tendrás la oportunidad de conquistarle.

—¡Pero no sé flirtear!

—No es tan difícil hacerlo. Una sonrisa coqueta, una caída de ojos casual son suficientes

para tener a un hombre interesado en ti.

—Si intentara lanzarle una caída de ojos a St Vincent estoy segura de que pensaría que se me ha metido algo en el ojo —protestó.

—Habéis estado hablando durante un buen rato, Mary, y parecía realmente a gusto en tu compañía. No tienes nada que temer, te lo aseguro.

—¿Tú crees?

—Siempre que Victoria no haga su aparición y lo estropee todo, por supuesto.

—Victoria ya está casada con lord Dudley.

—Debe odiarte mucho más que antes al descubrir la clase de hombre con el que se ha casado —rio Nicole.

—No me lo recuerdes… Tiemblo solo de pensar en lo que será capaz de hacer si se entera de mi interés por St Vincent.

—En ese caso, no dejes que se entere —respondió su cuñada levantándose—. Regresemos, se hace tarde y tu hermano debe estar a punto de llegar a casa.

Tras su charla con la señorita Pennington, Sebastian debía reconocer que se sentía mucho mejor que antes. Incluso el horrible dolor de cabeza con el que se había levantado esa mañana había desaparecido por completo. Había sido culpa suya, por supuesto. La noche anterior había bebido hasta perder el sentido y había pagado las consecuencias con creces. Se encaminó hacia su nuevo hogar en Mayfair. Llevó a su caballo con el mozo de cuadra y entró en la casa, dirigiéndose hacia el comedor principal, donde su abuelo y su madre terminaban la cena. La cara de asombro de su madre al verle aparecer de una sola pieza casi le hace reír… Casi.

—¿Tienes hambre? —preguntó Martha levantándose rápidamente de su lugar— Pediré que te sirvan la cena.

—No te molestes, mamá, no podría probar bocado.

—¿Te encuentras bien? No tienes buena cara, hijo.

—Estoy bien, no te preocupes —respondió besándola en la coronilla—. Bebí demasiado anoche, es todo.

Sebastian miró a su abuelo. El anciano continuaba tomando su sopa sin tan siquiera dirigirle la mirada.

—Abuelo, ¿podemos hablar? —preguntó.

—Por supuesto, espérame en mi despacho.

—No es necesario, lo que tengo que decir puede escucharlo mi madre.

Waterford animó a Sebastian a continuar con un gesto, se limpió la boca con la servilleta de lino y le prestó toda su atención.

—Me gustaría pedirte disculpas —empezó a decir Sebastian—. Tenías razón con Blair, debería haberte escuchado.

—No tienes que disculparte, Sebastian —respondió su abuelo, aunque el joven pudo notar un nudo en su garganta—. Lo único importante es que te hayas dado cuenta de que yo solo miro por tu bienestar.

—He terminado con ella —confesó—. Y he decidido hacer caso a la última voluntad de mi padre. Me retiro, estoy cansado y quiero irme a la cama.

—Que descanses, hijo —respondió Martha.

Sebastian se dirigió a la puerta del comedor, pero se detuvo en el último momento.

—Abuelo, ¿qué sabes de la señorita Pennington? —preguntó.

—Es una dama encantadora. No le gustan demasiado los eventos sociales y adora leer.

Colabora en varias organizaciones benéficas y ama a los animales, en especial a los gatos. ¿Por qué lo preguntas?

—Estoy pensando en elegirla a ella.

La sonrisa de su abuelo iluminó todo su rostro. Sebastian le miró con una ceja arqueada.

—¿A qué viene esa sonrisa? —protestó— Das miedo.

—Marianne Pennington es la joven en la que yo había pensado para ti, por eso sonrío. ¿Puedo saber por qué has decidido cortejarla?

—Nos hemos visto un par de veces y me ha parecido una dama adecuada.

—Lo es, sin duda. Tenéis aficiones en común y estoy seguro de que podréis llegar a llevaros muy bien.

—Yo también lo creo.

—Sin embargo, no creo que tengas tiempo de cortejarla, Sebastian. Solo tienes unos meses para casarte.

—¿Pretendes que pida su mano ahora? Apenas nos hemos visto un par de veces, abuelo.

—Sin embargo, le pidió a su padre que se ocupara él mismo de buscarle un esposo adecuado.

—¿Por qué haría tal cosa?

—Tal vez porque el año pasado se ilusionó con un caballero que aparentó tener intención de pedir su mano y terminó pidiendo la mano de la hija de los duques de Leinster, lo que la convirtió en el hazmerreír de la sociedad durante el resto de la temporada.

—Es su tercera temporada, Sebastian —añadió Martha—. No se puede permitir el lujo de andarse con cortejos.

—¿Y qué creéis que deba hacer?

—Hablar con Onslow, desde luego —respondió su abuelo—. Pide su mano y cásate con ella en cuanto sean publicadas las amonestaciones.

—Primero debería saber qué opinión tiene ella sobre el asunto, ¿no os parece?

—Habla primero con su padre, Sebastian —aconsejó su madre—. Una vez cuentes con su aprobación, podrás consultarlo con ella.

—Muy bien —suspiró—. Conciértame una cita con Onslow, ¿quieres, abuelo?

—El jueves me encontraré con él en el club, puedes hablarlo con él allí.

—De acuerdo, iré contigo. Me voy a la cama, estoy bastante cansado. Buenas noches.

Abraham y Martha se miraron el uno al otro sin decir una palabra cuando Sebastian abandonó la habitación. No hablaron hasta que estuvieron seguros de que el joven no podía escucharlos.

—Debería subir a ver cómo está —dijo la mujer—. Parece que está destrozado.

—Déjale solo, Martha. Anoche ahogó sus penas en alcohol y por el momento solo necesita descanso. Es un alivio que haya actuado como esperaba y haya terminado rompiendo con la condesa.

—Lo es, aunque no creo que esa mujer acepte tan fácilmente la ruptura —dijo Martha—. Estaba demasiado empeñada en tener un hijo de Sebastian como para dejarlo ir por las buenas.

—Yo tampoco lo creo, la verdad. Apuesto a que intentará volver con Sebastian a toda costa. Solo espero que mi nieto sea lo suficientemente inteligente como para no caer en sus artimañas.

Capítulo 8

El jueves a las seis de la tarde Sebastian y Waterford cruzaban las puertas del White's. Sebastian había decidido escuchar a su abuelo ahora que se había dado cuenta de que todo lo que había dicho sobre Blair era cierto. Hablando de ella, había intentado en infinidad de ocasiones ponerse en contacto con él, pero Sebastian no le había dado la más mínima oportunidad. No solo porque no tenía ninguna intención de volver con ella, sino porque esperaba que los rumores sobre ellos dos se esfumaran con el tiempo y no llegaran a salpicar a la señorita Pennington. Se acercaron a la mesa en la que su abuelo solía reunirse con Onslow y comprobó, con terror, que el caballero se encontraba acompañado de sus tres hijos varones.

—No me dijiste que íbamos a tener compañía —protestó en voz baja.

—No tenía ni idea de que sus hijos fueran a acompañarnos —respondió Abraham.

—¿De veras crees que voy a pedirle permiso a Onslow para casarme con su única hija delante de esos tres? Míralos… Son malditamente aterradores.

—Si quieres casarte con Marianne tendrás que contar también con la aprobación de sus hermanos —dijo Waterford intentando aguantarse la risa—. Es mejor que te quites ese peso de encima cuanto antes.

—Si me matan, dile a mi madre que la quiero —bufó.

—Eres un maldito exagerado.

—¿Eso crees? Mira la mano del que está sentado junto al conde… es tan grande como mi cabeza.

Abraham no pudo aguantar más y rompió a reír a carcajadas. Andrew, que era a quien se refería su nieto, era un hombre bastante grande y fuerte, con un temperamento imprevisible a veces, pero se volvía un corderito en lo que a Marianne se refería. Tal vez Sebastian tuviera razón… e intentaran acabar con él por atreverse a pedir la mano de su hermana. Onslow se puso de pie en cuanto los vio y se acercó a Abraham para palmearle la espalda con cariño.

—Parece que ninguno de nosotros ha podido librarse de compañía no deseada —bromeó.

—Debemos mantener nuestros asuntos en secreto para que no nos descubran —le continuó él la broma.

—Tendremos que hacer de niñeros por una tarde —rio el conde.

—Por fortuna yo solo tengo a mi nieto.

—En cambio yo tengo a estos tres incordios con los que lidiar.

—Te hemos oído, padre —protestó Elijah.

—No me estaba escondiendo. No entiendo por qué habéis insistido tanto en venir conmigo al club. Siempre que os pido que me acompañéis os escabullís como sardinas para no hacerlo.

—¿No podemos simplemente querer pasar tiempo contigo? —bufó Elijah.

—No, no podéis. Discúlpame, muchacho —dijo refiriéndose a Sebastian—, pero estos tres me traen de cabeza. Te presento a mis hijos, Andrew, mi heredero, Clement y por último Elijah.

—Es un placer conocerlos, caballeros —respondió él con una inclinación de cabeza a

modo de saludo.

—Me alegra ver que estás de mejor humor que la última vez que nos encontramos —continuó Onslow—. Sé que una pérdida como la tuya es imposible de superar, pero al menos estás aprendiendo a sobrellevarlo.

—Es difícil, pero cuento con la inestimable ayuda de mi madre y mi abuelo.

—Vamos, sentaos, pediré que traigan unas bebidas.

Onslow hizo una señal al camarero y este llevó una nueva botella de licor y un par más de vasos a la mesa. El conde sirvió una copa para cada uno y dio un trago a su bebida antes de sonreír con satisfacción.

—¿Os parece una partida de cartas? Puesto que somos pares, podríamos jugar al *Loo*[3].

—En realidad, confiaba en poder hablar con usted, lord Onslow —dijo Sebastian mirando su vaso—. Me gustaría pedir su permiso para casarme con su hija.

Sebastian no pudo evitar sentir un escalofrío ante la fuerte inspiración del mayor de los Pennington. Un silencio sepulcral se instaló en la mesa, y sintió los ojos de los tres hermanos de la joven clavados en él. Maldición… no iba a ser nada sencillo contar con la aprobación del conde. Antes tendría que conseguir la de sus hijos.

—Hemos oído muchas historias sobre usted, St Vincent, y debo decir que ninguna de ellas ha sido buena —dijo Andrew de repente.

—¿Creen ustedes todas las barbaridades de las que se hace eco la sociedad, caballeros? —respondió Sebastian con calma— Personalmente no suelo dar crédito a los cotilleos, prefiero guiarme por mi propia impresión.

—¿Va a negarme que mantiene una relación con la condesa Spencer? —preguntó Andrew.

—La mantuve, en efecto, pero le aseguro que todo eso quedó en el pasado. Terminé la relación antes de pensar en casarme, y no tengo ninguna intención de reanudarla.

—También hemos oído que debe casarse para recibir la herencia de su padre —añadió Elijah, que permanecía repantigado en su asiento con la mirada fija en él.

—No es ningún secreto. Su hermana lo escuchó de mí mismo hace unos días, cuando nos encontramos por casualidad en el parque. De hecho, decidí hacer caso del sabio consejo que ella me dio.

—¿Y por qué demonios quiere casarse con Marianne? —espetó Clement— Hay muchas damas casaderas entre las que puede elegir.

—Clement… —advirtió el conde, que no había dicho una palabra hasta el momento.

—Solo quiero matar mi curiosidad, padre —respondió el aludido.

—¿Insinúa usted que su hermana carece del atractivo suficiente para llamar la atención de un hombre? —preguntó Sebastian.

—¡Por supuesto que no! Mary es la mujer más hermosa de Londres, el hombre que se case con ella será muy afortunado —espetó Clement.

—Y posee una magnífica dote —añadió Andrew acariciándose la barbilla—. Una demasiado jugosa, a decir verdad.

—Si piensa que quiero casarme con ella por su dote, está usted completamente equivocado —respondió Sebastian con una sonrisa calmada—. Ni siquiera necesito el dinero de mi herencia, Pennington, he hecho algunas inversiones que me han generado una gran fortuna. El dinero de la dote estará a entera disposición de mi esposa para que lo invierta en lo que le plazca.

—Conociéndola lo donará a la caridad en cuanto lo tenga en su poder —rio Elijah.

—Es lo que tengo pensado hacer yo mismo con la herencia de mi padre —sonrió

Sebastian.

Su abuelo dio un respingo en su asiento y le miró con asombro.

—¿Cuándo has decidido semejante estupidez? —preguntó.

—Hablaremos de ello en casa, abuelo —le pidió Sebastian.

—No voy a permitirte que dones el dinero a la beneficencia, Sebastian.

—Y no voy a hacerlo directamente. Como sabiamente me informó la señorita Pennington, es preferible ayudar con ropa y comida que entregar el dinero a la dirección de las instituciones.

—¿Por qué quiere casarse entonces con mi hermana, St Vincent? —insistió Clement— No ha respondido a mi pregunta.

—Su hermana realmente me agrada, Pennington. No solo es hermosa, sino también bondadosa y divertida. Pienso que podríamos congeniar muy bien.

—Apenas hace unas semanas que se conocen, maldita sea —protestó Andrew.

—Nos hemos visto tres veces, en efecto, y le aseguro que en cada una de ellas he disfrutado enormemente de su compañía. No solo eso, sino que he descubierto que tenemos aficiones y gustos en común. Mi intención es que, al menos, lleguemos a ser buenos amigos. Cuidaré de su hermana lo mejor que pueda, caballeros. Les doy mi palabra.

Abraham sonrió satisfecho con las respuestas de Sebastian. Había pasado la prueba, podía verlo en el rostro de Onslow, que sonreía también. Tras un momento de silencio, Andrew asintió con un suspiro.

—Muy bien, St Vincent —dijo—. Puede casarse con mi hermana si mi padre da su aprobación. Pero le prometo una cosa: si alguna vez hace a mi hermana llorar y alguno de nosotros lo descubre, más vale que huya del país, porque no nos detendremos hasta hacerle pagar cada una de sus lágrimas.

—Le buscaremos debajo de cada piedra, St Vincent —insistió Elijah—. No lo olvide.

—Créanme, lo último que deseo es hacer infeliz a su hermana.

—Bien, dado que mis hijos parecen estar de acuerdo con el matrimonio, creo que no me queda mucho más que decir —añadió Onslow—. Tienes mi permiso para casarte con mi hija, muchacho. Mi esposa organiza un baile todos los años al inicio de la temporada, sería el momento idóneo para hacer oficial el compromiso.

—Quisiera pedirle que no le comente nada a la señorita Pennington hasta tener la oportunidad de hablar con ella personalmente. Me gustaría pedírselo como corresponde.

—Por supuesto, por supuesto… Venga mañana a tomar el té a casa, St Vincent, y traiga usted a su madre. Mi Violet disfrutó enormemente de su última visita y estoy seguro de que le encantará volver a verla.

—Allí estaré —asintió Sebastian.

—Ahora, ¿podemos empezar esa partida?

Horas más tarde, Sebastian y Abraham volvían a casa en su carruaje. El marqués no podía borrar la sonrisa de satisfacción de su rostro, y Sebastian resopló.

—¿Puedes dejar de mirarme así? —pidió— Parece que te has vuelto completamente loco.

—¿Acaso no puedo mirarte con orgullo?

—Solo voy a casarme, no es para tanto.

—Marianne es la mujer en la que siempre he pensado como tu esposa. Me alegra que la hayas elegido a ella.

—La señorita Pennington realmente me agrada —respondió—. Es una dama muy inteligente y de gran corazón. Le disgustan los bailes tanto como a mí y preferiría vivir en el

campo a hacerlo en la ciudad. Es todo lo que necesito.

—Siempre lo he sabido.

—Estoy pensando en comprar una casa cerca de Meaford Hall.

—Tonterías, no tienes que comprar nada. Meaford Hall es tu hogar, yo puedo buscar otro lugar más pequeño donde vivir.

—¿Por qué demonios harías tal cosa?

—Sois jóvenes, necesitaréis vuestra privacidad.

—Podemos vivir en alas diferentes de la casa, no necesitas irte de allí. Lo mismo pasa en la casa de Londres, antes de que digas otra estupidez.

—Creo que deberías consultarlo con tu esposa antes de tomar decisiones apresuradas.

—La señorita Pennington tiene demasiado buen corazón como para permitir que te marches.

—Hablando de ella… Mañana deberías llevarle un regalo.

—¿Acaso crees que no sé cómo cortejar a una mujer, abuelo?

—Sinceramente, tenía mis dudas.

—Había pensado en llevarle un ramo de flores.

—Es una buena elección, los lirios son sus preferidos. Tiene una gran variedad de ellos plantados en el jardín.

—Que sean lirios, entonces.

—Deberías pedirle permiso a Onslow para llevarla a dar un paseo por Hyde Park. Si te limitas a salir con ella al jardín sus hermanos os estarán vigilando muy de cerca.

—Son demasiado sobreprotectores con ella.

—Es la única mujer de la familia, y además la más pequeña de los hermanos. Elijah tenía doce años cuando Marianne nació, y Andrew diecisiete. fue la muñequita de la casa, y después de lo que ocurrió la temporada pasada es normal que quieran protegerla.

—¿Qué ocurrió?

—Dudley la cortejó durante gran parte de la temporada y al final eligió a la hija de los duques de Leinster como esposa.

—Espero que la señorita Pennington sepa que salió ganando.

—Por supuesto que lo sabe. El problema no fue lo que hizo Dudley, sino que su ahora esposa ridiculizó a la pobre Marianne por ello.

—Bueno, ahora tiene lo que se merece por ser una arpía. Espero que haya aprendido la lección.

—Su padre la sobreprotege demasiado, por lo que lo dudo mucho. Me temo que esa niña no ve más allá de sus narices y creo que nunca lo hará.

—A partir de ahora la señorita Pennington tendrá quien la proteja de su lengua viperina… Si es que me acepta.

—¿Por qué no iba a aceptarte? Eres un buen partido.

—Espero que ella también piense lo mismo, porque no tengo tiempo ni ganas de buscar a otra mujer entre las insulsas debutantes en su primera temporada.

—Si te rechaza, deberías cortejarla hasta que cambie de opinión.

—Créeme, es lo que tengo pensado hacer. La señorita Pennington realmente me agrada.

Sebastian se repantigó en el asiento y observó a su abuelo durante un buen rato. El anciano parecía haber rejuvenecido unos años, se veía feliz e incluso tarareaba una canción entre dientes.

—Estás realmente feliz con este matrimonio, ¿mmm? —preguntó sonriendo.

—Muy feliz, sí. Para mí lo más importante es tu felicidad, y sé que con ella llegarás a ser feliz.

—No tienes que recompensarme, ¿sabes?

—No intento hacerlo.

—¿De veras? Pues yo pienso que sí lo haces. Te sientes culpable y no tienes por qué.

—¿Por qué me culparía?

—Porque piensas que por tu culpa no pude despedirme de él.

—Es mi culpa que no lo hicieras —suspiró—. Si te hubiera ido a buscar personalmente podrías haberlo hecho.

—Ambos tuvimos parte de culpa, abuelo. Yo debería haber leído tus misivas en vez de tirarlas a la basura. Si mi madre no hubiera abierto la última ni siquiera habría estado presente en su funeral.

—Más que recompensarte a ti, a quien intento recompensar es a tu padre. Nunca me perdonaré no haber podido salvarle de la arpía de Francesca, al menos puedo asegurarme de que a ti no te ocurra lo mismo.

—No le obligaste a casarse con ella, abuelo. Fue él quien decidió hacerlo.

—Pero pude negarme, pude haber investigado igual que hice con la condesa Spencer.

—Mi padre era mayorcito para solucionar sus problemas. Si tan mal estaba con Francesca podría haberse divorciado, bien sabe Dios que tenía motivos de peso para que la ley le concediera el divorcio.

—Supongo que tienes razón.

—Por supuesto que la tengo… al menos esta vez.

—¿Cuándo piensas casarte? Tendrás que esperar al menos tres semanas para que se publiquen las amonestaciones.

—Me gustaría no apresurar demasiado la boda, quiero que nos conozcamos un poco mejor antes de dar el paso.

—Te quedas sin tiempo, Sebastian.

—Tengo hasta principios de agosto para cumplir las estipulaciones del testamento. Yo tenía pensado celebrarla a mediados de junio.

—Tienes que tener en consideración la condición de Marianne, Seb. Si esperas tanto a casarte con ella, las malas lenguas dirán que fue un intento desesperado de no convertirse en una solterona. ¿Qué te parece casaros a mediados de mayo?

—¿De veras crees que tendremos tiempo de conocernos? —bufó su nieto.

—Tendrás toda la vida para conocer a tu esposa, mentecato.

—¿A qué viene tanta prisa? ¿Acaso te estás muriendo? —bromeó Sebastian.

———A este viejo le quedan aún bastantes inviernos por vivir, sinvergüenza —protestó el marqués—. Solo quiero disfrutar de mis bisnietos lo antes posible.

—Me mantendré célibe solo para llevarte la contraria —bromeó Sebastian.

—¿Con semejante mujer a tu lado? Créeme, me gustaría ver cómo lo consigues.

—Supongo que tienes razón —rio el joven—. La señorita Pennington es demasiado hermosa para ignorarla.

—En cuanto a la herencia… No habrás pensado en serio donarla al Foundling…

—No en sentido literal, abuelo. He pensado que dedicaré esa parte de mi fortuna a realizar donaciones periódicas al hospital, pero no de dinero, sino de alimento, ropa y enseres necesarios para los niños. Creo que es una bonita forma de honrar a mi padre.

—Si pudiera verte en este momento te aseguro que Lucius sería el hombre más orgulloso

del mundo. Demonios, yo soy el hombre más orgulloso ahora.

—Solo intento darle una parte de todo lo que él me ha dado a mí. Le echo tanto de menos…

—Lo sé, hijo. Sé que añoras su presencia en tu vida, pero espero que este viejo pueda al menos suplir una pequeña parte de ella.

—No tienes que sustituir a mi padre. Tú eres mi abuelo y tienes tu propio lugar en mi vida. Lugar que espero permanezca ocupado mucho tiempo.

—Veré pasar por el altar a mi primer biznieto, te doy mi palabra.

Capítulo 9

Sebastian se encontraba a las cuatro en punto de la tarde del día siguiente frente a la puerta de la casa de los condes de Onslow. Había elegido como regalo un ramo de lirios, rosas y peonías de diferentes tonos de rosa. En realidad, había elegido el que su madre le había sugerido aquella misma mañana frente al puesto de la florista, porque lo único que conocía de Marianne Pennington era que le gustaban los lirios… y la lectura. Había tenido que insistir mucho para que Martha accediera a acompañarle en aquella velada. Incluso su abuelo había tenido que prometer acudir también para que ella se armara de valor y entrara en el carruaje tan solo veinte minutos antes. Sebastian la entendía… por supuesto que lo hacía. Pero lady Onslow había sido muy amable con su madre y él no pensaba permitir que algo como la diferencia de clases sociales le impidiera hacer una buena amiga. Y su abuelo tampoco.

Fueron recibidos por el mayordomo, Frederick, que los llevó a una pequeña salita rodeada de grandes ventanales, donde la familia se encontraba reunida. Toda la maldita familia. Incluso Andrew y Elijah estaban presentes con sus respectivas esposas, que por las miradas que le dedicaron al entrar habían sido debidamente informadas de sus intenciones respecto a su cuñada. La señorita Pennington llamó entonces toda su atención. Estaba realmente hermosa, llevaba un bonito vestido de día en tonos lavanda que le sentaba realmente bien. Sebastian fijó su mirada en ella y le dedicó una sonrisa que la hizo bajar la vista sonrojada. Tras los saludos pertinentes, Sebastian se sentó junto a ella y le ofreció el ramo de flores.

—Señorita Pennington, es un placer volver a verla —dijo—. Me he tomado la libertad de traerle un obsequio, espero que le guste.

—Me encantan las flores —respondió ella sonriendo.

Marianne enterró la nariz en el ramo e inspiró, cerrando los ojos al percibir el suave aroma de los lirios que tanto le gustaban.

—Los lirios son mis flores favoritas —dijo—. ¿Cómo lo ha sabido, milord?

—Debo reconocer que conté con algo de ayuda —respondió Sebastian—. Mi abuelo y mi madre me ayudaron a elegirlas.

Sirvieron el té con pastas. Sebastian se sentía incómodo con la atención de los tres hermanos puesta en ellos, no era capaz de concentrarse en la conversación que intentaba mantener con ella por culpa de aquellos tres.

—Lord Onslow —llamó Sebastian—, me gustaría contar con su permiso para llevar a la señorita Pennington a dar un paseo.

—¡Por supuesto, muchacho! —respondió el conde haciendo un aspaviento— Tienes mi permiso.

—¿Le gustaría dar un paseo hasta Hyde Park, señorita Pennington? He oído que los patitos han empezado a nacer.

—Me encantaría —respondió ella con una radiante sonrisa—. Iré a por mi abrigo, no tardo.

Sebastian sonrió al verla correr hacia la puerta del salón. Diez minutos más tarde, la mujer reaparecía ataviada con un abrigo de color azul y un *muff*[4] de piel de armiño. Sebastian le

ofreció el brazo y, tras despedirse de los presentes, salió de la casa en dirección a Hyde Park.

—Permítame disculparme por el comportamiento de mis hermanos —empezó a decir ella —. He notado que le han incomodado, lo lamento.

—No lo lamente, no me han incomodado.

—Oh… Pensé que me había pedido salir por ese motivo.

—He pedido permiso para salir con usted porque era incapaz de concentrarme en nuestra conversación con sus miradas taladrándome —bromeó Sebastian.

—Sí… suelen ser demasiado intensos, a veces.

—Intensos es decir poco —rio—, pero podré lidiar con ellos.

La conversación fue interrumpida cuando Marianne divisó una pequeña librería cerca de la entrada del parque. Parecía antigua y bastante pequeña, aunque tenía el escaparate bastante limpio y en buen estado. Sebastian no habría reparado en ella si hubiera pasado frente a la puerta, pero Marianne se detuvo frente al cristal para observar con detenimiento los volúmenes expuestos ordenadamente sobre una tela de terciopelo rojo.

—¿Podemos entrar un momento? —preguntó Marianne.

—Por supuesto.

Sebastian sostuvo la puerta para que Marianne entrase en el pequeño establecimiento. La mujer saludó al librero y se dirigió inmediatamente a las estanterías para empezar a buscar entre los muchos volúmenes que se apilaban unos sobre otros.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Sebastian ladeando la cabeza para leer algunos títulos.

—El libro se llama “Cartas de dos amantes”, de Jean-Jaques Rousseau —respondió Marianne pasando el índice por los lomos de los libros—. Relata la historia de amor de una joven noble y un hombre de origen humilde.

—Veo que es usted toda una romántica.

—No especialmente. Me gusta leer cualquier género, ya sea comedia o romance, terror o aventuras. Pero este libro en particular… No, aquí no está.

Estuvieron un buen rato buscando entre las estanterías, pero no lograron hallarlo. A Sebastian le supo mal no haberlo hecho, la cara de desilusión de la joven le llegó al alma, pero no había nada más que pudiera hacer de momento.

—Preguntémosle al librero, tal vez lo tenga en alguna otra parte o pueda conseguirlo —sugirió.

—No podrá —suspiró ella—. Es un libro muy antiguo, si no está por aquí dudo mucho que pueda conseguirlo.

—No perdemos nada por intentarlo, ¿verdad?

Marianne asintió y siguió a Sebastian hasta el mostrador de la entrada. En efecto, el libro era demasiado antiguo y muy difícil de encontrar, pero el hombre se comprometió a hacer lo que estuviera en su mano para conseguirlo.

—Siento que no hayamos podido encontrar el libro —se lamentó al ver que el rostro de Marianne no recuperaba la sonrisa.

—No lo sienta, ya lo he buscado por toda la ciudad y no he logrado encontrarlo —suspiró —. Tendré que darme por vencida.

—¿Ha probado usted con los buhoneros?

—Lo hice, sí. Incluso me aventuré en la zona más peligrosa de la ciudad para encontrarlo. Iba acompañada de mi hermano —aclaró al ver la cara de espanto de Wembley—, pero si mis padres lo llegan a descubrir sufrirían un ataque.

—¿Qué le parece si compramos algo de comida para los patos? Tal vez alimentar a los pequeños mejore un poco su humor.

Marianne asintió y aceptó su brazo para pasear por los jardines de Hyde Park hasta el pequeño lago Serpentine, donde compraron una bolsa de migas de pan para alimentar a los animales.

—En realidad, no solo he pedido permiso para pasear con usted por el simple placer de su compañía, señorita Pennington —añadió Sebastian mientras caminaban hacia la orilla del lago.

—¿Entonces?

—Quería pedirle que se convierta en mi esposa.

La confesión la sorprendió tanto que al darse la vuelta hacia el vizconde su pie no pisó tierra firme y empezó a perder el equilibrio. Sintió horror, iba a ponerse en ridículo frente al hombre que acababa de pedirle matrimonio. ¿Cómo podía ser tan torpe? Por suerte, St Vincent fue bastante hábil y la atrapó justo a tiempo de salvarla de tan nefasto destino… pegándola a su fornido pecho de un tirón. Marianne sentía humedad en la punta de los dedos del pie, posiblemente había terminado metiendo en el agua parte de su bota, pero en lo único que podía pensar era en la firmeza y el calor que desprendía aquel pecho masculino que se escondía bajo capas y capas de ropa. Su corazón se aceleró y sus mejillas se sonrojaron, mas Sebastian pareció no darse cuenta de nada. La sujetó entre sus fuertes brazos hasta tenerla a salvo en tierra firme y se separó un par de pasos de ella, mirándola con diversión.

—Cuando sugerí que viniéramos a darle de comer a los patos no pensé que fuera usted a ofrecerse como parte de la comida —bromeó.

—Desearía que ahora mismo me tragase la tierra —reconoció ella cubriéndose la cara con las manos.

—Vamos… un mal paso puede darlo cualquiera. Estoy seguro de que no es la primera dama ni será la última en tener este tipo de accidente.

—¿Es usted consciente de que cada vez que nos encontramos es testigo de mi torpeza?

—Yo no diría que es usted torpe, señorita Pennington. Pero sí es bastante distraída. ¿Sería posible que se mantuviera a salvo al menos hasta que responda a mi proposición?

—¡Oh, Dios santo! Ha dicho que quiere casarse conmigo…

—Lo he dicho, sí.

—¿Por qué quiere hacerlo, milord?

—Porque me agrada usted, señorita Pennington. En nuestro último encuentro descubrí que somos muy parecidos y creo que podríamos llegar a llevarnos bien, a ser buenos amigos como mis padres.

Marianne se sintió un poco decepcionada con su respuesta. Amigos… Ella no quería que fueran amigos, quería que fueran marido y mujer, tener la oportunidad de ser amada, compartir la dicha que su madre y sus cuñadas habían encontrado en sus respectivos matrimonios.

—Venga, sentémonos en aquel banco —dijo el vizconde señalando un banco situado a la sombra de un gran árbol, lo suficientemente cerca del agua como para poder alimentar a los patos —. No quiero que termine usted tropezando de nuevo.

—¿Se conformaría solo con que seamos buenos amigos, milord? —preguntó cuando estuvo a salvo en el banco.

—No, no voy a conformarme solo con su amistad. Quiero un matrimonio de verdad, señorita Pennington. Eso incluye intimidad en el lecho y, por supuesto, hijos. Si usted no está bien con eso, podemos…

—Estoy bien con ello —le interrumpió—. Solo siento curiosidad.

—Si tiene alguna otra pregunta estaré encantado de responderla.

—¿Por qué me ha elegido a mí, una dama algo excéntrica que está a punto de convertirse en una solterona, en vez de esperar a que empiece la temporada para buscar a una debutante recién salida de la escuela?

—Solo tiene usted veinte años, yo no considero que esté a punto de convertirse en una solterona. Para mí usted es una mujer muy hermosa y educada, de buena familia y a quien le gustan los eventos sociales tan poco como a mí. Comparte mi gusto por la lectura y da muy buenos consejos, ¿por qué iba a descartarla por una minucia como la edad?

—Usted también me agrada, milord —respondió ella, aunque sus mejillas estaban a punto de bullir por la vergüenza.

—Sin embargo, sigue sin responder a mi pregunta.

—Tengo una duda más, lord St Vincent. ¿Tiene usted intención de tener una amante?

—Sabe que mi relación con la condesa está terminada.

—Pero podría haber otras en el futuro.

—Y por su tono puedo decidir que no le gustaría demasiado.

—En efecto, odiaría que mi esposo tuviera una amante.

—Permítame contarle algo. Mi padre se casó con una mujer que resultó no ser lo que aparentaba. Hizo a mi padre desdichado, y además de ello no pudo darle ningún hijo. Una noche, debido al alcohol, terminó yaciendo con mi madre, una de las sirvientas de su casa.

—Entiendo.

—Cometió un error una única vez, señorita Pennington, error del que como bien sabrá yo soy fruto. Jamás volvió a serle infiel a su esposa, pero ese único error le costó vivir un infierno hasta el día de su muerte. Le aseguro que no tengo ninguna intención de serle infiel durante nuestro matrimonio, no pienso cometer el mismo error que cometió mi padre.

—Dice que aquella noche fue un error, pero sus padres llegaron a ser buenos amigos.

—Mi padre jamás concibió aquella noche como un error, sino más bien como un pequeño milagro. Mi madre le dio lo que tanto había anhelado y su esposa no fue capaz de darle, un hijo. Mi padre fue el mayor apoyo de mi madre, y ella el hombro sobre el que se apoyó mi padre durante años. No existía amor romántico entre ellos, pero se quisieron mucho.

—Parece usted haberle querido mucho también.

—Fue un gran padre, y no se imagina lo muchísimo que le echo de menos.

—Háble me de él.

—Recuerdo que solía venir a verme siempre que podía. Siempre traía mis dulces preferidos, que preparaba su cocinera en secreto para mí. Me enseñó a montar a caballo cuando apenas tenía ocho años. Me encantaba sentarme delante de él en su caballo y simular que era yo quien lo guiaba. Conseguí mi fortuna gracias a sus sabios consejos. A veces nos quedábamos hablando sentados junto al fuego y bebiendo bourbon hasta bien entrada la madrugada. Fue el mejor padre del mundo.

—Estoy segura de que esté donde esté, se sentirá muy orgulloso de usted.

—Gracias.

—Tomaré en consideración su propuesta, milord. Pensaré en ello y le daré mi respuesta.

—Señorita Pennington, hay algo con lo que ninguno de los dos contamos, y es tiempo. Yo podría perder la herencia de mi padre y su destino no es mucho mejor que el mío. No tenemos tiempo para que tenga en consideración mi propuesta, lo sabe.

—Tiene razón, pero es tan repentino que…

—No digo que debamos casarnos inmediatamente, pero para poder pasar juntos el tiempo

que necesitamos para conocernos debemos contar con un compromiso.

—¿Cuándo nos casaríamos?

—A mediados de mayo, tal vez. Así su reputación quedaría intacta y yo no perdería la herencia. He decidido hacerle caso y utilizarla para ayudar a los más necesitados, así que necesito desesperadamente su ayuda.

Marianne inspiró hondo. ¿Qué tenía que pensar? Había sido ella quien le había considerado como futuro esposo hacía tan solo unos días. Pero debía reconocer que su propuesta la había sorprendido. Asintió al fin con un suspiro.

—Acepto su propuesta, milord —dijo al fin—. Si mi padre da su consentimiento, por supuesto.

—Confieso que me adelanté a los acontecimientos y pedí su bendición hace días. En presencia de sus hermanos.

—Así que por eso le miraban con tanta severidad hace un rato —rio ella.

—Supongo que todos sabían mis intenciones en este paseo.

—¿Y ellos también le dieron su aprobación?

—Con alguna amenaza de por medio… pero sí, la dieron.

—En ese caso, me casaré con usted.

—No se arrepentirá, le doy mi palabra.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Adelante.

—¿Cuánto tiempo duró su relación con la condesa?

—Dos años. Desde que rompí con ella ha intentado contactarme en varias ocasiones, pero he rechazado todas sus misivas.

—Gracias por su sinceridad.

—Si queremos empezar con buen pie nuestro matrimonio debemos ser sinceros el uno con el otro. Quiero que confíe en mí de la misma manera en la que yo confiaré en usted, Marianne.

Su nombre dicho por los labios masculinos llenó a Marianne de calidez. Sonrió y se dispuso a alimentar a los pobres patos, que llevaban un buen rato nadando en círculos frente a ellos a la espera de las migas de pan.

—¿La incomoda que la llame por su nombre de pila? —preguntó Sebastian.

—Por supuesto que no —se apresuró a responder—. No estoy acostumbrada a que alguien fuera de mi familia me llame así, es todo.

—La he avergonzado, entonces.

—Un poco, pero nos casaremos pronto, así que debo empezar a acostumbrarme, ¿no es así?

—Así es, y también debería acostumbrarse a llamarme por el mío.

—Lo intentaré, pero no le prometo poder hacerlo de inmediato.

—Me conformo con que al menos lo intente.

—¿Le gustan los animales? —preguntó Marianne cambiando de tema.

—Me gustan mucho. Cuando era niño siempre pedía un cachorro para mi cumpleaños, pero mi padre nunca me concedió ese deseo, pues nuestra casa no era demasiado grande y no teníamos un patio en el que el animal pudiera jugar. Una vez incluso enfermé por ir a jugar con los cachorros de nuestro vecino, el señor Abbot.

—Seguro que se llevó usted una buena reprimenda —rio.

—Mis padres estaban tan asustados por la gravedad de mi enfermedad que me

perdonaron la desobediencia —respondió Sebastian riendo también.

—¿Tuvo al fin su cachorro?

—Lo tuve, sí, pero no fue hasta que conocí a mi abuelo, que fue quien me lo regaló. Ahora tengo cuatro perros pastores, aunque viven en Meaford Hall, nuestra casa en Staffordshire. Pasan más tiempo con mi abuelo que conmigo, y por tanto le obedecen más a él, pero en realidad son míos.

—Nosotros también tenemos algunos perros —añadió ella con una risa baja—. Son de mi padre, pero solo obedecen a mamá.

—¿Prefiere el campo o la ciudad, Marianne?

—El campo, por supuesto. Si de mi dependiese viviría todo el año en Surrey, donde se encuentra nuestra casa de campo. Me gusta mucho sentarme en verano a leer bajo un árbol, o hacerlo sentada en la orilla del río con los pies metidos en el agua.

—En ese caso podemos vivir en Meaford Hall siempre que no tenga que acudir a la cámara de los lores.

—Me encantaría.

—Deberíamos volver, se está haciendo tarde y sus hermanos querrán retarme a duelo por haber tardado tanto en llevarla de vuelta.

Marianne asintió, vació el resto de migas de pan en el agua y se cogió del brazo de Sebastian para encaminarse de vuelta a la casa familiar.

—Debo reconocer que el tiempo se me ha pasado volando —dijo con una sonrisa.

—Me alegra saberlo, porque a mí me ha ocurrido lo mismo. Estaré bastante ocupado durante el resto de la semana, pero me gustaría poder verla de nuevo en cuanto termine con mis obligaciones.

—A mí también me gustaría.

—Podríamos hacer un picnic, ¿qué le parece?

—Una gran idea. Prepararé tartaletas de manzana, mi madre dice que son las mejores de la ciudad.

—Creo que no podré esperar para probarlas.

—Pues deberá hacerlo. Así me aseguro de que se apresura a terminar sus actividades.

—Es usted muy cruel, pero lo acepto. Le enviaré una nota cuando tenga un poco de tiempo libre.

Su familia y él se despidieron de los Pennington y subieron a su carruaje.

—¿Y bien? —preguntó Martha.

—Ha sido un paseo muy agradable —reconoció—. Y ha aceptado mi proposición.

—¡Lo sabía! —exclamó su abuelo— Marianne es la mujer perfecta para ti.

—Iremos a hacer un picnic en nuestro próximo encuentro, así tendremos oportunidad de conocernos mejor.

—¿Y cuándo será eso?

—Estaré el resto de la semana ocupado, pero confío poder salir con ella el fin de semana. Es una dama encantadora y sé que terminaremos llevándonos bien.

—Y enamorados, ya lo verás… —vaticinó el marqués— Terminarás enamorado de ella antes de darte cuenta.

Sebastian miró por la ventana y sonrió. Le divertía la actitud de su abuelo… y tenía la sospecha de que en esto también tendría razón.

Capítulo 10

El pequeño picnic que Sebastian había planeado para pasar tiempo con Marianne se convirtió en todo un fin de semana en Meaford Hall en compañía de sus familias. Adiós a su deseo de estar a solas con ella, de conocerla mejor, y por qué no, de intimar un poco. Después de una dura semana de trabajo duro, lo último que quería era tener que lidiar con los tres hermanos Pennington, aunque por suerte contaría con ayuda: sus primos también estarían en casa. Había conocido al mayor de ellos, Maximilian, durante su estancia en Oxford, pero a los dos menores no había tenido ocasión de conocerlos. Max no solo era su primo, se había convertido en su mejor y único amigo. Por un lado, le encantaba la idea de volver a verle, pero por otra…

Cuando llegó a casa el jueves, después de una larga mañana en la cámara de los lores, su abuelo le estaba esperando con una sonrisa en los labios que no presagiaba nada bueno.

—¿Qué estás tramando? —preguntó mientras se quitaba el abrigo y los guantes.

—¿Por qué das por hecho que lo hago?

—Solo tengo que ver tu cara para saber que no tramas nada bueno, viejo. Y sé que no me equivoco.

—Ven, vamos al despacho. Te lo explicaré todo.

Siguió al anciano hacia el despacho que compartían, sirvió dos copas de whisky y le entregó una antes de dejarse caer en el sofá con un suspiro.

—¿Y bien? —insistió.

—Me dijiste que habías pensado llevar a Marianne a hacer un picnic este fin de semana.

—Así es, he pensado en llevarla al parque de Saint James. ¿Por qué?

—Porque no lo harás.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Ella está bien?

—Todo está bien, deja de preocuparte.

—¿Entonces por qué dices que no la puedo llevar a hacer un maldito picnic?

—Porque yo he pensado en algo mejor.

—Miedo me das...

—Ya le he enviado al conde una invitación a pasar el fin de semana en Meaford Hall.

—¿El fin de semana?

—El fin de semana —asintió el anciano—. Aprovecharemos para formalizar el compromiso y vosotros tendréis muchas oportunidades de pasar tiempo juntos y conoceros sin que nadie interfiera en vuestros asuntos.

—Todos interferiréis en nuestros asuntos, abuelo. No seas hipócrita.

—Debo advertirte que he extendido la invitación a sus dos hermanos casados.

—¿Te has vuelto loco? Ahora sí que no podré estar ni un solo segundo a solas con ella.

—No te preocupes, tu tía Catherine me ha escrito para decirme que estarán aquí el fin de semana también. Tus primos te apoyarán, sé que tienes una gran amistad con Max.

—Al menos tendré aliados —bufó—. No sé de dónde te has sacado que esta era una buena idea, abuelo, solo me has complicado las cosas. Cuéntame qué es lo que tienes pensado.

—Oh, nada especial, en realidad. Una reunión íntima entre las dos familias en un lugar

tranquilo. Podréis salir a montar a caballo, hacer el picnic que tanto quieres hacer y montar en barca por el lago. Tendréis que soportarnos en las comidas, nada más.

El anciano abrió uno de los cajones del escritorio, sacó un estuche de terciopelo azul oscuro y se lo entregó a su nieto. En él descansaban un collar, una pulsera y una peineta de diamantes con forma de lágrima.

—Pertenecieron a tu abuela —dijo el marqués—. Fue mi regalo de compromiso para ella, y me gustaría que también fuera el tuyo para Marianne.

—Pero tía Catherine debería ser quien lo tuviera…

—Tonterías. Cuando tu abuela murió repartí las joyas para mis dos hijos. Estas, y otras que permanecerán en la caja fuerte hasta el día de vuestra boda, pertenecían a tu padre y, por tanto, a ti.

—¿Mi padre no le dio las joyas a Francesca?

—Yo no quise darle las joyas hasta asegurarme de que ella era la mujer adecuada para él —rectificó Abraham—. No la conocía en absoluto, así que no quise arriesgarme a que las joyas de tu abuela cayeran en malas manos.

—Es muy bonito… Estoy seguro de que Marianne estará encantada de recibirlas.

—Saldremos hacia Meaford hall mañana a primera hora de la tarde. ¿Crees que habrás terminado con tus asuntos?

—Solo tengo que visitar a mi abogado a primera hora de la mañana, estaré en casa para el almuerzo.

—Estupendo, así podré asegurarme de que todo está preparado para la llegada de nuestros invitados.

—¿Seguro que no has invitado a nadie más, abuelo?

—Tu madre me ha hecho prometer que no lo haría —reconoció.

—Bien por mi madre, entonces. Por cierto, ¿dónde está?

—Ha venido la modista a traerle los vestidos. Debe estar en su habitación probándoselos.

—Subiré a verla —dijo levantándose.

Cuando Sebastian entró en la habitación de Martha, se detuvo en seco ante la visión que se encontró. Jamás había visto a su madre tan hermosa. El vestido borgoña que estaba probándose le quedaba perfecto. Realzaba su figura y la hacía parecer una auténtica dama.

—Me has dejado sin palabras, mamá —susurró acercándose para hacerla dar una vuelta completa—. Estás absolutamente preciosa.

—¡Oh, no bromees! —rio Martha.

—Estoy hablando completamente en serio, atraerás la atención de todos los caballeros cuando salgas a la calle vestida así.

—No tengo ningún interés en atraer la atención de ningún caballero, Seb. Solo quiero que estés orgulloso de mí.

—Siempre lo he estado, pero te aseguro que ahora no quepo en mí de orgullo.

—¿Has hablado con tu abuelo sobre los planes de este fin de semana?

—Ya me ha contado sus planes, sí. Me hubiera gustado que lo hablara conmigo antes de enviarle la invitación a Onslow.

—Pero Sebastian, hay muchas cosas que discutir, esta es la ocasión idónea para hacerlo.

—Lo sé, pero debemos ser Marianne y yo quien lo discutamos, nadie más. Aún faltan dos meses para la boda, ni siquiera hemos publicado las amonestaciones aún. Tenemos tiempo de sobra.

—Violet pondrá el grito en el cielo si te escucha decir eso —rio su madre.

—Te agrada la condesa, ¿verdad?

—Es muy amable y cariñosa —asintió—. Me ve como una igual, no me mira por encima del hombro. Se ofreció a presentarme a algunas de sus amigas en nuestro próximo encuentro, aunque no sé si es buena idea.

—Ella es una muy buena influencia, mamá. Si ha insistido en presentarte a sus amigas es porque son mujeres como ella, que no te harán sentir incómoda.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. Además, mi tía Catherine vendrá a Londres y seguramente se queden a pasar la temporada, ya que Max tiene mi edad y debería casarse también. Será otra aliada más para ti.

Sebastian se dejó caer en la cama de su madre y suspiró. Se deshizo el pañuelo y se desabrochó un par de botones de la camisa.

—¿Cansado? —preguntó su madre sonriendo.

—Mucho. He estado toda la mañana revisando papeles con mi abogado, y esta tarde tengo que acudir a la cámara con el abuelo.

—El fin de semana podrás relajarte.

—¿Con todos esos Pennington acechándome como lobos? —protestó— Lo dudo mucho.

—Ponte en su lugar, Seb. ¿Acaso tú no actuarías de la misma forma si se tratara de tu única hermana?

—Supongo que tienes razón —suspiró incorporándose—. Vamos, muéstrame el resto de tu guardarropa. Quiero ver esos preciosos vestidos nuevos.

Pasó el resto de la mañana disfrutando del desfile de su madre, y tras la comida, se acercó a la abadía para hacerle una visita a su padre. Hacía demasiado tiempo que no pasaba a verle, y tenía tiempo de sobra antes de acudir a la cita con su abuelo. Le sorprendió que su tumba tuviera flores frescas.

—Vaya… Veo que incluso muerto sigues teniendo tus admiradores —bromeó.

Se sentó junto a la lápida de mármol y dejó sus guantes a un lado. Apoyó la cabeza en la fría piedra y suspiró.

—He venido porque tengo muchas cosas que contarte —continuó—. La primera de todas es que he roto con Blair. Debes estar sorprendido, ¿verdad? Después de mi pelea con el abuelo descubrí que quien estaba equivocado era yo, no él. Esa mujer solo me estaba utilizando. ¿Sabías que el conde la había amenazado con pedir el divorcio si no le daba un heredero pronto? Supongo que lo sabías.

Empezó a juguetear con el tallo de una de las flores colocadas frente a la tumba.

—Por suerte, el abuelo me abrió los ojos a tiempo y terminé mi relación con ella, y me casaré a mediados de mayo. Mi prometida es la señorita Pennington, única hija del conde de Onslow. Es una mujer encantadora que desde el primer momento llamó mi atención. No sé… me hace reír. Es algo distraída, pero realmente encantadora. Te habría gustado, estoy seguro de ello.

Un movimiento a su derecha le hizo abrir los ojos, pero solo era uno de los monjes que cuidaban la abadía.

—Mamá está muy bien —añadió—. Ahora vivimos en la mansión del abuelo y la ha nombrado señora de la casa. Hoy le ha llegado su nuevo guardarropa… Deberías haberla visto, estaba tan guapa que seguramente te habrías enamorado de ella. Conoció hace unos días a lady Onslow y al parecer fue muy amable con ella, pasarán algo de tiempo juntas este fin de semana en Meaford Hall. También vendrá la tía Catherine… Espero que lo pasen bien las tres juntas.

Se puso de pie, sacudió el sombrero y pasó la mano por la piedra.

—Debo irme, tengo que acudir a la cámara con el abuelo. ¿Cómo lo soportabas? Vendré a verte pronto, la próxima vez traeré a Marianne para que la conozcas.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la mansión… pero sus pasos se desviaron inconscientemente hacia el Foundling. Los tres grandes edificios de piedra se alzaron frente a él como gigantes, y Sebastian se detuvo sin atreverse a cruzar la verja de entrada.

—¿Puedo ayudarle en algo?

Se giró para ver a una monja que le miraba con curiosidad desde el otro lado de la verja.

—Buenas tardes, soy Sebastian Wembley —respondió.

—Lord St Vincent… La madre superiora le estaba esperando.

La novicia abrió la verja dejándole pasar. Le guio por los largos pasillos hasta un gran despacho dotado de algunos sillones y un escritorio de nogal en el centro de la estancia.

—Espere aquí, sor Alondra vendrá en seguida.

—Gracias.

—Iré a preparar un poco de té.

La mujer salió dejándole solo. Poco después apareció otra monja, mucho más anciana que la primera, que le miraba con una enorme sonrisa en los labios.

—Al fin puedo verle en persona —dijo tomando sus manos—. Su padre me habló tanto de usted que es como si le conociera desde siempre.

—Es un placer conocerla, sor Alondra.

—Sabía que tarde o temprano vendría a vernos.

—La verdad… ni siquiera sé por qué estoy aquí.

—Dios le trajo a este lugar por alguna razón. ¿Le gustaría conocer a los pequeños?

—Por supuesto.

Ofreció el brazo a la anciana y la acompañó hacia el patio, donde varios grupos de niños jugaban. Todos estaban aseados y bien vestidos, y parecían realmente felices.

—Su padre solía venir dos veces por semana —empezó a decir sor Alondra—. Solía traer algunos dulces para ellos, y siempre se preocupaba de tener un regalo especial para todo aquel que cumpliera años. A veces les traía libros, otras veces juguetes. Era uno de nuestros mayores benefactores.

—Me gustaría continuar con la labor que él realizaba.

—Le estaremos eternamente agradecidos por ello.

—¿Hay algo que necesiten, madre? cualquier cosa.

—Cualquier cosa que decida traer será más que bienvenida.

—¡Lord St Vincent!

Sebastian levantó la mirada para ver a un pequeño correr hacia sus piernas y estamparse contra ellas.

—¡Ha vuelto! —exclamó el pequeño.

Sebastian sintió un terrible nudo en la garganta. Se puso en cuclillas y miró al pequeño con una sonrisa. Apenas tendría unos cinco años, de cabello pelirrojo y ojos de color esmeralda.

—Lo siento, pero lord St Vincent no volverá, pequeño —susurró acariciándole la cabeza —. Yo soy su hijo.

—¿A dónde ha ido? Prometió que la próxima vez que viniera traería mis galletas favoritas…

—Está en el cielo, con los ángeles. Pero a partir de ahora yo vendré en su lugar.

—¿Cómo se llama usted, señor?

—Mi nombre es Sebastian.

—Debes llamarle lord St Vincent, Thomas —le informó la novicia—. Ahora él es el nuevo vizconde.

—Tal vez podrías decirme cuáles son tus galletas favoritas. Haré que te las preparen y las traeré la próxima vez que venga.

—Me gustan las galletas de mantequilla y trocitos de fruta.

—Le pediré a mi cocinera que las prepare para ti y las traeré el lunes. ¿Qué te parece?

—¿Me lo promete?

—Te doy mi palabra.

—Entonces yo le haré un dibujo, igual que hacía con su padre. A él le encantaban mis dibujos, los tenía guardados en un lugar muy importante.

—Tendré que descubrir qué lugar es ese, porque yo también quiero disfrutar de tus dibujos.

El niño se alejó corriendo y saludándole con la mano, haciéndole sonreír. Se incorporó y volvió a ofrecerle el brazo a sor Alondra, que lo palmeó con cariño.

—Estos niños están tan faltos de amor que cualquier muestra del mismo les hace adorarte —comentó—. Su padre les dio más amor del que podrán llegar a tener en su vida, lord St Vincent.

—No veo niñas por aquí.

—Eso es porque están en un ala diferente, y salen al patio en horarios distintos.

—¿Qué futuro les espera a estos niños, sor Alondra?

—Si tienen suerte podrán llegar a formar parte del servicio de alguna familia importante. Si no la tienen, me temo que terminarán en las calles, ellas prostituyéndose y ellos robando.

—Debe haber más benefactores aparte de mi padre.

—Son pocos, pero los hay. Hace un rato estuvo aquí la hija del conde de Onslow, la señorita Pennington. ¿La conoce?

—Es mi prometida —sonrió.

—¡Oh! Mi enhorabuena, entonces. Es una dama encantadora y con un corazón muy grande. Viene siempre que puede y ayuda a los más rezagados con sus tareas.

—Ella es parte del motivo por el que decidí aportar mi pequeño grano de arena.

—Les deseo mucha felicidad, ambos se la merecen.

—Gracias.

—¿Cómo está llevando su pérdida? Sé por su padre que estaban ustedes muy unidos.

—Fue un duro golpe y es muy difícil hacerse a la idea, madre. Le echo terriblemente de menos. A veces siento que está a mi lado, ayudándome a tomar las decisiones más difíciles que he tomado en mi vida.

—Estoy segura de que, esté donde esté, su padre velará siempre por usted.

—Yo también lo creo.

—Y me alegra que hiciera caso de su petición y vaya a contraer matrimonio.

—¿Usted lo sabía?

—Lo consultó con el padre Mathew y conmigo —asintió.

—¿Quién es el padre Mathew?

—El cura que da la misa los domingos y enseña a los niños álgebra.

—Debo decir que al principio me enfadé mucho con él por poner aquella cláusula en el testamento. No por su fortuna, que no la necesito, sino por el hecho de querer obligarme de alguna forma a hacer algo que no quería hacer.

—Su padre solo quería que fuera usted un hombre feliz.

—Dicha cláusula me sirvió para darme cuenta de que mi padre no estaba de acuerdo con algunas de mis acciones.

—Todos debemos cometer nuestros propios errores y aprender de ellos, lord St Vincent. Nadie aprende del error de su prójimo.

—Supongo que tiene usted razón.

Tras echar una buena ojeada a la institución, Sebastian descubrió para su pesar que los niños tenían muchas necesidades por cubrir. Para empezar, muchos de ellos compartían cama, por lo que pensó en mandar hacer de inmediato camas suficientes para que al menos cada niño tuviera la suya propia. Eso implicaba surtirlos también de mantas, y la falta de alimentos en la cocina le pareció alarmante. Pero pensaría en todo eso después de ocuparse del fin de semana… y a ser posible con el consejo de Marianne.

Capítulo 11

Sebastian esperaba pacientemente la llegada de los invitados a la mansión de campo de los Wembley la mañana del sábado. Los primeros en llegar fueron sus tíos y primos, por suerte para él. Maximilian iba a la cabeza, montando su pura sangre negro como ala de cuervo. En cuanto el animal se detuvo en la puerta de entrada, el hombre saltó de su montura y se acercó con paso decidido a la comitiva para fundirse con su primo en un fuerte abrazo. Durante su tiempo en la universidad se habían vuelto tan unidos como hermanos. Max había sido su apoyo, su defensor cuando alguien se burlaba de sus orígenes, su confidente… su todo. Ni siquiera se había dado cuenta de cuánto le había necesitado hasta que le vio aparecer por el camino de tierra de la mansión.

—Siento mucho no haber estado aquí para el funeral —susurró sin soltarle—. La nota del abuelo llegó demasiado tarde.

—Lo que importa es que estés aquí ahora —respondió Sebastian con un nudo en la garganta—. Me alegro mucho de verte, primo.

—¿Todo bien?

—Todo lo bien que puede estar dadas las circunstancias.

—Ven, déjame presentarte a la familia. Ellos son mi madre, Catherine, y mi padre, Brodrick.

—Tía Catherine, tío Brodrick… —saludó con una inclinación de cabeza.

La mujer lo sorprendió tirando de su muñeca y dándole un fuerte abrazo.

—¡Oh, Dios santo, deja los formalismos! —exclamó— Somos familia, no hay que ser tan estirado.

Sebastian no pudo más que sonreír. Fue el turno entonces de recibir el abrazo de su tío. Sintió crujir sus costillas ante la fuerza de sus grandes brazos, pero no se quejó.

—Lamento mucho que hayas perdido a tu padre, Sebastian —dijo el hombre palmeándole la espalda.

—Gracias, tío Brodrick.

—¿Y a nosotros nadie nos presenta?

Sebastian miró por encima del hombro de su tío para posar la mirada en un joven de unos veinticuatro años que los miraba con los brazos cruzados y una ceja arqueada.

—Tú debes ser Erick, ¿me equivoco? —dijo Seb acercándose a abrazarlo.

—Veo que mi hermano te ha hablado de mí —rio el joven.

—Nada bueno, me temo —bromeó Sebastian.

—Te aseguro que yo tengo muy buenas historias que contarte sobre él —rio Erick.

—Estoy deseando escucharlas todas.

—Créeme, nos faltará tiempo en un fin de semana.

—Y tú debes ser Caleb —añadió al ver a un joven de unos veintidós años que no apartaba la vista de un libro.

—Encantado de conocerte, primo —dijo sin levantar la mirada del ejemplar, lo que hizo a su hermano mayor elevar los ojos al cielo.

—¿Dónde están tus modales, Caleb? —protestó.

—Somos familia, los modales no tienen cabida aquí. Y por si no lo recuerdas debo estudiar, yo no tengo tanto tiempo libre como tú.

—Vamos, deja en paz a tu hermano —intervino Sebastian.

—Ya me agradas, primo —respondió Caleb.

—Vayamos dentro —dijo Abraham—, aún falta para que lleguen el resto de invitados.

—¿Tenemos invitados? —preguntó Max arqueando una ceja.

—Vamos, te lo contaré todo con una buena copa de bourbon —dijo Sebastian.

Los jóvenes se reunieron en la biblioteca mientras los adultos lo hicieron en el salón principal. Sebastian sirvió cuatro copas de licor y le entregó una a cada uno de sus primos antes de sentarse en uno de los sillones de orejas con un suspiro.

—Mírese usted, señor vizconde de St Vincent… —dijo Max mirando a Sebastian con orgullo—. Parece que el título ha terminado de refinarte…

—Cuando heredes el tuyo hablaremos… El título no es más que un engorro.

—Ahora hablando en serio… ¿Cómo te encuentras?

—Lo voy sobrellevando —respondió Sebastian con un suspiro—. Es muy duro, le echo mucho de menos.

—Es increíble la rapidez con la que empeoró la enfermedad… Cuando mi padre me lo contó no podía creerlo.

—Me siento tan culpable, Max… Había discutido con el abuelo unas semanas antes y no quise abrir ninguna de las cartas que me envió. Las deseché todas sin abrir, y él me pedía que fuera a ver a mi padre. Si no llega a ser por mi madre, que abrió la última carta por su cuenta, ni siquiera habría estado presente en su funeral.

—¿Por qué discutiste con el abuelo?

—Descubrió lo mío con Blair.

—Vaya…

—Ahora sé que debería haberle escuchado —suspiró—. Descubrí que solo me estaba utilizando para darle un hijo a su esposo.

—No puedes estar hablando en serio…

—Totalmente en serio. Spencer la amenazó con pedirle el divorcio si no le daba un heredero. Si realmente me hubiera amado tanto como decía habría aprovechado la oportunidad para estar conmigo, y en vez de eso me insistía en tener un hijo juntos y huir al extranjero.

—Lo siento, debes estar destrozado…

—Por suerte, no estaba tan enamorado de ella como creía. Como me dijo una gran mujer hace poco, si en vez de sentirme dolido lo que me siento es estúpido por haber caído en su engaño, como es el caso, es que mis sentimientos no eran tan fuertes como yo creía.

—¿Quién es esa dama? Porque pienso cortejarla en cuanto empiece la temporada.

—Si lo hicieras tendría que retarte a duelo, primo. Se trata de mi prometida.

Sebastian rio al ver la cara de estupefacción de sus primos.

—¿Vas a casarte? —preguntó Erick.

—Voy a hacerlo, sí.

—¿El abuelo te obliga a hacerlo? —rio Max.

—Claro que no… pero es la última voluntad de mi padre.

—Debes estar bromeando… —exclamó Erick.

—No, te aseguro que no bromeo. Si no me caso antes de que termine la temporada, toda mi herencia se donará al Foundling.

—No necesitas la herencia —bufó Max.

—No, no la necesito, pero aun así voy a casarme. He decidido destinar el dinero a las obras benéficas que mi padre apoyaba.

—Tío Lucius se sentiría muy feliz de saberlo.

—Ahora entiendo su dedicación a esos niños, Max. Hace unos días estuve en el orfanato y me di cuenta de que necesitan tantas cosas… Los niños comparten camas minúsculas porque no tienen dinero para comprar más. Algunos de ellos llevan ropa que no es de su talla, y cuando vi las cocinas sentí horror por las carencias en su alimentación. Hay mucho que hacer y, por desgracia, pocos benefactores.

—Pero para hacerlo te ves obligado a casarte en contra de tu voluntad. ¿Realmente te compensa?

—Reconozco que al principio la idea de casarme no me gustaba demasiado, incluso pensé en renunciar a todo para continuar con mi vida tal y como es ahora. Pero cuanto más conozco a Marianne más ganas tengo de convertirla en mi esposa.

—¿Tan bella es? —preguntó Caleb.

—No solo es bella, también es muy inteligente, algo torpe y divertida. Me hace sentir mejor de lo que me he sentido en mucho tiempo y sé que terminaremos siendo muy felices juntos.

—¿Cómo la conociste? —quiso saber Erick.

—Fue de casualidad, en una de mis visitas a la abadía. Más tarde descubrí que ella era la mujer que el abuelo iba a recomendarme.

—¿Y cuándo tendremos el inmenso placer de conocerla? —preguntó Max.

—La conoceréis en un rato, su familia pasará el fin de semana con nosotros. Lo que me lleva al motivo por el que me habéis venido como caídos del cielo.

—No me digas que eres incapaz de cortejar a tu prometida —bromeó Erick.

—Te aseguro que sé flirtear mejor que tú, mocoso. Lo que necesito es que me ayudéis a pasar tiempo con ella.

—¿Su padre es un hueso duro de roer?

—Sus hermanos, más bien —suspiró Sebastian—. Sus tres hermanos mayores. Sobre todo el mayor, es aterrador.

—¿Los conozco? —preguntó Max.

—Andrew, Clement y Elijah Pennington —respondió el vizconde.

Max dejó escapar un silbido.

—Conozco a Elijah, gasta muy malas pulgas —confesó.

—¿De qué lo conoces? —preguntó su hermano Caleb.

—Tenemos amigos en común. Creo recordar que uno de ellos se atrevió un día a decir que su hermana era demasiado hermosa para convertirse en una solterona, que toda la culpa era de los tres hermanos. Estuvimos una buena temporada sin verle aparecer por el club.

—Pues te aseguro que su hermano Andrew es mucho peor —dijo Sebastian con un gemido—. ¿Me ayudaréis?

—¿Qué necesitas que hagamos? —inquirió Caleb.

—Dado que el tiempo que Marianne y yo tenemos para conocernos es limitado, me gustaría tener la oportunidad de hablar con ella sin sus hermanos rondando a nuestro alrededor.

—Quieres que los entretengamos para que puedas escabullirte con ella —asintió Erick.

—Exactamente. El abuelo habrá organizado actividades para entretenernos, solo tendréis que distraerlos el tiempo suficiente para que Marianne y yo podamos escabullirnos. Tengo mis

propios planes para nuestro tiempo juntos.

—Dime que ninguno de ellos se considerará un escándalo, por favor —suspiró Caleb mirando a su primo.

—No soy un petimetre recién salido de la escuela que no puede esperar a su noche de bodas para intimar con su esposa —bufó.

—¿Y qué ganamos nosotros si te ayudamos? —bromeó Max.

—Confórmate con que te eche una mano durante la temporada si algún grupo de debutantes desesperadas te tiende una emboscada.

—Esta temporada me toca también buscar esposa —protestó—. Mi padre piensa que ya es hora de que me tome en serio mis responsabilidades y me case.

—Si yo debo casarme, tú también tienes que hacerlo —rio Sebastian.

—Muy gracioso…

—Piénsalo de esta manera, Max —añadió Caleb bromeando—. Vuestros hijos tendrán la misma edad y podrán criarse juntos.

—¿Crees que eso me consuela?

—Seguirán vuestros pasos, hombre —rio Erick—. Los primos inseparables se repetirán.

Max le dio un sopapo a su hermano mediano, que reía con ganas.

—Te ayudaremos, pero solo porque nos agradas —añadió Erick.

—Vaya, gracias… —protestó Sebastian— ¿Y qué es eso de que vas a unirte al ejército?

—Voy a alistarme en cuanto termine la temporada. Mi padre me ha amenazado con desheredarme si no me convierto en general, pero creo que es la mejor opción que tengo siendo segundo hijo.

—¿Y tú, Caleb? ¿Qué tienes pensado hacer con tu futuro?

—Voy a convertirme en profesor en la universidad de Oxford —explicó el menor—. Es por eso que debo estudiar muy duro durante los próximos tres años.

—Yo no lo tengo tan claro, pero creo que seré conde —bromeó Max, desatando la risa de todos los presentes—. Debo esforzarme mucho en aprender todos los entresijos del puesto, pero creo que llegaré a ser un buen conde.

—Puedes pedirle consejo a nuestro primo, él te lleva unos cuantos años de ventaja —rio Erick.

La conversación fue interrumpida por la llegada de los Pennington. La comitiva iba precedida por los tres hermanos montados a caballo, seguidos por dos carruajes con el emblema de los Onslow. Andrew Pennington desmontó y se acercó a donde se encontraba el marqués para saludarlo con una sonrisa. Hizo lo mismo con todos los presentes, pero cuando llegó hasta Sebastian… Su mirada se endureció.

—¡Vaya! Sí que es intimidante… —bromeó Erick cuando el mayor de los Pennington se alejó.

—Cállate —protestó Sebastian.

—De verdad, Seb… El hombre parece realmente muy agradable —insistió Max al notar la molestia de su primo.

—Tú no has intentado casarte con su hermana.

En el primer carruaje llegaron los condes de Onslow con la esposa de Andrew y su hijo más pequeño. En el último carruaje, al fin pudo ver a Marianne. Una dulce sonrisa iluminó su rostro cuando Sebastian se apresuró a acercarse para ayudarla a bajar del carruaje, seguida por su otra cuñada y dos de sus sobrinos. Llevaba un vestido de color azul pastel bajo la capa de terciopelo azul oscuro que había utilizado en otras ocasiones, y su cabello estaba recogido en un

moño bajo del que colgaban varios tirabuzones. Sebastian se llevó la mano de su prometida a los labios para depositar un leve beso sobre ella, haciéndola enrojecer y desatando los vítores de sus primos. Tras las correspondientes presentaciones y los saludos de rigor, se dirigieron todos al comedor, donde el marqués ordenó que se sirviera el almuerzo.

—Siento que nuestro pequeño picnic se haya convertido en una reunión familiar multitudinaria —se disculpó cuando Marianne y ella estuvieron sentados a la mesa—. Mi abuelo ya había enviado la invitación a tu familia cuando me lo contó.

—¡Oh, no te preocupes! Podré lidiar con algunos familiares —respondió ella quitándole importancia.

—¿Y crees que seré capaz de lidiar yo con tus hermanos?

—Por supuesto que podrás, yo te ayudaré.

Sebastian sonrió satisfecho cuando la oyó tutearle. Ella parecía no haberse dado cuenta, y jugueteaba con la servilleta que tenía abierta sobre la falda de su vestido.

—No me gusta estar sometida a la continua vigilancia de mis hermanos —continuó diciendo ella—. Debes saber que han planeado no quitarnos el ojo de encima, no podremos hablar como es debido si siempre están incordiando.

—Por suerte para nosotros, cuento con la inestimable ayuda de mis primos. He hablado con ellos antes de vuestra llegada para pedirles que los entretengan mientras nos escabullimos.

—¿Y crees de veras que serán capaces de hacerlo? Andrew no es nada fácil de distraer.

—Confío en que sí, Max es lo suficientemente astuto como para lograrlo.

Sebastian tomó la mano de Marianne por debajo de la mesa. Estaba fría, pero la joven no pareció incomodarse con el gesto. Se percató de que Andrew le miraba con el ceño fruncido, pero Max captó su interés de inmediato y desvió la mirada del futuro conde, lanzándole un guiño a su primo.

—¿Él es Max? —preguntó Marianne.

—Así es.

—Parece que tenéis una muy buena relación.

—No solo es mi primo, también mi mejor amigo. Nos conocimos en la universidad hace algunos años y desde entonces hemos sido inseparables.

—Me alegro de que cuente usted con el apoyo de alguien tan cercano.

—¿Volvemos a los formalismos, Marianne? —bromeó él.

—Lo siento, te aseguro que he practicado mucho en casa, pero aún no me acostumbro.

—¿Has practicado en casa? —rio.

—No te burles…

—No me estoy burlando, solo me parece curioso que debas practicar para llamarme por mi nombre. Sebastian. Vamos, inténtalo.

—Soy perfectamente capaz de llamarte por tu nombre, Sebastian Wembley —espetó ella con la naricilla arrugada—, es solo que aún debo pensarlo para hacerlo. Nunca he llamado a un caballero por su nombre de pila, es todo.

—¿Ni siquiera a Dudley?

—¿Mis hermanos te han hablado de él? —preguntó Marianne sorprendida.

—Lo hizo mi abuelo.

—Lord Dudley mostró un genuino interés en mí durante la temporada pasada. No es que fuera un hombre al que yo considerase perfecto, pero era apuesto y gentil conmigo, así que pensé que si pedía mi mano aceptaría casarme con él.

—Pero no lo hizo.

—Por suerte no lo hizo, desde luego. ¿Conoce usted a la hija del duque de Leinster?

—No tengo el placer.

—Fuimos juntas a la escuela de señoritas… y me odia. Cuando se enteró de que estaba interesada en Dudley se interpuso entre nosotros y logró que pidiera su mano en vez de la mía.

—Entiendo.

—Me habría importado bien poco si se hubiera conformado con eso, pero se dedicó a burlarse de mí. "Pobre Marianne Pennington, se creía tan especial como para llamar la atención de Dudley, y solo tuve que coquetear con él un par de veces para que pidiera mi mano en vez de la suya" —recitó las palabras de Victoria—. Ahora debe odiarme el doble porque su marido ha resultado ser un crápula que solo quería la fortuna de una heredera.

—¿Temes que vaya a intentar hacer algo en tu contra esta temporada?

—Estoy segura de que lo hará, sobre todo cuando descubra nuestro compromiso.

—Ahora me tienes a mí, Marianne, y te aseguro que no voy a consentir que nadie te haga daño.

Las palabras de Sebastian calentaron el corazón de Marianne. Sintió un cosquilleo en el estómago y tuvo que centrar su atención en la comida para que él no notara que sus palabras la habían afectado. Aunque acabaran de conocerse, algo le decía que lo dicho por Sebastian era completamente cierto. Tal vez… solo tal vez, disfrutara de verdad la siguiente temporada.

Capítulo 12

El grupo se encontraba reunido en la terraza principal, que daba al enorme jardín de la propiedad, disfrutando de la hora del té. La cocinera había preparado tartaletas de fresas, pastas de mantequilla y bollos de miel para acompañar la infusión, y los más jóvenes observaban a los adultos mientras reían por algo que había dicho el marqués. Sebastian estaba realmente feliz por su madre. Su tía Catherine y ella habían congeniado realmente bien, y ahora que la veía disfrutar de la velada tan relajada y feliz supo que había sido todo un acierto mudarse a vivir con su abuelo. Pero era tiempo de estar a solas con su prometida. Hizo una señal a Max, que asintió imperceptiblemente y dejó su taza sobre la mesa.

—¿Aún está habilitado el campo de tiro al arco, abuelo? —preguntó.

—Lo mandé arreglar cuando supe que vendríais —asintió el marqués.

—¿Qué os parece si vamos a hacer algunas tiradas? —sugirió.

—Podéis ir los jóvenes, los adultos nos quedaremos en casa —dijo tía Catherine—. ¿Os apetece jugar a las charadas?

—Me parece una idea estupenda —aplaudió Violet—. Yo haré pareja con Martha.

—¿Y qué hay de mí? —protestó Onslow.

—Puedes hacer pareja con Abraham —respondió su esposa.

—¿Qué me decís el resto? —insistió Max— ¿Os animáis?

Andrew miró a Sebastian y a Marianne, que estaban apoyados distraídamente en la balaustrada, y terminó por asentir. Bajaron las escaleras que daban al jardín y se dirigieron hacia la derecha, donde se encontraban las dianas para las flechas. Sus primos, benditos fueran, distrajeron a los tres hermanos lo suficiente como para que Sebastian pudiera tirar de la mano de Marianne y ocultarla tras una columna.

—¿Pero qué…

Sebastian la silenció poniendo un largo dedo sobre sus labios. La respiración de Marianne se aceleró al sentir el pecho de su prometido contra el suyo. Podía notar su respiración contra su frente mientras el vizconde se aseguraba de que la comitiva se alejaba sin notar su ausencia. Bajó la vista y sus ojos se oscurecieron. Las vetas doradas de sus iris se tornaron del color oscuro del ron, y por un momento, solo por un segundo, Marianne pensó que iba a besarla. Pero en vez de hacerlo, Sebastian sonrió, la tomó de la mano y corrió hacia una puerta lateral de la casa. La llevó hacia la biblioteca, situada en la segunda planta, y se detuvo en la puerta mirándola con una sonrisa.

—Cierra los ojos —pidió.

—Mis hermanos se darán cuenta muy pronto de nuestra ausencia —protestó Marianne.

—Ten un poco más de confianza en los Murray, lograrán entretenerlos al menos un buen rato. Seguramente les mientan diciendo que estamos jugando a las charadas con nuestros padres.

—Lo tenías todo bien pensado, ¿verdad? —dijo con una pícara sonrisa.

—Absolutamente todo. Vamos, cierra los ojos.

Marianne obedeció, y no los abrió hasta que Sebastian le dijo que podía hacerlo. Solo con ver esa mirada de absoluta fascinación al descubrir la enorme biblioteca de su abuelo, Sebastian

se daba por satisfecho. Marianne empezó a andar por la estancia muy lentamente, acariciando los lomos de algunos libros con las yemas de los dedos, y es que la biblioteca era una de las más surtidas de la zona. Las estanterías cubrían las paredes desde el suelo al techo, y podías acceder al segundo tramo de ellas mediante una escalera que daba a un estrecho balcón que rodeaba toda la habitación. a la izquierda de la puerta había un escritorio de caoba, y a la derecha algunos mullidos sillones de cuero. Al frente, una chimenea enorme a cuyos pies Marianne descubrió una esponjosa alfombra en la que le encantaría tumbarse a leer un libro. Se giró hacia Sebastian con una enorme sonrisa en los labios.

—Es maravillosa —exclamó.

—Sabía que te gustaría… Pero creo que te va a gustar más el regalo que he preparado para ti.

—¿Un regalo?

Sebastian se acercó al escritorio y sacó de uno de los cajones un libro con la cubierta de piel y letras doradas. Marianne inspiró con fuerza al ver que su prometido tenía en sus manos un volumen perfectamente conservado de “Cartas de dos amantes”, el libro que había estado buscando en aquella librería cerca de Hyde Park el día que le pidió matrimonio.

—¡Lo has recordado! —exclamó quitándoselo de las manos.

—Recuerdo todo lo que tiene que ver contigo, Marianne.

—¿Dónde lo has encontrado?

—Cuando mi abuelo me comentó su idea de pasar el fin de semana aquí, recordé esta enorme biblioteca. Le pregunté por el libro en cuestión y me aseguró que estaba aquí, pasé toda la tarde de ayer buscando en las estanterías.

—Es precioso —susurró ella—. Las cubiertas de piel son exquisitas.

—Es tuyo —dijo Sebastian—. Es mi primer regalo de compromiso.

—Oh, Dios, no puedo aceptarlo… Pertenece a tu abuelo.

—Por supuesto que puedes hacerlo, él estuvo de acuerdo en que te lo regalara.

—¿De veras es mío?

—De veras. ¿Por qué no me lees algunos capítulos?

—¿Ahora?

—¿Por qué no?

Marianne se sentó en un gran sillón de piel, y Sebastian la sorprendió tirando de ella hasta la alfombra. Marianne se sentó con una sonrisa, y rio cuando Sebastian se tumbó cuan largo era a su lado.

—¿Estás cómodo? —bromeó.

—Mucho… Deberías probarlo.

—No pienso tumbarme a tu lado. Si nos atrapan…

—Nadie sabe que estamos aquí, y además, ya estamos prometidos. Vamos… sé que quieres hacerlo.

Aunque reticente, la dama se tumbó a su lado, procurando que sus faldas no se movieran de su lugar. Apoyó las manos sobre su estómago, cerró los ojos y suspiró.

—¿Qué te dije? —rio Sebastian— Es mucho más cómodo que aquel sillón, ¿no es cierto?

—Lo es, sí.

—Vamos, lee para mí.

Marianne abrió el libro por la primera página, pero lo cerró cuando se dio cuenta de que no llevaba sus gafas puestas.

—No puedo hacerlo —suspiró—. Necesito mis gafas.

—¿Dónde están?

—En mi habitación.

—No podemos arriesgarnos a ser descubiertos… Dame, yo lo leeré para ti.

Marianne le entregó el libro con una sonrisa y cerró los ojos para escuchar la historia de labios de su prometido. Sebastian tenía una voz profunda que le transmitía mucha paz. Era la primera vez que un caballero leía para ella, y había descubierto que era un hecho que le encantaba. Podía imaginarse repitiendo la experiencia en más de una ocasión cuando estuvieran casados, y la idea le gustó mucho más. Sabía que Sebastian no tenía sentimientos profundos por ella, por supuesto, al fin y al cabo, apenas se conocían. Pero le había demostrado que las palabras que le dijo el día que le pidió matrimonio eran ciertas: quería que fueran, al menos, amigos, y tenía toda la intención de cumplirlo. Desde luego, con gestos como aquel no solo se había ganado el afecto de la dama, sino también un pedacito de su corazón.

Casi una hora después, Sebastian marcó la página por la que iba leyendo y cerró el libro. Se volvió hacia Marianne apoyando la cabeza sobre su mano, y descubrió que se había quedado dormida. Sonrió. Debía estar mortalmente cansada para haberlo hecho. Después de todo, el viaje desde Londres hasta Meaford Hall era bastante largo y la joven no había tenido oportunidad de descansar un poco en todo el día. Apartó un mechón de su frente con suavidad. El calor del fuego había enrojecido sus mejillas y mantenía la boca ligeramente abierta. Pasó un dedo por su frente, su pequeña naricilla respingona y sus largas pestañas. Continuó por su mejilla hasta toparse con los carnosos labios sonrosados, y no pudo evitar la tentación de probarla. Unió sus labios a los de Marianne, apenas un leve roce, y cuando se separó de ella la descubrió con los ojos abiertos.

—¿Te he despertado? —susurró— Lo siento.

—No estaba dormida —respondió ella—. Al menos eso creo.

Sebastian sonrió y volvió a besarla una vez más. Se puso de pie de un salto en el justo momento en que el reloj de pared daba la hora.

—Creo que deberíamos volver con los demás —dijo—. Llevamos desaparecidos demasiado tiempo.

Marianne miró el reloj y sonrió.

—No me había percatado de que había pasado toda una hora —dijo levantándose—. Me ha gustado mucho escucharte leer.

—Te aseguro que repetiremos la experiencia a menudo, pero preferiría ser yo quien te escuche leer a ti. Ven, vayamos con los demás, no quiero que tus hermanos terminen con mi vida antes de casarme contigo.

Le ofreció la mano para ayudarla a levantarse, la pegó a su cuerpo levemente y bajó sus labios hacia los de la joven una vez más. Esta vez ella se sujetó a las solapas de su vestido y dejó escapar un pequeño suspiro de placer. Sebastian sintió una punzada de deseo en la parte baja de su estómago al escucharla. Tuvo que reprimir las ganas de envolverla en sus brazos, pues no quería asustarla. En vez de hacerlo, se conformó con saborear sus labios, apenas rozándolos con los suyos, manteniendo el deseo sin avivar la pasión. Cuando rompió el beso, Marianne aún siguió sujeta a él, con las mejillas arreboladas, los ojos vidriosos y los labios algo hinchados por sus besos. Se veía realmente hermosa. Bajó la cabeza una vez más para volver a probarla, solo un poco más, hasta que pudiera saciarse de ella.

—¡Quita inmediatamente tus sucias manos de mi hermana, St Vincent!

Aunque reticente, se apartó de Marianne para ver a Elijah Pennington de pie ante la puerta abierta, mirándole con la furia reflejada en el rostro.

—¡Oh, por amor de Dios! —le sorprendió diciendo Marianne— Es mi prometido, Elijah.

¡Deja de intentar intimidarle!

—¡Te estaba besando!

—Por supuesto que lo estaba haciendo… ¡Nos casaremos en menos de dos meses!

—Pero…

—Más te vale que alejes esa mirada furibunda de mi prometido si no quieres que… ¿Sabes qué?

Marianne tomó a Sebastian nuevamente de las solapas de su chaqueta, se puso de puntillas y pegó su boca a la de él. Fue un beso fugaz, torpe e inexperto, pero Sebastian quedó tan sorprendido que no fue capaz de moverse. Marianne se separó de él y miró a su hermano con los brazos en jaras. Sebastian no podía apartar su mirada asombrada de ella… acompañada de una sonrisa.

—Vamos, atrévete a decir algo ahora —amenazó a su hermano.

—Mary…

—¿No vas a decirme que aparte mis sucias manos de él?

—¿Por qué te enfadas? —bufó Elijah— ¡Solo intento protegerte!

—¡No necesito que me protejas de mi prometido, Ely! —Suspiró—. En vez de meterte en mis asuntos, deberías ir a prestarle atención a tu esposa. ¿O acaso yo me interpuse entre vosotros?

—No es lo mismo y lo sabes, maldita sea.

—Es exactamente lo mismo. —Se acercó a su hermano y le besó en la mejilla—. Sé que vuestra intención es buena, pero ahora soy una mujer prometida. Quien debe protegerme ahora es Sebastian, no vosotros.

—Pero él estaba…

—Besándome —le interrumpió—, como seguro que hiciste tú con Agatha durante vuestro noviazgo. ¿O vas a decirme que no la besaste hasta que te dio permiso el cura?

Elijah apretó los dientes, pero se dio la vuelta y salió de la habitación sin decir una palabra. Marianne se volvió hacia Sebastian y bufó cuando vio que la miraba con una sonrisa boba.

—¿Por qué me miras así? —preguntó— Ya me siento lo suficientemente avergonzada por haberme comportado así delante de ti.

—Jamás habría imaginado que detrás de tu imagen dulce e inocente se esconde toda una leona.

—Tengo que lidiar con tres hermanos mayores varones demasiado protectores, no tengo más remedio que ser firme a veces. Confiaba en que no descubrieras este pequeño defecto de mi carácter hasta estar casados… Lo lamento.

—No hay nada que lamentar, Marianne. —Esta vez sí la apresó entre sus brazos para pegarla a su cuerpo—. Te aseguro que me ha encantado descubrir que existe fuego bajo toda esa dulzura.

La besó una última vez y la acompañó hasta su habitación para que pudiera descansar hasta la hora de la cena.

—Duerme un poco, debes estar cansada después del largo viaje —dijo besándola en la frente.

—La verdad es que estoy agotada.

—Enviaré a tu doncella para que te ayude a quitarte el vestido.

—No es necesario… solo me tumbaré un rato sobre la cama. Ettie subirá para arreglar mi peinado antes de la cena.

—En ese caso, que descanses —dijo acariciando su mejilla—, mi pequeña leona.

—¡Oh, no te burles de mí! —exclamó ella, aunque sonreía.

Cerró la puerta escuchando la carcajada de Sebastian bajando las escaleras. Se apoyó en la puerta con un suspiro y sonrió de oreja a oreja. Se sentía flotar en ese momento. A pesar del enfrentamiento con Elijah, la tarde había sido todo un sueño para ella. Ahora era capaz de ver las diferencias entre un hombre que solo buscaba su fortuna y un caballero que realmente estaba interesado en ella. La manera en la que descubría a Sebastian mirándola cuando creía que ella no se daba cuenta hacía que su corazón se acelerase. Y sus besos… ¡Dios santo, sus besos! Había tenido que sujetarse a él para no terminar de bruces en el suelo, porque sus rodillas se habían vuelto de mantequilla.

Un golpeteo en la puerta la sacó de su ensoñación. Abrió la puerta para encontrar a Agatha mirándola con ojos de disculpa.

—¿Ya te ha contado tu esposo lo que ha pasado? —preguntó sentándose en la cama.

—De veras lo siento, Mary. Debería haberme ocupado mejor de vigilarle.

—No te disculpes, no es culpa tuya. Mis hermanos son demasiado sobreprotectores conmigo y debo lidiar con ellos, es un hecho.

—Y al parecer tu prometido no es santo de su devoción.

—No entiendo por qué.

—Se rumorea por los salones que tiene una aventura con la condesa Spencer, que está enamorado de ella.

—Tenía, en pasado —la corrigió ella—. Sabía de su aventura con la condesa, pero hace tiempo que se terminó.

—¿Estás segura, Mary?

—¿Por qué iba a mentirme si cuando hablamos de ello solo éramos conocidos? La condesa le engañó, y cuando lo descubrió terminó su relación.

—Pero, aun así, seguirá amándola.

—Cuando descubrió su traición se sintió estúpido, no dolido.

—Eso no garantiza que sus sentimientos por ella hayan cambiado.

—En cualquier caso, vamos a casarnos. Y me ha dado su palabra de que no tendrá ninguna amante, así que puedes estar tranquila.

—¿Cómo puedes confiar tan ciegamente en él? Apenas le conoces.

—Y no podré conocerlo mejor si tu esposo y tus cuñados no dejan de entrometerse.

—He oído que has besado al vizconde delante de tu hermano.

—Lo he hecho, sí. Después me he sentido tremendamente avergonzada, pero lo he hecho para retar a Ely.

—¿Qué ha dicho St Vincent?

—Al principio se ha quedado con la boca abierta. No me extraña, siempre me he mostrado ante él como una dama tranquila y dulce, lo que soy siempre que mis hermanos no me sacan de quicio.

—¿Y después?

—Me ha besado. Creí que al descubrir que tengo carácter se arrepentiría de pedirme matrimonio, pero parecía realmente encantado con ello.

—Por supuesto que se ha sentido encantado… Solo los petulantes prefieren a una mujer sin carácter. Y cuéntame… ¿Como fue vuestra cita?

—Ha sido maravillosa —dijo mostrándole su regalo—. Recordó que quería conseguir este libro y me lo ha regalado. Hemos pasado la tarde en la biblioteca, mi lugar favorito del

mundo. Como no me he llevado mis gafas, ha estado leyéndome sentados junto al fuego.

—Y te ha besado —rio Agatha.

—Más de una vez —asintió ella—. Definitivamente, el fin de semana en el campo está resultando ser mucho mejor que un picnic en la ciudad.

—He estado observándole durante todo el día y se nota que está verdaderamente interesado en ti, Mary. Reconozco que al principio pensé que te eligió por la amistad que une a las dos familias, pero parece que me equivoqué.

—Debo reconocer que tras encontrarnos casualmente un par de veces había decidido intentar llamar su atención para que se fijara en mí —reconoció con las mejillas sonrosadas.

—¿De veras? No me habías contado nada.

—Porque no estaba segura de poder lograrlo. Sabes que no sé flirtear, Agatha. ¿Cómo iba a llamar la atención de un hombre como él?

—Pues parece que la llamaste sin necesidad de flirteos, mi querida cuñada —rio Agatha.

—Lo que me aterra es pensar en la temporada.

—¿Por qué?

—¿Y si Victoria Dudley interviene y Sebastian termina por retractarse?

—No seas tonta… ¿De veras crees que un hombre que no se amedrenta ante tus hermanos hará caso de los chismes de Victoria? Te aseguro que no lo hará.

—Espero que tengas razón… Cuanto más conozco de él más me gusta la idea de convertirme en su esposa.

Capítulo 13

Al fin llegó el tan esperado primer baile de la temporada. Todas las damas casaderas se vistieron con sus mejores galas para presentarse en el baile de la reina Carlota… incluida Marianne. Por primera vez desde que debutó en sociedad, se sentía realmente nerviosa. Había elegido el vestido para el baile con esmero, para alegría de su madre, y había pasado horas enteras delante del espejo permitiendo que Ettie experimentase con su cabello. Conforme pasaban las horas, Marianne se sentía más y más nerviosa. Hacía tan solo un par de días que Sebastian y ella se habían visto en la velada musical de la marquesa de Ailesbury, pero debía reconocer que estaba deseando verle de nuevo. Desde el fin de semana en Meaford Hall se habían visto a menudo. Sebastian siempre buscaba un momento libre en su ajetreado día para ir a verla. Normalmente acompañaba a su tía y su madre a tomar el té, pero a veces se escapaba a última hora de la tarde para dar un pequeño paseo con ella por su jardín y hablar sobre cómo habían sido sus respectivos días.

Marianne estaba empezando a desarrollar sentimientos por él que nada tenían que ver con la amistad. Anhelaba los besos robados, los suaves abrazos y las palabras dulces que le susurraba al oído cuando estaba seguro de que nadie los vigilaba. Cosa que no ocurría desde el picnic que habían realizado en Meaford Hall en compañía de sus hermanos y los primos de él. En un principio iba a tratarse de un picnic en solitario, pero terminaron siendo acompañados por Elijah y su esposa, Clement y los dos hermanos Murray mayores. Sobra decir que los hermanos Murray pusieron todo su esfuerzo en distraer a los Pennington, pero, aunque tuvieron éxito entreteniendo a Clement, no tuvieron la misma suerte con Elijah. Su hermano, demasiado protector, no les permitió disfrutar del paseo tanto como a ella le hubiera gustado.

—Apártate de mi hermana, St Vincent —gritó cuando vio que Sebastian rodeaba su cintura para impedir que cayera en un desnivel del camino.

—¿Puedes hacer el favor de dejar a tu hermana y prestarme más atención? —protestó Agatha malhumorada.

—Espera un minuto, mi amor. Tengo que proteger a mi hermana.

—Mary ya tiene a alguien que la protege muy bien, ¿acaso no lo ves?

—Es de él de quien tengo que protegerla, si me distraigo un solo minuto es capaz de…

—¡Elijah Pennington! —gritó Agatha, sorprendiéndolos a todos— ¡Estoy embarazada!

Su hermano quedó tan sorprendido ante la noticia que terminó tropezando y cayendo de culo en el pequeño arroyo que discurría paralelamente al camino. Tras el primer instante de silencio sepulcral debido a la sorpresa, todos rompieron a reír a carcajadas, incluida su esposa. Sebastian tuvo la bondad de acercarse a su cuñado y tenderle la mano para ayudarle a salir del riachuelo, pero Elijah le dedicó una de sus diabólicas sonrisas y tiró de él, haciendo que terminara de rodillas justo a su lado.

—¡Elijah, por Dios! —exclamó Agatha mirándole con sorpresa.

—Ha sido mi culpa, cuñada —dijo Sebastian sentándose junto a Elijah—. He perdido el equilibrio.

Clement se acercó a ellos, aún riendo, y les ofreció la mano para ayudarles a salir del agua.

—Vamos, salid de ahí —dijo—. Vais a coger un constipado si seguís revolcándoos en el río.

Sebastian y Elijah se miraron con una sonrisa, atraparon a Clement sin piedad y lo lanzaron de bruces al río. Esa fue la firma de una tregua entre los tres, y desde aquel día sus hermanos menores habían dejado de vigilarles cuan halcones cada vez que se encontraban, aunque no podía decir lo mismo de Andrew.

—Marianne, ¿estás despierta? —preguntó Nicole golpeando la puerta suavemente con los nudillos.

Violet la había mandado a dormir después de la comida para que aquella noche estuviera radiante en la fiesta.

—No he podido dormir nada —reconoció Marianne sentándose en la cama con un suspiro.

—Deberías haber dormido un poco, esta noche será muy larga y terminarás agotada.

—Estoy demasiado nerviosa como para poder hacerlo.

—¿Tú, nerviosa? —se sorprendió Nicole.

—Es sorprendente, ¿verdad? Pero no puedo evitarlo. Quiero estar lo más hermosa posible para él. Me he probado todos los vestidos de mi guardarropa buscando el que me quede mejor para poder impresionarlo. ¿Crees que soy tonta?

—Por supuesto que no, Mary. Es normal que quieras impresionar al hombre que te gusta. Yo también me sentí como tú después de conocer a tu hermano. Y te aseguro que Agatha también.

—Creo que hoy he hecho a Ettie más feliz que nunca. La he dejado experimentar con mi pelo cuanto ha querido —reconoció.

—Estarás preciosa, ya lo verás. Serás la dama más bella de la corte y todos los caballeros tendrán sus ojos puestos en ti.

—Solo quiero los ojos de mi caballero, no los de los demás.

—Tu caballero va a ser el hombre más orgulloso del reino, te lo aseguro. ¿Qué vestido te pondrás al final?

Marianne sacó de su armario un precioso vestido blanco, adornado con puntilla y pedrería, con un sobrevestido de muselina color salmón. Tenía encaje en las mangas y el escote, y el corpiño estaba adornado con un broche de pedrería a juego con el bordado de la falda.

—Ese es mi preferido —asintió Nicole—. Te sienta especialmente bien. Pienso que es una elección muy acertada, Mary. Vas a estar impresionante.

—Siento que no puedo respirar cuando Ettie cierra los lazos del corpiño, pero es el que más me gusta de todos.

—Puedes pedirle que los afloje un poco.

—Debo hacerlo si no quiero desmayarme delante de la reina.

—No sabes lo mucho que me gustaría acompañarte —suspiró su cuñada—. Pero a Jinny le están saliendo los dientes y no puede dormir en toda la noche.

—Pobre… ¿Has avisado al doctor?

—Tengo tres hijos, Mary —rio su cuñada—. Le estoy poniendo paños de agua fría y le doy otro para morder, pero hasta que el diente no termine de romper la encía no dejará de dolerle.

—¿Necesitas mi ayuda? Si quieres, puedo…

—Alto ahí, jovencita —la interrumpió Nicole levantando la mano—. Hoy es un día muy importante y debes acudir a la corte. No vas a escabullirte con la excusa de que a mi hija le

duelen los dientes.

—No iba a decir eso —rio Marianne—. Solo digo que mañana puedo quedarme con ella para que puedas dormir un rato.

—No te preocupes, Andrew se quedará en casa esta noche y nos turnaremos para poder descansar.

—¿Mi hermano no me acompañará? —se sorprendió ella.

—No lo hará, pero Clement y Elijah sí.

—Por suerte tendré a Agatha conmigo… Esos dos juntos son un verdadero peligro.

—Al menos ahora aceptan a tu prometido y no le ponen las cosas difíciles.

—¿Puedes creer que un revolcón en un frío arroyo fuera lo único que hizo falta para ponerlos de su lado?

—Me habría gustado estar allí para verlo —rio Nicole—. Agatha estuvo riéndose durante toda la tarde.

—Es un alivio que las náuseas matutinas hayan remitido. La pobre lo estaba pasando realmente mal.

—Suele ocurrir en algunos embarazos. A mí me ocurrió con Nina y con Chris, pero con Jinny no me sentí mal en ningún momento.

—Si Dios quiere yo también tendré un hijo pronto —sonrió.

—Querida… con ese prometido que tienes te aseguro que estarás embarazada antes de que termine el año.

—¡Nicole!

—Te dejo para que puedas empezar a vestirte —dijo mirando la hora—. Te veo en el salón para la cena.

Marianne asintió y se despidió de su cuñada con un beso en la mejilla. Ettie entró en cuanto Nicole abandonó la habitación para ayudarla a vestirse y peinarse. Una vez estuvo lista, abrió su joyero para ponerse su collar de perlas, los pendientes y la pulsera a juego, se puso un poco de perfume en las muñecas y tras las orejas y se puso de pie para verse en el espejo de cuerpo entero. Estaba realmente irreconocible. Nada quedaba en la imagen que veía en el espejo del ratón de biblioteca en el que se había convertido. Dio una vuelta completa y no pudo evitar sonreír al pensar en la sorpresa que se llevaría Sebastian al verla con aquel vestido.

—Está preciosa, señorita Marianne —dijo Ettie mirándola con una sonrisa—. Su prometido va a quedar impresionado.

—¿De veras lo crees?

—Tanto como que ese hombre tiene un par de ojos en la cara.

—Solo espero que Victoria no meta sus narices en mis asuntos de nuevo.

—Esa joven está casada, su marido debe controlarla.

—¿A Victoria? Ni siquiera ha sido capaz de hacerlo su padre, un duque. Dudo mucho que un caballero sin título sea capaz de hacerlo.

—Entonces esperemos que su prometido sea lo suficientemente inteligente como para no caer en su ardid.

Marianne bajó las escaleras y se dirigió al comedor para la cena. Era incapaz de probar bocado, pero al menos debería intentar tomar un poco de sopa para no tener el estómago vacío. Le hizo gracia ver a sus tres hermanos mirarla con la boca abierta, como si hubieran visto un fantasma. Los ignoró y se sentó junto a su madre, que le palmeó la mano con una sonrisa satisfecha.

—¿Quién es usted y qué ha hecho con nuestra hermana? —preguntó Andrew mirándola

con la boca abierta.

—Cierra la boca, Andrew, puede entrarte una mosca.

—¿De veras eres tú, Mary? —preguntó Clement dejando escapar un silbido de aprobación.

—Por supuesto que soy yo. ¿Quién iba a ser si no?

—Debemos darle las gracias a St Vincent en cuanto tengamos oportunidad —añadió Elijah—. Ha sido capaz de obrar el milagro con nuestra hermana.

—¿Queréis dejarlo ya? —protestó Violet, aunque sonreía— Vais a terminar por abochornarla.

—Estás verdaderamente hermosa, Mary —dijo Agatha—. Siento no poder acompañarte, pero me he empezado a sentir mal y madre cree que debería quedarme en casa.

—No te preocupes, Agatha —asintió ella—. Tu salud y la del bebé son lo primero.

—Elijah te acompañará junto a Clement —continuó su cuñada.

—Puede quedarse contigo, no me importa.

—Tonterías, estaré bien en cuanto me acueste y duerma un poco.

—Pero mamá y papá también vendrán.

—¿Acaso no quieres que te acompañe? —protestó el aludido.

—Yo no he dicho eso, Ely. Solo digo que si quieres quedarte con tu esposa puedes hacerlo. Yo querría que mi esposo lo hiciera si me encontrase mal.

Al final, y tras la insistencia de ella, Marianne acudió al baile de la reina acompañada por sus padres y por Clement. Cuando más se acercaba el carruaje a la puerta del castillo, más nerviosa se sentía. Fue guiada junto a su madre hasta la habitación en la que se reunían el resto de damas solteras. Josephine ya se encontraba allí, y ambas amigas se fundieron en un cálido abrazo en cuanto se vieron.

—¿Dónde has estado? —preguntó Marianne— No te he visto desde nuestro encuentro en la modista.

—Mi abuela enfermó y tuvimos que viajar a Leicester para estar con ella.

—¿Se encuentra bien?

—No demasiado, mañana mismo volveremos al campo hasta que esté lo suficientemente recuperada como para regresar con nosotros a Londres.

—Siento oír eso. Envíale mis respetos, iré a visitarla en cuanto la traigáis de vuelta.

—Ese vestido te sienta de maravilla, Marianne. ¿Has decidido conquistar a St Vincent?

—En realidad… Voy a casarme con él.

—Me voy tan solo unas semanas, ¿y te encuentro comprometida? ¡Y con el vizconde de St Vincent, nada menos! Creo que tienes mucho que contarme, querida amiga.

—Debo reconocer que a veces ni yo me lo creo —suspiró.

—¿Fueron fructíferos tus intentos de conquistarle antes de la temporada?

—No hubo necesidad. Fue él quien vino a pedir mi mano unos días después de tu marcha.

—¿De veras? ¡Eso es estupendo, Marianne! Significa que realmente le gustas.

—¿Tú crees?

—¿Por qué si no iba a pedir tu mano? Créeme, ese hombre está interesado en ti.

La reina empezó a hacer entrar a las debutantes en el salón de baile, y Marianne intentó ver entre el gentío a su prometido. No lo consiguió. Había demasiadas personas como para poder ver nada. Cuando fue su turno de hacer su entrada, vio que Sebastian se colocaba en primera fila, al final del pasillo, mirándola con una sonrisa y sus ojos dorados llenos de satisfacción. Marianne no pudo evitar devolverle la sonrisa, y, cuando pasó por su lado, el vizconde se atrevió a rozar

levemente su mano enguantada con la de él, dándole aliento. Cuando todas las damas casaderas fueron presentadas ante la reina, dio comienzo el baile. Sebastian se acercó a ella y tomó su cartilla de baile para apuntar su nombre en el segundo vals de la noche.

—Por ahora le cederé el primero a tu hermano —dijo con un guiño.

Tomó también la cartilla de su amiga para reservarle una cuadrilla y, tras una breve conversación con el conde Onslow, se alejó hasta donde se encontraba el marqués de Waterford. Marianne se tomó el atrevimiento de observarlo detenidamente. Se había puesto un traje verde oliva con el chaleco y las mangas bordados con hilo de oro. Llevaba el pelo peinado hacia un lado, con algunos rizos rebeldes alborotándolo, y un pañuelo de seda perfectamente anudado. Increíblemente apuesto, y totalmente suyo. Marianne se tensó cuando Victoria Dudley hizo su aparición acompañada por su esposo y su padre. Su amiga, que notó de inmediato su incomodidad, se colocó delante de ella para que la dama no la viera.

—Tranquila… No se atreverá —susurró.

—Lo dudo mucho.

—Estoy segura de que no lo hará.

Para sorpresa de Marianne, fueron muchos los caballeros que se acercaron para pedirle un baile, y pasó gran parte de la noche en la pista, por lo que Victoria no tuvo oportunidad de hacer de las suyas. Sintió un vuelco en el estómago al ver acercase a Sebastian, era el momento de su baile. La guio con elegancia hasta el centro de la habitación y colocó su mano en la cintura, acercándola a su cuerpo tanto como dictaba la moda.

—Me has dejado sin respiración cuando te he visto llegar —reconoció el vizconde mirándola con un brillo intenso en los ojos—. Estás verdaderamente arrebatadora.

—¿De veras te gusta?

—Si me gustase más terminaría huyendo contigo a Gretna Green esta misma noche.

—Estás exagerando —rio ella.

—Jamás he hablado más en serio, Marianne. Si no fuera porque tus hermanos me pegarían un tiro, te aseguro que no esperaría a la noche de bodas para hacerte mía.

Marianne sintió el calor subir por su estómago. Sus mejillas se sonrojaron y sintió que le faltaba el aire, tanto le habían afectado sus palabras. Descubrir que su prometido la deseaba hasta tal punto había sido sorprendente… y halagador. Intentó sonreír para evitar que él se diera cuenta del efecto que le habían provocado sus palabras.

—He visto que tienes completa la cartilla de baile —añadió Sebastian cambiando de tema.

—Nunca había bailado tanto —suspiró ella—. Cuando llegue a casa tendré los pies destrozados.

—Suerte que me apresuré a reservar el mío, o me habría quedado sin él.

—Por supuesto que no, yo te lo habría reservado.

—¿De veras?

—Claro que sí. —Le miró con una ceja arqueada—. ¿Acaso está usted celoso, milord?

—No imaginas cuánto —la sorprendió diciendo—. He tenido que apretar los dientes para no decirle a todo el mundo que eres mía.

—Aún no podemos decirlo, no se ha hecho el anuncio oficial.

—Las primeras amonestaciones están publicadas, Marianne. A estas alturas todo el salón de baile debe saber que estamos prometidos.

—Si tanto te molesta que baile con otros caballeros puedo…

—No me molesta que bailes con los demás, solo estaba bromeando —la interrumpió—.

Diviértete tanto como puedas, cariño. En cuanto se haga oficial el compromiso me temo que solo bailarás con la familia y conmigo.

Marianne sintió cosquillas ante el apelativo cariñoso. Sonrió. Le gustaba ese nuevo aspecto de su personalidad. La hacía sentir bonita y especial a sus ojos. Tras una última vuelta, la música cesó y Sebastian la acompañó hacia donde se encontraba su familia.

—Increíble, St Vincent, no has pisado a mi hermana ni una sola vez —bromeó Clement sonriendo.

—A diferencia de ti, no tengo dos pies izquierdos —continuó la broma el vizconde—. Si me disculpan, he visto que mis tíos han llegado, debo ir a saludarlos.

Besó la mano enguantada de Marianne con una mirada pícara y cruzó el salón para encontrarse con los condes de Murray.

—Si se lo cuentas, lo negaré, pero realmente me gusta ese hombre para ti —confesó su hermano.

—Os habéis hecho buenos amigos, ¿no es así?

—No tanto, querida hermanita… No tanto.

Capítulo 14

Sebastian se dirigió al día siguiente a la casa de los Onslow para visitar a su prometida. Había pensado llevarla a Hyde Park para dar un paseo en barca por el Serpentine, puesto que al final no habían tenido ocasión de hacerlo en Meaford Hall durante el fin de semana que pasaron allí. Tal y como esperaba, encontró una fila de petimetres que salían de la vivienda mientras Andrew Pennington los miraba divertido desde el dintel de la puerta. Le sorprendió ver allí a lord Renfrey, y también al barón Loftus. Ambos habían mostrado poco o ningún interés en el matrimonio cuando se encontraron en el club semanas antes de que empezara la temporada, pero era evidente que la belleza de Marianne no pasaba desapercibida para nadie. Demonios… si hasta él mismo se había quedado sin habla al verla la noche anterior. Su cuñado le dedicó una mirada divertida cuando cruzó las puertas de forja del jardín, pero él se limitó a saludarle con un leve toque en su sombrero.

—Parece que el señor vizconde tiene competencia —rio Andrew haciendo un gesto hacia uno de los caballeros que salía del jardín.

—Parece que ciertos caballeros no pierden el tiempo yendo a la iglesia el domingo —bufó él—. ¿Han venido muchos?

—Cerca de una docena —respondió Andrew—. Mi hermana está a punto de perder la bendita paciencia que Dios le otorgó.

—Me gustaría ver eso…

—Créeme, no te gustará sufrirlo en tu propia carne.

Sebastian se detuvo junto a su cuñado a observar con diversión cómo caballero tras caballero era despachado de la casa por un Frederick algo molesto.

—¿No te pone celoso ver que tantos hombres han sucumbido ante la belleza de mi hermana? —preguntó Andrew arqueando una ceja.

—¿Por qué debería? Ella está rechazándolos a todos, no tengo de qué preocuparme.

—Si fuera Nicole quien estuviera recibiendo tales atenciones tendría un serio ataque de celos —reconoció su cuñado.

—Mi compromiso aún no se ha anunciado formalmente, así que debo aguantar el tipo unos días más.

—Oh… Así que realmente te molesta que mi hermana esté atrayendo tanta atención…

—Por supuesto que me molesta, pero contaba con ello.

—Es la primera vez —reconoció Andrew—. En las temporadas anteriores apenas recibimos visitas.

—Marianne estaba increíblemente bella anoche, es normal que los hombres se fijaran en ella.

—Es cierto. Tal vez sea porque este año no tiene que preocuparse de buscar un matrimonio, pero Clement me dijo que se la veía realmente relajada y tranquila.

—Parte del mérito es mío, entonces —bromeó.

—Lo es —asintió Andrew, sorprendiéndolo—. Desde que estáis prometidos mi hermana ha cambiado mucho, y debo darte las gracias por ello.

—Había una mujer maravillosa escondida bajo la superficie, Pennington. Solo había que

descubrirla, y tuve la suerte de ser el primero en hacerlo.

—¿Vas a entrar a verla?

—Esperaré un poco más, hasta que se deshaga del resto de pretendientes. Quiero que disfrute de todo lo que no pudo disfrutar en las temporadas anteriores… aunque me moleste.

—En ese caso, vayamos al despacho de mi padre y tomemos una copa —sugirió Andrew palmeándole la espalda—. Puedes ahogar esa molestia en alcohol.

—¿Pretendes envenenarme?

—Estoy firmando una tregua, majadero.

Subieron al despacho del conde y Andrew le invitó a sentarse en un sillón de orejas que había situado junto a la mesa de ajedrez. Sirvió dos copas de bourbon y le entregó una a su cuñado, sentándose en el alféizar de la ventana.

—Espero que comprendas que mi animadversión hacia ti no era nada personal —dijo haciendo girar el licor en el vaso—. Solo pretendía proteger a mi hermana de volver a sufrir.

—Lo sé, yo también protegería a mi hermana de la misma manera si la hubiera tenido.

—Después de lo de Dudley realmente pensé que Mary planeaba quedarse soltera —confesó—. Se encerró aún más en sí misma y dejó de acudir a los bailes hasta el final de la temporada.

—Por lo que me ha contado, no lo hizo por Dudley, sino por los cotilleos que su esposa divulgó. Dudley no le rompió el corazón, te lo aseguro.

—Lo sé, como también sé que tú sí serías capaz de rompérselo.

—Estás exagerando, apenas nos conocemos.

—Cierto, pero nunca había visto a Mary nerviosa por acudir a un baile. ¿Sabes que cambió de vestido más de cinco veces el día antes del baile?

—¿De veras?

—Así es. Mi esposa me dijo que lo único en lo que pensaba era en estar hermosa para ti. Creo que está empezando a tener sentimientos por ti, St Vincent.

—No tengo ninguna intención de romperle el corazón a tu hermana, Pennington. La elegí porque me gusta, porque lo poco que conocía de ella me hacía querer conocer aún más. Y como ya te dije una vez, mi relación con la condesa Spencer está irremediablemente rota.

—Pero podrías conseguirte una amante.

—¿De veras piensas que con mi pasado familiar me plantearía hacer algo semejante? Créeme, tu hermana es más que suficiente para mí.

—¿Incluso si no pudiera tener hijos?

—Incluso así. Tengo tres primos que pueden continuar el linaje familiar. El título no me importa absolutamente nada.

—Pero vas a casarte por ese título.

—Iba a casarme para respetar la última voluntad de mi padre —le corrigió—. Y te aseguro que ahora eso ha quedado relegado al olvido, porque me casaría con tu hermana incluso sin esa cláusula de por medio.

—Me alegra escuchar eso. Y deja de llamarme Pennington, maldita sea. Ahora somos familia.

—Deja tú de llamarme St Vincent —respondió sonriendo.

Sebastian al fin pudo respirar tranquilo. Siempre había sabido que ganarse el favor del mayor de los Pennington sería lo más difícil, y acababa de obtener su beneplácito para casarse con su hermana.

—¿Dónde te has dejado al escocés? —preguntó Andrew dejándose caer en un sillón a su

lado, con la pierna sobre el reposabrazos.

—Seguramente estará durmiendo hasta que deba prepararse para el baile de hoy —rio Sebastian—. No tiene ningún interés en el matrimonio, pero quiere contentar a su madre haciendo lo que le pide.

—Las madres pueden ser demasiado intensas con el tema del matrimonio —bufó Andrew —. Antes de conocer a Nicole sufrí en mi propia piel el tormento de tener que conocer a cada debutante que mi madre creía perfecta para mí.

—¿Ella te presentó a tu esposa?

—¡Dios, no! Nuestro primer encuentro fue algo más… tormentoso, por decirlo de alguna manera.

Andrew no entró en detalles, y Sebastian no quiso insistir. Clement se asomó a la habitación y sonrió al encontrar a su hermano y a su cuñado allí.

—Oí voces y supe que estaríais aquí —dijo acercándose al aparador para tomar un vaso —. Necesito una copa antes de volver a escuchar cantar a lord Staton. Desafina tanto como un grajo.

—¿Hemos llegado a la parte de los conciertos privados? —rio Andrew.

—Y tocando el piano, además. Cosa que tampoco se le da demasiado bien.

—¿Tu hermana no lo ha rechazado? —preguntó Sebastian.

—Oh, desde luego que lo ha hecho. Tres veces, para ser precisos. Pero parece que el pobre hombre está tan desesperado por encontrar una esposa que insiste en demostrar todas sus cualidades para convencerla que es el hombre adecuado para ella.

—Debería bajar a auxiliar a mi prometida, entonces —rio Sebastian levantándose—. Creo que un paseo en barca le sentará muy bien después de semejante tortura.

—Buena suerte, cuñado… —deseó Clement— La vas a necesitar.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no vas a poder echar a ese hombre ni con agua caliente —rio.

—Te aseguro que puedo despachar a Staton antes de que te termines la copa.

Bajó las escaleras y se dirigió a la salita donde madre e hija recibían a las visitas. Marianne se encontraba sentada en uno de los sofás con la cabeza apoyada en la mano, mortalmente aburrida, mientras lord Staton daba rienda suelta a su voz. En cuanto le vio, la joven se irguió y le dedicó una sonrisa que logró despertar un cosquilleo en su estómago. Carraspeó.

—Siento interrumpir, pero creo que la señorita Pennington necesita tomar un poco de aire fresco —dijo.

—Oh, si ese es el caso podemos…

—¿Fue a misa el domingo, Staton? —le interrumpió.

—No pude hacerlo, St Vincent. Tuve asuntos de suma importancia que atender.

—Debería hacerle una visita al párroco y leer, de paso, el tablón de anuncios. Tal vez así no vuelva a perder usted su tiempo.

Sonrió al escuchar la risa mal disimulada de Marianne. La miró de reojo y le guiñó un ojo antes de continuar con su conversación con lord Staton.

—¿A qué se refiere? —preguntó el hombre.

—A que la señorita Pennington y yo estamos comprometidos hace más de un mes, y el domingo se publicaron las primeras amonestaciones —confesó.

—¿Y por qué nadie me dijo nada?

—El viernes se hará un anuncio oficial en el baile que lady Onslow celebrará para tal fin, queríamos mantener el suspense hasta entonces.

—En ese caso, creo que debería marcharme —dijo cogiendo su sombrero—. Señoras…

Observaron al caballero salir de la estancia y Sebastian llamó a Frederick.

—¿Me buscaba, lord St Vincent? —preguntó el sirviente.

—Rechaza todos los regalos enviados para cortejar a la señorita Pennington, y por supuesto, también todas las visitas de caballeros dedicadas a tal fin.

—Como ordene, milord.

—Oh, por favor, Frederick —le llamó Marianne cuando el mayordomo se retiraba—. Llévate todas esas flores y repártelas entre las empleadas. Estoy segura de que ellas las apreciarán mucho más que yo.

—Como guste, señorita Marianne.

—Ahora que por fin se ha terminado la tortura, puedo dejaros solos para que podáis hablar —dijo Violet levantándose del sillón en el que dormitaba con un bostezo—. Dime algo, Sebastian, querido. ¿Sabes cantar?

—No sabría decirle, no soy quién para juzgarme, pero mi madre siempre ha dicho que soy su pequeño ángel —bromeó.

—Gracias a Dios… Si Martha piensa eso de ti no me provocarás dolor de cabeza —respondió la dama dándole unas palmaditas en el brazo.

—Si te has quedado dormida a los diez minutos, mamá —protestó Marianne riendo.

—¿Puedes culparme? Tú estabas a punto de hacerlo cuando Sebastian llegó.

La dama salió de la habitación y Sebastian aprovechó para tomar a Marianne de la muñeca y atraerla hacia sus brazos. Necesitaba sentirla cerca, oler su perfume de jazmín y olvidarse de la procesión de pretendientes que había tenido que presenciar. Porque, aunque no lo hubiera reconocido ante sus cuñados, ver a su prometida siendo agasajada por otros hombres había despertado sus celos. Unos celos que no sabía que pudiera sentir.

—Estás aplastándome —rio Marianne con la nariz enterrada en su camisa.

—Lo siento —se disculpó aflojando el abrazo.

—¿Te encuentras bien, Sebastian? ¿Ha ocurrido algo?

—Acabo de ser testigo de cómo varios caballeros salían de aquí después de cortejarte. No puedes culparme por sentirme celoso.

—¿Estás celoso? ¿Por qué?

—Veamos… mi prometida es la dama más hermosa de la ciudad y, según su hermano, al menos una docena de caballeros están interesados en ella.

—Pero voy a casarme contigo, no con ellos.

—Eso no evita que te deseen.

Sujetó su cabeza con una mano y atrapó sus labios con los suyos. Los saboreó lentamente, recorriéndolos despacio con la lengua. Aprovechó la sorpresa de Marianne para introducirla en su boca, suave y caliente, tan dulce que se sintió mareado. Las manos de Marianne subieron por sus hombros hasta entrelazarse en su pelo, y pegó levemente su cuerpo al de él… avivando la llama de su deseo. El beso se hizo más profundo, más intenso. La mano que Sebastian tenía en la mandíbula de Marianne bajó hasta acariciar el pulso que latía en el lateral de su cuello, deseando bajar mucho más. Marianne gimió, y Sebastian temió perder la poca cordura que aún conservaba. Sintió los pechos de su prometida a través de las capas de seda y encaje, muriéndose de ganas de arrancarlas todas para encontrar los sensibles brotes que se escondían bajo ellas. Hundió los dedos en el pelo color miel, esparciendo algunas horquillas por la alfombra. Inclinó la cabeza de Marianne y besó aquel pulso desbocado, deslizando los labios hasta besar la suave piel de su hombro. La sintió temblar cuando sus besos llegaron a la

curvatura del cuello, haciéndole sonreír. Quería más… mucho más que aquello. Deseaba desnudarla y tumbarla sobre el sillón de brocado para lamer su cuerpo entero. Anhelaba sentir sus tímidas caricias, experimentando por primera vez qué era la pasión. Quería poseerla, hacerla suya, y mostrarle las mil maneras distintas en las que se podía hacer el amor. Pero necesitaba parar… Debía parar ya.

Con un suspiro, besó una última vez su boca y pegó su frente con la de la dama.

—Haces que pierda la compostura, cariño —reconoció.

—Yo no he hecho nada —respondió Marianne, evidentemente afectada por lo que acababa de ocurrir.

—No tienes que hacer nada. Con que respires es suficiente.

La respuesta del vizconde la hizo reír a carcajadas. Sebastian besó su frente y se separó al fin de ella, comprobando que su peinado no había quedado totalmente arruinado. Recogió las horquillas del suelo y se las entregó con gesto de disculpa.

—Creo que deberías arreglar tu cabello antes de que nos marchemos —dijo.

—¿Marchemos? ¿A dónde?

—He pensado que, ya que la tarde es excepcionalmente soleada, podríamos montar en barca por el Serpentine. ¿Qué te parece?

—Me encanta la idea, voy a arreglarme el cabello y a coger mi capa.

—Espera —dijo Sebastian tomándola de la muñeca antes de que se fuera—. Tengo algo para ti.

Sacó del bolsillo interno de su chaqueta una caja de joyería en la que descansaba una sencilla cadena de oro con una medalla. Tenía grabado un lirio, igual a los que había descubierto plantados en el jardín.

—Me gustaría que lo utilizaras cuando no debas llevar joyas más costosas —dijo.

—Es precioso… Me encanta —respondió Marianne con una amplia sonrisa—. ¿Me ayudas a ponérmelo?

Sebastian tomó el collar de su cama de satén, hizo a Marianne volverse y lo pasó alrededor de su cuello, besando la nuca femenina cuando lo abrochó. Marianne se llevó la mano al colgante y volvió a sonreírle.

—De veras me encanta —insistió—. Lo llevaré a diario, gracias.

—Vamos, ve a arreglarte. Y trae tu libro, podemos leer un rato.

Subió corriendo a su habitación para arreglarse. Sebastian tuvo el buen atino de llevar la calesa para el viaje hasta el parque, y ella disfrutó enormemente del paseo. Una vez en la barca, abrió su sombrilla y cerró los ojos.

—Podría pasarme la vida disfrutando de esta tranquilidad —reconoció.

—¿Has traído el libro que empezamos a leer el otro día?

—He traído otro libro que ya tenía empezado, uno de aventuras en Egipto. ¿Quieres que lo lea?

—Claro. Me importa poco el libro, lo que me gusta es el sonido de tu voz.

Pasaron allí cerca de una hora, Sebastian remando tranquilamente y Marianne leyendo el libro. Cuando terminaron el paseo en barca, Sebastian le ofreció el brazo para caminar un poco antes de volver a casa.

—Debemos empezar a pensar en la boda, Marianne —dijo.

—Mi madre no habla de otra cosa.

—Sé que dije que nos casaríamos a mediados de mayo, pero dado que las amonestaciones están siendo publicadas ya, deberíamos adelantar la boda a dentro de dos

semanas.

—El baile de mamá será este viernes, ¿crees que podría organizar la boda en tan poco tiempo?

—Te aseguro que tu madre está organizándola desde que nos comprometimos —rio Sebastian—. Solo está esperando a que le digamos la fecha de la boda.

—Dos semanas es muy poco tiempo…

—Lo sé. —Se acercó a su oído para que nadie más le oyera—. Pero te deseo demasiado como para esperar todo un mes a estar casado contigo.

La confesión susurrada logró que Marianne perdiera pie. Por suerte Sebastian lo esperaba y la sostuvo justo a tiempo de evitar el desastre. Sonrió. Su dama era realmente predecible.

—No deberías decir esas cosas —protestó ella con las mejillas sonrosadas.

—Que las calle no hace que dejen de ser ciertas.

—Pero estamos en mitad del parque y…

—Te has puesto nerviosa.

—¡Por supuesto que lo he hecho!

—Tú también me deseas a mí —continuó Sebastian.

—Yo no te deseo —respondió ella, aunque enrojeció hasta las orejas.

—Por supuesto que sí, y te aseguro que es un alivio. Nuestra vida marital será mucho más interesante de lo que imaginé.

—Creías que era una dama insulsa y aburrida, ¿no es así? —preguntó ella con el semblante serio de repente.

Sebastian se detuvo abruptamente y levantó la barbilla de Marianne para mirarla directamente a los ojos.

—Jamás he pensado que seas insulsa, mucho menos aburrida, Marianne —confesó—. Cuando decidí casarme contigo lo hice, justamente, por lo contrario.

—Pero no podías saberlo, no me conocías.

—Es cierto, pero mi intuición me dijo que había mucho más de lo que todo el mundo piensa debajo de esa coraza que has llevado durante tanto tiempo.

—Lo dices para hacerme sentir mejor.

—¿Eso crees? Anoche, en el baile, te sentiste relajada. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas —reconoció—. No tener que pensar en buscar un aspirante a marido fue realmente tranquilizador.

—Así es, por eso le mostraste al mundo una pequeña parte de ti que no conocía. Reíste, te divertiste, fuiste feliz. ¿No es cierto?

—Sí, lo fui —asintió sonriendo.

—Y hoy has tenido el salón de casa lleno de caballeros en busca de tus atenciones. Todos ellos se han dado cuenta de que las historias que circulan sobre ti no son más que una farsa. Solo tuve la suerte de descubrirlo mucho antes que ellos.

—Gracias —susurró—. Gracias por ponerte en mi camino aquel día en la abadía.

—Quién sabe… Tal vez mi padre sabía que serías la destinada a ser mi esposa y se encargó de unirnos aquella mañana.

—Debería darle las gracias, entonces —suspiró ella tomando de nuevo su brazo—. No podría haber pensado en nadie mejor que tú para convertirse en mi esposo.

—Entonces di que nos casaremos en dos semanas. No me hagas esperarte demasiado, Marianne.

—Muy bien —suspiró ella—. Nos casaremos en dos semanas.

Sebastian hubiera querido besarla allí mismo, delante de todos, pero se abstuvo y simplemente sonrió. Después de haber probado sus labios aquella tarde no podía esperar para poder probar el resto de su ser.

Capítulo 15

Al fin llegó el tan esperado baile de la familia Pennington. Todos los años la condesa Onslow inauguraba la temporada con una cena y un baile que terminaban siendo la comidilla de la ciudad durante semanas. La comida de la señora Porter era excelente, tanto que varios aristócratas habían intentado persuadirla para que dejara a los Pennington y se uniera a su servicio. Por suerte la señora Porter tenía un especial aprecio a sus empleadores y jamás había vacilado, ni tan siquiera una vez. Pero ese año no era la sobresaliente cena lo que hacía al baile tan esperado. De hecho, Marianne era quien más lo esperaba, puesto que al fin se haría un anuncio oficial de su compromiso con Sebastian.

Después de que pusieran al fin fecha a la boda, todo se había convertido en un auténtico caos. Visitas a la modista para confeccionar su guardarropa de casada, reuniones con el párroco de la iglesia de St Martin, elección de las flores para el baile que se celebraría en la casa familiar del marqués de Waterford… Marianne jamás pensó en todo lo que conllevaría acceder a la petición de Sebastian de adelantar la boda tres semanas. Solo tres semanas, y se había formado tremendo alboroto. Apenas habían tenido tiempo para pasar juntos, al menos no el tiempo que ella más valoraba: el que pasaban a solas. Solo habían podido verse en los bailes, y debido a que su madre insistía a que esperasen al anuncio oficial para mostrarle al mundo que estaban prometidos, habían tenido que mantener las distancias. Y Marianne lo odiaba. Realmente lo odiaba.

Se dio la vuelta para que Ettie terminara de abrochar los lazos de su corsé. Había elegido el vestido de seda color azul pálido, con mangas abullonadas y escote redondo. La parte superior del vestido estaba adornada con detalles florales bordados que también se extendían hacia abajo a lo largo de la falda. Se había enamorado del diseño en cuanto madame Fairfax lo había extendido sobre la cama el día que entregó su guardarropa, y cuando su madre anunció el baile fue el primer vestido en el que pensó. Quería sentirse hermosa, aunque ahora que tenía a Sebastian a su lado se sentía así cada día. Su prometido la hacía sentirse especial con cada pequeño detalle, como el collar que lucía en el cuello desde que él se lo regaló. Pasó los dedos por el relieve de oro y sonrió. Para ella tenía mucho más valor aquel pequeño colgante que cualquiera de las joyas que le había regalado, como el conjunto de perlas y zafiros que descansaba sobre su tocador. Lo había enviado aquella misma tarde, después de averiguar en la velada anterior que su vestido sería de color azul.

—Listo, señorita —dijo Ettie sacándola de su ensoñación—. Baje la cabeza para que pueda ponerle el vestido.

—¿Aún no estás lista?

Se giró hacia la puerta para encontrarse con una muy sonriente Agatha. Por fin los malestares del inicio del embarazo habían remitido y podría estar presente en el baile familiar. Había elegido un bonito vestido de color rojo con bordados en hilo de oro. Estaba realmente guapísima, tal vez porque el embarazo le sentaba realmente bien.

—¿Ha llegado ya? —preguntó Marianne mientras Ettie cerraba su vestido.

—Aún no, tienes tiempo de sobra para prepararte —respondió Agatha sentándose en el

borde de la cama.

—Ya está, siéntese para que pueda peinarla —ordenó Ettie.

Marianne obedeció y tomó la pequeña tiara del estuche de joyería. Era muy sencilla, con perlas y zafiros en forma de flor, al igual que la gargantilla y la pulsera.

—¡Madre mía, Mary! —exclamó su cuñada al percatarse de las joyas— Es absolutamente exquisito.

—Es un regalo de Sebastian.

Tomó los pendientes de lágrima y se los puso con una sonrisa.

—Realmente tiene muy buen gusto —dijo Agatha.

—¿Crees que habrá mucha gente?

—Todo el mundo sabe que hoy será el anuncio oficial de tu compromiso, por supuesto que la habrá.

—Me hubiera gustado que este año mamá se hubiera limitado a invitar a nuestros familiares y amigos —suspiró.

—Pronto serás una mujer casada y podrás evitar los bailes tanto como quieras.

—Tendré que acudir incluso más que antes.

—Lo dudo mucho. A tu prometido tampoco le gustan demasiado.

—Pero ahora es vizconde y tendrá que cumplir con sus obligaciones.

—Quédate embarazada pronto, entonces —bromeó Agatha—. Este será el último baile al que acudiré.

—¿Pero por qué? Aún ni siquiera se nota.

—Lo sé, pero me siento más cansada de lo habitual. El doctor dice que es porque será un niño, pero yo no creo demasiado en esas cosas.

—Si necesitas ayuda, puedo…

—Lo que puedes hacer es ser feliz con tu esposo y disfrutar de tu primer año de casada —la interrumpió—. Mi hermana Cathy vendrá a pasar una temporada conmigo y me ayudará.

—Cathy apenas es una niña —protestó Marianne.

—Cathy tiene quince años, edad suficiente para poder ayudarme a levantarme del sillón o traerme las zapatillas cuando vaya a levantarme de la cama.

—¿Estáis aquí? —preguntó Nicole desde la puerta— Sebastian ya ha llegado.

Marianne sintió una bola de fuego líquido moverse en su estómago. Colocó ambas manos sobre la zona y sintió sus mejillas arder mientras sus cuñadas reían a carcajadas.

—Creo que nuestra pequeña cuñada está enamorada —rio Nicole.

—No es cierto —se defendió Marianne.

—Por supuesto que lo es, Mary —insistió Agatha—. Ha sido evidente en cuanto Nick ha nombrado a tu hombre.

—Date prisa, Ettie —pidió Nicole—, tu señora está deseando ver a su prometido.

—Solo me falta poner la tiara, lady Nicole —respondió la doncella con una sonrisa.

—No les hagas caso, Ettie, solo están burlándose de mí.

Cuando estuvo al fin lista, se miró en el espejo de cuerpo entero y dio una vuelta para asegurarse de que no había nada fuera de lugar. Se puso los zapatos de baile de satén a juego con el vestido y le ofreció el brazo a Agatha para abandonar la habitación. El resto de la familia se encontraba en la biblioteca acompañados de Sebastian y lord Waterford. El anciano la miró con una sonrisa de aprobación en cuanto la vio.

—Estás preciosa, Mary —dijo.

—Gracias, milord.

—Abuelo está mejor, pequeña. Ahora somos familia.

Marianne sonrió y se giró hacia Sebastian, que no había dicho ni una palabra desde que llegó. La mirada que le dedicaba la hizo sentir un escalofrío subir por su columna, era tan intensa que podía sentirla sobre su piel.

—Creo que Sebastian se ha quedado mudo al verte, hermanita —rio Elijah.

—¿Puedes culparme? —respondió el aludido acercándose lentamente a ella— Voy a ser el hombre más envidiado de la fiesta.

—Los invitados están empezando a llegar, lord Onslow —avisó Frederick.

—Bien, vayamos a recibirlos —ordenó el conde—. Vosotros podéis quedaros aquí hasta que os mande llamar. Tu madre quiere hacer el anuncio a lo grande.

—Por supuesto que quiero hacerlo —rio la condesa dándole un pequeño empujón a su esposo—. Es mi pequeña la que se casa.

Observaron a la familia marcharse con una sonrisa. Sebastian se volvió hacia ella y enlazó su cintura con ambos brazos, pegándola a su cuerpo para dejar un pequeño beso sobre sus labios rosados. A Marianne le supo a poco, demasiado poco, e inclinó la cabeza para recibir uno más, pero Sebastian negó, sonriendo.

—Si vuelvo a besarte me temo que arruinaré el increíble trabajo que Ettie ha hecho en tu pelo —confesó.

—¿Te gusta? —preguntó ella alejándose para poder dar una vuelta completa.

—Estás preciosa —dijo él—. Increíblemente hermosa.

Marianne sonrió y se llevó las manos a las mejillas acaloradas.

—Me habría gustado que se tratase de una reunión familiar en vez del baile de todos los años —suspiró ella—. Mamá siempre tira la casa por la ventana para que yo disfrute del baile, pero yo termino recluyéndome en mi rincón especial. ¿Quieres verlo?

—Me encantaría.

Marianne tomó la mano de Sebastian y lo llevó hasta el pequeño rincón que su hermano había habilitado para ella. Sonrió.

—No está a la vista de los demás y puedo leer cuanto quiera sin que nadie me moleste —confesó.

—¿Lo hizo tu padre para ti?

—Andrew lo hizo —respondió negando—. Estaba cansado de que las cocineras siempre estuvieran quejándose de que me encerraba en la alacena.

—¿Y cómo leías allí?

—Llevaba una vela conmigo. La pobre señora Porter se ha llevado más de un buen susto por mi culpa.

—Este lugar es muy interesante, en realidad. No solo sirve para la lectura.

—¿Para qué más puede servir?

En vez de contestar, Sebastian la miró con una sonrisa. Tomó su mano y acarició con suavidad la palma de ella con el pulgar, lanzando suaves hormigueos por su brazo que recorrieron todo su cuerpo. La acercó lentamente hasta que sus cuerpos estuvieron unidos, y bajó la cabeza para besarla. Marianne levantó el rostro para recibir su beso, cálido, suave y tan dulce que se sintió mareada. Cuando la lengua de Sebastian acarició su labio inferior, ella abrió tímidamente la boca, permitiéndole la entrada. Su cuerpo entero vibró, las caricias suaves de su lengua en la propia hicieron que de su garganta escapase un gemido. Sebastian solo la estaba tocando en la palma de la mano, pero Marianne sintió las caricias por todo su cuerpo. Se sentía desnuda, y cuando la mano libre de su prometido la apretó firmemente por la cintura creyó que

podría arder en cualquier momento. Quería más, necesitaba más… pero Sebastian se separó de ella y la miró con los ojos cargados de deseo.

—Deberíamos volver al sofá —dijo con voz ronca—. Seguramente están a punto de venir a buscarnos.

Como si lo hubieran invocado, el mayordomo llegó a avisarles de que era su turno de hacer su aparición en el salón de baile. Marianne suspiró, se recolocó el vestido a pesar de que no se había movido ni un ápice y tomó el brazo que Sebastian le ofrecía para salir de la habitación.

—La señorita Pennington y su prometido, el vizconde de St Vincent —anunció Frederick.

En cuanto entró al salón empezó a sentir vértigo. Había cerca de un centenar de personas mirándola, hablando en susurros mientras se dirigía hacia la pista de baile. El apretón disimulado de Sebastian sobre su mano la hizo desviar la atención hacia él, y sonrió en agradecimiento. Una vez en la pista de baile, el hombre la acercó a su cuerpo y colocó la mano abierta sobre su espalda, mirándola con determinación.

—Demostrémosles a todos estos majaderos que nos importa un bledo lo que opinen de nosotros —susurró.

Ella asintió imperceptiblemente y se dejó llevar en cuanto los primeros acordes de la música empezaron a sonar. Todo a su alrededor desapareció, lo único en lo que podía fijarse era en la mirada de Sebastian y en lo mucho que le hacía sentir. Dios santo… se había enamorado realmente de aquel hombre. El descubrimiento casi la hace perder el paso, pero su prometido corrigió rápidamente su leve error y pasó desapercibido para el resto de los presentes. Cuando la melodía terminó, se detuvieron en medio de la pista mirándose fijamente, con la respiración acelerada, tan solo un minuto.

—Tu amiga está a la derecha, junto a las puertas del jardín —susurró Sebastian—. Vayamos a saludarla.

Sebastian le ofreció el brazo para dirigirse hacia las puertas dobles del jardín. Brazo que, como él esperaba, fue soltado en cuanto Marianne se encontraba a pocos pasos de su amiga. Las dos jóvenes se fundieron en un cálido abrazo y las risas pudieron escucharse por todo el salón.

—Me alegra tanto que estés aquí… —suspiró Marianne enlazando su brazo con el de Josephine.

—Lord St Vincent… Es un placer vernos de nuevo —dijo Josh a pesar del despiste de Marianne.

—Señorita Ainsworth… Espero que su abuela se encuentre mejor de salud.

—Lo suficiente para haber podido al fin traerla a Londres con nosotros, milord —asintió ella—. Ahora se encuentra tranquilamente en casa con los mejores cuidados.

—Me alegro. —Se volvió hacia Marianne y acarició suavemente su mano enguantada—. Te dejaré para que te pongas el día con tu amiga, Marianne. Te buscaré más tarde.

Marianne asintió y Sebastian se alejó hacia el lugar donde se encontraba su primo Maximilian. Josephine la golpeó suavemente con su abanico y la miró con una ceja arqueada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marianne sin entender nada.

—Ese hombre está loco por ti. ¿Has visto cómo te mira?

Marianne miró hacia donde se encontraba su prometido, que la miraba a pesar de estar manteniendo una conversación con sus primos. Se sonrojó.

—Creo que no es el único que está loco en esta pareja… —dijo su amiga con picardía.

—Debo reconocer que yo también estoy loca por él.

—¿Está siendo tu compromiso todo lo que esperabas?

—Eso y mucho más, Josh. Sebastian me ha besado —confesó en un susurro—. Tantas veces que he perdido la cuenta.

—Es tu prometido, lo normal es que te bese.

—Sus besos me hacen sentirme mareada, Josh.

—Casi siento envidia de ti —suspiró su amiga.

—Tienes toda la temporada por delante para encontrar a un caballero aceptable.

—Más ahora que me he librado de tu competencia —bromeó—. ¿Quién es el hombre que habla con el tuyo?

—Oh, es Maximilian Murray, el hijo del conde de Granard. Sebastian y él son primos.

—No creo haberle visto nunca.

—Por lo que sé, vive en Edimburgo. Creo que es la primera vez que asiste a la temporada. Es tan reacio a casarse como Clement.

—Es muy apuesto, tanto como tu prometido.

—Y muy agradable, además. En las pocas ocasiones en las que hemos coincidido he podido comprobar que Sebastian y él están muy unidos, estudiaron en la misma universidad.

—¿Por qué no iban a estarlo? Son familia.

—Supongo que tienes razón.

El aludido se acercó a ellas seguido de cerca por Sebastian, que se veía malhumorado. Max hizo una reverencia y tomó la mano de Marianne para llevársela fugazmente a los labios.

—Tu belleza esta noche es deslumbrante, mi estimada prima —dijo, haciéndola reír.

—Permíteme presentarte a mi querida amiga, la señorita Josephine Ainsworth —respondió.

—Milady, es un placer —saludó haciendo una reverencia.

—Lo mismo digo, milord —respondió Josh.

—Creo que lo más acertado sería que sacara a bailar a la adorable prometida de Sebastian, ya que ahora somos de la familia.

—Será un placer bailar con usted, milord —bromeó Marianne.

—Señorita Ainsworth, si es tan amable de reservarme un baile en su cartilla…

—Por supuesto, milord —respondió ella entregándole el objeto.

Marianne se alejó hacia la pista de baile con Max para bailar una cuadrilla y Sebastian le ofreció el brazo a Josephine con una ceja arqueada. La joven sonrió y aceptó el ofrecimiento, siguiéndole para colocarse junto a la pareja.

—Debo felicitarle por su compromiso con Marianne —dijo Josh—. Me alegra que usted haya sido capaz de ver mucho más allá de la superficie.

—Marianne es una mujer encantadora e increíblemente hermosa. Ella alegra mis días, señorita Ainsworth. Como bien sabe, la pérdida de mi padre es reciente, y gracias a ella he podido sobrellevarla mucho mejor.

—Me alegra que se sienta de esa manera, milord. Solo quiero pedirle que no le haga daño, mi pobre amiga ya ha sufrido bastante por culpa de terceras personas.

—Le doy mi palabra de que no lo haré, al menos no de forma consciente.

—Se lo agradezco.

Un revuelo detuvo el baile. Todas las cabezas se giraron hacia la puerta del salón.

—¿Cómo se atreve? —exclamó alguien a su lado— No tiene vergüenza… aparecer sin ser invitada…

Sebastian se giró para ver con horror que Blair había llegado. Nadie la había invitado, él mismo se había asegurado de revisar la lista de invitados para comprobar que no asistía nadie

indeseado. ¿Qué demonios hacía ella aquí? Sintió a Marianne pegarse a su costado. Estaba lívida, como si hubiera visto a un fantasma. Tomó su mano, se la llevó a los labios con una mirada tranquilizadora, y la puso a continuación en el hueco de su codo para acercarse a donde estaban sus padres y su abuelo.

—Tranquila… todo saldrá bien —susurró.

—No entiendo qué es lo que pretende apareciendo aquí —protestó el marqués de Waterford.

—Quiere llamar la atención, abuelo —respondió Sebastian—. Deja que yo me ocupe de ella.

—Ya lo has intentado mil veces y parece que no piensa aceptar tu rechazo.

El marqués se acercó a la condesa Spencer, que le miró con desprecio.

—¿Puedo ayudarla en algo, milady? —preguntó.

—He venido a presentar mis buenos deseos a la feliz pareja, lord Waterford —respondió Blair.

—Usted no tiene nada que hacer aquí, condesa —protestó el marqués.

—¿Acaso no puedo felicitar a mi… viejo amigo?

—Márchese de aquí inmediatamente —espetó Violet acercándose hacia ella—. Yo no la he invitado.

—Pero Sebastian sí. ¿No es así, querido?

Sebastian sonrió y se acercó a ella sin permitir que Marianne soltara su brazo.

—Buenas noches, milady —dijo—. Si lo que quiere es darnos sus buenos deseos, adelante. Le presento a mi prometida, la señorita Marianne Pennington.

—Es un placer conocerla, señorita Pennington.

—Lamento no poder decir lo mismo —sorprendió diciendo Marianne.

—Y ahora, si nos disculpa, esta fiesta es privada —añadió Sebastian—. Como puede ver, solo nos acompañan familiares y amigos, y desde luego usted no pertenece a ninguna de esas dos categorías.

—Recuerdo que fuimos buenos amigos, querido.

—¿De veras? Yo a usted no la recuerdo en absoluto, lo lamento.

—No puedes hacerme esto, Sebastian. ¡Tú me amas!

—Permítame sacarla de su error, lady Spencer —respondió Sebastian mirándola con el semblante mortalmente serio—. Solo he amado a dos mujeres en mi vida, una es mi madre… y la otra mi prometida.

Dicho eso, entrelazó sus dedos con los de Marianne y tiró de ella hasta salir por las puertas dobles que daban al jardín, lejos de los invitados… y sobre todo de Blair.

Capítulo 16

Al fin llegó el tan esperado día de la boda. Sebastian no podía creerse que la interminable espera hubiera llegado a su fin. Después de tantos días esperando pacientemente, Marianne sería su mujer… y podría hacerla suya. Porque Sebastian no había dejado de desearla desde la primera vez que había probado su boca. Jamás imaginó que la tímida y patosa señorita Pennington que conoció aquel día en la abadía se convertiría en la única mujer capaz de despertar su deseo y de hacerle desear cosas que no sabía que quería. Quería tener hijos con ella, envejecer a su lado. Quería leer con ella tumbados junto al fuego, o hablar en la cama después de hacer el amor. Pero lo que más quería en ese momento era que llegara la hora de visitarla en su habitación aquella noche para consumar su matrimonio. Porque si tenía que esperar un segundo más para poseerla terminaría volviéndose loco.

Cada vez que tenían una cita a solas, Sebastian tomaba un poco más de Marianne. Había empezado robándole unos besos, pero pronto las caricias se hicieron imprescindibles hasta el punto de tener que marcharse a toda prisa de la habitación para no cometer una locura. Cada vez la deseaba más que la anterior, su piel sedosa lo atraía como la miel a las abejas y en su último encuentro se había tomado demasiadas libertades con ella. Tantas que si Andrew Pennington les hubiera atrapado en aquel momento le habría retado a duelo a pesar de ser el prometido de su hermana. Se acomodó por enésima vez el pañuelo que llevaba al cuello. Max, tumbado sobre su cama, rio.

—Pareces nervioso, primo —dijo.

—No estoy nervioso, me siento ansioso.

—¿Tanto quieres casarte con la señorita Pennington?

—Demonios, sí… Creo que nunca he anhelado nada tanto como esto.

—Si no te conociera pensaría que te has enamorado de ella.

—¿Insinúas que no soy capaz de amar a una mujer? —bufó.

—Solo digo que no hace demasiado tiempo que rompiste con Blair, no es posible que ya la ames. ¿O sí?

Sebastian se sentó junto a su primo y suspiró.

—Creí estar enamorado de Blair hasta el punto de desafiar al abuelo. No pude estar junto a mi padre en sus últimos días porque no quise leer sus misivas, y te aseguro que lo que sentía por ella no es ni la cuarta parte de lo que Marianne me hace sentir. ¿Amor? Puede que sea demasiado pronto, pero desde luego estoy seguro de que es el principio.

—Me dejas sin palabras, Seb —silbó Max—. Casi tengo ganas de aprovechar la temporada y buscar una esposa para mí.

—Seguro que la encuentras rápidamente, eres el soltero más codiciado de la temporada.

—He dicho casi, aún no me he vuelto completamente loco.

—Pues yo, mi querido primo, estoy deseando que den las once para esperar a mi novia frente al altar. Vamos, arréglame el nudo del pañuelo.

—Tu pañuelo está perfectamente anudado, patán. Intentas hacerme creer que no estás nervioso, pero lo estás.

—Tienes razón, lo estoy, pero no por el motivo que tú crees.

—¿Entonces?

—Ya viste lo que hizo Blair en nuestro baile de compromiso. ¿Y si se atreve a aparecer en nuestra boda?

—Creo que le dejaste lo suficientemente claro que no sientes nada por ella. Delante de toda la sociedad, ni más ni menos. Los periódicos se hicieron eco de tu rotunda declaración durante toda una semana.

—Aun así…

—Nosotros estaremos allí, Seb. Nos ocuparemos de asegurarnos de que esa mujer no cause problemas.

—Te lo agradezco. No quiero que Marianne se vea de nuevo agraviada por sus palabras.

—Marianne no se sintió agraviada, más bien debió sentirse flotar cuando declaraste delante de todos que la amabas.

—Ha estado reluciente durante estas dos semanas —asintió.

—Porque ella está enamorada de ti.

—Imposible. Aún es…

—Demasiado pronto, ya lo has dicho —le cortó su primo—. Pero te recuerdo que ella no tenía una relación anterior, su corazón estaba libre cuando te conoció. Además, ya ha pasado más de un mes desde que os conocisteis, ha tenido tiempo de sobra para enamorarse de ti.

—Supongo que tienes razón —respondió el otro con una sonrisa de suficiencia.

Unos golpes en la puerta avisaron de la llegada de su abuelo. Se acercó a Sebastian y le instó a ponerse de pie para mirarle de arriba abajo con orgullo.

—Mírate… En tan solo unas horas serás un hombre casado —dijo el marqués—. Estoy muy orgulloso de ti, Sebastian. Sé que fue difícil para ti aceptar las condiciones de tu padre, pero te has comportado como todo un caballero y te has responsabilizado de tus obligaciones.

—Sabes bien que no me caso con Marianne por el testamento, abuelo —protestó él—. Al menos ya no lo hago.

—Lo sé, y me alegro de que eligieras a la mujer que yo había pensado para ti. Siempre supe que Mary y tú estabais hechos el uno para el otro. Serás muy feliz con ella, estoy seguro.

—Gracias.

—En cuanto a ti —dijo Waterford señalando a su otro nieto—, a ver cuándo sigues los pasos de tu primo y pasas por el altar. Conozco a una dama que…

—Alto ahí, abuelo —rio Max—. No voy a casarme aún, así que guárdate a tu candidata para cuando decida hacerlo. Si acertaste tan bien con Seb, estoy dispuesto a seguir tu consejo.

—Si esperas para casarte alguien más listo que tú se la quedará, botarate.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo. —Miró el reloj de pared—. Deberíamos irnos ya, se hace tarde.

Sebastian esperó pacientemente frente al altar de la iglesia de St Martin. Max, que sería su testigo, reía entre dientes al verle cambiar el peso de una pierna a otra.

—¿Quieres parar? —protestó el novio.

—Cálmate, hombre, aún es temprano.

—Estoy muy calmado.

—Marianne no te dejará plantado ante el altar.

—¡Por supuesto que no lo hará! ¿Por quién la tomas?

—Por quién la tomas tú… que no paras de moverte de un lado a otro.

—Como no te calles te juro que volverás a casa hoy sin un solo diente —amenazó.

—Mira, aquí llega.

Toda la atención de Sebastian se concentró en la puerta de la iglesia. Allí, con un precioso vestido blanco adornado con encaje y perlas, se encontraba Marianne, que iba del brazo de un muy orgulloso conde Onslow. Llevaba en la mano libre el ramo de lirios que Sebastian le había enviado esa misma mañana. Era incapaz de apartar la mirada de ella. Notó un nudo en la garganta conforme la veía acercarse, sentía una emoción que era incapaz de describir. Una mezcla de felicidad, nervios, expectativa y algo de miedo. Sintió vértigo, y apretó fuertemente sus manos en un vano intento de calmarse. Marianne le dedicó una leve sonrisa que pudo ver a través del velo, debido al rayo de luz que incidía sobre ella desde la ventana. Le devolvió la sonrisa y bajó los tres escalones que la separaban de ella para extender su mano y tomar la de ella.

—Te entrego lo más valioso que tengo, St Vincent —dijo Onslow colocando la mano de su hija en la de él—. Cuídala bien.

—Le doy mi palabra, milord.

En cuanto sintió la mano de Marianne en la suya, en cuanto el tacto suave y reconfortante de su prometida calmó el temblor que sentía en su mano, todo lo demás desapareció. No había familia, ni invitados… solo ellos dos.

—Me has dejado sin aliento, cariño —susurró.

—Estamos delante de todos —respondió ella ruborizándose.

—¿Qué tiene de malo que te diga lo bella que estás?

El carraspeo del cura hizo que las risas mal disimuladas se oyeran por toda la iglesia, y Sebastian le indicó que empezara la ceremonia. Él fue el primero en decir sus votos. Su voz tembló ligeramente al hacerlo debido a la emoción, pero sus palabras fueron claras y firmes.

—Marianne, desde el momento en que te conocí supe que eras la indicada para mí —dijo —. Eres la mujer más bella que he visto en mi vida, y mucho más. Me haces reír, aunque sea el peor día de mi vida. Me haces desear ser un hombre mejor para que te sientas orgullosa de ser mi esposa. Prometo amarte con tus defectos, tus manías y tus muchas virtudes.

Las palabras de Sebastián resonaron en la silenciosa iglesia cargadas de sinceridad. Marianne sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, pero sonrió y apretó la mano de su prometido.

—Prometo amarte en la salud y la enfermedad —continuó—, en la riqueza y la pobreza, todos los días de mi vida.

—Prometo ser tu compañera en la vida, tu consuelo en la tristeza y tu estímulo en la aspiración —añadió Marianne con voz temblorosa—. Prometo respetarte, confiar en ti y amarte hasta que la muerte nos separe.

El párroco los declaró marido y mujer. Sebastian levantó el velo que cubría el rostro de su ahora esposa y la besó suavemente en los labios.

—Al fin —susurró.

—Al fin —rio ella.

La celebración se llevó a cabo en la mansión del marqués de Waterford, donde los recién casados vivirían a partir de entonces. Las pertenencias de Marianne habían sido trasladadas durante los días anteriores a la boda, y su doncella ya estaba instalada en su nuevo hogar. Tras una copiosa cena, en la que sirvieron los mejores manjares de Londres, la pareja dio paso al baile con el primer vals. Por fortuna, no hubo nada que empañara el día de su boda. Marianne estaba tan feliz que sentía que todo aquello era un sueño. Después de la confesión de amor de Sebastian el día del baile de su familia, Había sentido tanta dicha que fue incapaz de hablar durante el resto

de la noche. Sebastian la llevó al jardín, lejos de miradas indeseadas, mientras sus padres despedían a los invitados. Después de aquello Marianne habría deseado realmente permanecer en casa y evitar acudir a los bailes, pero su ahora marido se había negado en rotundo y la había hecho desfilar de su brazo en cuantas reuniones sociales hubieran sido invitados.

Aquellas dos semanas habían pasado como un sueño. Y entonces, al cruzar las puertas dobles de la iglesia, encontró a Sebastian allí, mirándola con tanto orgullo y admiración, con tantos sentimientos arremolinándose en sus iris de color dorado, que sintió que estaba haciendo lo correcto. Casarse con Sebastian Wembley era lo correcto. Y ahora que era su esposa había tantas cosas que quería hacer junto a él que sentía que una vida no sería suficiente para hacerlas todas.

Tras la fiesta, Marianne subió a la que sería su habitación de ahora en adelante y dejó que Ettie la ayudara a quitarse el vestido. Sebastian había ordenado subirle agua caliente para poder darse un baño. Ettie lavó su cabello y lo aclaró con agua de rosas. Se puso el camisón de seda que sus cuñadas le habían regalado y se sentó frente al fuego para secar su cabello mientras lo cepillaba. Ettie dio orden de llevarse la bañera, recogió la ropa y la dejó sola con una sonrisa cómplice. Marianne estaba tan nerviosa que apenas podía sujetar el cepillo entre sus dedos. Una vez su pelo estuvo suave, seco y sedoso se metió en la cama y se acomodó para leer hasta que Sebastian despidiera a los invitados y se reuniera con ella.

Escuchó sus pasos en la habitación contigua y sintió un vuelco en el estómago. Estuvo atenta a sus movimientos, le escuchó suspirar y el chapoteo del agua cuando se dio un baño. El pulso se le aceleró, lo sintió latir en la base de su cuello, y tuvo que reprimir las ganas de salir corriendo. Sabía que lo que venía a continuación sería maravilloso, pero no podía evitar sentir temor por si no llegaba a complacer a su esposo. La puerta que conectaba ambas habitaciones se abrió, y Sebastian entró llevando tan solo un pantalón y una bata de seda. La observó con esa mirada ardiente que lograba enrojecer sus mejillas y cerró con suavidad para acercarse lentamente a ella.

—Creí que no se irían nunca —dijo.

Se sentó a su lado en la cama y observó el libro que había intentado leer desde que se había acostado.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó.

—No lo sé —reconoció ella—. He empezado a leer esta misma página tres veces y aún no he logrado hacerlo.

—¿Estás nerviosa?

—Más de lo que imaginaba.

—¿Tu madre te habló de lo que pasará entre nosotros?

—Lo hizo, y sé que no debería estar nerviosa, pero no puedo evitarlo.

Sebastian sonrió y se deshizo de las gafas de su esposa, que dejó sobre la mesita de noche. La besó dulcemente en los labios y se puso de pie para darle la vuelta a la cama y tumbarse a su lado. La rodeó con el brazo y la atrajo hacia su cuerpo hasta que la cabeza de Marianne se instaló en su hombro.

—Déjame a mí —dijo quitándole el libro que ella había abandonado sobre su regazo.

—¿Vas a leer?

—Voy a hacerlo, sí.

—¿Ahora?

—Es un momento como cualquier otro.

Marianne se relajó en cuanto escuchó el sonido de su voz. No prestó atención a lo que

leía, simplemente se dejó acariciar por la armoniosa y profunda voz de su esposo, cerrando los ojos. Ni siquiera se dio cuenta de que había dejado de leer cuando sintió los labios de Sebastian sobre los suyos. Abrió la boca instintivamente, dejándole paso a su lengua caliente. Saboreó el beso con avidez, imitando tímidamente los movimientos de su esposo, y se atrevió a subir el brazo hasta enredarlo en su cuello y rozar con la punta de los dedos su cabello recién lavado.

—Me vuelves loco —susurró Sebastian mirándola a los ojos tras romper el beso—. Te deseo tanto que siento que voy a perder la razón de un momento a otro.

Volvió a besarla, esta vez con mayor intensidad. Su boca parecía querer comerse la de Marianne, sus ávidos labios apresaron los de ella y su lengua recorrió cada recoveco, cada pliegue de la suya. Marianne sintió un fuego abrasador subir por su estómago y arremolinarse en sus pechos. Sebastian se tumbó a medias sobre ella, colocando su pierna entre las de Marianne y haciéndola consciente del bulto de su erección. Marianne estaba tan perdida en la vorágine de placer que solo pudo gemir y arquear la espalda hacia él cuando sus manos subieron por su pierna desnuda hasta el muslo. Amasó la tierna e inexplorada piel con los dedos, acercándose peligrosamente al nido de rizos castaños, despertando sensaciones que Marianne no sabía que podía sentir. Su garganta se agitó en un grito de placer, sus ojos velados por el deseo observaron cómo Sebastian dejaba un camino de besos desde su cuello hasta el valle entre sus senos. La miró a los ojos un momento antes de apartar el encaje y dejar libres sus pequeños y redondeados pechos. Los amasó con las manos, llenándola de pudor, y cuando introdujo uno de ellos en su boca Marianne se sintió desfallecer.

Era imposible que una mujer fuera capaz de soportar tanto placer sin llegar a la locura. Las manos de Sebastian estaban por todo su cuerpo, su lengua caliente obraba magia sobre sus pechos y sentía un calor entre las piernas que necesitaba mitigar. Quería algo, pero ¿qué? Había algo que necesitaba desesperadamente y que sabía que Sebastian le podía dar, pero su mente estaba tan nublada por el deseo que era incapaz de pensar. Enredó las manos en el cabello de su esposo para pegarle más a ella, necesitaba sentirle mucho más cerca, fundirse con él. Sebastian se incorporó lo suficiente como para besarla y se deshizo del camisón que cubría su cuerpo. Marianne intentó ocultarse bajo las sábanas, pero él se lo impidió. Se colocó a horcajadas sobre sus piernas y se deshizo el nudo de la bata para dejar su pecho al desnudo. Un pecho firme, de músculos bien definidos, con algo de vello salpicando su piel.

Volvió a besarla mientras se deshacía de sus pantalones y se colocó entre sus piernas desnudas.

—No puedo esperar más, cariño —susurró.

La penetró lentamente, centímetro a centímetro, sin darle tiempo a pensar mientras la besaba. Sus dedos aprisionaron uno de sus rosados pezones cuando traspasó la barrera de su virginidad. Se quedó completamente quieto unos momentos, sin dejar de acariciar el pequeño brote, sin apartar su boca de la de Marianne, y cuando la mujer empezó a gemir de nuevo comenzó a moverse despacio. Mantener el control estaba siendo una auténtica tortura para él, pero quería que su esposa descubriera el placer de estar entre sus brazos, la dicha del placer compartido. Marianne estaba a punto de volverse loca, se movía sin control debajo de su esposo mientras gemía y se tensaba cada vez más. Se sentía como si fuera la cuerda de un violín a punto de romperse, clavó inconscientemente las uñas en la espalda de Sebastian y arqueó la espalda en busca de algo más. De repente, todo a su alrededor estalló, su cuerpo se deshizo en mil pedazos y cayó laxa sobre las sábanas de algodón. Su respiración jadeante se mezcló con la de Sebastian, que empezó a moverse de manera desenfrenada sobre ella. Le sintió tensarse también, temblar, y algo cálido inundó su interior justo antes de que su esposo cayera sobre ella, sin fuerzas.

Permanecieron así, uno en brazos del otro, hasta que lograron recuperar el aliento y la cordura. Sebastian se levantó, mojó un paño en la jofaina y regresó a la cama para limpiar los muslos de Marianne, que se espantó ante aquel gesto. Al retirar el paño comprobó que estaba manchado de su sangre y la simiente de él. Sebastian volvió a la cama, la acunó entre sus brazos y cubrió sus cuerpos con la sábana.

—Duérmete, me marcharé cuando lo hagas —dijo con un bostezo.

—¿Tienes que irte?

—¿Quieres que me quede?

—Claro que sí. Mis padres no tienen habitaciones separadas, duermen en la misma cama.

—El de tus padres es un caso excepcional, cariño. Normalmente las damas agradecen tener su propia habitación.

—Yo no lo necesito —respondió—. Me gustaría que durmiéramos juntos, pero si tú no quieres…

Sebastian la silenció con un beso fugar y la acurrucó de nuevo a su lado.

—Dormiremos juntos entonces —dijo—. Ordenaré mañana que lleven tus cosas a mi habitación, podemos habilitar esta como habitación de los niños.

—Me gusta la idea.

—¿Te he hecho daño? No era mi intención, pero…

—No me lo has hecho —le interrumpió—. Al menos no tanto como imaginaba. El corte de una hoja de papel duele más, te lo aseguro.

—Es bueno saberlo —respondió con un bostezo.

Se acomodó mejor en la cama, atrajo a su esposa a sus brazos y la apretó contra su cuerpo. Su curvilíneo cuerpo se amoldaba al del vizconde como si hubiera sido hecho para él, como si Marianne fuera la mujer predestinada para Sebastian. Sonrió ante aquel loco pensamiento. Cuando estaba a punto de quedarse dormido, le pareció escuchar la voz de su padre diciéndole “lo has hecho bien, hijo mío”.

Capítulo 17

Marianne se despertó con los suaves besos de su esposo en su espalda desnuda. Sonrió sin abrir los ojos. Habían hecho el amor una vez más bien entrada la noche, y otra vez justo antes del amanecer. Estaba cansada, pero feliz. Sebastian había resultado ser un amante atento, gentil y apasionado que la había hecho sentirse especial en cada una de las ocasiones.

—Buenos días —susurró el hombre junto a su oído.

—Buenos días.

—¿Cómo te encuentras? ¿Te duele?

Marianne se sonrojó y negó con la cabeza oculta en la almohada.

—¿De veras estás bien?

—Solo estoy agotada. Creo que necesitaré todo un día de sueño para poder recuperarme de tanta… actividad.

—El viaje hasta Meaford Hall dura varias horas, podrás dormir un poco en el carruaje.

—¿Nos vamos al campo? —exclamó ella sentándose de golpe.

La sábana se deslizó hasta su regazo, rebelando sus pechos desnudos, algo enrojecidos e hinchados por las caricias de su esposo. La mirada de Sebastian se oscureció, y antes de darse cuenta Marianne estaba tumbada de espaldas con el cuerpo de su esposo sobre el suyo. Los besos de Sebastian por su cuello eran adictivos, el placer empezaba a burbujear nuevamente por su cuerpo ante la expectativa de lo que vendría a continuación, pero estaba mucho más interesada en la conversación que mantenían que en la seducción de su marido, así que se retorció entre sus brazos riendo a carcajadas.

—¡Ahora no, Sebastian! —gritó— ¡Hablemos primero!

—Después… —protestó su esposo volviendo a lamer su piel desnuda— No puedes provocarme con estos dos redondeados y suaves senos y esperar que mantenga una conversación casual como si nada hubiera pasado.

—¡No ha sido a propósito! ¡Vamos, suéltame!

—Ni lo sueñes, cariño… Ahora vas a recibir tu castigo por intentar seducir a tu esposo.

El forcejeo, mezclado con la torpeza innata de Marianne, terminaron con un impacto de la rodilla de ella contra las partes nobles de él, que cayó al suelo con un golpe sordo, roto de dolor. Marianne se puso de rodillas sobre la cama, llevándose la mano a la boca mientras veía a su esposo retorcerse encogido en el suelo, sujetándose firmemente las vergüenzas con ambas manos.

—¡Lo siento! —exclamó— No pretendía…

—Dame… un… minuto —logró decir Sebastian con voz ronca.

—Pediré que manden llamar al médico —dijo levantándose de la cama, pero él se lo impidió sujetándola de la rodilla.

—Solo un… minuto —insistió él.

Marianne no sabía qué hacer, así que se sentó en el borde de la cama hasta que su esposo logró incorporarse.

—Ayúdame a levantarme —pidió Sebastian.

Pasó el brazo del hombre por sus hombros y tiró de él hasta incorporarle lo suficiente como para volver a tumbarle sobre la cama. Él cerró los ojos y suspiró, aún sin soltarse la entrepierna.

—Si no quieres tener hijos solo tienes que decírmelo, mujer, no dejarme estéril de un golpe —bromeó abriendo un ojo y sonriendo.

—Lo siento, yo… ¿Te quedarás estéril? —exclamó al darse cuenta de lo que había dicho su esposo.

—Solo estoy bromeando, tonta… Hace falta mucho más que un tierno rodillazo de mi esposa para eso.

—Tierno rodillazo que te ha dejado sin aliento durante un buen rato —dijo con un puchero—. De veras lo siento.

—Deja de disculparte, ha sido solo un pequeño accidente. Aunque creo que tendremos que dejar las actividades de cama para otra ocasión…

—Perdón.

Sebastian se incorporó, tomó a su esposa de la barbilla y la besó con fuerza. Ella se tumbó a su lado, apoyando la cabeza sobre sus manos, observándole con atención.

—¿De veras estás bien? —insistió— Creo que deberíamos llamar al doctor.

—¿Y quedar en ridículo porque mi mujer me ha tumbado de un rodillazo? Mejor que no.

—Pero te he hecho mucho daño. ¿Y si…

—He sufrido golpes mucho peores y he salido indemne, te lo aseguro —la cortó—. Solo tengo que esperar un momento a que el dolor desaparezca.

—¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor?

—Bésame.

—¡Oh, no bromees ahora!

—No estoy bromeando, si quieres que me sienta mejor, solo bésame.

Marianne se acercó y dejó un leve beso en su mejilla. Sebastian sonrió y señaló su propia barbilla, luego su frente, su nariz… y su boca.

—Intentas aprovechar la situación, ¿no es así? —rio Marianne cumpliendo su deseo y besándole en los labios.

—Necesito una recompensa por lo ocurrido, sí.

—Bien, ya tienes tu recompensa. Y ahora dime, ¿qué es eso de que nos vamos a Meaford Hall? ¿Se acabó la temporada para nosotros?

—No cantes victoria tan pronto, cariño —rio Sebastian—. Solo nos vamos un par de días, tres a lo sumo. No tengo que volver a la cámara hasta dentro de unos días, así que he pensado que nos vendría bien un poco de aire fresco y tranquilidad.

—Voy a preparar el equipaje —dijo incorporándose.

Sebastian la sujetó del brazo y la hizo tumbarse sobre su pecho, abrazándola con el brazo que tenía libre.

—Nuestras cosas están cargadas en el carruaje desde primera hora de la mañana —explicó—. Le pedí a Ettie ayer que lo preparase por ti.

—¿Cuándo nos marcharemos?

—Después de desayunar… Si logro levantarme de la cama.

—¿Aún te duele?

—Menos que antes, tranquila.

—Soy demasiado torpe —se lamentó.

—Solo eres un poco patosa. Pero es una de las muchas cosas que me gustan de ti.

—¿Aunque te haya dejado aturdido?

—Aun así —rio Sebastian.

Bajaron a desayunar media hora después. Abraham leía el periódico sentado a la mesa, con una taza de café humeante. Sonrió al verlos aparecer tomados de la mano.

—Buenos días, pareja —saludó.

—Buenos días, abuelo —respondió Marianne—. ¿Ha dormido bien?

—Como un lirón, pequeña. Ahora que mi nieto ha encontrado una buena mujer con la que compartir su vida puedo relajarme un poco.

—Al menos hasta que toque casar a Max, ¿no es cierto? —rio Sebastian.

—Aún no es su momento —asintió el marqués—. Debo encontrar a una dama adecuada para él, y por lo que he visto durante estas semanas, en esta temporada no la voy a encontrar.

—Pareces una casamentera —protestó su nieto.

—Solo quiero ver a mis nietos casados con alguien que les haga felices. ¿Es acaso un delito?

—Claro que no, abuelo —respondió Marianne dándole unas palmaditas en la mano—. Le ayudaré a encontrar una mujer para Max.

—No le animes —pidió Sebastian en un susurro.

—Y tú no seas tan duro con él, solo mira por vuestra felicidad.

Waterford sonrió, escondiendo su rostro tras el periódico. Todo apuntaba a que su nieto tendría una vida muy feliz y nada aburrida junto a Marianne, y no podía sentirse más satisfecho. Los sirvientes sirvieron el desayuno de los jóvenes, que desayunaron comentando la velada de la noche anterior con el marqués.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó Sebastian al cabo de un rato.

—Ha salido.

—¿Sola?

—Violet ha venido a recogerla. Irán a una velada con algunas damas de su confianza, quiere introducir a tu madre en su círculo íntimo de amistades.

—Espero que no le hagan pasar un mal rato.

—No te preocupes, mamá no lo permitirá —le tranquilizó su esposa.

—Despídenos de ella, entonces —añadió Sebastian—. Tenemos pensado marcharnos después de desayunar.

—¿A qué viene tanta prisa? podéis hacerlo después de comer y llegaréis a Meaford Hall al anochecer. Ettie y el resto del servicio ya se han puesto en marcha, lo tendrán todo preparado para la hora de la cena.

—Nos iremos después del almuerzo, entonces —suspiró Sebastian.

—Perfecto, así podréis acompañarme en mi visita al museo.

—Iré a cambiarme —dijo Marianne.

—Creo que Marianne debería quedarse en casa y descansar, abuelo —sugirió Sebastian.

—Si no estoy nada cansada… —protestó ella.

—Hace un momento has dicho que…

Se calló cuando sintió el leve toquecito que su esposa le dio en la pierna por debajo de la mesa. Sonrió.

—Muy bien, te acompañaremos al museo —claudicó.

La dama se disculpó con el abuelo y subió a cambiarse de vestido, tarea que realizó con la ayuda de Roselynd en ausencia de Ettie. Waterford miró a su nieto con orgullo mientras ambos esperaban a la dama.

—¿Por qué me miras así? —protestó Sebastian, aunque sonreía.

—Creo que nunca te había visto tan feliz como ahora.

—Nunca he sido tan feliz, lo reconozco. Estar casado con Marianne es cien veces mejor de lo que imaginaba.

—Solo llevas casado unas horas —rio el anciano.

—Tiempo más que suficiente para saberlo, te lo aseguro.

—Una preocupación menos que cargar sobre mis hombros el día de mi muerte. No pude hacer nada por tu padre, pero me aseguraré de que mis nietos encuentren la felicidad antes de irme de este mundo.

—Serás más viejo que Matusalén —rio Sebastian.

—No seas impertinente, niño.

—Caleb aún tiene veintidós años, no creo que tenga mucha prisa por casarse.

—Tú tienes veintiséis y lo has hecho.

—Sabes bien que lo hice porque las circunstancias lo propiciaban.

—Y ahora te alegras de haberlo hecho.

—Claro que lo hago, pero…

—Primero tengo que casar a Max, y después a Erick. Para cuando sea el turno de Caleb ya tendrá edad más que suficiente para hacerlo.

Durante la visita al museo, se encontraron con varios amigos del marqués, que se deshicieron en felicitaciones por su matrimonio. Cuando regresaron a la casa, el marqués les pidió que lo acompañaran hasta su habitación. Abrió una caja fuerte escondida tras el cuadro de su esposa Bridget y sacó algunas cajas de joyería que fue depositando sobre la cama.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Sebastian con curiosidad.

—Son las joyas ligadas a nuestro título. Es hora de que alguien las luzca una vez más.

Fue abriendo caja por caja. Se trataba de joyas de oro y rubíes, zafiros, esmeraldas y diamantes talladas con bonitos intrincados, de un gusto exquisito.

—Ahora te pertenecen, pequeña —dijo el anciano sentándose en un sillón de orejas junto a la cama—. Vamos, pruébatelas.

—Es demasiado, no debería…

—Tonterías —insistió el marqués con un aspaviento—. Serás la próxima marquesa de Waterford, esas joyas te pertenecen.

Marianne pasó la mano suavemente por las joyas y tomó de su cama de terciopelo un hermoso collar de esmeraldas talladas en forma de lágrima. Se acercó al espejo y se lo puso alrededor del cuello con una sonrisa. Su esposo se aproximó a ella y tomó el collar para poder abrocharlo, y cuando el frío metal tocó la piel de Marianne, sintió un escalofrío.

—Ese era el favorito de mi Bridget —asintió Abraham—. Era del mismo color que sus ojos, tan verdes como esas piedras.

—Es precioso —respondió Marianne—. Todos lo son, pero creo que lo mejor sería que se quedaran aquí.

—¿No las quieres?

—Por supuesto que las quiero, pero no tengo dónde guardarlas.

—Tienes una caja fuerte en tu habitación, detrás del cuadro que hay junto a la chimenea.

—Hemos decidido dormir en la misma habitación, abuelo —informó Sebastian.

—Me parece maravilloso, tu abuela y yo también lo hicimos. Pero tu esposa aún necesitará una habitación propia, no creerás que todos sus vestidos cabrán en un armario con tus trajes, ¿verdad?

El sonido de la puerta de entrada les avisó de la llegada de Martha. Marianne tomó las joyas ayudada por su esposo y se dirigió a su habitación para guardarlas a buen recaudo, y acto seguido ambos bajaron al salón. Martha se deshacía de su sombrero y los guantes, y sonrió al verlos llegar.

—¿Qué hacéis aún aquí? —preguntó— Creía que os marchabais al campo después de desayunar.

—El abuelo nos ha convencido de hacerlo después del almuerzo —respondió Sebastian —. ¿Cómo ha ido todo?

—Muy bien, a decir verdad. Las amigas de Violet son encantadoras, todas ellas, y me han tratado con amabilidad.

—Me alegro de que te hayas divertido.

—¡Oh, desde luego! Me han enseñado a jugar a las cartas y nos hemos divertido mucho apostando cosas absurdas.

—¿Apostando? —se sorprendió Marianne— No sabía que a mamá le gustaba hacerlo.

—No eran apuestas de verdad, hija —la tranquilizó Martha—. La próxima vez podrías venir con nosotras, te aseguro que te divertirás.

—Creo que Marianne no se divertirá mucho yendo a una reunión de damas de tu edad, Martha —rio el marqués—. Debería relacionarse con damas de su edad.

—Pero estaré encantada de acompañarla, de veras que sí —protestó Marianne.

—No tienes que contentar a todo el mundo, cariño —se apresuró a intervenir Sebastian —. No pasa nada porque digas que no.

—Yo no quiero contentar a todo el mundo —negó ella—. ¿De dónde sacas eso?

—Esta mañana has accedido a ir con el abuelo a pesar de que momentos antes dijiste que estabas agotada.

—Porque me has dicho que podré dormir en el viaje.

—Y ahora quieres contentar a mi madre.

—No quiero contentarla, Sebastian. Conozco a las amigas de mi madre y sé que pueden llegar a ser muy divertidas. De hecho, las únicas veladas que he disfrutado han sido aquellas en las que ellas estaban presentes.

Se acercó a su esposo y le besó en la mejilla con una sonrisa.

—Sé que lo dices porque estás preocupado por mí, pero te aseguro que no soy de esas mujeres que intentan contentar siempre a los demás —continuó—. Me he criado con tres hermanos mayores que se han asegurado de ello.

—Tendré que darles las gracias, entonces.

—Reconoce que cada vez los aprecias más —bromeó.

—Son ellos los que no me apreciaban a mí, cariño, no al revés.

—¿Bromeas? Te aseguro que tú y yo no nos habríamos casado si ellos no te apreciaran.

—Lo dejaron muy claro, créeme.

—¿Vas a contarme algún día lo que ocurrió el día que pediste mi mano?

—No.

—¿Pero por qué?

—Porque no.

—No te preocupes, pequeña. Yo también estuve presente y te lo puedo contar todo —bromeó Abraham.

—¿De veras? Entonces vayamos a tu despacho, abuelo. Te serviré una copa de bourbon y…

Sebastian silenció a su esposa con un beso en los labios. Marianne enrojeció hasta las orejas y le apartó de un empujón.

—¿Te has vuelto loco? —susurró— ¿Cómo se te ocurre hacer eso delante de los mayores?

—Como si los mayores no lo hubieran hecho nunca —bufó su esposo.

—No vuelvas a hacerlo.

Por respuesta, él le robó un beso fugaz y la miró con suficiencia.

—Como sigas así dormiré en mi habitación durante un mes —amenazó ella—. A puerta cerrada, te lo advierto.

—Te aseguro que no podrás cumplir esa advertencia, cariño.

—¿Quieres apostar?

Marianne supo por la mirada encendida de su esposo que se había buscado un serio problema. Recogió las faldas de su vestido y salió a correr escaleras arriba, pero Sebastian era mucho más rápido que ella y la atrapó antes de llegar al primer descansillo. Se la cargó al hombro y la llevó hasta su dormitorio… el que compartirían, donde demostró con sus besos y caricias que su esposa jamás podría cumplir su amenaza… porque le deseaba tanto como él a ella.

Aún en el salón, Martha y Abraham miraban la puerta por la que los jóvenes acababan de marcharse con una sonrisa.

—Parece que se llevan muy bien —dijo la mujer sentándose en el sofá.

—Te lo dije, mujer. Marianne es la esposa perfecta para mi nieto.

—Creo que ya es momento de que vuelva a mi hogar.

—¿De veras piensas mudarte?

—Por supuesto, esos dos necesitan intimidad.

—Tienes razón, yo también debería buscar un nuevo lugar donde vivir.

—¿Por qué no se viene a vivir conmigo? La casa de Covent Garden es demasiado grande para mí sola.

—No creo que deba…

—Tonterías. Usted siempre ha sido bueno conmigo, Abraham. Siempre me ha respetado a pesar de lo que ocurrió. Es el momento de que yo le devuelva un poco de esa bondad. Además, aquella casa pertenece a su nieto, no a mí. Es justo que la compartamos.

—Si estás segura…

—Por supuesto que lo estoy. Podemos mudarnos cuando ellos regresen de Meaford Hall, ¿qué le parece?

—Una magnífica idea —respondió el anciano con una sonrisa—. Me alegra comprobar que, aunque he perdido a mi hijo recientemente, al menos he ganado una nueva hija.

Capítulo 18

Llegaron a Meaford Hall al anochecer. Marianne fue durmiendo de manera intermitente durante todo el viaje, y cuando no lo hacía se dedicó a leer uno de sus preciados libros. El camino era largo, pero al menos no tuvieron que sufrir un aguacero a pesar de que el cielo estaba nublado. Cuando llegaron, Alfred, el hombre encargado del mantenimiento de la mansión, les dio la bienvenida.

—¡Pero mira a quién tenemos aquí! —exclamó— Al pequeño Sebastian. Quiero decir, Lord St Vincent…

—Para ti siempre seré el pequeño Sebastian, Alfred —respondió dando un caluroso abrazo al hombre que le había sido un hermano mayor para él.

—Lady St Vincent, es un placer volver a verla.

—Marianne está bien, Alfred —respondió ella con una sonrisa.

—Sepa usted que yo le enseñé a su esposo todo lo que sabe sobre caballos, es uno de los mejores jinetes de Londres gracias a mí.

—Deja de presumir y dime dónde están mis pequeños —bromeó Sebastian.

—Están dentro. *Duquesa* está a punto de tener a sus cachorros y Claire le ha preparado un lugar para ello junto al fuego.

—¿Va a tener cachorros? —exclamó Marianne con la mirada iluminada— ¡Oh, Sebastian! Quedémonos hasta que nazcan, por favor…

—Sabes que debo volver el lunes a la cámara, cariño…

—No se preocupe, Marianne —intervino Alfred—. Seguramente nazcan durante la madrugada, tendrá tiempo de sobra de ver a los cachorros.

—Subiremos a ponernos más cómodos antes de la cena —dijo Sebastian.

—Avisaré a Claire —asintió Alfred—. Ha preparado tu pastel de carne favorito.

—Por eso amo tanto a tu mujer —suspiró Sebastian.

—Todas sus cosas están instaladas ya en tu dormitorio, Sebastian. El servicio que llegó esta mañana me informó de que compartiríais habitación.

—Así es —respondió él abrazando a Marianne—. Soy incapaz de separarme de mi esposa.

—Estás recién casado, es lo normal. Pero espera a que tu esposa se canse de ti, dormirás acompañado de su almohada más de una noche, ya lo verás —bromeó el hombre dirigiéndose a la cocina.

Subieron a su habitación, donde ya habían preparado una humeante bañera de agua caliente. Sebastian ayudó a su esposa a deshacerse de los lazos de su vestido y se apresuró a quitarse su ropa mientras ella se metía en la bañera.

—Parece que te llevas muy bien con Alfred —comentó Marianne mientras se enjabonaba.

—Es solo siete años mayor que yo —asintió Sebastian—. Cuando lo conocí se encargaba de los caballos y durante mis veranos aquí pasé mucho tiempo con él. Me enseñó a pescar, a montar a caballo e incluso a volar una cometa. Durante la pubertad fue él quien me escuchó

cuando mis compañeros de escuela se burlaban de mí por ser un bastardo.

—Es un gran amigo, entonces.

—Más que mi amigo, fue el hermano mayor que nunca tuve. Después llegó Max, pero soy mayor que él, así que la amistad de Alfred siempre fue muy especial para mí.

—Tuviste mucha suerte, Sebastian. Tanto con el padre que tuviste como con la familia que tienes.

—Soy consciente de ello, créeme —respondió metiéndose en la bañera con ella—. Conocí a otros chicos ilegítimos que no tenían la misma suerte que yo.

Sebastian comenzó a besar el cuello de su esposa, causándole un estremecimiento de placer que le recorrió toda la espalda. Marianne apartó la cabeza y se dejó hacer, suspirando cuando su esposo subió la mano por su estómago hasta atrapar uno de sus pechos entre sus dedos.

—Me vuelven loco tus senos —dijo con voz ronca—. Podría pasarme horas enteras adorándolos.

Pellizcó el pequeño brote con la yema de los dedos hasta que se endureció, e hizo lo mismo con el otro. Continuó bajando la mano por su estómago plano hasta enredar los dedos en los rizos suaves de su sexo, pero sin llegar a acariciarla. Sonrió cuando Marianne arqueó la espalda, desesperada por aquellas caricias que aún no llegaban, y mordió la parte sensible del hombro de su esposa, logrando que gimiera.

—Aún no, cariño —susurró—. No seas impaciente.

—Por favor…

—Voy a darte todo lo que quieres, pero a su debido tiempo, lo prometo.

Se levantó de la bañera arrastrando a Marianne con él. Envolvió el cuerpo sensibilizado de su mujer con una toalla y la llevó a la cama, donde la depositó con suavidad. Se secó lo más deprisa que pudo y se tumbó a medias sobre ella, rozándola con su pierna.

—No tenemos tiempo ahora de terminar lo que hemos empezado, así que tendremos que improvisar —dijo Sebastian con una sonrisa diabólica.

Reptó por el cuerpo de Marianne hasta que sus hombros quedaron encajados entre sus piernas. Al principio su esposa se resistió, pero en cuanto su lengua caliente rozó los pliegues de su sexo todo raciocinio abandonó su mente. Se convirtió en un amasijo de piel y huesos recorridos por el placer, la lengua de Sebastian acariciaba sin pudor el brote sensible entre sus piernas y la volvía completamente loca. Tomó la sábana en ambos puños y arqueó la espalda, mas su esposo no se detuvo. Siguió lamiéndola sin piedad, hundiendo un dedo dentro de ella, y cuando su cuerpo se tensó para romperse segundos después en mil pedazos, la miró con una sonrisa de suficiencia.

—Ahora deberíamos vestirnos —dijo.

—Eso… eso…

—Eso, cariño —susurró acercándose a su boca—, es otra de las muchas maneras que hay de hacer el amor.

La besó, y pudo saborearse a sí misma en su boca. Rodeó el cuello del hombre con los brazos, pero él se apartó y empezó a vestirse a pesar de lucir una enorme erección entre las piernas. Se puso un pantalón y una bata de seda, besó a su esposa una vez más y, prometiendo que enviaría a Ettie para ayudarla a cambiarse, se marchó de la habitación. Marianne se cubrió la cabeza con las sábanas y dio un gritito de felicidad. Su vida de casada estaba siendo mejor de lo que había esperado. Si su madre y sus hermanas habían sentido la misma dicha que ella sentía en ese momento… La llegada de Ettie la sacó de sus cavilaciones. La muchacha la miró con una

sonrisa traviesa y sacó del armario un camisón de algodón con motivos florales pintados a mano y una bata a juego.

—Lord St Vincent dice que como van a cenar los dos solos no es necesario que se vista —explicó.

—¿Y entonces para qué te ha enviado?

—El vizconde pensó que estaría agotada después de tan largo viaje y que necesitaría mi ayuda. Además, yo ya conozco la casa, puedo guiarla hasta el salón.

—Mi esposo cree que soy una dama frágil y delicada que no puede aguantar un viaje largo —rio—. No necesito tu ayuda para ponerme ropa de cama, Ettie, puedes irte.

—¿Sabrá llegar al salón por sí misma?

—Ya es noche cerrada, solo debo ir hacia la luz encendida. No me perderé, descuida.

—En ese caso, que se divierta. Aunque con semejante esposo dudo mucho que tenga usted tiempo para el aburrimiento...

—¡Ettie! —exclamó ella riendo.

—¿Va a negarme que su esposo es puro pecado? —Se cubrió la boca con las manos al darse cuenta de lo que acababa de decir—. Lo siento mucho, milady, no pretendía…

—No te disculpes, Ettie, es cierto que mi esposo es el pecado personificado —la tranquilizó—. Ahora ve a descansar, te lo has ganado.

—Muchas gracias, milady.

Marianne se puso el camisón, que era uno de los muchos regalos que le había hecho su madre para su boda, y ató los cordones del escote con sumo cuidado. Sonrió al imaginar a su esposo deshaciendo el lazo lentamente, pero sacudió la cabeza para eliminar aquellas escandalosas ideas de su mente y se apresuró a ponerse la bata. Bajó las escaleras hasta la primera planta y caminó por uno de los pasillos hasta la única habitación iluminada, un pequeño salón en el que su esposo la esperaba sentado en un mullido sofá, disfrutando de una copa. Marianne se sentó junto a él y aceptó el vaso que le ofreció. Para su sorpresa, no era bourbon, como acostumbraba a tomar Sebastian, sino una copa de oporto.

—¿Pretende emborracharme, milord? —bromeó ella.

—*Bien sûr*[5], milady —respondió él acercándose peligrosamente a su cuello—. En cuanto sirvan la cena, el servició se retirará y tendremos la casa para nosotros solos.

Sebastian mordisqueó el cuello de su esposa, provocándole escalofríos de puro placer.

—Tengo toda la intención de hacerte el amor aquí mismo, junto a la chimenea —reconoció con voz ronca.

—Te has vuelto loco.

—Tú me vuelves loco. No puedo dejar de pensar en todas las maneras en las que quiero hacerte el amor, Marianne. Mi mente solo es capaz de pensar en tu cuerpo desnudo rendido al placer, y no haber podido terminar lo que empezamos como se debe está volviéndome loco.

La salvaje confesión fue interrumpida por una mujer, que sonrió al ver a Sebastian y abrió los brazos. Su esposo no se hizo de rogar, se levantó del sofá y rodeó los hombros femeninos en un cálido abrazo. Marianne observaba la escena sintiendo una leve punzada de celos en el estómago.

—Siento mucho lo de tu padre —susurró ella cuando se separaron—. Fue una gran sorpresa para todos enterarnos de que…

—Gracias.

—Sabes que Alfred y yo habríamos estado allí de haber podido. Nos hubiera gustado poder apoyarte en unos momentos tan duros.

—Sé que lo habríais hecho.

—Bien, preséntame a tu adorable esposa, que parece que va a sufrir un ataque por verte abrazar a otra mujer.

—Ella es Marianne —respondió Sebastian tendiéndole la mano para que se acercara—. Y ella es la esposa de Alfred, Claire. No la conociste el fin de semana que pasamos aquí con la familia porque estaba visitando a su familia en Norwich.

—Es un placer conocerla —dijo Marianne.

—Déjeme decirle que su esposo es un experto casamentero —bromeó la mujer—. Actuó de "celestina" entre mi esposo y yo e hizo un magnífico trabajo.

—No hizo falta —protestó Sebastian—. Vosotros ya os mirabais con los ojos llenos de amor.

—Totalmente cierto —reconoció la mujer mirando a Marianne—. Es un placer conocerla, aunque haya cometido el error de casarse con este granuja.

—¡Claire! Va a pensar que hablas en serio —protestó Sebastian.

—Ella sabe que solo bromeo —dijo quitándole importancia—. Si se ha casado contigo es porque ya sabe que eres el mejor hombre que podría llegar a conocer jamás. ¿No es así?

Marianne asintió intentando aguantar las carcajadas. Sebastian y Claire parecían llevarse como el perro y el gato, pero en el fondo se veía que eran grandes amigos. Se alegró enormemente de que su esposo hubiera crecido con la alegría de contar con aquella preciada amistad.

—Bien, serviré la cena y os dejaré a solas, es tarde y mi hombre me espera —añadió la mujer.

Sirvió dos tazones de humeante sopa de pescado y dejó sobre la mesa dos porciones de pastel de carne y puré de patatas. Para el postre sirvió melocotones con crema batida, que dejó en una mesa junto a la ventana. Se despidió de ellos y cerró la puerta con suavidad al salir. Marianne se sentó en la silla que su esposo le ofreció y comenzó a tomar la sopa, aunque la mirada incesante de Sebastian empezaba a ponerla realmente nerviosa.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—Simplemente que estás preciosa. Ese camisón te sienta de maravilla.

—¿Intenta usted seducirme de nuevo, milord? Le advierto que soy una honrada mujer casada y que mi esposo tiene una puntería envidiable.

—Pero su esposo no se encuentra presente, ¿no es así?

—Que no esté presente no significa que no exista, milord.

—Quién sabe… Tal vez está usted mintiéndome para evitar mis avances.

—Eso es algo que nunca averiguará, ¿verdad?

Sebastian sonrió y continuó con la cena.

—He pensado que mañana, si hace buen tiempo, podríamos hacer ese picnic a solas que aún tenemos pendiente —sugirió—. ¿Qué te parece la idea?

—Me parece una idea estupenda. Sabes que me gusta mucho leer al aire libre, podríamos empezar otro libro juntos.

Continuaron cenando tranquilamente, aunque las miradas que Sebastian le lanzaba hacían imposible que Marianne lograra concentrarse en su sopa.

—Esta casa es increíblemente grande —dijo intentando darle conversación.

—Así es. Mi abuelo la mandó reconstruir cuando se casó con mi abuela. La antigua mansión era mucho más pequeña, y al parecer mi abuela quería una gran familia.

—Por eso la reconstruyó.

—Sí. Añadió el ala norte para las habitaciones de los hijos que pensaban tener juntos, pero al final solo fueron dos.

—Pobres… no pudieron cumplir su sueño.

—Creo que ese es el motivo por el que tiene tanta prisa porque nos casemos —dijo Sebastian—. Supongo que, ya que no ha podido ver su casa llena de hijos o nietos, querrá verla repleta de biznietos a los que consentir.

—Crecí en una familia numerosa —asintió ella—. No todo es tan bonito como lo pintan, te lo aseguro.

—Tus hermanos te adoran, cariño.

—Lo sé, pero a veces eso era una desventaja. Una enorme desventaja.

—¿Por qué?

—Para empezar, jamás dejaron a ningún niño acercarse a mí. Solo podía jugar con niñas, pues siempre vieron en el sexo opuesto un potencial pretendiente al que algún día tendrían que rechazar —protestó.

—¿De veras? —rio Sebastian.

—No te rías, fue un fastidio. Aterrorizaban a los pobres niños para que no se acercaran a mí y sus padres venían a rendir cuentas con el mío. Fue una época oscura, te lo aseguro.

—Me habría gustado verlo.

—Habrías sido uno de esos niños, te aseguro que no.

—Es cierto… a veces olvido que soy mucho menor que ellos.

—Eso es porque se comportan como niños. Y aunque no me hayas contado lo que pasó el día que pediste mi mano, puedo imaginarlo.

—No pasó nada fuera de lo común, cariño. Habían escuchado hablar de mi relación con Blair y querían asegurarse de que mis intenciones contigo eran sinceras. Dieron su aprobación para la boda antes que tu padre aunque les costara un poco aceptarme.

Sebastian se levantó de la mesa y le tendió una mano a Marianne. Con la otra tomó la bandeja del postre y la guio por los pasillos hasta la puerta doble que daba paso a la biblioteca. Marianne entró en la estancia igual de maravillada que la primera vez, acariciando los lomos de los libros con reverencia, y se dejó caer en uno de los sofás con una sonrisa.

—Creo que no saldré de esta habitación cuando vengamos a vivir aquí —confesó.

—¿Tanto te gusta esta habitación?

—Me encanta… Hay tantos libros de los que disfrutar…

—No solo hay novelas, también hay libros de medicina, leyes, ciencias, matemáticas…

—Creo que una vida no será suficiente para leerlos todos.

Sebastian dejó el tazón de melocotones con crema junto a la alfombra y tiró de su esposa hasta tenerla sentada junto al fuego.

—Le he pedido a Alfred que encendiera la chimenea porque tenía pensado pasar un rato aquí, contigo —susurró besándola.

—Ni siquiera me has dejado elegir un libro —protestó ella con un puchero.

—Ya tendrás tiempo de leer, cariño. No te he traído aquí para eso.

—¿Para qué podrías traerme a una biblioteca si no es para…

Se calló de golpe al ver los ojos de su esposo cargados de deseo. Se mordió el labio al darse cuenta de las intenciones que Sebastian tenía para aquel momento, y jugueteó nerviosa con el cordón de su bata de seda.

—Desde aquel día he estado soñando con hacerte el amor aquí mismo, sobre esta alfombra —confesó el vizconde.

—Acabábamos de conocernos —susurró ella.

—¿Crees que no lo sé? Si no hubiera sido por tu hermano te aseguro que nuestra noche de bodas habría sido aquel día, y no anoche.

Mojó uno de los melocotones en la crema y se lo ofreció. Marianne abrió la boca y mordió la fruta, haciendo que un reguero de crema y jugo cayera por su barbilla. Sebastian sonrió y pasó la lengua por su piel, retirando la dulce mezcla, provocando que el corazón de Marianne se acelerase.

—Tu piel sabe deliciosa cubierta de crema —dijo con voz ronca—. Veamos cómo saben otras partes de tu cuerpo.

La desnudó lentamente, como ella había imaginado al ponerse aquel camisón, y pasó gran parte de la noche mostrándole a su esposa lo deliciosamente adictivo que podía ser mezclar el postre… y una noche de pasión desenfrenada.

Capítulo 19

El día amaneció soleado, así que Sebastian y ella decidieron salir a dar un paseo a caballo y hacer un picnic en lo alto de una colina cercana. Lo primero que hicieron nada más desayunar fue ir a ver a los perros, aunque *Duquesa*, la perra embarazada, parecía no tener intención de tener a sus crías pronto. *Diablo*, *Black* y *Sophie*, los otros tres perros, corrieron a saludar a su amo en cuanto le escucharon silbar. Marianne reía viendo a Sebastian revolcarse por el suelo con los tres animales sobre él, llorando, ladrando y lamiéndolo.

—Vamos, chicos… No hace tanto tiempo que no me veis —rio.

Marianne se acercó lentamente al lugar donde *Duquesa* movía su rabo sin cesar. Los perros eran bastante grandes e imponían respeto, pero a ella le dio pena la pobre perra, que no podía levantarse para saludar a su amo al igual que sus compañeros. Acercó lentamente la mano para que el animal la oliera y, cuando estuvo segura de que no corría peligro alguno, comenzó a rascarle detrás de las orejas.

—Eres una perrita preciosa —susurró—. Estoy segura de que tus cachorros serán igual de bonitos que tú.

Pasó la mano por el costado hasta llegar a la barriga abultada, que masajeó en pequeños círculos con suavidad.

—Mamá me dijo una vez que hacer esto ayudaba en la hora del parto —explicó, más para sí misma que para su esposo—. Tal vez esto la ayude a empezar las labores de parto.

—¿Quién es el padre? —preguntó Sebastian a Claire.

—No lo sabemos. No vimos a ninguno de los machos montarla, así que puede haber sido cualquiera de los dos.

—Supongo que lo sabremos cuando nazcan los cachorros —rio Marianne.

Sintió un hocico helado sobre la nuca. Se dio la vuelta para ver el rostro negro como la noche de *Diablo*, que la miraba con curiosidad. Se tensó un momento, pero en seguida Sebastian estaba a su lado acariciando al temible animal.

—No tengas miedo, solo siente curiosidad —dijo—. Parece terrorífico, pero te aseguro que es inofensivo como un ratoncito.

—Los ratones muerden.

—Claro que no —rio Sebastian.

—Te aseguro que sí —dijo ella levantándose el vestido para mostrarle una cicatriz en el tobillo—. Soy la prueba de ello.

—¿Te mordió un ratón?

—Cuando tenía seis años. Le pisé la cola sin querer y me mordió a traición. La herida se infectó y por eso quedó cicatriz, aunque ha pasado mucho tiempo y ya apenas es visible.

—Le pisaste el rabo, cariño… ¿Qué querías que hiciera? Vamos, tócalo, te juro que no te morderá.

Marianne estiró la mano temblorosa hacia el perro. *Diablo* metió el hocico debajo e *inclinó* la cabeza para instarla a acariciarle, haciendo a todos reír. Después de eso el perro no quiso separarse de ella ni un solo minuto, reclamando su atención de vez en cuando. En vistas de

que a la perra aún le quedaba un tiempo para parir, decidieron marcharse a hacer el picnic para la hora del almuerzo. Claire les preparó una cesta con sándwiches, queso, vino y tartaletas de frutas, además de fruta fresca. Alfred alistó un caballo para cada uno y ambos montaron para iniciar la marcha seguidos por los tres perros. Los terrenos de Meaford Hall eran realmente extensos, y el paisaje digno de plasmar en un lienzo. Un lago discurría junto a la propiedad y algunos cisnes nadaban alegremente en sus aguas. Sebastian la llevó a la pequeña laguna en la que solía ir a pescar con Alfred, prometiéndole que la enseñaría a hacerlo al día siguiente, y trotaron río arriba hasta una explanada rodeada de árboles en la que se detuvieron a descansar. Marianne extendió la manta con la ayuda de su esposo, que se dejó caer en ella y hurgó en la cesta en busca de algo que llevarse a la boca.

—Aún es pronto para almorzar —protestó Marianne.

—Montar a caballo me da hambre.

Se sentó junto a su esposo, e inmediatamente *Diablo* apoyó la cabeza en su regazo. Los otros perros se tumbaron alrededor de ellos, a la sombra, y Marianne sacó un libro de la cesta que colocó sobre la manta.

—*Diablo*, apártate —protestó Sebastian—. Ese es mi sitio.

El perro levantó las orejas, pero no se movió un ápice. Marianne rio cuando Sebastian intentó apartarlo y el perro castañeteó los dientes para evitar perder su lugar.

—Creo que vas a tener que conformarte —dijo ella—. Parece que está demasiado a gusto como para cederte el lugar.

—Tendría que haber dejado que siguieras teniéndole miedo —protestó él—. Ahora estaría disfrutando de las comodidades que me ha robado ese gañán.

—No le digas esas cosas —pidió ella tapando las orejas del perro—. Vas a herir sus tiernos sentimientos.

—¿De qué lado estás?

—Del de esta preciosidad, claro está.

Sebastian bromeaba, por supuesto. Le encantaba ver el amor de su esposa por los animales. *Diablo* era demasiado inteligente y había sabido ver la bondad dentro del corazón de su esposa. Le recompensaría con un enorme hueso cuando regresaran a la mansión. Silbó para que *Black* y *Sophie* se acercaran a ellos. *Black* se tumbó sobre la manta, en el lugar que él le señaló, y Sebastian se tumbó apoyando la cabeza en el lomo del perro, acariciando a la hembra, que se había acostado a su lado, con la mano. Estuvieron así un buen rato, mientras Marianne leía en voz alta.

—Si los perros no nos hubieran seguido, te haría el amor aquí mismo —dijo el vizconde de repente.

—¿Crees de veras que yo te lo permitiría? —respondió Marianne— Estamos al aire libre, Sebastian. Todo el mundo podría vernos.

—¿Cuándo vas a dejar de decirme Sebastian?

—¿Y cómo quieres que te llame? Es tu nombre.

—Toda mi familia me llama Seb. Ahora tú eres mi familia.

—Por esa regla de tres, mi familia me llama Mary.

—Me gusta más Marianne. Me gusta como tu nombre rueda en mi lengua cuando lo digo.

—Alto ahí, señor seductor de pacotilla —rio—. Cada vez que dices algo como eso es porque intentas hacer un avance conmigo.

—Te aseguro que no es así… Al menos esta vez no lo es. No me gusta el diminutivo que utiliza tu familia contigo, así que te llamaré por tu nombre. O cariño. Sí, definitivamente te

llamaré cariño a partir de ahora.

—Me gusta cuando me llamas cariño. Me hace sentir especial.

Su esposo se incorporó, tomó su barbilla entre los dedos y la acercó para besarla.

—Es que eres muy especial para mí, cariño —susurró—. Te lo aseguro.

Marianne se acercó para volver a besarle y se tumbó a su lado, observando los rayos del sol a través de las hojas de los árboles. Cerró los ojos y se concentró en escuchar los sonidos de la naturaleza: el canto de los pájaros, el sonido del agua del arroyo, el relincho de los caballos…

—Si por mí fuera no volvería a Londres —reconoció.

—Créeme, no lo haríamos si no fuera necesario hacerlo. Yo también prefiero la tranquilidad del campo a la ciudad, aunque cuando Max me acompañaba solía ser demasiado ruidoso.

—¿Y cómo es que no conociste a sus hermanos hasta el fin de semana que organizó tu abuelo antes de la boda?

—Mis tíos rara vez venían a Londres, y cuando lo hacían, Francesca siempre estaba presente en las reuniones, por lo que mi padre prefería que yo no asistiera en aquellas ocasiones.

—Oh, ahora lo entiendo. Es una pena que no los hayas conocido en tu niñez.

—No tuve tan mala niñez, cariño.

—Pero habrías tenido una niñez mucho mejor con ellos.

—Puede que sí. En cualquier caso, ahora es como si los conociera de toda la vida. Max me habló mucho de ellos y, desde que nos conocimos, siempre están rondando a mi alrededor. Al principio me sentía algo extraño por su comportamiento cercano, pero ahora supongo que me he acostumbrado.

—¿No tienes más amigos?

—No muchos. Tras la muerte de mi padre entablé amistad con Oliver Chapman, el sobrino de Francesca.

—¿De veras?

—Yo también me sorprendí cuando se acercó a mí en el velatorio. Es un buen hombre, nada que ver con su insoportable tía.

—¿Has sabido algo más de ella?

—No desde la lectura del testamento. Debe guardar luto, por lo que no puede aparecer en los eventos sociales durante esta temporada.

—Lo que es un alivio, a decir verdad.

—Ni te lo imaginas. Lo único que temo es que se cruce con mi madre por la ciudad y la haga pasar un mal rato, pero parece que se ha dado por satisfecha con su parte de la herencia.

—O tal vez su hermano haya intervenido.

—No tengo el placer de conocerle, así que no sabría decirte.

—Yo sí le conozco. Randall Chapman, ¿no es así?

—¿De qué le conoces?

—Es un estudioso del antiguo Egipto y coincidimos una vez en el museo. Es un caballero muy amable, se ofreció a prestarme los diarios de su último viaje a El Cairo.

—¿Los leíste?

—Lo hice, sí. Fui varias veces a tomar el té con su esposa, Eloise, y aprovechaba para cambiarlos cuando los había terminado. Una mujer encantadora, debo decir.

—Parece que Francesca es la única de la familia que debería estar en el manicomio.

—¿Te lo hizo pasar muy mal?

—Cuando era niño mi padre no se lo permitió. Evitó siempre que pudo que nos

encontrásemos, pero una vez fui adulto los encuentros eran inevitables. Se dedicaba a insultar a mi madre y a decirme lo mucho que nos odiaba. —Rio—. Como si me importara lo que ella pensara de mí.

—Lo siento mucho.

—Ahora todo eso se ha acabado. Con suerte rehará su vida y me dejará a mí en paz.

—Es muy joven, aún puede volver a casarse. Con suerte encontrará a un viudo con hijos a los que cuidar y se le endulce el carácter.

—Lo sentiría por esos pobres niños, te lo aseguro. Esa mujer no tiene instinto maternal, a Dios se le olvidó dárselo cuando repartió ese maravilloso don.

—Tal vez es así porque no puede tener hijos. Quizás te odia tanto porque no naciste de su vientre.

—Pero yo no tengo la culpa, Marianne. Yo soy la única víctima de toda la situación.

Marianne se giró y abrazó a su esposo con fuerza. *Diablo* protestó, pero permaneció tumbado sobre la manta como el resto. Sebastian le devolvió el abrazo y la besó, un beso cargado de promesas sobre lo que les esperaba una vez regresaran a la casa.

—Tengo hambre, mujer —dijo al cabo de un rato—. Veamos lo que tenemos para comer.

Comieron entre risas debidas a los perros, que los miraban como si fueran estatuas de cera a la espera de un pequeño bocado. Tras el almuerzo, dieron un paseo cogidos de la mano por la linde del río, pero de pronto los perros se volvieron locos y corrieron ladrando desesperados hasta un arbusto cercano.

—Espera aquí —dijo Sebastian—, debe ser un pobre conejo.

Marianne observó a su esposo acercarse a los matorrales y apartar a los perros, no sin esfuerzo. Se arrodilló y, para sorpresa de Marianne, sacó un pequeño gatito pardo que aún no había abierto los ojos.

—¡Dios mío, Seb! —exclamó ella corriendo hacia él para tomarlo en sus brazos.

—Parece que su madre le ha abandonado. Está hambriento, pobrecito.

—Llevémoslo a la casa para darle algo de leche.

Los perros continuaban rondando a su alrededor y ladrando. Sebastian volvió a tomar al gato y se puso en cuclillas para que los perros pudieran olisquearlo.

—Tranquilos, solo es un bebé —dijo—. Será vuestro nuevo hermano, ¿de acuerdo? Tendréis que llevaros bien.

Tras olisquearlo un buen rato, los perros se marcharon a seguir trotando por el campo. Sebastian metió al gatito dentro de su camisa y tomó las riendas de los caballos para regresar caminando a la casa. Pero el felino era demasiado revoltoso, se escapó por la parte de atrás de la prenda y Marianne lo cazó al vuelo antes de que cayera al suelo.

—Eres un pequeño bribón —rio—. Te llamaré entonces *Bribón*, ¿qué te parece?

El gato maulló y se hizo un ovillo entre sus brazos, dejando escapar un bostezo.

—Parece que le gusta —rio Sebastian.

—¿Podemos llevarlo a Londres con nosotros?

—Creo que sería mejor que se quedara aquí, cariño.

—Por favor, Seb… Aún es muy pequeño…

—Alfred y Claire cuidarán muy bien de él hasta nuestro regreso.

—Yo me ocuparé de él, ¿sí?

Iba a negarse, pero vio la cara de su esposa y se dejó convencer. Al fin y al cabo, los gatos eran animales independientes y no tendrían que estar continuamente pendientes de él.

—Muy bien, le llevaremos con nosotros —suspiró.

—¿De veras?

—No puedo negarte nada —reconoció su esposo.

—No sabrás que está allí, lo prometo.

—Permíteme dudarlo —rio su esposo.

Al llegar a la mansión, Marianne se fue a las cocinas para buscar un poco de leche para el gatito. En cuanto lo puso delante del platito empezó a comer con ansia, como si llevara varios días sin probar alimento.

—Tranquilo… vas a atragantarte —susurró—. No entiendo cómo tu madre pudo abandonarte, jamás abandonaría a mis hijos, por muy precaria que fuera mi situación.

—Seguramente le abandonó porque era el más débil de la camada —dijo Sebastian, que observaba la escena sentado en la mesa de la cocina—. La gata decidió salvar al máximo posible de gatitos sacrificando al más débil, es lo que suelen hacer los animales salvajes.

—Por suerte para *Bribón*, los perros se cruzaron en su camino —suspiró ella—. Asegúrate de premiarles con un enorme hueso a cada uno, se lo han merecido.

—¿Y para tu marido no hay ningún premio? He sido yo quien se ha tirado al suelo para rescatarlo de los matorrales.

—A ti te premiaré más tarde… te lo prometo.

—Por tu bien espero que cumplas esa promesa, mujer… porque solo de pensar en mi recompensa ya estoy deseando que llegue ese más tarde.

Claire entró corriendo a la cocina y se detuvo en seco al ver al animal.

—¿Qué es eso? —exclamó.

—Un gato, ¿no lo ves? —bromeó Sebastian.

—Ya sé que es un gato. ¿Qué hace aquí?

—Lo encontramos abandonado en el bosque —explicó Marianne—. Vamos a llevarlo con nosotros a Londres.

—Estupendo, pero ahora debo irme.

—¿A dónde vas con tanta prisa?

—*Duquesa* se ha puesto de parto y está teniendo dificultades para echar a los cachorros.

El rostro de Sebastian se puso lívido y echó a correr detrás de Claire. Marianne tomó al gatito en brazos y corrió detrás de ellos, aunque sabía que no había nada que ella pudiera hacer. Se mantuvo alejada de ellos, que intentaban sacar a los perros del vientre de su madre. La perra estaba agotada, y si no la ayudaban morirían tanto ella como sus crías. Marianne hizo lo único que se le ocurrió hacer: rezó. Poco a poco, entre los tres, lograron sacar a todos los cachorros. Por suerte solo uno de ellos nació muerto, seis preciosos perritos habían mantenido la vida. Sebastian se tumbó junto a *Duquesa* y acarició su cabeza mientras le daba pequeños besos.

—Bien hecho, pequeña —susurró—. Lo has hecho muy bien. Ahora puedes descansar, cuando despiertes te daré un enorme hueso como recompensa.

La perra jadeaba cansada, pero Alfred creía que se recuperaría del difícil momento. Marianne ayudó a Claire a limpiar a los perritos, cambiaron las mantas donde se encontraba tumbada la madre y los acomodaron junto a ella.

—¿Ves? Han hecho el trabajo duro de después por ti —dijo Sebastian—. Ahora puedes dormir.

Como si estuviera cumpliendo su orden, la perra cerró los ojos. Sebastian se sentó y miró detenidamente a los cachorros. No había duda: *Diablo* era el padre.

—Ven aquí ahora mismo, gañán —le dijo al perro—. Ahora eres padre, debes cumplir con tu deber. Cuida a tus hijos hasta que *Duquesa* descanse, porque como yo descubra que te

desentiendes de ellos volveré y te cortaré el rabo, te lo juro.

Marianne no pudo evitar reír ante las ocurrencias de su esposo. Sin embargo, el perro se acomodó junto a sus crías y apoyó la cabeza en la manta. Parecía resignado.

—Parece que sabe lo que le espera —rio Claire.

—Este chico es demasiado inteligente —asintió Alfred—. Debería haberlo sido cuando decidió montar a su hermana.

—¿Qué haremos con todos estos cachorros? —preguntó Marianne.

—Algunos vecinos ya han mostrado interés por adoptar a algunos de ellos, y supongo que el resto se quedará por aquí —dijo Alfred.

—El abuelo pondrá el grito en el cielo cuando se entere —rio Marianne.

—Lo dudo mucho, él ama a estos animales mucho más que yo —reconoció Sebastian.

Con un suspiro, se levantó y tomó a su esposa de la mano. Ambos estaban sucios, y él muy cansado. Pidió que subieran agua caliente para lavarse y, tras el baño, se dejó caer en la cama con los ojos cerrados. Ya habría tiempo más tarde para reclamar la recompensa que Marianne le había prometido.

Capítulo 20

Tras su pequeña escapada al campo, Sebastian y Marianne debían volver a la realidad… y lo harían de la peor manera posible para ella: en el baile anual de los duques de Leinster. Sebastian sabía bien que Marianne era reacia a acudir a aquel evento. Su enemistad con la hija del duque le había causado muchos problemas en el pasado, pero ahora era la vizcondesa de St Vincent, no una debutante a la que pudieran intimidar, y él iba a encargase de ello. Recorrió la columna desnuda de su esposa con un dedo. Ella aún permanecía dormida después de una noche de pasión. Su pequeño ratón de biblioteca había resultado ser una mujer ardiente y desinhibida en la cama, algo que le resultaba, cuanto menos, excitante. Sonrió al recordar cómo tomó la iniciativa de acariciarle la noche anterior, cómo a pesar de sentirse tremendamente avergonzada siguió sus indicaciones llevándole de cabeza a la locura. Había sido una noche memorable… que esperaba repetir en cuanto tuvieran ocasión. Dejó un reguero de besos por la espalda nívea de Marianne hasta que la mujer se despertó con una sonrisa, igual que un gatito satisfecho.

—Buenos días, cariño —susurró.

—Buenos días.

Ella se estiró y se dio la vuelta para rodear los hombros de su esposo con los brazos y besarle. La pasión se encendió nuevamente, el miembro de Sebastian respondió al contacto del cuerpo desnudo de su esposa y gimió separándose de ella.

—Si seguimos así no seré capaz de detenerme —susurró pegando su frente a la de ella.

—Pues no te detengas, entonces. Nadie ha dicho que lo hagas.

—Debes sentirte dolorida después de lo de anoche, es mejor que paremos aquí.

—Pero yo no quiero parar… —susurró Marianne.

Sebastian sonrió y acarició con dulzura la mejilla sonrosada de su esposa.

—¿Qué he hecho yo para merecerte, mmm? —dijo antes de volver a besarla.

Los besos pronto se tornaron más intensos, la boca de Sebastian bajó lentamente por el cuello de Marianne hasta llegar a sus pechos. Los lamió, los saboreó como había hecho tantas veces aquellos días, despertando la pasión de su esposa. Marianne se sentía arder, arqueó la espalda ante las caricias de su esposo y apretó los muslos cuando sintió su mano bajar por su estómago. Ahora que sabía lo excitante que era hacer el amor con él no podía esperar a sentirlo en su interior. Pero su esposo bajó sus besos por su estómago, abrió sus piernas y la lamió lentamente, abriendo su sexo con los dedos. Su lengua hizo estragos en su cordura, acarició su pequeño brote de placer una y otra vez hasta que Marianne sintió que se rompía en mil pedazos, quedando desmadejada sobre el colchón. Sebastian dio un último beso sobre su sexo y se incorporó para besarla e introducirse lentamente en ella. Empezó a moverse despacio, avivando de nuevo la pasión de su esposa, sintiéndose morir de placer cuando ella enredó las piernas en su cintura y clavó sus uñas en la espalda masculina. Volvió a besarla, hundiendo la lengua en su boca, imitando con ella el movimiento de su miembro dentro de ella, bebiéndose sus gemidos y ahogando los suyos propios. Hacer el amor con ella era increíble, jamás había sentido un placer tan intenso. Había descubierto que proporcionarle placer a Marianne era para él más satisfactorio que hacerle el amor. Escuchar a su esposa gemir y retorcerse debajo de su cuerpo le llevaba a la

locura. Con un último envite, se dejó ir, cayendo con un suspiro a su lado.

Poco después, los vizcondes de St Vincent compartían un baño junto a la chimenea. Marianne estaba sentada entre las piernas de su esposo, apoyada sobre su pecho.

—Podría quedarme aquí todo el día —reconoció.

—El agua se enfriará —rio Sebastian.

—No me importaría.

—Esta noche es el baile de los Leinster —comentó Sebastian, atento a su reacción.

Como esperaba, Marianne se tensó e intentó salir de la bañera, pero él se lo impidió.

—¿A dónde vas? —preguntó besando su hombro.

—No quiero ir a ese baile, Sebastian. Por favor, no me obligues a hacerlo.

—Como heredero de mi abuelo debo ir en su nombre. Y tú eres mi esposa, Marianne… Lo lamento.

—¿No puedes decir que me siento indispuesta?

—No, no puedo. Ofenderíamos al duque al avisarle con tan poca antelación, lo sabes.

—Es que Victoria estará allí y no tengo ganas de encontrarme con ella.

—Yo estaré contigo, no tienes nada que temer.

—Tengo miedo de que su mala lengua te perjudique.

—Nada de lo que esa mujer pueda decir me afecta, cariño. No te preocupes por ella.

Marianne asintió, aunque no se sentía segura en absoluto.

—¿Qué te parece si damos un paseo por Hyde Park? —sugirió su esposo para intentar distraerla—. Deberías dejar de pensar en el baile por unas horas.

—Es una idea estupenda.

Se puso para el paseo uno de sus nuevos vestidos. La falda era de color blanco, y llevaba un sobrevestido de color azul con algunos detalles en rojo. El corpiño, del mismo tono azul y rojo, estaba decorado con pequeños botones de color dorado. Completó el conjunto con un gorrito a juego adornado con una elegante pluma y se puso los pendientes de rubíes que el abuelo de su esposo le había regalado tras la boda. Bajó las escaleras para encontrarse con Martha, que se dirigía hacia el salón para empezar su desayuno.

—Buenos días, querida —dijo besándola en la mejilla—. ¿Has dormido bien?

—Muy bien, Martha. ¿Y usted?

—Ay, hija… Debo reconocer que desde que nos mudamos a vivir a esta casa no duermo tan bien como me gustaría. Aunque pronto me mudaré de nuevo a mi hogar y podré dormir como un lirón cada noche.

—¿Mudarse? ¿Pero por qué?

—Es hora de que Sebastian y tú viváis vuestra propia vida, Marianne. El marqués ha decidido mudarse también para dejaros privacidad.

—No… no lo permitiré.

Su esposo bajó en ese momento las escaleras y ella lo interceptó con el ceño fruncido y los brazos en jarras.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sebastian sin comprender.

—¿Sabías que tu madre y tu abuelo estaban pensando en mudarse?

—He intentado detenerles, pero no atienden a razones —bufó Sebastian.

—No pienso permitirlo —negó Marianne—. Esta es su casa y no voy a aceptar que nos abandonen de esa manera.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Waterford saliendo del comedor del desayuno al escuchar la acalorada conversación.

—¿Usted también tiene pensado dejarnos? —preguntó Marianne.

—Lo he pensado, sí —respondió el anciano sin inmutarse—. Y, dado que la antigua casa de mi nieto está situada en Covent Garden, he decidido mudarme allí con su madre. Soy demasiado viejo y me vendrá bien su compañía.

—Sabes que estaré encantada de contar con tu compañía, Abraham —sonrió Martha.

—Ni hablar… Nadie se va a mudar de esta casa —protestó Marianne—. Porque si lo hacen me estarán dando a entender que no soy bienvenida en esta familia.

—¿Qué tonterías son esas, Mary? —se escandalizó el marqués— Sabes bien que te aprecio tanto como a mis propios nietos. Te he visto crecer, muchacha. ¿Cómo puedes pensar que no eres bienvenida a esta familia?

—Es cierto, Marianne —continuó Martha—, siempre fuiste la dama que Abraham quiso para mi hijo, y te aseguro que después de conocerte estoy completamente de acuerdo con él. Ambos te apreciamos mucho, tesoro.

—En ese caso deben quedarse aquí. Deben permanecer en el hogar que crearemos juntos porque somos una familia.

—Muy bien —suspiró el marqués—, si eso es lo que quieres…

—Por supuesto que es lo que quiero —le interrumpió—. Y espero no volver a escuchar a nadie decir de nuevo que quiere mudarse de esta casa.

Dicho esto, se recogió las faldas y se dirigió al comedor para tomar su desayuno. Abraham se quedó mirando la puerta por la que Marianne había desaparecido y soltó una carcajada.

—Jamás imaginé que esa muchacha tuviera tanto carácter —reconoció.

—Te dije que no consentiría que os marchaseis de esta casa, abuelo, pero no quisiste hacerme caso —respondió Sebastian, que estaba realmente orgulloso de la reacción de su esposa.

—Creo que tendrás que vender la casa de Covent Garden, hijo —rio su abuelo.

—Me adelanté a los acontecimientos y hay varios compradores interesados en ella.

—No tendrás tiempo de aburrirte con tu esposa, muchacho… es toda una leona.

Sebastian sonrió y acompañó a sus mayores de vuelta al comedor. Se sentó junto a su esposa, tomó su mano entre las de él y sonrió. Realmente era increíble en todos los aspectos. Había tenido suerte de que Marianne hubiera aceptado casarse con él… muchísima suerte.

Ya en Hyde Park, tras el desayuno, dejaron la calesa para dar un paseo a pie. Marianne levantó el rostro hacia el sol y sonrió, y Sebastian no pudo evitar besar sus labios sonrojados.

—¡Sebastian! —exclamó ella riendo— Estamos en el parque, compórtate.

—Somos recién casados, cariño. A nadie le extrañará que quiera besar a mi esposa.

—¿Crees que he hecho bien al imponerme a los deseos del abuelo y de tu madre? —preguntó con gesto preocupado— Espero no haberles ofendido.

—Has hecho muy bien, tranquila. Yo tampoco quería que se marcharan, pero no supe cómo lograr que se quedaran. Tú, en cambio, les diste una razón de peso para quedarse. Ambos te adoran, lo sabes, ¿verdad?

—Por supuesto que lo sé, es por eso que usé esa pequeña treta para lograr hacerles cambiar de idea. Funcionó a la perfección, ¿no es así?

—Lo hizo, desde luego. El abuelo quedó realmente encantado con tu reacción. Dice que eres toda una leona.

Marianne se sonrojó, haciéndole reír.

—Mi familia está muy unida —dijo—. Mi hermano Andrew vive a tan solo dos casas de la de mis padres, y es raro el día que no va a comer con ellos. Elijah y Agatha viven en la casa

familiar… Es lo que he visto desde pequeña.

—Los echas de menos, ¿no es así?

—Mucho —sonrió ella—. Y es una tontería, porque nos casamos hace tan solo unos días, pero no puedo evitarlo.

—Mañana podemos ir de visita, ¿qué te parece?

—Me encantaría. Le escribiré a mamá para decirle que nos quedaremos a almorzar con ellos. ¿Cuándo tienes que volver a la cámara?

—Mañana, me temo.

—Con lo bien que lo hemos pasado en el campo… —suspiró.

—Hay algo de lo que me gustaría hablar contigo, cariño.

—¿De qué se trata?

—De tu dote. Le dije a tu padre que ese dinero estaría a tu entera disposición y lo mantengo, pero me gustaría saber qué quieres hacer con él.

—Ni siquiera había pensado en ello.

—¿Qué te parece si te doy una pequeña asignación mensual para tus gastos?

—Me parece una buena idea, así puedo colaborar periódicamente con las asociaciones benéficas.

—Tengo que saber en cuántas de ellas colaboras para hacerme una idea de cuánto necesitarás.

—Colaboro con el Foundling como bien sabes, pero también lo hago con una pequeña institución que se encarga de darle cobijo a aquellas sirvientas que son abusadas por sus señores y terminan embarazadas y sin un techo en el que vivir.

—¿Existe tal tipo de asociación?

—Aquí en Londres no conozco ninguna, pero en Surrey está el Priorato de Richmond. Sor Christine acoge a toda mujer que necesite de su ayuda, y le proporciona un techo donde quedarse y un plato de alimento que llevarse a la boca.

—Iremos a visitarlo en cuanto tengamos un fin de semana libre. Ha despertado mi interés ese lugar.

Marianne apretó el brazo de su esposo. Sabía que su madre había vivido una situación similar, aunque por suerte ella siempre había contado con la ayuda de Lucius. Pero eso no había evitado que Sebastian sufriera el estigma de ser un hijo ilegítimo.

—Debiste sufrir mucho durante la escuela —susurró.

—Sufrí las burlas de mis compañeros, aunque no les presté demasiada atención —reconoció—. Todos me llamaban bastardo, pero yo tenía un padre que me amaba y siempre miraba por mi bienestar.

—Los niños a veces pueden ser muy crueles.

—Era lo que sus padres decían de mí en sus casas —dijo encogiéndose de hombros—. Unos padres que rara vez estaban presentes cuando hacíamos una competición de esgrima o una carrera de caballos. Pero el mío no faltó ni una sola vez, Lucius siempre estuvo ahí para ese hijo al que todos llamaban bastardo.

—Tuviste muchísima suerte de ser su hijo.

—Desde luego que la tuve. Cuando a los diez años decidió hablarle a mi abuelo de mí para poder reconocerme ante la ley sentí pánico —confesó—. Pensé que mi abuelo se opondría, que pondría el grito en el cielo y nos haría desaparecer a mi madre y a mí de la faz de la Tierra.

—Pero no fue así.

—No… no lo fue. Abraham vino a conocerme al colegio. Yo estaba aterrorizado

esperando su reacción, pero me miró de arriba abajo y sonrió. Me dijo: “Eres todo un Wembley, muchacho”. Acarició mi cabeza y me tomó en brazos para llevarme con él. Desde aquel día veraneé cada año con él en Meaford Hall.

—¿Tu padre no os acompañaba?

—Mi padre solía venir a menudo, aunque no podía quedarse más de un par de días. Pretendía mantener alejada de mí a su esposa tanto como pudiera, y si se quedaba más tiempo ella podría presentarse en Meaford Hall y ponerme las cosas difíciles. —Sonrió con tristeza—. Me habría podido disfrutar de más tiempo con él.

—Estoy segura de que esté donde esté, Lucius se sentirá muy orgulloso de ti.

—Lo sé —respondió besando su mano—, como también sé que estará muy contento con la mujer que elegí.

La conversación fue interrumpida por la llegada de Agatha y Nicole, que paseaban con los niños a pocos metros de ellos. En cuanto Marianne las divisó, echó a correr hacia ellas para fundirse en un cálido abrazo. Sebastian se acercó a paso lento, sonriendo al ver a su esposa tan feliz de reencontrarse con su familia.

—¡Pero mírate, Mary! —exclamó Agatha mirándola con una sonrisa— Te ha sentado realmente bien el matrimonio…

—Soy muy feliz, Agatha —asintió ella—. Sebastian es un buen marido y me trata muy bien.

—¿Te ha dejado salir de la cama tan pronto? —bromeó Nicole.

—¡Nick! ¿Cómo se te ocurre decir algo así? —exclamó ella asegurándose de que su marido no se encontraba lo suficientemente cerca como para escucharlas.

—¿Vas a decirme que no habéis…

—Calla —rio ella cubriéndole la boca con las manos—. Por supuesto que sí, no seas tonta.

—¿Fue tan bueno como esperabas? —preguntó Agatha.

—Fue mejor, y ahora dejad el tema, Sebastian está a punto de alcanzarnos.

—Señoras… —dijo el vizconde a su espalda.

Para sorpresa de Marianne, sus cuñadas se acercaron a abrazar a su esposo. Sebastian parecía sorprendido también… además de un poco incómodo, lo que la hizo sonreír.

—Buenos días, Sebastian —dijo Nicole—. Veo que mi cuñada irradia felicidad… Bien hecho.

—Cuando prometí que haría a mi esposa feliz no lo dije por decir —respondió él con un guiño.

—¿Iréis esta noche al baile del duque de Leinster? —preguntó Agatha.

—Lo haremos, me temo —suspiró ella arrugando el ceño.

—Vamos, no pongas esa cara. Ahora estás casada con uno de los hombres más apuestos de Londres… No tienes nada que temer de Victoria.

—Confío en encontraros a ambas allí —respondió Marianne.

—El doctor ha dicho que es mejor que no me canse demasiado —se lamentó Agatha—, así que debo quedarme en casa.

—Yo estaré allí, y tus hermanos también —la tranquilizó Nicole tomándole las manos—. No estés preocupada, ¿de acuerdo?

—¡Oh! —exclamó al acordarse de lo que había hablado con su esposo un momento antes — Decidle a mamá que Sebastian y yo iremos mañana a almorzar con vosotros.

—¿Tan pronto te has cansado de tu esposo? —bromeó Agatha.

—¡Claro que no!

—Yo creo que sí —susurró Sebastian siguiendo la broma.

—Jamás podría cansarme de ti —protestó Marianne sonrojándose—. Solo quiero ver a mi familia, es todo.

—Pregúntale a la señora Backer y al marqués si quieren acompañarnos —pidió Nicole—. Estoy segura de que a tus padres les encantará recibirles también.

—Se lo preguntaré.

—¡Tía Mary!

Nina, la hija de cinco años de Nicole, se lanzó a abrazar las faldas de su tía con una enorme sonrisa cuando descubrió su presencia. Los niños se habían quedado jugando sobre una manta a pocos metros de ellos, vigilados por su nueva niñera. Marianne se agachó y besó a la niña, devolviéndole el abrazo.

—¿Dónde estabas? —sollozó la niña— No te encontraba.

—Ahora vivo con mi esposo, tesoro. Tu tío Sebastian.

—¿Tengo un tío nuevo? ¿Dónde está?

Sebastian se agachó para estar a la altura de la pequeña y sonrió. Nina se abrazó con fuerza a su tía, mirándole realmente avergonzada.

—Buenos días, Nina —dijo Sebastian.

—¿Tú eres mi tío Sebastian? —preguntó con timidez.

—Así es, pequeña. ¿Me das un abrazo?

Nina hizo lo que le pedía, pero volvió rápidamente a los brazos de Marianne.

—Eres idéntica a tu tía Mary —rio Sebastian—. Igual de vergonzosa que ella.

Acarició con el dorso del dedo índice la pequeña naricilla de la niña y se puso de pie para continuar con la conversación. Nina tiró de la manga de su tía, solicitando su atención.

—¿Qué pasa, tesoro? —preguntó Marianne.

—El tío Sebastian es muy guapo, tía Mary —susurró, aunque todos pudieron escucharlo.

—Muy guapo, sí —rio ella.

—Cuando sea mayor me casaré con él.

Capítulo 21

El momento del baile se acercaba y Marianne subió a su habitación para vestirse. Sebastian se trasladó a la habitación de al lado para hacerlo y dejarle la privacidad necesaria, pero de buena gana ella le hubiera pedido que permaneciera a su lado. Decidió ponerse el vestido verde esmeralda, con bordados en la falda y adornos de perlas en el corpiño y la sobrefalda. Tenía el escote redondo de forma que sus hombros quedaban al descubierto, y llevaba algunos brillantes pegados en los bordados. Era un vestido realmente hermoso, elección de Sebastian. El día que acudió a la modista para confeccionar su guardarropa de casada, su ahora esposo insistió en ir con ella, y en cuanto vio el vestido expuesto en la tienda de madame Fairfax decidió que tenía que ser para ella. No se equivocó. El vestido era realmente espectacular, realzaba su figura y el color de la tela favorecía su tez clara. Ettie elaboró cuidadosamente tirabuzones en su cabello, que recogió en lo alto de su cabeza. Adornó el peinado con algunas horquillas de perlas y añadió un lazo a juego con el vestido alrededor del moño alto.

Sebastian entró en la habitación cuando Ettie estaba dando los últimos retoques. La doncella se despidió con una reverencia y una pícara sonrisa y cerró la puerta de la habitación tras ella, dejándoles a solas. Sebastian puso las manos sobre sus hombros y la miró a través del espejo del tocador con aprobación.

—Estás increíblemente hermosa, cariño —dijo besándola en la coronilla—. Hoy seré el hombre más envidiado de Londres.

—Estás exagerando —rio ella mientras se ponía los guantes.

Sebastian sacó de debajo de su chaqueta un estuche de joyería y tomó de él un collar de diamantes y esmeraldas, que colocó alrededor de su cuello.

—Cuando vi el vestido supe que era el idóneo para este collar —susurró abrochándolo—. Lo he guardado todo este tiempo esperando el momento de dártelo.

—Es precioso —susurró Marianne pasando la mano por las piedras—. ¿Era de tu abuela?

—No, lo compré para ti al poco tiempo de comprometernos. Sabía que se vería bien con tu piel.

Marianne tomó de la cama de terciopelo los pendientes de lágrima y se los puso con una sonrisa. Sebastian le colocó la pulsera a juego, la levantó del asiento y le hizo dar una vuelta completa.

—Espectacular —susurró antes de besarla.

—¿Tu abuelo está listo?

—Esta vez no nos acompañará —informó su esposo—. Ya ha enviado sus disculpas al duque.

—¿Se encuentra bien?

—Perfectamente, no te preocupes. Prefiere acudir al White’s, donde se verá con tu padre para jugar al ajedrez.

—¿Mi padre tampoco irá?

—Ha enviado a tu hermano en su lugar. Dice que ya es hora de que Andrew se haga cargo de sus responsabilidades como sucesor, aunque creo que lo ha hecho para poder escaparse

con mi abuelo.

—Mamá se sentirá aliviada de no tener que ir. No le agrada demasiado el duque después de lo que ocurrió.

—Pero ahora es usted una preciosa vizcondesa recién casada que va a mostrarle a lady Dudley que le agradece que se interpusiera en el pasado, ¿me equivoco?

—Solo quiero que me deje tranquila, Sebastian. Si no se acerca a mí en toda la noche me daré por satisfecha.

—¿Nos vamos?

—Si no hay más remedio…

Sebastian rio, tomo la pelliza de piel de armiño que estaba estirada sobre la cama y cubrió con ella los hombros desnudos de su esposa. Tomó su sombrero y sus guantes, que había dejado sobre el pie de cama, y le ofreció el brazo para dirigirse hacia la entrada. El carruaje con el escudo de los Waterford esperaba en la puerta, tirado por cuatro majestuosos caballos blancos. Ayudó a Marianne a subir al carruaje y se sentó a su lado, entrelazando sus dedos con los de ella.

—Estoy muy nerviosa —confesó ella.

—No tienes que estarlo, cariño. Tu amiga Josephine estará allí, y también tu cuñada.

—Y mis hermanos —asintió ella.

—Y también mis primos.

—¿Ellos también?

—No estás sola, cariño. Olvídate de lady Dudley y disfruta de la velada, ¿de acuerdo?

El duque vivía en una ominosa mansión a pocas calles de la de ellos, en pleno centro de Mayfair. Servirían una copiosa cena antes del baile, que se rumoreaba contaría con artistas de circo para entretener a los asistentes. Una larga hilera de carruajes esperaba su turno de dejar a sus pasajeros en la puerta de la mansión. Marianne sintió su corazón latir a toda prisa conforme más se acercaban a la entrada, e inconscientemente apretó los dedos de su esposo. Sebastian se sentía mal por ella, había intentado mitigar su nerviosismo, pero aún no lo había logrado. Hizo lo único que le quedaba por hacer: levantó su barbilla suavemente y la besó. En cuanto los labios de Sebastian entraron en contacto con los de Marianne, su cuerpo se relajó visiblemente. Se pegó a él y acarició suavemente la mejilla recién afeitada de su esposo, que gimió al sentir su cálida lengua adentrarse en su boca. Sebastian solo tenía en mente un breve beso, pero pronto sintió un deseo irrefrenable de tumbar a su esposa sobre el reducido asiento del carruaje para hacerle el amor como se merecía. En vez de hacerlo, se limitó a besarla una y otra vez, acariciando la base del pulso en su cuello, pegando el cuerpo femenino al suyo evitando arrugar el vestido y bebiéndose los quedos gemidos que escapaban de la boca femenina.

Cuando la vizcondesa de St Vincent bajó al fin del carruaje no quedaba en ella rastro alguno de nerviosismo, pero todo el que la viera podría adivinar que había disfrutado de un pequeño momento de intimidad con el vizconde, que la acompañaba mirándola con orgullo. Marianne tomó el brazo de su esposo para bajar la escalera que llevaba hacia la planta principal, donde se encontraba el comedor y el salón de baile. El recibidor estaba lleno a reventar de invitados que vestían sus mejores galas, y entre ellos se podían ver algunos malabaristas llevando a cabo sus números para placer de algunas damas, que aplaudían entusiasmadas.

—El vizconde y la vizcondesa de St Vincent —anunció el mayordomo.

Cruzaron las puertas dobles del comedor y para desgracia de Marianne, a la primera persona que se encontraron fue a Victoria… seguida de cerca por su esposo.

—Bienvenidos —dijo mirando a Sebastian e ignorando a Marianne—. Me alegra que haya podido usted acudir, milord.

—La verdad es que no pensaba hacerlo, pero a mi esposa le hacía mucha ilusión —añadió mirando a Marianne con una sonrisa— y no hay nada que pueda negarle.

—Marianne…

—Victoria…

—Deseo que disfrute de la velada, milord. Y espero que busque algo de tiempo para dedicarme un baile.

—No le prometo nada, lady Dudley. Mi esposa atrae toda mi atención.

Marianne sonrió satisfecha cuando Victoria torció el gesto y se marchó para continuar saludando al resto de invitados.

—Descarada… —se oyó la voz de Josephine.

Se giró para encontrarse con su amiga, que acudía acompañada de su madre.

—Lady Huntly, señorita Ainsworth… —saludó Sebastian con una reverencia.

—Lord St Vincent… no tenía el placer de conocerle —dijo lady Huntly—. Cuando mi hija nos presentó en la celebración de su boda me sorprendió gratamente averiguar que el antiguo vizconde había tenido un hijo.

Marianne sintió a Sebastian tensarse, pero acarició con cariño su brazo, logrando relajarle. Ella conocía a la madre de su mejor amiga y sabía que era una buena persona, que jamás osaría a insultar a su esposo hablando mal de su familia.

—Conocía a su padre y le tenía un gran aprecio —continuó diciendo la marquesa—. Me alegra que lograra hacer realidad su deseo más preciado.

Sebastian se relajó y sonrió. Escoltó a las tres damas hacia la extensa mesa de la cena. Los invitados no fueron sentados según su rango, posiblemente porque lord Leinster no quería dejar en evidencia a su hija, y Marianne quedó sentada entre su esposo y Maximilian, que le dedicó un guiño al sentarse a su lado.

—Estás preciosa, querida prima —dijo—. Más de uno en este comedor se estará arrepintiendo de no haber reparado en ti antes que Seb.

—¿Tú, por ejemplo? —rio su hermano Erick, que se encontraba a su lado.

—Aunque hubiera querido casarme con Marianne, el abuelo no me lo habría permitido. Ella y yo somos como el agua y el aceite, habríamos terminado odiándonos antes de llevar un año casados.

—Nuestro padre dice que debes buscarte una esposa en esta temporada, así que ponte a ello.

—Aún soy joven y nuestro padre está en su mejor momento. Tengo tiempo para disfrutar de la vida un poco más. A no ser que Marianne tenga alguna amiga que sea igual de hermosa que ella… En ese caso me lo pensaré.

—De hecho, tengo una amiga realmente hermosa —respondió ella—. Hija de un marqués, además. Puedo presentártela después de la cena, si te das prisa nuestros hijos podrían crecer juntos como hermanos.

El rostro de Max se fue tornando lívido a cada palabra de Marianne, haciéndoles reír. La cena transcurrió tranquila. Al estar escoltada por la familia, Marianne no tuvo que soportar la lengua viperina de Victoria, aunque sí sus miradas de desdén. Decidió ignorarlas y disfrutar de la velada, como le había aconsejado su esposo más de mil veces. Sus hermanos se encontraban al otro lado de la mesa, lo suficientemente cerca como para mantener una relajada conversación con ellos. Tras los postres, los hombres se retiraron a tomar una copa y las damas permanecieron en el salón. Marianne tomó a Josephine del brazo y se apresuró a acercarse a Nicole, que había elegido un precioso vestido de color bronce para la ocasión.

—Estáis preciosas —dijo Nicole en cuanto las tuvo junto a ella—. El vestido te sienta de maravilla, Mary.

—Es muy bonito, ¿verdad? —asintió Josephine.

—Sí que lo es —corroboró Nicole.

—Lo eligió Sebastian para mí —añadió Marianne con una sonrisa.

—Tiene muy buen gusto, sin duda.

Marianne se dio la vuelta para tener localizada a su enemiga. Victoria estaba distraída hablando con unas damas, así que al menos por el momento tendría un poco de tranquilidad.

—Espero que Victoria se mantenga alejada de mí durante toda la velada —comentó.

—Dudo que lo haga —protestó Nicole—. Ya ha llegado a mis oídos la desfachatez con la que le ha pedido un baile a tu esposo. Debería darle vergüenza, es una mujer casada.

—Por suerte, St Vincent ha sabido manejarla muy bien —añadió Josephine—. Le ha dado a entender que toda su atención está puesta en Mary.

—Como debe ser.

—Se ha alejado de ellos hecha una furia —rio Josh.

—Me alegro de que alguien sea capaz de darle su merecido a esa arpía. Necesita que le bajen los humos de vez en cuando.

La arpía en cuestión se acercó a ellas seguida de su séquito de insoportables amigas. Miró a Marianne con una sonrisa despectiva, como hacía siempre que se encontraban.

—Creo que debo darte la enhorabuena por tu matrimonio —dijo moviendo su abanico—. ¿O debería darte el pésame?

—La enhorabuena estará bien, gracias —respondió Nicole colocándose a su lado.

—¿De veras? Pero he oído por ahí que el vizconde debía casarse a la mayor brevedad para no perder la herencia de su padre… —añadió Victoria con sorna.

Marianne tragó saliva. Podía dejarse intimidar por Victoria como antes o podía enfrentarse a ella. Ahora era la vizcondesa de St Vincent, y Victoria una simple dama sin título. Como tantas veces le había dicho su esposo durante la tarde, las personas tienen el poder que cada quién les da. Levantó la barbilla y la miró sonriendo, como si su comentario no le hubiera afectado en lo más mínimo.

—Mi esposo se casó conmigo por propia voluntad, Victoria —dijo con voz calmada—. Nadie le obligó a hacerlo.

—Pero no vería un céntimo de su herencia si no lo hacía, ¿no es así?

—Sebastian tiene fortuna suficiente como para no necesitar la de su padre.

—Sigue mintiéndote a ti misma, pero todos sabemos la verdad. Tu padre organizó el matrimonio con el nieto bastardo de su mejor amigo, así ambos salían ganando. Tu padre se libraba de su hija solterona y el vizconde conseguía su herencia.

—Creo que no ha entendido nada en absoluto, lady Dudley.

La voz de barítono de Sebastian a su espalda llenó a Marianne de un tremendo alivio. Se giró y le dedicó una radiante sonrisa. Él le guiñó un ojo, rodeó su cintura con el brazo y la pegó más a su cuerpo.

—Me casé con Marianne porque me enamoré perdidamente de ella en cuanto la conocí, lady Dudley —continuó—. Tuve que esforzarme mucho para ganarme la confianza de sus tres hermanos y poder conseguir el permiso del conde.

—Dice eso para salvar el orgullo de su esposa.

—Puede preguntarle a cualquiera que frecuente el White’s, si no me cree.

—Oh, por cierto… Quería darte las gracias por… intervenir e impedir que me casara con

lord Dudley hace un año —añadió Marianne—. De no haberlo hecho seguramente ahora sería tremendamente desdichada junto a un hombre terriblemente inadecuado.

—¿Niega que recibirá una cuantiosa herencia por haberse casado con ella? —espetó Victoria señalando a Marianne con el dedo.

—La recibiré, en efecto… pero solo porque mi esposa insistió en que nos casáramos a tiempo de poder hacerlo —respondió Sebastian—. Mi intención era que nos casáramos cuando terminara el plazo fijado por mi padre para que gente despreciable no pensara cosas que no son.

Victoria apretó los dientes, se recogió las faldas y se alejó de ellos hecha una furia. Sebastian sonrió a su esposa, le ofreció el brazo y, haciendo un gesto para que Nicole y Josephine les precedieran, abandonaron la habitación rumbo al salón de baile. Se dirigieron hacia la zona donde se encontraba reunida su familia, y en cuanto Andrew vio a su hermana supo que algo había ocurrido.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Por supuesto que lo estoy.

—Esa mujer te ha estado molestando, ¿no es así? —insistió.

—Deja de preocuparte por tu hermana, amor —respondió Nicole tomándole del brazo—. Ahora tiene un esposo que sabe defenderla como debe.

—¿De veras?

—¿Insinúas que no soy capaz de proteger a mi esposa? —preguntó Sebastian arqueando una ceja.

—Bien hecho —respondió Andrew palmeándole la espalda a su cuñado.

Sebastian asintió sonriendo y le entregó una copa de champán a Marianne, que la bebió de un solo trago.

—Despacio… podrías emborracharte —advirtió.

—Victoria me saca de mis casillas —reconoció ella.

—Lo has hecho muy bien, Mary —aplaudió su cuñada—. Te has mantenido serena y no has caído en sus provocaciones.

—Por dentro estaba temblando —reconoció.

—Pues no lo parecía —dijo Josephine.

—Ven, vamos a bailar —ofreció Sebastian cuando los primeros acordes de la música comenzaron a sonar.

Tomó a Marianne de la cintura, pegándola a su cuerpo, y empezó a dar vueltas alrededor de la habitación. Marianne se relajó, dejando escapar un suspiro, y centró toda su atención en su esposo, que la miraba henchido de orgullo.

—Sabes que no me casé contigo por la herencia, ¿verdad? —preguntó.

—Lo hicieras o no, no es lo que importa ahora.

—Por supuesto que importa. No quiero que pienses que mi interés en ti fue únicamente por eso.

—Sé que no lo fue, al menos no del todo.

—Es cierto que decidí casarme para cumplir la última voluntad de mi padre, pero te elegí a ti porque me gustabas.

—Entonces no me conocías, solo te gustaría mi apariencia.

—Eso no es cierto. Sabía que adorabas leer, pues de lo contrario tu cuñada no habría tenido que buscarte por la abadía mientras leías tranquilamente en el jardín. Que eras algo torpe, porque tropezaste conmigo, y también algo olvidadiza, pues tu capa quedó olvidada en el borde de la fuente. Sabía que tus modales eran impecables y que amabas a tu familia.

—¿Todo eso averiguaste de nuestro breve encuentro? —rio.

—En realidad, no fue todo en el primer encuentro. ¿Recuerdas aquella vez que nos encontramos en el parque y me aconsejaste sobre mi situación?

—Por supuesto, creo que esa fue la única vez que realmente hablamos un buen rato.

—Cuando te vi alejarte hacia donde se encontraba Nicole con los niños, me planteé seriamente que no sería tan mala idea casarme si lo hacía contigo. Te vi sentarte a jugar con tus sobrinos e inconscientemente te imaginé haciendo lo mismo con nuestros hijos, y me gustó mucho la idea. Esa noche le pregunté por ti a mi abuelo y me aseguró que eras la persona en la que él mismo había pensado para mí, por todo eso decidí pedirte que fueras mi esposa.

—Y acepté encantada —respondió ella con una sonrisa.

—Y aceptaste, haciéndome el hombre más feliz del mundo el día de nuestra boda. Porque nos fuimos conociendo poco a poco, y cada cosa que descubría sobre ti me hacía amarte más y más.

—¿Me amas? —preguntó ella sorprendida.

—Acabo de decirle a lady Dudley delante de todas las damas presentes que te amo, también se lo dije a Blair de la misma forma el día de nuestro baile de compromiso, ¿y preguntas si te amo? —rio.

—¡Pero creía que lo decías para defenderme, nada más!

—¡Dios mío, Marianne! ¿En serio no te has dado cuenta de que estoy completamente loco por ti?

Su torpe esposa perdió el paso y tuvo que sujetarla con firmeza para evitar que cayera. Por suerte la música terminó poco después y pudieron alejarse hacia el jardín, donde tendrían algo más de intimidad. Marianne se apoyó en la balaustrada a observar la luna con una enorme sonrisa en los labios. No cabía en sí de felicidad. Sabía que Sebastian tenía sentimientos por ella, pero ¿amor? Había esperado que con el tiempo ese sentimiento creciera entre ellos. Porque ella le amaba más que a sí misma, de eso hacía semanas que estaba segura. El vizconde se había ganado con sus muchos detalles el amor de la dama, y que ese amor fuera correspondido era todo lo que ella podía desear.

Sebastian observó a su esposa apoyado en una columna cercana. Se veía tan feliz de saberse amada que no cabía lugar a dudas, Marianne también le amaba. Le había costado algo de tiempo darse cuenta de que aquel sentimiento tan intenso que le embargaba cada vez que pensaba en ella era amor. De hecho, había sido Max quien le hiciera pensar en ello unos días antes de su boda. Y desde luego que la amaba… realmente se había enamorado por completo de su pequeño ratón de biblioteca. Adoraba cada uno de sus pequeños defectos y cada una de sus virtudes. Amaba verla feliz y saber que él era el causante de aquella felicidad. Su corazón le pertenecía completamente a ella, y pensaba demostrárselo durante todos los días de su vida. Marianne se dio la vuelta en ese momento y le miró con los ojos brillantes. Sebastian recorrió la distancia que los separaba en dos largas zancadas, la tomó de la barbilla y unió sus labios a los de ella.

—Te amo, mi pequeño ratón de biblioteca —bromeó—. En vista de que eres algo despistada y no lo has sabido descubrir con mis actos, voy a tener que repetírtelo a menudo para que no lo olvides nunca.

—Yo también te amo —susurró ella—. Te amo tanto que siento que voy a morir de felicidad de un momento a otro ahora que sé que tú también me amas a mí.

—No mueras todavía, mi amor… aún me quedan muchas cosas por vivir a tu lado.

Sebastian volvió a besarla, esta vez enlazó su cintura con el brazo y la atrajo hacia su

cuerpo. Marianne sonrió entre sus labios, sujetó las solapas de su traje de gala con ambas manos y se puso de puntillas para recibir aquel beso lleno de promesas. Pero la felicidad no duraría mucho, pues algunas personas, personas que los espiaban entre las sombras, se encargarían de ello.

Capítulo 22

La vida de casada estaba siendo para Marianne una dulce tortura. Por un lado, estaba su vida en común con Sebastian, los muchos momentos que pasaban juntos y las noches de pasión compartidas, pero por otro… por otro estaba la infinidad de eventos sociales a los que se vio obligada a acudir después de la boda. Ahora que era la vizcondesa de St Vincent era invitada a tardes de té, veladas musicales y cualquier otra excentricidad que se les ocurriera a las damas de la alta sociedad, como aquella velada de bordado en la mansión de lady Pembroke. A ella le gustaba bordar, desde luego, y tenía una bonita técnica a la hora de hacer pequeños pájaros, pero prefería hacerlo en la tranquilidad de su hogar y no escuchando de fondo los cotilleos más jugosos de la sociedad. Sin embargo, aquel día había acudido a la velada de buen grado. Era el cumpleaños de Sebastian y había estado bordando a escondidas unos pañuelos con el escudo de su título para dárselos como regalo en la cena. Aprovecharía aquella ocasión para poder terminarlos sin temor a ser descubierta.

—¿Habéis oído las últimas noticias? —dijo Lady Howland— El barón Chapman ha regresado a la ciudad acompañado de su esposa.

—¿De veras? —exclamó lady Pembroke— Tenía entendido que prefería vivir en Bath.

—Y así es, pero creo que ha tenido que volver por su hermana. He escuchado que se ha quedado completamente arruinada —comentó lady Branson en un susurro.

Marianne se enervó en seguida, pero continuó con su labor como si no hubiera escuchado nada.

—Se dice que St Vincent la ha dejado sin un penique —asintió lady Howland—. Su boda ha hecho que toda la fortuna familiar pasara directamente a su bolsillo.

—Eso no es cierto —dijo con voz clara.

—Lo lamento, querida, pero lo es —insistió Lady Howland—. Se casó contigo porque heredaría una gran fortuna al hacerlo.

Marianne dejó su trabajo sobre la falda con más fuerza de la que pretendía y la miró con fastidio.

—En primer lugar, a lady Chapman su difunto esposo le dejó en herencia la casa familiar y una muy buena mensualidad para que pudiera vivir cómodamente hasta el fin de sus días —informó—. Y en segundo lugar, la herencia familiar siempre fue de mi esposo, heredero directo del título, ya que es el hijo primogénito del anterior vizconde.

—Oh, discúlpeme, querida —se disculpó lady Branson avergonzada—. Pero tenía entendido que…

—Lady Chapman se ha encargado de difamar a mi esposo desde el día de su nacimiento —la cortó—. No deben hacer caso de lo que ella cuente sobre él, porque nada de lo que sale de su boca es cierto.

—Pero St Vincent es hijo ilegítimo de…

—Legítimo —atajó ella—, reconocido ante la ley y ante Dios. Es un hijo extramatrimonial, cierto, pero eso es debido a que lady Chapman no fue capaz de darle hijos al antiguo vizconde y necesitaba un heredero para el título.

Que Dios la perdonara por mentir de aquella manera, pero estaba cansada de que todo el mundo hablara mal de Sebastian y no pensaba consentirlo ni un minuto más. Además, una pequeña mentira piadosa no haría mal a nadie, ¿verdad?

—No teníamos ni idea de que lady Chapman fuera infértil —exclamó lady Sackville.

—Es una lástima, lo sé, pero es injusto que todo el mundo culpe a mi esposo de cosas que escapan a su control —concluyó.

—Totalmente cierto, querida —la apoyó lady Pembroke dándole unas palmaditas en la mano—. No podemos juzgar sin conocer ambas partes de la historia.

—Es cierto —corroboró lady Howland—. En mi defensa diré que tu esposo es el gran desconocido de Londres. Exceptuando algunos eventos con su abuelo, nunca se ha relacionado con la sociedad.

—¿Puede usted culparlo por ello, lady Howland? —respondió ella— Lady Chapman se encargó de difamarlo desde la cuna y siempre ha sido tratado como un paria, es normal que no quisiera enfrentarse al escrutinio social.

—¿Y por qué ahora? —preguntó lady Tumbler— Debe reconocer que es normal que la gente sospeche de sus intenciones.

—¿Sus intenciones? —rio Marianne— Mi esposo es ahora el vizconde de St Vincent, lady Tumbler. Es normal que se integre en los círculos sociales.

—Hay muchos caballeros con título que se refugian en el campo la mayor parte del año y no acuden a ningún baile de la temporada —insistió la dama.

—Y mi esposo sería uno de esos caballeros de no ser por mí.

—¿A qué se refiere, querida? —preguntó lady Pembroke.

—Como supongo que todas saben, esta sería mi tercera temporada de no haberme casado. En mis dos temporadas anteriores fui tremendamente desdichada, en la primera porque alguien me juzgó injustamente y en la segunda porque el caballero que creí que pediría mi mano en matrimonio se casó con otra dama.

—Eso es terrible… —exclamó Lady Branson.

—Le aseguro que ahora me alegro de ello, lady Branson —respondió sonriendo—. Por ambos motivos, no tuve el placer de disfrutar de la temporada como Dios manda, y mi esposo solo intenta asegurarse de que lo haga al menos por una vez.

—Debe apreciarla mucho para hacer semejante sacrificio —añadió lady Pembroke.

—El nuestro ha sido un matrimonio por amor —sonrió.

—¿De veras? —suspiró lady Pembroke.

—De veras —insistió ella.

—¡Oh, vamos! Cuéntenos su historia —pidió lady Sackville.

—No es una historia fuera de lo común —explicó ella—. Nos conocimos por casualidad, y conforme nos íbamos conociendo surgió el amor por ambas partes. Nuestras familias mantienen una muy estrecha amistad y nuestros mayores estuvieron de acuerdo en nuestro matrimonio. Es todo.

—Seguro que fue mucho más interesante que eso… —la animó lady Branson.

—Juro que es así de simple —rio ella—. Un amor cultivado a fuego lento, por decirlo de alguna manera.

—Debe ser maravilloso estar enamorada de tu esposo —suspiró lady Howland—. Richard y yo solo hablamos a la hora del almuerzo.

—Mathew tiene una amante que ocupa todo su tiempo —protestó lady Sackville.

—Soy una mujer con mucha suerte, es cierto —asintió Marianne.

Tras la velada de bordado, Marianne volvió a casa pensando en la suerte que tenía de tener a Sebastian en su vida. Podría haberse casado con cualquier otro hombre, uno que mantuviera una amante o que no le dedicara la más mínima atención, pero había sido elegida (porque fue él quien la eligió en primer lugar) por un hombre honrado, bueno y fiel que la trataba como a una igual, que miraba por su bienestar y que la amaba con cada fibra de su ser. Sí, definitivamente era la mujer con más suerte de todas.

Encontró a Martha en la cocina, preparando una de sus recetas. La besó en la mejilla y se sentó a su lado para observar cómo elaboraba la tarta de manzana que tanto le gustaba a Sebastian.

—Me encanta el olor a manzana y canela —suspiró.

—Es para esta noche, quiero celebrar de alguna forma el cumpleaños de mi hijo.

—Debo confesar que yo también le he preparado un pequeño obsequio.

Marianne sacó de su ridículo los pañuelos que había estado bordando para su esposo.

—¿Qué le parece? —preguntó— ¿Cree que le gustarán?

Martha los miró atentamente y sonrió asintiendo.

—Son una maravilla, tesoro —dijo—. No sabía que supieras bordar tan bien.

—Es otra de las actividades que me gusta hacer cuando estoy tranquila. Me relaja y me entretiene a la vez.

—Estoy segura de que a Sebastian le encantarán.

—Hoy tampoco viene a comer a casa, ¿no es así?

—Eso me temo —suspiró—. El marqués y él deben acudir a las sesiones de la cámara esta tarde también. Comerán algo en el club y regresarán para la cena.

—Ya que vamos a comer solo nosotras dos, ¿por qué no lo hacemos en el saloncito que da al jardín? Es más acogedor.

—De acuerdo.

Una vez tuvieron preparado el pastel, pidieron al servicio que sirvieran la comida y se sentaron en la mesa situada junto a la ventana. Aquel día algunos rayos de sol luchaban por colarse entre las nubes e incidían sobre los grandes ventanales de la estancia, calentándola.

—Hoy he tenido un momento complicado en la velada de lady Pembroke —dijo—. Al parecer lady Chapman ha empezado a esparcir su veneno contra Sebastian de nuevo.

—¿Qué ha sido esta vez? —suspiró Martha.

—Está diciendo que ha quedado completamente arruinada por culpa de Sebastian, que al casarse le ha arrebatado toda su fortuna.

—¡Pero eso no es cierto!

—Y así se lo he hecho saber a las damas presentes. Espero que los chismes funcionen tan bien en ambos sentidos. Que Dios me perdone, pero estaba tan furiosa que he revelado el secreto de su infertilidad.

—No es ningún secreto, Mary. Creo que todo el mundo lo sabe, aunque se hagan los desentendidos.

—Al final he logrado desviar el interés de las damas hacia nuestra historia de amor. Creo que he hecho un buen trabajo con ello.

—Desde luego lo has hecho, querida. Tú tienes el poder para defender a Sebastian que yo no tengo, y me alegra que lo uses tan bien.

—No pienso consentir que difamen a mi esposo —dijo ella apuñalando el trozo de faisán que descansaba en su plato.

—¿Tienes algún compromiso esta tarde?

—Voy a ir a tomar el té con mi amiga Josephine —dijo Marianne sonriendo—. Es la única reunión social fuera de la familia que realmente disfruto.

—Iba a pedirte que me acompañaras a tomar el té con tu madre —dijo Martha arrugando la nariz.

—Os acompañaré en otra ocasión, Martha. Al parecer, Josephine ha conocido a un caballero y quiere hablarme de él —susurró.

—En ese caso, que te diviertas.

Marianne subió a cambiarse después del almuerzo y se dirigió hacia la calle, donde la recogería el carruaje de los Huntly. Su amiga la esperaba en la puerta de entrada, y antes de que pudiera poner un pie dentro de la casa la arrastró hacia el jardín trasero.

—¡Josh, espera! —exclamó intentando seguirle el paso.

—No hay tiempo y tengo que pedirte un enorme favor.

—¿A dónde me llevas?

—A donde mi madre no pueda escucharnos.

Se detuvo, gracias a Dios, cuando llegaron al cenador. Marianne se dejó caer en uno de los sillones sin demasiada gracia y suspiró.

—¿Y bien? —preguntó.

—Lord Craven vendrá a tomar el té con nosotras.

—¿Es él tu pretendiente misterioso?

—El mismo. Me gusta mucho, Mary, y quiero pasar un tiempo a solas con él.

—¿Y qué pretendes que haga yo?

—Va a pedirle permiso a mi madre para llevarme a dar un paseo por Hyde Park, y necesito que te ofrezcas a hacerme de carabina.

—Tu madre no va a aceptar.

—Aceptará. Ahora eres una mujer casada, ¿recuerdas?

—¿Por qué quieres que…

—Para que nos dejes estar un momento a solas, ¿por qué si no?

—Eso no está bien, Josh. Tu reputación podría quedar arruinada.

—¡Oh, vamos! ¿Vas a negarme que has pasado tiempo a solas con St Vincent?

—Eso es diferente y lo sabes. Ya nos habíamos prometido y era cuestión de semanas que nos casáramos.

—Por favor, Mary… te prometo que solo quiero hablar a solas con él…

—¿Has pensado en que puede que él no tenga las mismas intenciones? ¿Qué pasa si lo que quiere es comprometerte para obligarte a casarte con él?

—Mathew no es así.

—¿Cómo lo sabes? Si me hubieras dicho su nombre cuando te lo pregunté podría haberle pedido a Sebastian que lo investigara.

—Te aseguro que no es un sinvergüenza. Además, si intenta algún avance conmigo gritaré.

—¿Y de qué servirá si solo estoy yo para ayudarte? —suspiró Marianne elevando los ojos al cielo.

—Está bien… Entonces camina solo unos pasos detrás de nosotros. Así podremos hablar.

—No entiendo tanta tontería, de veras.

—Mathew es un hombre muy tímido y tartamudea cuando hay gente alrededor. Solo quiero hacerle sentir a gusto para que podamos hablar sin que se sienta incómodo.

—Muy bien —suspiró—. Caminaré varios pasos detrás de vosotros, pero como vea algún

intento por su parte de dejarme atrás, nos volvemos a casa.

—¡Gracias! —exclamó Josephine abrazándola mientras daba saltitos, haciéndola reír— Eres la mejor amiga del mundo.

—La más tonta, querrás decir.

Cuando conoció al conde de Craven, Marianne comprendió las palabras de su amiga. A simple vista, parecía un caballero inofensivo. Tímido en exceso, algo torpe… y amable. Aunque solo tenía ojos para Josephine, eso era cierto. Apareció con un enorme ramo de rosas rojas para su dama y una caja de dulces de almendra hecha por su cocinera para que los sirvieran con el té. Era un hombre elegante y educado, a pesar de su tartamudeo pudieron tener una grata conversación durante la merienda. Solicitó permiso para llevar de paseo a Josh, como su amiga había vaticinado, y Marianne se ofreció a acompañarlos con una sonrisa.

—¿No te importa, querida? —preguntó la marquesa tomándole la mano.

—Por supuesto que no, lady Huntly. Estaré encantada de acompañarlos.

—Pero tu esposo debe estar esperándote…

—No se preocupe por eso, Sebastian está muy ocupado en la cámara y no regresará hasta esta noche.

—Muy bien, si insistes…

Acompañó a los enamorados (porque desde luego parecían estarlo) en su paseo por Hyde Park. Se mantuvo alejada de ellos unos metros, dándoles la suficiente intimidad. Iba tan distraída mirándolos que no se percató del caballo que se acercaba a toda prisa hacia ella.

—¡Cuidado!

El grito del caballero la hizo girar la cabeza justo antes de sentir el impacto de un cuerpo contra el suyo que la estampó contra el suelo embarrado. Se quedó sin aire. Intentó levantar la cabeza para ver qué estaba pasando, pero una mano se lo impidió a tiempo de ver los cascos del caballo volar sobre ellos.

—¿Se encuentra usted bien, señorita? —preguntó la misma voz desde su espalda.

—Lo estaré en cuanto se aparte de mi espalda y me permita recuperar el aliento, milord. No puedo respirar.

El hombre se levantó y, tras disculparse, la ayudó a ella a hacer lo mismo. Marianne miró su vestido echado a perder e intentó limpiarlo inútilmente con la mano.

—Maldición —protestó.

La risa del caballero la hizo levantar la mirada. Era bastante alto, aunque no tanto como Sebastian. Tenía el cabello negro como la noche y los ojos más azules que había visto en su vida. Era muy apuesto… aunque no tanto como su esposo.

—Suerte que la vi a tiempo, señorita…

—St Vincent —respondió ella—. Soy la vizcondesa de St Vincent.

El hombre abrió los ojos con sorpresa, pero no dijo nada.

—¿Se dirigía a alguna parte, milady? —preguntó.

—Hacía de carabina a la señorita…

Miró a su alrededor para comprobar que había perdido a Josephine de vista.

—¡Es increíble! —protestó— ¡Le hago tremendo favor y ni siquiera se ha dado cuenta de mi accidente!

—Si me dice de quién se trataba, mis amigos pueden ir a buscarla. La llevaré a su casa sana y salva, le doy mi palabra.

—El conde de Craven y la señorita Josephine Ainsworth.

El hombre se dio la vuelta para hablar con una pareja que se había detenido a pocos pasos

de ellos. El otro caballero asintió, le ofreció el brazo a la mujer y se alejaron a toda prisa de allí.

—Lord Richmond y su esposa se encargarán de encontrarlos y llevarlos a casa —explicó el hombre.

—Se lo agradezco.

—¿Puede caminar? Si me acompaña, mi carruaje está cerca de aquí.

Marianne intentó dar un paso, pero un dolor punzante taladró su tobillo. Ante el primer gesto de dolor, Oliver Chapman tomó a la esposa de su amigo en brazos y la llevó hacia el vehículo. Sonrió cuando Marianne intentó luchar con uñas y dientes para que la soltara, pero no lo hizo. Una vez en el carruaje, la depositó con sumo cuidado en el asiento y cerró la puertezuela, asomándose a través de la ventana.

—Pierda cuidado, lady St Vincent —dijo con la risa burbujeando en la garganta—. Viajaré en el pescante con mi cochero para que se sienta tranquila.

—Se lo agradezco.

Oliver echó la cortina y subió, como prometió, al pescante del carruaje. Volvió la mirada hacia el camino por el que había desaparecido el jinete. Debía estar loco para cabalgar a esa velocidad por un lugar lleno de gente. Si no hubiera salido aquella tarde a pasear con sus amigos, podría haber ocurrido un terrible accidente.

Capítulo 23

A varios metros de allí, Sebastian se aburría mortalmente. Llevaba todo el santo día en la cámara de los lores y aún le quedaba un buen rato que estar allí. Suspiró por enésima vez aquel día, despertando las risas de su tío Brodrick y el malhumor de su abuelo, ambos sentados a su lado.

—Solo un poco más y seremos libres, sobrino —le animó su tío.

—¿Cómo puedes aguantarlo? Estoy a punto de quedarme dormido.

—Tengo la suerte de vivir en Edimburgo, mi presencia en el parlamento está condicionada por la nieve.

—Debería mudarme allí, entonces. Así podría pasar más tiempo con mi esposa en vez de escuchar tanta estupidez junta.

—Si no te callas de una vez te juro que no tendrás que preocuparte por eso nunca más —amenazó su abuelo.

—Solo digo que, si no somos capaces de ponernos de acuerdo en seis horas, dudo mucho que lo hagamos en ocho.

—Mucho menos si no callas la boca y prestas atención.

—De acuerdo, de acuerdo, ya me callo. Pero…

La mirada de su abuelo le silenció de golpe, haciendo a Brodrick reír. Tras un par de horas más de debate, y en vistas de que no pudieron llegar a un entendimiento, decidieron volver a reunirse en un par de días para volver a intentarlo.

—¡Al fin! —exclamó al salir de la corte.

—Cualquiera diría que llevas varios días sin ver la luz del sol —rio su tío.

—Últimamente apenas tengo tiempo de ver a mi esposa —protestó.

—Como todos los malditos caballeros del reino —bufó Abraham.

—Estoy recién casado, ¿recuerdas?

—Ha pasado un mes desde la boda.

—Deberías estar feliz porque quiera poner empeño en engendrar a nuestro heredero, abuelo.

—Estaría aún más feliz si no tuviera que reñirte como si fueras un niño pequeño.

—¿Venís a tomar una copa en el club? —preguntó Brodrick.

—Olvídalo, tío —respondió su sobrino—. Aprovecharé que es temprano para salir a dar un paseo con Marianne.

—¿A dar un paseo o de camino a tu alcoba, bribón? —rio su tío.

—Eso después. ¿Vienes, abuelo?

—Ve tú, yo iré con tu tío a tomar una copa —respondió el marqués—. Después de tantas horas de escuchar estupideces necesito una copa.

—¡Así que admites que son estupideces! —exclamó él satisfecho.

—Que lo sean no significa que puedas comportarte como lo has hecho.

—Vamos, Abraham… no ha sido para tanto —le calmó Brodrick.

—A ti también debería de darte vergüenza, comportándoos como niños de colegio.

Sebastian se despidió de ambos y se dirigió andando a su casa. Le recibió el completo silencio, así que su madre y su esposa habrían salido aquella tarde. Subía las escaleras cuando Jefferson, el mayordomo, cruzó el recibidor.

—Buenas tardes, milord —saludó con una reverencia.

—Buenas tardes, Jefferson. ¿Sabes dónde están mi madre y mi esposa?

—La señora Backer salió a tomar el té con lady Onslow, y su esposa fue a visitar a la señorita Ainsworth.

—Entiendo. Cuando mi esposa regrese dile que venga a mi despacho.

—Por supuesto, milord.

Suspiró al ver sus planes truncados. Le habría gustado salir a pasear con Marianne, pero tendría que ser la próxima vez. Decidió tomar una copa en la tranquilidad de su despacho. Si bien no podía disfrutar de una tarde en compañía de su esposa, se aseguraría de disfrutar doblemente la noche. Subió tan solo un par de peldaños en dirección a su estudio cuando llamaron a la puerta. Se giró para ver de quién se trataba y abrió los ojos como platos al ver a Oliver Champan tras el umbral.

—¿Oliver? —preguntó bajando el pequeño tramo de escaleras que había logrado subir anteriormente— ¿Qué te trae por aquí?

—Verás, Seb… Tengo algo que creo que te pertenece.

—¿A mí?

—De hecho, estoy seguro de que te pertenece. He intentado traerlo hasta aquí, pero tendrás que ir tú mismo a sacarlo de mi carruaje.

Sebastian no entendía absolutamente nada. Siguió a su amigo hasta la calle, donde Oliver le ofreció precederle hasta el carruaje con una reverencia burlona. Le miró con fastidio, pero abrió la puerta del carruaje y lo que vio le dejó estupefacto. Allí estaba Marianne, cubierta de barro de pies a cabeza, mirándole con los brazos cruzados y cara de fastidio. En cuanto vio la cara de asombro de su esposo, le señaló con el dedo y el entrecejo arrugado.

—No se te ocurra reírte, Sebastian Wembley, o te juro que te mataré —advirtió.

—¿Quieres explicarme qué te ha pasado, Marianne?

—Todo es culpa de ese hombre —dijo señalando a Oliver con un puchero, y rompió a llorar.

Sebastian se volvió hacia su amigo mirándole con fastidio.

—¿Se puede saber qué demonios le has hecho a mi esposa? —protestó.

—¡No le he hecho nada, maldición! —respondió su amigo— Pero es tozuda como una mula y se niega a permitirle ayudarla a llegar a tu casa. Creo que se ha torcido el tobillo.

—¿Y cómo ha pasado eso?

—Casi es arrollada por un jinete en el parque y tuve que lanzarla al suelo para salvarla.

—¿No había otra manera mejor de hacerlo, maldición? Mira su estado.

—¿Prefieres una esposa limpia o una esposa viva, Seb?

—Espera, ¿le conoces? —preguntó Marianne, sacando la cabeza del carruaje al ver la familiaridad con la que ambos caballeros se trataban.

Sebastian intentó no reír al ver que las lágrimas de su esposa se habían detenido como por arte de magia.

—Él es Oliver Chapman, el sobrino de Francesca —explicó.

—¿Por qué demonios no me dijo que era usted amigo de mi esposo? —bufó ella— Todo habría sido mucho más sencillo de haberlo sabido.

—Fue mucho más divertido verla pelear con uñas y dientes para impedir mis avances,

milady —respondió Oliver riendo—. Aunque le doy mi palabra de que jamás intentaría flirtear con la dama de alguien a quien considero familia, como es el caso.

—Lo siento, cariño, olvidé contarte que a Oliver le encantan las bromas —bufó Sebastian —. Vamos, salgamos de aquí.

—No puedo andar —se quejó ella.

—Agárrate a mi cuello, yo te llevaré.

A Oliver le sorprendió que la dócil dama que su amigo transportaba entre sus brazos fuera la misma que momentos antes le había azotado con su ridículo para evitar que fuera él quien la llevara hasta la mansión. Se veían realmente enamorados, lo que era un alivio después de todo lo que su tía Francesca le había hecho pasar al pobre hijo de su esposo. Desde el funeral de Lucius, Sebastian y él habían coincidido a menudo en el club y con el tiempo habían terminado convirtiéndose en buenos amigos. Había descubierto que el hombre al que su tía había pintado como un tirano era un buen hombre y además, bastante divertido.

—Acompaña a lord Chapman hasta el despacho, Jefferson —ordenó Sebastian desde la escalera—. Estaré contigo en un momento, Oliver. Sírvete una copa.

—Pierde cuidado.

—Manda también a llamar al médico, Jefferson, parece que mi esposa se ha hecho daño en el tobillo.

—En seguida, milord.

Llevó a Marianne hasta la habitación y la depositó con cuidado sobre el pie de cama. Levantó su falda y examinó el tobillo hinchado, comprobando que se había lastimado.

—¿Se puede saber qué hacías sola en el parque? —musitó.

—No estaba sola —respondió Sebastian—. Josh me pidió que le hiciera el favor de ofrecerme para ser su carabina porque quería pasar tiempo a solas con su pretendiente. El conde Craven, ¿lo conoces?

—No tengo el placer.

—El caso es que iba distraída pendiente de ellos dos cuando lord Chapman se abalanzó sobre mí y me tiró al suelo. Al parecer un jinete perdió el control de su caballo y casi pasa por encima de mí.

—¿Te duele algo más aparte del tobillo?

—A mí no, pero el médico también debería examinar a tu amigo. Creo que recibió una coz cuando intentó cubrirme con su cuerpo, Sebastian.

—No te preocupes, yo me ocupo de él.

Unos sirvientes entraron portando cubos de agua caliente. Sebastian agradeció en silencio la efectividad del mayordomo, seguramente él se había ocupado de mandar preparar el baño para Marianne. Ettie les seguía llevando toallas limpias, y les dedicó una sonrisa.

—¿Quieres que me quede? —preguntó— Podrías necesitar ayuda para entrar en la bañera.

—No es necesario, ve con tu amigo. Ettie es perfectamente capaz de ayudarme, te lo aseguro.

—Si necesitas ayuda envía a alguien a buscarme, Ettie —ordenó.

—Por supuesto, milord.

Cerró la puerta con suavidad tras de sí y bajó hacia el despacho, donde Oliver le esperaba mirando por la ventana.

—Quítate la camisa —pidió.

—¿Se puede saber para qué?

—Marianne me ha dicho que te golpearon los cascos del caballo al cubrirla, Oliver. Quítate la camisa para que pueda ver la gravedad del daño.

—Solo ha sido un rasguño, no te preocupes.

—Cuando llegue el médico le pediré que te examine también a ti —amenazó sirviéndose una copa—. Y ahora cuéntame qué ha pasado.

—Algún imbécil ha decidido que Hyde Park era el lugar idóneo para poner a su caballo a la carrera. Tu mujer iba distraída vigilando a los tortolitos a los que acompañaba y no lo vio venir.

—Gracias por salvarla. De no ser por ti…

—No me las des. Ni siquiera sabía que era tu esposa. Una mujer muy bella, por cierto. Fue realmente divertido ver cómo intentaba marcar las distancias conmigo a pesar de que ya estoy casado —rio.

—Y apuesto que a ti no se te ocurrió presentarte, ¿no es así?

—Me hizo viajar en el pescante, Seb. En realidad fui yo quien decidió hacerlo, pero viajé en el pescante por ella.

—Si la hubieras informado de que eres un hombre casado no te habría tratado así.

—Fue divertido —reconoció encogiéndose de hombros—. Creo que no me había divertido tanto con una mujer en años.

—¿Y qué hay de tu esposa?

—Hace mucho tiempo que no tenemos ningún tipo de relación —reconoció—. Cree que la engañé con otra mujer.

—¿Y no fue así?

—¡Demonios, no! Ni siquiera le he sido infiel ahora, y bien sabe Dios que me da motivos de sobra para hacerlo.

—Deberías aclarar las cosas con ella.

—Eso sería si se dignara a escucharme. Pero me ha juzgado y condenado, no hay nada que pueda hacer para arreglarlo.

—Seguro que lo hay, hombre. Solo es cuestión de las ganas que tengas de hacer las paces con ella. Te aseguro que si fuera Marianne, no descansaría hasta lograr explicarme.

—Tu relación con tu esposa es diferente. Nosotros solo nos llevábamos bien, es todo.

—Yo no me enamoré de Marianne a primera vista, Oliver. Mi amor por ella ha crecido a medida que pasamos tiempo juntos. Tal vez deberías darte una oportunidad, arreglar las cosas con tu esposa y disfrutar de los placeres del matrimonio por amor…

—Tal vez tengas razón —sonrió.

El doctor llegó y examinó las heridas de Marianne, que no fue más que un tobillo dislocado, y de Oliver, que había sufrido heridas más graves en toda la espalda. Sebastian insistió en que se quedara al menos a cenar, pero Oliver se negó, así que lo acompañó hasta su carruaje.

—Tienes la excusa perfecta para hacer las paces con tu esposa —dijo sujetando la puerta del carruaje.

—¿Mis heridas? —rio Oliver— Dudo mucho que le importen.

—Haz que te aplique ella misma el ungüento, en cuanto las vea morirá de preocupación por ti.

—Sigue soñando, querido amigo… Debo irme, mi padre ha regresado a la ciudad y debería ir a verle antes de volver a casa.

—¿Ha ocurrido algo?

—Francesca le llamó diciendo que se ha quedado sin un penique. Mi padre sabe

perfectamente que tu padre le dejó una muy buena asignación, pero al parecer ha estado jugando más de la cuenta.

—Francesca solo sabe crear problemas.

—Ella cree que viene para exigirte que aumentes su asignación, pero en realidad ha venido para buscarle un nuevo marido y casarla de nuevo.

—Compadezco al pobre diablo que se quede con ella —rio Sebastian.

—Te aseguro que yo también. Nos vemos pronto.

—Cuídate.

Sebastian volvió a la casa y subió hasta su habitación. Marianne se encontraba ya tumbada en la cama, con el pie apoyado en un mullido cojín mientras leía uno de sus libros.

—¿Ya se ha marchado Oliver? —preguntó cerrando el libro.

—Acaba de irse —suspiró Sebastian tumbándose a su lado—. ¿Cómo te encuentras?

—Ahora duele un poco menos, pero me niego a tomar láudano. Soportaré el dolor si es necesario, Sebastian.

—De acuerdo, pero si te resulta insoportable debes decírmelo, ¿está bien?

—Te lo prometo.

—¿Qué lees?

—Una novela de aventuras, pero ya la he terminado. ¿Cómo te ha ido el día? Debes estar agotado.

—Es aburridísimo acudir a la corte —reconoció—. Y hoy no hemos logrado ponernos de acuerdo, por lo que ha sido doblemente frustrante.

—Lo siento mucho.

—Lo bueno es que tengo un par de días para estar contigo. Había pensado en hacer algo especial, pero dado el estado de tu pie me temo que tendremos que quedarnos en casa.

—¿No habrá bailes por un tiempo?

—El doctor ha dicho que al menos en una semana.

—Nunca me había alegrado tanto de sufrir un accidente —dijo estirándose como un pequeño gatito—. Estoy agotada de tantos eventos sociales.

De pronto se acordó de la fecha y del regalo que había escondido en su armario.

—¡Oh! Sebastian, por favor, ¿Puedes traerme de mi armario una caja de madera con flores grabadas en la tapa?

—Por supuesto.

Su esposo dio un salto de la cama y abrió las puertas del armario de par en par. La miró con una ceja arqueada y ella le señaló el lugar donde la había dejado.

—Es para ti —dijo Marianne—. Feliz cumpleaños.

Sebastian la miró con sorpresa y se sentó junto a ella sin apartar la mirada de la caja.

—¿No vas a abrirla? —rio ella.

—Creí que la caja era el regalo —respondió mientras abría la tapa.

Sacó con sumo cuidado la docena de pañuelos pulcramente bordados, cada uno con el escudo de St Vincent en un color distinto. Pasó los dedos por el primero de ellos y miró a su esposa con adoración.

—¿Los has bordado tú misma? —preguntó, aunque sabía perfectamente la respuesta.

—¿Quién iba a bordarlos si no? —rio ella— ¿Te gustan?

—Mucho —susurró antes de besarla—. Muchísimo.

—Me alegra.

—Así que por esto te escondías cada vez que te atrapaba a solas en la biblioteca…

—¡Casi descubres la sorpresa antes de tiempo! Por suerte lady Pembroke me invitó esta mañana a una reunión de bordado, aproveché para terminar los que me faltaban.

Sebastian tomó a su esposa de la nuca y la atrajo hacia sí para besarla. Ahondó el beso, hundiendo la lengua caliente en la boca femenina, y el suspiro que escapó de su esposa le hizo arder de deseo. Se pegó aún más a ella y se separó de sus labios para dejar un reguero de besos a través de su cuello. Acarició el estómago plano de su esposa con la mano abierta y subió hasta rozar con la palma la curva de su pecho cubierto tan solo con la fina camisola de seda. Quería más, mucho más que eso, pero era consciente de que con la lesión de su pie sería imposible llevar aquella seducción a término, así que con un suspiro se apartó de ella y se dejó caer sobre la almohada.

—¿Por qué te has detenido? —preguntó Marianne.

—Porque estás herida, cariño. Lo había olvidado por un momento, lo siento.

—No quiero que te detengas —confesó ella enrojeciendo.

—Pero puedo hacerte daño, Marianne.

—Yo no tengo por qué moverme, ¿no es así? Trataré de mantener el pie quieto, lo prometo.

Sebastian se arrodilló sobre su cuerpo, apoyó las manos en la almohada y acercó su rostro al de Marianne hasta que sus alientos se entremezclaron.

—Eres la tentación personificada, mi amor —susurró con voz ronca.

Unió sus labios a los de ella una vez más, y durante la hora siguiente se dedicó a demostrarle cuán tentadora era para él.

Capítulo 24

Llegó agosto, y con él, la vuelta de la familia a Meaford Hall. Waterford insistió en que Marianne organizara un baile antes de marcharse para dar por terminada la temporada. Fueron unas semanas ajetreadas, contando con el consejo de su madre y la ayuda de Martha, ocupándose de que cada detalle fuera perfecto. Contrató una orquesta para amenizar la velada, llenó la casa de flores y preparó un banquete digno del rey Jorge. Mandó pulir la plata, compró una vajilla nueva y desempolvó las copas de cristal de Bohemia que estaban guardadas en el aparador de la cocina. Contrató refuerzos para el servicio, cambió las cortinas de terciopelo por bonitas cortinas de raso color crema y mandó encerar los suelos para que estuvieran brillantes y perfectos. Todo el mundo quedaría satisfecho con el baile. El que no estaba nada satisfecho era, por supuesto, Sebastian.

Habían pasado dos semanas desde la última vez que pudiera hacerle el amor a su esposa. Dos largas semanas en las que sus deseos se veían truncados en cuanto la cabeza de Marianne tocaba la almohada. Acababa tan agotada entre eventos sociales y preparativos que no le quedaban fuerzas al atardecer, ya ni digamos cuando se retiraban a descansar. Sebastian estaba siendo paciente, comprendía el estado de su esposa, pero empezaba a preocuparse de que terminara enfermando de agotamiento. Así se lo hizo saber a su abuelo la mañana del baile mientras desayunaban.

—¿Era necesario este estúpido baile? —protestó.

—Lo es —dijo el marqués sin apartar la mirada del periódico—. Tu esposa está abriéndose paso en los círculos sociales y debe comportarse como una vizcondesa.

—Podrías haber esperado al año que viene. Está recién casada.

—Los recién casados también deben cumplir con sus obligaciones.

—Está agotada. Se queda dormida apenas su cabeza toca la almohada. Va a terminar enfermando.

—¿Es eso o que hechas de menos tus… placeres maritales?

—Estoy preocupado por ella.

—No deberías. Tu madre, tu suegra y tus cuñadas están ayudándola a prepararlo, y la mandarán a descansar cuando vean que está agotada.

—Espero al menos que no tengamos demasiados invitados…

—Algunos ya se han marchado al campo, no serán demasiados.

—¿Entonces por qué…

—Sebastian —le interrumpió el marqués dejando el periódico sobre la mesa—. Tanto Marianne como tú habéis sido objeto de las burlas y las críticas de esta podrida sociedad. Sé que no te gusta, pero debéis recuperar vuestro buen nombre lo antes posible. Lo que pretendo con este baile es que ambos hagáis nuevas conexiones, y es por eso que es tan importante que todo salga a la perfección. Marianne lo sabe, y espero que tú también lo entiendas ahora.

—Todo era mucho más sencillo sin títulos de los que ocuparme —bufó.

—Al menos tú pudiste disfrutar de una juventud libre de esa carga.

—Tienes razón… Lo siento.

—Y ya que tanto te quejas, te informaré de que tu esposa se ha tomado hoy el día libre. Quería darte una sorpresa, por eso no te ha dicho nada.

—¿Dónde está? Había desaparecido cuando me desperté.

—Preparándolo todo, estará aquí en un momento.

Como si la hubieran invocado, Marianne cruzó las puertas dobles del salón cogida del brazo de Martha. Miró a su esposo con una sonrisa, y le dio un beso en la mejilla cuando llegó a su lado.

—Buenos días —saludó Sebastian—. ¿Dónde estabas?

—Repasando los últimos detalles del baile de esta noche —respondió ella—. Quería asegurarme de que no me olvidaba nada.

—¿Has terminado con los preparativos?

—Lo he hecho, sí.

—Eso significa que podremos pasar tiempo juntos —ronroneó Sebastian acariciando el cuello femenino con la nariz.

—Al menos hasta que llegue la hora de prepararnos para el baile.

—Estupendo —dijo Sebastian levantándose de golpe y tirando de ella hasta la puerta—. Mamá, por favor, pide que nos suban algo de desayunar a la habitación.

—¡Espera, Sebastian! —exclamó Marianne riendo.

—No voy a esperar nada.

Subió las escaleras teniendo cuidado de que su esposa no tropezara. Cerró la puerta de su habitación tras ellos y comenzó a desvestirla lentamente. Cuando la tuvo ataviada tan solo con su camisola, tiró de ella hasta la cama y abrió las mantas para hacer que ella se acostara. Unos golpes en la puerta le avisaron de la llegada del desayuno. Tomó la bandeja de manos del sirviente y volvió a cerrar la puerta, esta vez con cerrojo.

—¿Piensas retenerme aquí todo el día? —bromeó Marianne.

—Sí.

Se sentó junto a ella en la cama y puso la bandeja entre los dos. Sirvió un poco de jamón asado, queso y tostadas en un plato y se lo entregó.

—Come —dijo mientras servía una humeante taza de té.

Marianne obedeció, sintiendo en el estómago el hormigueo de la expectación. Había echado de menos hacer el amor con su esposo, pero terminaba tan agotada cada día que era incapaz de mantener los ojos abiertos cuando llegaba a la alcoba. Lo intentó, desde luego que lo intentó, pero terminaba quedándose dormida mientras Sebastian se desvestía, y cuando se despertaba con los rayos del sol tenía demasiado que hacer como para rezongar en la cama. Por eso comió más deprisa de lo habitual, hasta llegar a atragantarse. Su esposo le palmeó la espalda con suavidad y le entregó un vaso de agua, que bebió con avidez.

—¿Por qué comes tan rápido? —rio— No tenemos ninguna prisa.

—Estaba hambrienta —mintió apartando el plato.

—¿Ya has terminado?

—Sí, estaba todo delicioso.

Sebastian retiró la bandeja, que dejó sobre el tocador. Volvió a la cama, sacudió las migas de pan de las mantas y se tumbó junto a Marianne, atrayéndola a su cuerpo.

—¿Qué haces? —preguntó ella mirándole con curiosidad.

—Acostarme.

—Eso ya lo veo, pero ¿por qué?

—Porque no has parado quieta desde hace dos semanas y necesitas descansar.

—¿Vamos a dormir?

—Eso he dicho.

—No estoy cansada, Sebastian —protestó ella.

—Desde luego que lo estás, cariño. Tienes bolsas bajo tus ojos debidas al cansancio.

—Más tarde me ocuparé de eso, se desvanecerán aplicando emplastes de manzanilla.

—Si descansas se desvanecerán.

Ante la insistencia de su esposo en que durmiera, Marianne hizo acopio de todo su atrevimiento y se colocó a horcajadas sobre la cintura de su esposo, que la miró sorprendido.

—¿Marianne? —exclamó.

—No es dormir lo que necesito, esposo —dijo ella con voz ronroneante—. Te necesito a ti.

—Pero…

No le dio tiempo de decir nada más. Atacó la boca de su esposo y hundió la lengua en ella como tantas veces había hecho él. Sebastian gimió, abrió un poco las piernas y la apresó entre sus brazos para apretarla fuertemente a su pecho. Las manos de Marianne quedaron atrapadas entre sus cuerpos, impidiéndole tocarle. Se sentía tan frustrada que sintió ganas de gritar. Quería sentir a su esposo, y quería hacerlo ya. Mordió el labio de Sebastian hasta que el hombre la miró con una ceja arqueada, dándole la libertad suficiente para poder sacar sus manos y poder acariciarle.

—¿Vas a hacerme el amor tú a mí, cariño? —bromeó él.

—Eso es lo que pienso hacer, sí.

—Muy bien —respondió Sebastian cruzando los brazos tras su cabeza—. Soy todo tuyo, mujer.

Marianne se incorporó y colocó las manos abiertas sobre su esposo. Pasó las palmas por su ancho pecho, su cintura estrecha, y bajó hasta sus firmes muslos cubiertos de suave vello. Sebastian apretó los dientes al sentir sus leves caricias, y Marianne sonrió sintiéndose poderosa. El miembro de Sebastian empezó a endurecerse debajo de su cuerpo y se acomodó para dejarle espacio suficiente y no hacerle daño. Pasó el dedo anular por la pequeña tetilla de su marido y descubrió que a él también le proporcionaban placer aquellas caricias. Le miró con una sonrisa traviesa y bajó la cabeza hasta dejar un pequeño beso sobre ella. Sebastian enterró las manos en su pelo suelto y la guio de nuevo hacia el lugar, instándola a continuar con sus caricias. Sacó tímidamente la lengua y probó su piel, logrando que un gemido escapara de la garganta masculina.

—Por Dios, mi amor… me vuelves loco —ronroneó Sebastian.

—¿Te gusta?

—Si me gustase más estaría muerto, te lo aseguro.

Ella rio, una risa ronca que reverberó por la piel de su esposo. Dejó pequeños besos por todo su torso, en el cuello, el estómago, subiendo de nuevo hasta el hombro, acercándose peligrosamente a su miembro. Sebastian estaba a punto de perder el control. Las tímidas e inexpertas caricias de Marianne estaban acabando con la poca cordura que le quedaba. Intentó girar para colocarla debajo de su cuerpo y tomar el control, pero se encontraba tan debilitado por sus caricias que fue incapaz de hacerlo. Todo el aire abandonó sus pulmones cuando sintió el primer beso sobre su miembro caliente. El segundo le hizo gemir, y el tercero… el tercero casi le lleva al orgasmo. Levantó la cabeza para observar a Marianne explorar su cuerpo, descubrir otra de las muchas maneras de satisfacer a su esposo, y que Dios le ayudara, porque jamás había sentido un placer semejante. Pero ya no podía soportarlo más, estaba a punto de alcanzar el

clímax, y no pensaba hacerlo si no era estando enterrado en la mujer que amaba más que a su propia vida.

Tumbó a Marianne de espaldas y se colocó entre sus piernas abiertas. Bajó la mano para comprobar con satisfacción que su pequeña esposa estaba preparada y se adentró lentamente en ella, pulgada a pulgada, hasta que no había espacio entre ellos dos. Pegó su frente sudorosa a la de ella, besó sus labios más de mil veces antes de comenzar a moverse dentro de su cuerpo. Al primer envite, Marianne arqueó la espalda y volteó los ojos recorrida por el placer. Su pequeño ratón de biblioteca era tan sensible que pronto sintió sus uñas clavarse en la carne de su espalda. Sonrió. Llevaría aquellas marcas de guerra con inmensa satisfacción aunque nadie más que ella pudiera verlas. Las embestidas aumentaron de velocidad, las piernas de Marianne se apretaron alrededor de su cintura, y con un gemido se dejó ir, arrastrándole con ella a la locura.

Pasaron el resto del día encerrados en su habitación. Ni siquiera bajaron a almorzar, Sebastian pidió la comida para obligarla a dormir un poco antes de tener que prepararse para el baile. Marianne había elegido un precioso vestido de color rosa con flores bordadas en la falda, con un volante en las mangas y el cuello en forma de barco, dejando sus hombros al descubierto. Se había enamorado de ese vestido en cuanto madame Fairfax lo había desplegado sobre la cama el día anterior junto a tres modelos más. Cuando se lo probó comprobó que realzaba su figura y la hacía verse realmente hermosa. Decidió combinarlo con sus joyas de diamantes, y le pidió a Ettie que le hiciera un recogido dejando parte de su cabello suelto. Adornó el moño con algunas horquillas con pequeños diamantes y coronó el peinado con una tiara de diamantes que Sebastian le había regalado por su cumpleaños el mes anterior. Se miró en el espejo de cuerpo entero de su habitación y sonrió.

—Estás increíblemente hermosa, mi amor.

Se giró hacia la voz de su esposo, quedándose sin respiración. El traje de gala lucía increíblemente bien en Sebastian, que terminaba de ponerse los guantes mientras la miraba con admiración.

—Me enamoré del vestido en cuanto lo vi —explicó ella.

—No me extraña, te sienta realmente bien.

Se acercó lentamente a ella, posó sus manos en la cintura femenina y besó sus labios con suavidad.

—Eres la mujer más bella de Londres —susurró con voz ronca.

—Y tú el caballero más apuesto. Seré la envidia del baile.

—¿Has terminado de arreglarte?

—Aún tengo que calzarme y ponerme los guantes. Baja tú primero.

—¿Segura?

—Por supuesto, no tardaré.

Observó a su esposo salir de la habitación con una sonrisa. Se sentó en el pie de cama, levantó sus faldas y metió los pies en sus zapatos de baile. Tomó los guantes y salió de la habitación para alcanzar a su esposo antes de que llegasen los invitados. Iba distraída colocándose los guantes y sintió un golpe en la espalda que la dejó sin respiración. Se sujetó a la baranda de la escalera para evitar caer, pero fue inútil. Lo último en lo que pensó mientras caía fue en que alguien quería hacerle daño, y que Dios la ayudara, porque no entendía por qué.

Sebastian vio con horror cómo su mujer rodaba por las escaleras. Corrió intentando evitar que siguiera cayendo, pero por suerte su caída se detuvo en el primer descansillo. Rogó a Dios porque no se hubiera roto el cuello. Se arrodilló a su lado y comprobó con alivio que aún respiraba. El alboroto que se formó en el vestíbulo quedó silenciado por el sonido de su propia

respiración.

—Marianne, mi amor… Despierta —dijo zarandeándola.

Marianne dejó escapar un quejido, pero no se despertó.

—¡Llamen a un médico! ¡Deprisa!

Tomó a su esposa en brazos y la llevó hasta su cama, donde la depositó con cuidado. Ettie llegó a toda prisa con los ojos anegados en lágrimas.

—¡Dios mío, milord! —exclamó la doncella— ¿Qué ha pasado?

—Ha debido tropezar y caer por la escalera —dijo con la voz ronca.

—Debí quedarme con ella. Debí…

—¡Abran paso, por amor de Dios!

Sebastian levantó la mirada cuando escuchó la voz del doctor Baxter y descubrió que su familia se amontonaba en la puerta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el doctor.

—Mi esposa se ha caído por las escaleras y no se despierta. Respira, y ha dejado escapar un quejido cuando la he tomado en brazos para traerla hasta aquí, pero no se ha despertado.

—Permítame revisarla, milord. Debería esperar fuera.

—No pienso separarme de ella.

—Le ruego que me deje hacer mi trabajo. Si no se marcha no podré atender a su esposa, y tal vez el daño se agrave debido a la tardanza.

Aunque reticente, Sebastian asintió y salió de la habitación. Andrew le palmeó la espalda al pasar por su lado, y Abraham insistió en que fueran todos a la biblioteca para dejar trabajar al médico. Sirvió licor para todos e insistió en sentar a su nieto hasta que tuvieran noticias. La espera fue realmente interminable para todos. La espera fue interminable para Sebastian, pero solo habían pasado veinte minutos cuando al fin el doctor Baxter entró en el despacho con gesto cansado.

—¿Cómo está mi esposa, doctor? —preguntó levantándose del sillón.

—Se encuentra todo lo bien que puede dadas las circunstancias. Ha recibido un fuerte golpe en la cabeza y tiene varias contusiones por todo el cuerpo que tendrán que ser tratadas, pero se recuperará.

—Gracias a Dios…

—Sin embargo —continuó el médico—, tendrá que guardar reposo absoluto durante una temporada. No sabemos los daños que la caída pueden haberle causado a la criatura.

—Espere, Doctor. ¿Qué criatura?

—¿No lo sabía, milord? Su esposa está embarazada.

—¿Está seguro?

—Completamente, milord. Si mis cálculos no fallan, la vizcondesa está de dos meses y medio. Mi más sincera enhorabuena.

Sebastian sintió tal alegría inundar su cuerpo que le fallaron las rodillas. Se dejó caer de nuevo en el sillón, y una enorme sonrisa se dibujó en su rostro. ¡Iba a ser padre!

—La vizcondesa debería guardar cama al menos un mes —continuó diciendo Baxter—. Vendré a visitarla entonces y veremos cómo se encuentra el bebé. Para las heridas, he dejado un ungüento que ayudará a cicatrizar mejor. Evitemos el uso del láudano, puede ser perjudicial para el bebé.

—¿Puedo verla?

—Por supuesto. Ahora debe estar dormida, pero no se preocupe, recuperó la consciencia mientras la examinaba.

Sebastian salió de la habitación para dirigirse hacia el dormitorio.

—Gracias, doctor —dijo Martha—. Permítame acompañarle hasta la puerta.

—Creo que el baile ha terminado antes de empezar —suspiró Abraham—. Iré a disculparme con los invitados, vosotros deberíais iros a casa.

—Vendré mañana a ver cómo está mi hija, Abraham —dijo Violet.

—La cuidaremos bien, pierde cuidado.

En el dormitorio del matrimonio, Sebastian permanecía sentado en el suelo junto a la cama, mirando a su esposa. Aún no podía creerse la maravilla que habían creado juntos, una preciosa vida que crecía en el interior de su mujer. Acarició con sumo cuidado el vientre, aún plano, de Marianne, que se despertó ante el toque de su esposo.

—¿Por qué no estás en la fiesta? —preguntó.

—El baile se ha suspendido —respondió Sebastian—. Ahora lo único importante eres tú.

—¿Qué ha dicho el doctor?

—Debes guardar reposo absoluto durante todo un mes. Me temo que no podremos volver a Meaford Hall por el momento.

Marianne pareció recordar su embarazo, pues se miró el vientre y lo acarició sonriendo.

—Estoy embarazada, Sebastian —confesó con los ojos anegados en lágrimas de felicidad.

—Lo sé, mi amor, me lo ha dicho el doctor. ¿Sabes lo feliz que me he sentido al saberlo?

—Yo también estoy feliz. Ya quiero que nazca para tenerle en mis brazos. Ojalá sea un niño.

—No importa si es niño o niña, cariño. Sea lo que sea, será amado por sus padres tanto como se merece.

—Necesitas un heredero —rio ella sin fuerzas.

—¿Crees que me conformaré con un solo hijo? Nuestra familia no ha hecho más que empezar…

Besó a su esposa en los labios y acarició su pelo suelto sobre la almohada. Ettie se había encargado de cambiarla cuando el doctor se marchó y ahora descansaba cómodamente.

—Deberías dormir un poco más. Iré a despedir a los invitados con el abuelo.

—Dile que lo siento mucho, no recuerdo cómo me caí.

—Seguramente te enredaste con el bajo del vestido, debí esperarte para que bajáramos juntos.

La besó en la frente una vez más, dejó un beso en su estómago, haciéndola reír, y se dirigió hacia la puerta.

—Intenta dormir un poco, no tardaré.

Capítulo 25

Las siguientes semanas fueron las mejores de la vida de casada de Marianne. Debido a que debía guardar reposo, se pasaba el día acostada en un diván junto a la ventana mientras leía o se dedicaba al bordado que tanto amaba. Su madre acostumbraba a visitarla cada tarde y le llevaba sus postres favoritos, y Sebastian estaba pendiente de ella tanto como podía. Contrataron a una de las jóvenes que ayudaron en el baile para que ayudara a Ettie con sus tareas. Gladis era un verdadero encanto, y pronto se había hecho muy buena amiga de Ettie.

Bribón saltó sobre el regazo de Marianne y se hizo un ovillo ronroneante que lamía sus patitas.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó su dueña acariciándole el lomo con una sonrisa— La señora Willis te ha estado buscando por todas partes.

El gato maulló, se estiró cuan largo era sobre sus piernas y comenzó a jugar con el ovillo de hilo que encontró entre la tela, haciendo reír a Marianne. Sebastian llegó en ese momento y, al ver al felino, bufó.

—¿Al fin has vuelto, granuja? —dijo acariciándole también— Espero por tu bien que no hayas dejado preñada a la gata de lady Crafton…

—Aún es muy pequeño para andar tras el rabo de las gatas —rio Marianne.

—Por si acaso.

—La señora Willis me dijo ayer que este sinvergüenza había dejado un regalo sobre su almohada —rio—. Un ratón muerto, casi se muere del susto.

—El pobre solo hacía su trabajo. ¿No es así, *Bribón*? Buen chico.

El animal pareció cansarse de las caricias y saltó de la falda de su ama, escabulléndose por la puerta. Sebastian se volvió hacia su esposa, la besó en los labios y acarició su vientre con cariño.

—¿Cómo os encontráis hoy? —preguntó.

—Tu hijo está tranquilo en su refugio, y yo me siento algo cansada.

—¿Has desayunado?

—He comido un poco de las gachas que me ha preparado tu madre. Son deliciosas, pero en cuanto me he metido la primera cucharada en la boca han comenzado las náuseas.

—Eso es porque nuestro hijo empieza a crecer sano y fuerte —dijo Sebastian con orgullo—. Pero debes dejar comer a mamá, tesoro, no querrás que ella enferme…

—Aún es muy pequeño para escucharte —rio ella.

—Eso no lo sabes.

—¿Dónde has estado toda la mañana? Te he echado de menos.

—He ido a Ascot. Uno de mis caballos se ha roto una pata y he tenido que ir para que puedan sacrificarlo.

—¡Pobre animal!

—No se podía hacer nada por él, mi amor. Lo mejor era acabar con su sufrimiento.

Sebastian miró el bordado que su mujer estaba haciendo. Se trataba de una camiseta de bebé en la que había bordado flores y abejas, aunque aún no la había terminado.

—Es muy hermoso —dijo acariciando su cabello.

—Ya que no puedo moverme, bien puedo tener listo el ajuar de nuestro bebé. Tu madre me está ayudando mucho, ya hemos terminado todas las sábanas de la cuna.

—Aún no está terminada, mi amor, pero pronto lo haré.

—Queda mucho tiempo, no tengas prisa.

—Debemos remodelar la habitación de los niños, también. Solo quiero ir terminando una cosa cada vez.

—¿Me llevas a la cama? Estoy cansada de estar aquí tumbada.

Sebastian sonrió, se puso de pie y tomó a su esposa en brazos. Ella enredó los brazos en su cuello y le besó, haciendo que el vizconde cerrara inconscientemente los ojos.

—Compórtate, mujer, estás convaleciente —bromeó.

—Solo quiero un beso de mi esposo. Tu hijo lo quiere.

—Dudo mucho que mi hijo sepa siquiera lo que es un beso de verdad —rio Sebastian.

La llevó a su habitación, la tumbó en la cama y se sentó a su lado.

—Listo —suspiró—. ¿Necesitas algo más?

—¿A ti?

—A mí ya me tienes, cariño. Para siempre.

—Solo quiero dormir un poco, estoy cansada.

—Deberías tomar algo antes de dormir. Pediré que te suban un vaso de leche caliente, ¿de acuerdo?

—No tengo hambre, de verdad…

—Tienes que alimentarte.

—Está bien… —suspiró ella.

Sebastian bajó a las cocinas a buscar a Ettie, pero no la vio por ninguna parte.

—Gladis, ¿dónde está Ettie? —preguntó a la nueva sirvienta.

—Ha salido a hacer unos recados, milord. ¿Puedo ayudarle en su lugar?

—Por supuesto. ¿Podrías subirle un vaso de leche caliente a mi esposa, por favor? No se encuentra bien y tal vez eso la ayude a descansar.

—En seguida, milord.

Sebastian se dirigió al salón para encontrarse con su abuelo y su madre. Se dejó caer en uno de los sofás con un suspiro y se puso el brazo sobre los ojos.

—¿Qué ocurre, hijo? —preguntó su madre.

—Estoy cansado, mamá. He tenido que ir a Ascot para sacrificar a uno de los caballos de carreras y he ido a caballo para no retrasarme demasiado.

—¿Y por qué no subes a descansar con tu esposa? —protestó Abraham.

—Porque no podré hacerlo con ella a mi lado, por eso.

—¿Eres un animal que no es capaz de controlarse? —se burló el marqués.

—¡Por supuesto que no! No se trata de eso, es solo que me paso gran parte de la noche vigilando su sueño y sé que si subo ahora haré lo mismo.

—Marianne está perfectamente, Seb —rio su madre—. Guarda reposo para asegurarse de que el embarazo llega a término, nada más.

—No sé, mamá… ¿Sabes que últimamente sufre pesadillas?

—¿Se lo has comentado a ella?

—Sí, pero al despertar no recuerda nada. Me mata verla sufrir en sueños cada noche y no poder hacer nada.

—Tal vez deberías hablarlo con el doctor Baxter en su próxima visita.

—Supongo que tienes razón. Voy a dormir un rato, despertadme si ocurre algo.

—Duerme tranquilo, te avisaré a la hora del té.

Marianne sonrió al ver llegar a Gladis portando una taza de humeante leche caliente en una bandeja. La doncella le devolvió la sonrisa, depositó la leche sobre la mesita de noche y se dirigió hacia los grandes ventanales para cerrar las cortinas.

—¿Por qué las cierras? —preguntó Marianne— Déjalas abiertas, hace un día estupendo.

—Discúlpeme, milady. El vizconde me dijo que iba a descansar y supuse que las prefería cerradas.

—Solo voy a descansar un poco, no es necesario dejar la habitación en penumbra. ¿Podrías traer mi bata y ayudarme, por favor? Necesito ir al excusado.

—Por supuesto, milady.

La joven la ayudó a acercarse al biombo y la sujetó mientras Marianne evacuaba su vejiga. Una vez hubo terminado, la acompañó de nuevo hacia la cama y atusó los almohadones tras su cabeza para que estuviera más cómoda.

—Su leche, milady —dijo ofreciéndole la taza.

—Oh, déjala sobre la mesita de noche, está demasiado caliente.

—Pero el vizconde dijo que debía tomársela, milady.

—El vizconde no está aquí ahora, ¿verdad? No te preocupes, me la tomaré cuando se enfríe.

—Pero…

—No te reñirá, lo prometo —insistió Marianne—. Puedes retirarte ahora, Gladis.

—Muy bien, milady.

La sirvienta se marchó y Marianne sonrió al ver aparecer a *Bribón* entre las piernas de la muchacha.

—Menudo sinvergüenza estás tú hecho —rio Marianne al verle saltar sobre la cama—. Tu nombre te viene al pelo, ¿no es así?

El animal levantó su pequeña naricilla y olisqueó el aire. Saltó hacia los almohadones intentando alcanzar la taza de leche, y Marianne le sujetó para que no hiciera un desastre.

—¿Tienes hambre? —preguntó— No me extraña, pasas tanto tiempo fuera de casa que no tendrás oportunidad de probar bocado.

Se estiró hacia la mesilla y vertió un poco de leche en el plato de la taza.

—Toma, Sebastian no se enterará de que has sido tú quien se la ha tomado.

Observó al gato tomarse la leche poco a poco, y cuando terminó se relamió los bigotes y se enroscó junto a ella para dormir ronroneando. Marianne acarició su pelo, dejó el plato sobre la mesilla y cerró los ojos. Le había entrado sueño de ver al gato acostado…

Un grito angustiado despertó de golpe a Sebastian tiempo después. Se levantó de un salto y corrió escaleras arriba hacia la habitación de su esposa. La encontró de rodillas en el suelo, apoyada en la cama llorando desconsolada.

—¿Marianne? —preguntó arrodillándose a su lado—. Mi amor, ¿qué pasa?

—¡Está muerto! —sollozó— ¡*Bribón* está muerto!

Giró la cabeza hacia la cama para ver el cuerpo sin vida del felino. Lo tomó en brazos para sacarlo de la habitación, tomó a su esposa y la ayudó a acostarse de nuevo. La abrazó hasta que las lágrimas cesaron, pero Marianne no soltó su camisa en ningún momento.

—Le di mi leche, Sebastian —dijo entre hipidos—. Le di de comer la leche que trajeron para mí y ahora está muerto.

—Debe ser una casualidad, mi amor. Ese gato era un sinvergüenza, tal vez comió algo en mal estado en la calle.

—¡Te digo que fue la leche, Sebastian! ¿Por qué no me crees?

—Tranquilízate, por favor. No he dicho que no te crea. ¿Por qué estás tan segura?

—Creo que alguien intenta matarme. Primero el caballo del parque, después el empujón en el baile y ahora…

—Espera un momento —la interrumpió su esposo—. ¿A qué te refieres con el empujón del baile?

—No lo he recordado hasta ahora, Sebastian, pero cuando me caí por las escaleras fue porque alguien me empujó.

—¿Estás segura? Yo fui el último en abandonar la planta y…

—Estoy completamente segura. Alguien me empujó por las escaleras, y ahora esto.

Martha, que había estado observándolo todo junto a Abraham desde la puerta, se acercó al vaso de leche y lo olió.

—Almendras amargas —susurró.

—¿Cómo demonios es eso posible? —gritó el marqués— ¡En mi propia casa!

—Te lo dije, Sebastian, alguien intenta matarme —lloró Marianne.

—¡Charles! —gritó Abraham desde la puerta.

A los pocos minutos, el que fuera hombre de confianza de Lucius apareció frente a ellos.

—¿Qué se le ofrece, milord?

—Reúne inmediatamente a todos los miembros del servicio en el salón principal —ordenó Waterford—. Resolveremos esto de inmediato.

—Ve con tu abuelo, Sebastian —dijo Martha sentándose junto a Marianne—. Yo me quedaré con ella.

—No pienso moverme de aquí —protestó—. Si alguien quiere hacerle daño a mi esposa tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

—No seas imbécil, niño —protestó Abraham— Charles cuidará perfectamente de ellas.

El hombre apareció pocos minutos después y, tras asegurarle que cuidaría a la vizcondesa y a su madre como a su propia vida, Sebastian y Abraham se dirigieron al salón. Los sirvientes se miraban unos a otros sin saber qué estaba pasando, a la espera de una explicación.

—Os he reunido aquí porque alguien ha intentado envenenar hoy a mi nieta —dijo Waterford.

Los murmullos de asombro e incredulidad no tardaron en escucharse. Sebastian estaba atento a la reacción de cada uno de ellos. Ettie, la doncella de Marianne, tenía el rostro desencajado por el horror.

—¿Dónde estabas esta tarde, Ettie? —preguntó.

—Gladis me dijo que la señora Willis necesitaba algunas cosas para la cena y me ofrecí a ir a buscarlas —explicó la doncella.

—Jamás he dicho tal cosa, milord —se defendió la cocinera—. De hecho, he ido yo misma a hacer la compra para prepararle a la vizcondesa sus dulces favoritos para la hora del té, si me hiciera falta algo para la cena lo habría comprado yo misma.

Sebastian buscó a Gladis con la mirada. La doncella no estaba entre el grupo de sirvientes.

—¿Dónde está Gladis?

—Estaba aquí hace un momento, milord —dijo uno de los mozos de cuadra, que se encontraba al fondo de la sala—. Sentada justo aquí.

Sebastian se levantó y salió a correr hacia la puerta de servicio, atrapando a la mujer en plena huida. La llevó a rastras hasta el salón, despidió a todos los presentes y cerró la puerta de un portazo.

—¡¿Quién demonios te ha enviado a matar a mi esposa?! —gritó.

—¡Yo no he intentado matarla, milord! ¡Se lo juro por lo más sagrado!

—¿De veras crees que me crea eso? Has mentido y has huido del salón en cuanto te has visto atrapada. ¡Habla!

—¡Hui porque sabía que me echarían la culpa de todo, milord!

—¿Acaso crees que soy estúpido? La leche que le llevaste a mi esposa contenía almendras amargas. ¡El gato de Marianne ha muerto por beberla, maldición! Habla si no quieres que te entregue a las autoridades por asesina.

—¡Me matará! ¡Si digo una sola palabra se asegurará de verme muerta!

—Si no hablas de una vez seré yo quien te mate, te doy mi palabra —dijo con los dientes apretados.

—Fue la condesa Spencer —confesó la joven entre sollozos—. Tiene a mis dos hermanos pequeños, y me amenazó con matarlos si no hacía lo que ella quería. ¡No tenía opción, milord!

—Desde luego que la tenías, Gladis. Podías haber venido a mí y habérmelo contado todo. Yo te habría ayudado, maldita sea.

—¿Fuiste tú quien empujó a mi nieta por las escaleras? —preguntó Abraham.

—¡Le juro que no quería hacerlo! Pero ella insistió en que si no lo hacía…

—Mataría a tus hermanos, te hemos oído —la interrumpió Abraham—. Mandaré llamar a los agentes de Bow Street.

—¡No, por favor, milord! ¡Me llevarán a la cárcel!

—Es donde mereces estar, Gladis. Has intentado asesinar a mi nieta dos veces, y me da igual los motivos por los que lo hayas hecho. Debes pagar por tus crímenes.

—¡Lord Waterford, por favor! ¡Le juro que no tuve opción! ¡Se lo juro!

Media hora más tarde, dos agentes uniformados se llevaban a Gladis a comisaría. Sebastian sentía pena por la mujer, pero ya había informado a los gendarmes sobre lo ocurrido. Se dejó caer en el sofá y se sujetó la cabeza con ambas manos. Todo era culpa suya. Todo por culpa de su ridícula relación con aquella mujer. ¡Estaba completamente loca! ¿Cómo había sido capaz de hacer algo semejante?

—Es culpa mía —susurró con la angustia pintada en su voz—. Todo esto es culpa mía.

—Tonterías —dijo su abuelo entregándole una copa—. La única culpable de todo es esa mujer. Está tan desquiciada que haría cualquier cosa por conseguir lo que quiere.

—¿Por qué no me di cuenta antes de cómo era? ¿Por qué no lo vi después de dos años de relación?

—Porque eras joven y estúpido, por eso. Aún lo eres si te culpas de todo lo ocurrido.

—¿Cómo voy a decírselo a Marianne? Cielo santo, sus hermanos van a matarme si lo descubren.

—Te darán una buena paliza, desde luego, pero no me negarás que te la mereces.

—No estás ayudando —protestó.

—No pretendo hacerlo. Ahora debes pensar en una manera de que la condesa confiese sus pecados delante de las autoridades, o no podrás librarte de ella.

—¿Crees que volverá a intentarlo?

—Desde luego que lo hará. Si descubre que esa muchacha no ha logrado hacerlo, enviará a alguien más a hacer el trabajo sucio.

—Está completamente loca. Te juro que ahora mismo quiero matarla con mis propias manos.

—No merece la pena ensuciarse las manos con esa clase de sabandija, Sebastian. Hay que ser más inteligente que ella.

—¿Tienes algo en mente?

—Aún no, pero algo se me ocurrirá. Ahora deberías subir a ver a tu esposa, debe estar muy preocupada.

—¿Y qué demonios le digo?

—Dile la verdad… y piensa en una manera de protegerla.

Capítulo 26

Marianne miraba por la ventana por no ver el rostro de su esposo. Era lo último que quería ver en ese momento después de descubrir todo lo que estaba pensando hacer. ¡Iba a reunirse con esa mujer, por amor de Dios! Después de todo lo que había intentado hacerle a ella, ¿solo iban a hablar?

—Marianne, mírame —ordenó Sebastian.

—Vete al diablo, Sebastian Wembley.

—Por favor, cariño, escúchame.

Marianne le miró de reojo, pero no cambió su actitud desafiante. Sebastian se arrodilló frente a ella e intentó girarle la cabeza para mirarla a los ojos, pero ella apartó su mano de un manotazo. ¿Por qué no podía entender cómo se sentía ella? ¿Por qué no comprendía que el hecho de que se reuniera con su antigua amante la hacía sentir miedo e inseguridad?

—Solo voy a hablar con ella de lo que ha pasado antes de acudir a las autoridades —explicó.

—Lo que deberías hacer es enviar a los agentes de Bow Street para que se encarguen de ella.

—La vida de dos niños pequeños está en juego, mi amor. ¿De veras quieres que me arriesgue a perderlas?

—¡No me fío de esa mujer, maldita sea! —le sorprendió gritando— ¿Tan difícil es de entender que me arden las entrañas solo de pensar que estarás a solas con ella?

—¿Acaso crees que yo sería capaz de volver con ella después de lo que ha hecho?

—Me ofende que siquiera se te haya pasado por la cabeza que yo pueda pensar eso.

—¿Entonces qué te pasa?

—¡Que tengo miedo de que te haga daño a ti también!

—¿De veras crees que Blair es capaz de hacerme algún daño?

—Márchate.

—Marianne…

—¡He dicho que te marches!

Sebastian suspiró y, tras un momento de duda, salió de la habitación cerrando la puerta con suavidad. Entendía el enfado de Marianne, por supuesto que lo hacía, pero no podía contarle toda la verdad. Le había dicho que se encontraría con Blair a solas en su antiguo piso de soltero, pero en realidad no sería así. De hecho, nada de aquello había sido idea suya. Tras hablar el día anterior con su cuñado Andrew y los agentes de Bow Street, estos últimos habían determinado que esa sería la manera más sencilla de atrapar a la condesa. Andrew y dos agentes estarían escondidos en el dormitorio mientras él intentaba que Blair confesara sus crímenes. Eso daría oportunidad al resto de agentes de sacar a los hermanos de Gladis de la casa de la condesa sin ser descubiertos. El plan parecía realmente sencillo… solo que no lo era.

Esperaba que Marianne se preocupase, pusiera el grito en el cielo e incluso maldijera al enterarse. Pero su enfado iba más allá de todo aquello. Estaba furiosa, y lo que más lamentaba Sebastian, se sentía dolida. Le había hecho daño al no contarle toda la verdad, pero la conocía lo

suficiente como para insistir en estar presente si se enteraba de que también lo estaría su hermano. Y no pensaba ponerla en peligro ni por todo el oro del mundo. Era por ello que Andrew y él habían decidido contarle solamente una verdad a medias, pero temía, por la reacción que había tenido su esposa hacía solo un momento, que no le perdonaría en la vida por ello, aunque le explicara más tarde lo que había pasado en realidad. Y que Dios le ayudara, porque sabía que el tiempo que estuvieran enfadados sería una tortura inmensa para él.

Bajó los escalones hasta el carruaje y se dejó caer frente a Andrew con un suspiro cansado.

—¿Por qué has tardado tanto? —protestó Andrew.

—¿Recuerdas que cuando nos conocimos me amenazaste con hacerme pagar por las lágrimas de tu hermana?

—¿Qué con eso?

—Puedes empezar, porque acabo de romperle el corazón, maldita sea.

—Esto no cuenta, Sebastian. Estás haciendo lo correcto.

—Tú no serás el que dormirá en una cama fría y sola cada noche hasta el fin de tus días.

—Estás exagerando. En cuanto le contemos a mi hermana la verdad, te perdonará.

—Tú no has visto su cara, Andrew. Realmente le he hecho mucho daño.

—¿Prefieres que esa mujer siga libre y pueda hacerle daño cuando quiera?

—Por supuesto que no, pero…

—El agente Dawson nos dijo que esta era la mejor manera de hacer que confiese. Si le hubiéramos contado a mi hermana que yo estaré allí te aseguro que insistiría en venir con nosotros, y esa mujer tendría una última oportunidad de hacerle daño.

—Lo sé, maldita sea.

—Entonces deja de culparte y pongámonos en marcha, ¿de acuerdo? Y vende ese maldito piso en cuanto terminemos con esto.

—Ya está a la venta, pero no he tenido tiempo de ocuparme de ello.

Llegaron a la casa y Sebastian abrió la puerta principal. Quitó las sábanas que cubrían los muebles y las echó sobre la cama. El agente Dawson llegó acompañado del agente Aubrey, que se dispuso a preparar la habitación para evitar la huida de Blair.

—Todo listo, señor —dijo a Dawson.

—Bien —respondió el aludido—. Aún nos quedan unos minutos para que la condesa llegue, ¿tiene claro lo que debe hacer, lord St Vincent?

—Debo hacerla confesar, sí. No he pegado ojo en toda la noche pensando en ello.

—Estaremos en la habitación de al lado vigilando, no se preocupe por nada.

—No le tengo miedo a Blair —protestó—. Solo quiero que todo esto se solucione para volver con mi esposa.

—Si todo sale como espero, estará con ella a la hora de la cena.

—Otra cosa es que ella quiera cenar contigo… —se mofó Andrew.

—Sigue y le diré a Nicole que todo esto es obra tuya —amenazó Sebastian.

Andrew y los policías entraron en el dormitorio, asegurándose de que la puerta quedase ligeramente abierta, por si debían disparar a través de la rendija. Sebastian se sirvió una copa de bourbon y se sentó en el sofá a esperar la llegada de Blair. Los minutos parecían horas, las manillas del reloj se movían tan lento que estaba a punto de perder la poca paciencia que le quedaba. Al fin la aldaba de la puerta avisó de la llegada de Blair. Dejó la copa sobre la mesa y se dirigió a abrir. En cuanto tuvo a Blair delante sintió que se le revolvía el estómago. La miró de arriba abajo cuando entraba en la casa, pavoneándose como si pensara que la había llamado para

llevarla a la cama. Sintió nauseas solo de pensarlo. Se aseguró de echar el cerrojo, como le habían dicho los agentes. Tras hacerlo, se acercó al aparador y le sirvió una copa de whisky, lo que ella acostumbraba a tomar, pero al darse la vuelta ella le sorprendió pasando los brazos por su cuello y acercando su boca a la de él.

Jamás en su vida había sentido tanto asco como entonces. Apartó los brazos de Blair de su cuerpo y dio un paso atrás para alejarse de ella.

—No te he llamado para eso —dijo.

—Oh… ¿prefieres hablar primero? De acuerdo.

—¿Quieres parar? No tengo ninguna intención de acostarme contigo.

—¿Entonces por qué me has llamado?

—Quiero saber por qué has intentado matar a mi mujer.

Blair palideció por una décima de segundo, pero se recompuso rápidamente y se sentó en el sofá a beber tranquilamente su copa.

—No sé de qué estás hablando —respondió.

—¿En serio no lo sabes? Yo creo que sí.

—Si alguien ha intentado matarla será porque lo merece. Pero te aseguro que yo no he tenido nada que ver.

—No es eso lo que me ha dicho Gladis.

—No sé quién es esa.

—Sí que lo sabes, lo sabes a la perfección. Espero que hayas tratado a sus hermanos bien durante el tiempo que la has chantajeado.

—No tengo ni la más mínima idea de lo que hablas. Tal vez tu esposa tiene por ahí algún enamorado que se ha sentido dolido por su matrimonio y ha intentado matarla, vete a saber. “Si no eres para mí no eres para nadie”. Algo así.

—Esas son palabras que podrían salir perfectamente de tu boca, ¿no es cierto?

—¡Por Dios, Sebastian! Sabes perfectamente que no eras el único en mi cama, te sustituí hace mucho tiempo.

—¿De veras piensas que me creo alguna de las palabras que salen de tu boca, Blair? ¿O ya no recuerdas el numerito que montaste el día que te dejé?

—¡Está bien, sí! ¡He sido yo todo este tiempo! ¡Esa mosquita muerta se interpuso entre nosotros y te alejó de mí! ¡Echó a perder todos mis planes! ¿Qué querías que hiciera?

—Y por eso enviaste a una pobre muchacha a hacer el trabajo sucio mientras tú te quedabas en casa. Porque si la atrapaban, ella cargaría con las culpas y tú quedarías impune.

—¿Crees que no lo intenté yo misma? Aquel día en Hyde Park estuve a punto de conseguirlo. ¡Pero apareció ese estúpido hombre y lo echó todo a perder!

—Así que tú eras el jinete misterioso…

—Me vestí de hombre para que nadie me reconociera y funcionó. La sociedad habló durante días del misterioso jinete de Hyde Park, ¡y se trataba de una mujer!

—¿Por qué esa obsesión, Blair? ¿Acaso no tenías otros amantes? Zouche y Forfar confesaron haber pasado por tu cama más de una vez.

—Pero tú eras diferente, Seb. Tú me tratabas con amor… ¿Sabes cuánto he deseado que mi esposo me ame? ¿Sabes cuántas noches he llorado esperando que se aburra de sus estúpidas amantes y se dé cuenta de que yo soy todo lo que necesita? Pero Dios me condenó a ser la esposa de un hombre estéril, Sebastian. Un hombre que piensa que el problema es mío y para el que ya no tengo valor.

—Tal vez el problema es tuyo, Blair. ¿Te has parado a pensar en ello?

—No lo es… Te aseguro que no lo es.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Leandro no fue mi primer hombre —confesó—. Antes que él hubo alguien más, un desgraciado que me dejó encinta y me abandonó en cuanto se enteró de la existencia de la criatura.

—¿Qué hiciste con el niño?

—¡Lo aborté! —exclamó— ¿Qué crees que habría sido de mí si la sociedad hubiera llegado a descubrir mi desliz? Después me casé con Leandro y le hice creer que era virgen. Solo tuve que esperar a que se durmiera y manchar las sábanas de mi sangre, nada complicado.

—Le engañaste igual que hiciste con todos.

—¡Yo le amo! Es cierto que me casé con él sin hacerlo y que le mentí sobre mi virginidad, pero al principio fue amable y gentil conmigo y llegué a enamorarme de él.

—Si tanto amas a tu esposo, ¿por qué demonios le engañaste con otros hombres?

—¡Porque él me engaña a mí! Tiene tantas amantes que he perdido la cuenta. ¿Sabes que no me hace el amor como es debido desde hace más de seis años? Después de intentar sin éxito tener hijos por más de cinco años, sus visitas a mi alcoba se convirtieron en una obligación para él. Me monta para procrear, pero no me hace el amor.

—Eso no te da derecho a matar a mi esposa.

—¡Deja de nombrar a tu esposa! —gritó estampando el vaso de cristal contra el suelo— Esa mosquita muerta es la culpable de que te alejaras de mí.

—Tú eres la única culpable de eso, Blair. Me engañaste para conseguir lo que querías, me mentiste y te descubrí.

—¡Pero tú me amas! Es imposible que hayas dejado de amarme en tan poco tiempo.

—Yo amo a mi esposa, Blair. Creí estar enamorado de ti, pero en realidad nunca lo estuve.

—Mientes…

—Te aseguro que no lo hago. Jamás sentí por ti lo que siento por ella. La amo tanto que estaría dispuesto a dar mi vida por la de ella sin pestañear.

—¡Entonces muere, maldita sea!

Ni siquiera la vio sacar la pequeña pistola de su ridículo. Sintió el ardor de la bala al impactar contra su cuerpo antes de darse cuenta de ello. Miró a Blair con asombro y se derrumbó en el suelo a tiempo de ver a los agentes de Bow Street inmovilizándola. Vio a Andrew gritarle desde arriba, pero fue incapaz de escuchar lo que decía. Había llegado su hora… o al menos eso parecía.

Se despertó con un dolor agudo en el hombro. Se llevó la mano a aquel lugar y comprobó que había una venda cubriendo su piel. Intentó abrir los ojos, pero la luz era demasiado intensa como para hacerlo.

—Parece que se está despertando.

Era Andrew, su cuñado.

—Si no se muere por estúpido te juro por Dios que seré yo misma quien lo mate.

Marianne, su esposa.

—¿Es normal que no despierte, doctor? —preguntó su madre.

—Le he dado láudano para el dolor, es normal que esté dormido por unas horas.

—Estoy despierto —dijo con voz ronca.

—Gracias a Dios… —suspiró su madre.

—Bienvenido al mundo de los vivos, milord —bromeó el doctor Baxter—. La bala atravesó limpiamente su hombro. Tendrá una buena cicatriz, pero ha tenido usted mucha suerte.

—¿Qué bala?

De pronto recordó todo lo ocurrido. Blair le había disparado.

—Está en la cárcel, el lugar al que pertenece —explicó Andrew al ver el entendimiento en su rostro—. Los niños están bien, han sido llevados al Foundling hasta que su hermana pague por sus pecados.

—¿Están bien?

—No tenían un solo rasguño. Al parecer la condesa estaba tan desesperada por tener hijos que los atendió como si lo fueran.

—Gracias a Dios.

—Bien, creo que es hora de dejar al vizconde descansar —dijo el doctor—. Volveré mañana para curar la herida, milord. Descanse un poco.

Todos los presentes se marcharon de la habitación y cerraron la puerta tras de sí. Sebastian suspiró y abrió los ojos para descubrir que su esposa seguía sentada en una silla al lado de la cama, aunque con cara de pocos amigos y los brazos cruzados.

—¿Por qué me mentiste? —preguntó.

—Porque no te habrías quedado en casa si te hubiera dicho la verdad.

—¡Eres un estúpido, Sebastian Wembley! —gritó golpeándole en el brazo.

—¡Ay! ¡Duele, maldición!

—Te mereces eso y más por idiota. ¿Cómo se te ocurre ponerte en semejante peligro? ¿Qué hubiera pasado si esa mujer te llega a…

No pudo seguir con su diatriba, porque rompió a llorar. Sebastian intentó acercarse a ella, pero Marianne se apartó de golpe y se fue hasta la ventana. Suspiró.

—Todo fue idea del agente Dawson —explicó Sebastian—. Pensó que si yo la hacía confesar lejos de su casa, otros agentes tendrían la oportunidad de salvar a los hermanos de Gladis, a quienes tenía secuestrados.

—Mi hermano ya me lo ha contado todo, no gastes esfuerzos en explicarlo de nuevo.

—¿Entonces por qué sigues enfadada?

—¡Porque me mentiste, Sebastian! ¡Sabías que estaba sufriendo con tu decisión y aun así decidiste seguir con tu maldita mentira!

—¿Te habrías quedado en casa si lo hubiera hecho?

—Esa no es la cuestión.

—¡Por supuesto que lo es! Responderé yo por ti, Marianne. No, no lo habrías hecho. Habrías insistido en venir con nosotros. ¿Y qué habría pasado si te hubiera descubierto? ¡Serías tú quien estuviera postrada en esta cama, maldición!

—¿Crees que me duele menos que a ti verte en ese estado? ¿Sabes lo que sentí cuando mi hermano te trajo en brazos hace unas horas? ¡Creí que moriría contigo, Sebastian! ¡Sentí que mi corazón se detenía y el aire dejó de entrar en mis pulmones!

—Así es como me sentí cuando descubrí que alguien intentaba matarte.

Marianne apretó los dientes y suspiró. Volvió a sentarse junto a su esposo y apartó las mantas para comprobar que el vendaje no se había manchado de sangre después del golpe que le había dado en el brazo.

—¿Te duele mucho? —preguntó.

—No más que ver el dolor en tus ojos cuando me he marchado esta tarde, mi amor.

Marianne pestañeó rápidamente para impedir que las lágrimas volvieran a caer. Sebastian

tomó la mano de su esposa con la suya y la apretó.

—Tú y nuestro hijo sois lo más importante que tengo, Mary —confesó—. Sería capaz de cualquier cosa con tal de manteneros a salvo. Si para ello tengo que ver el dolor reflejado en tu rostro por un momento, créeme que lo soportaré.

—Pensé que te perdería —susurró ella sorbiéndose la nariz—. Pensé que nuestro hijo crecería sin su padre y…

No pudo continuar. Un sollozo escapó de su garganta y se cubrió el rostro con ambas manos, llorando desconsolada.

—Vamos, tonta, ven aquí —dijo Sebastian abriendo el brazo que tenía sano.

Marianne accedió a tumbarse junto a su esposo, pero apoyó la cabeza en la almohada. Sebastian tiró de ella hasta tenerla tumbada sobre su hombro sano. Permanecieron así un rato, hasta que su esposa logró calmarse un poco.

—Siento haberte mentido, cariño, pero sobre todo siento haberte hecho sufrir innecesariamente —se disculpó—. Te aseguro que no lo hubiera hecho si no temiera por tu seguridad. Me crees, ¿verdad?

Marianne asintió. Puso la mano sobre el corazón de su esposo, después de pensar que lo perdería el latido de su corazón pareció calmarla.

—No vuelvas a darme un susto como este, Sebastian Wembley, o te juro por Dios que seré yo quien te mate —amenazó.

—Tengo pensado vivir muchos años a tu lado, mi amor. Quiero que veamos juntos crecer a nuestros hijos.

—¿Cuántos quieres tener?

—Al menos una docena.

—¿Tantos? —rio ella.

—Quiero una familia tan numerosa como la tuya, cariño. Quiero tener muchos nietos y biznietos a los que consentir.

Mucho tiempo después, Abraham Wembley abrió lentamente la puerta del dormitorio de su nieto para encontrarle dormido junto a su esposa. Sonrió.

—Lo hemos hecho bien, ¿no es así, Bridget? —dijo mirando al cielo— Con Sebastian lo hemos hecho bien. Ahora es el turno de Maximilian. ¿Crees que seremos capaces de encontrarle una esposa perfecta para él?

Una estrella fugaz cruzó el cielo, como si su esposa fallecida le estuviera hablando desde allí. Sonrió. Tenía todo un año para pensar en una dama para su nieto… y en un caballero para su querida Martha.

Fin

Otros libros de la autora



Alasdair MacLeod volvía a casa después de haber pasado una temporada en la corte. Echaba de menos a su familia y había cabalgado sin descanso para poder llegar a ellos lo antes posible. Con lo que no contó fue con encontrarse a una bella ninfa del bosque... que se desvaneció en cuanto sus ojos se posaron en ella.
Lana Grant lo tenía todo: una familia a la que adoraba, una vida feliz y la boda de su hermana mayor a la vista. Había conocido a alguien que parecía estar interesado en ella y se había ilusionado con casarse por amor igual que dos de sus hermanos. Pero alguien se atrevió a atacar su castillo... y truncó toda su vida.

mybook.to/PODR

El mundo de Caledonia Ferguson se desmoronó tras la muerte de su madre y se vio obligada a mudarse al castillo junto a su padre y el hombre que más temía: su laird.
Colin Campbell pasaba los días intentando escabullirse de sus obligaciones como futuro jefe del clan, y cuando conoció a Callie la niña se convirtió en la excusa perfecta para hacerlo, surgiendo entre ellos una bonita amistad.

mybook.to/MQUA





Anderson Thomas Canning, tercer barón Lattimer, tenía una vida perfecta. Alternaba la aburrida vida de Londres con una mucho más placentera, que solo unos pocos conocían. A punto de empezar la temporada social, decide viajar a España para ver a su familia, y de paso llevar a cabo su otra actividad. Con lo que no contaba era con que en el trayecto encontraría a una mujer preciosa... que trastocaría por completo esa perfección.

mybook.to/Eng

---

[1] El Foundling Hospital fue una institución de acogida para los niños huérfanos de la ciudad de Londres. Se encontraba en la zona conocida como Bloomsbury, situada al norte de la calle Great Ormond y al oeste de Gray's Inn Lane. Se trataba de un edificio plano de ladrillo, con dos alas (niños y niñas) y una capilla, construido alrededor de un patio abierto.

[2] Carreras de caballos, de cinco días de duración, que se celebran cada año en el condado de Berkshire a principios de junio.

[3] También conocido como Lanterloo, es un juego de naipes del siglo XVII de la familia de los triunfos. Se juega con un mazo de 52 naipes y participan de 3 a 8 jugadores. Los jugadores intentan ganar bazas, y en cada vuelta pueden jugar o abstenerse.

[4] Accesorio de moda popular entre las mujeres de la época fabricado normalmente en piel, lana o pelo. Era una

especie de bolsa con aberturas en ambos extremos, que permitía a las mujeres meter las manos y mantenerlas calientes en invierno.

[5] “Por supuesto”, dicho en francés.